

The background of the cover is a photograph of the interior of a Gothic cathedral. The view is from a low angle, looking down a long aisle lined with tall, slender columns. In the foreground, a large, ornate stone font is centered. The font has a wide, shallow basin and a decorative pedestal. In the distance, a large, colorful stained-glass window is visible, casting light into the space. The overall atmosphere is warm and majestic.

GLENN
COOPER

LA PIEDRA
DE FUEGO

Lectulandia

Todo empezó como la búsqueda romántica de un objeto mítico: la copa que usó Jesucristo en su última cena es una reliquia marcada por un sinfín de leyendas, un tesoro perdido en el que solo creen unos pocos. Pero ahora las cosas han cambiado. El cáliz existe y solo un hombre debe poseerlo, aunque para ello tendrá que enfrentarse a un enemigo letal y descifrar los secretos que se esconden en la obra del arquitecto que proyectó uno de los templos más hermosos y originales del mundo: la Sagrada Familia.

Con *La piedra de fuego*, Cooper aborda uno de los enigmas más fascinantes de la Historia recreándolo en el escenario de Barcelona y protagonizado por uno de sus ilustres personajes: Antonio Gaudí.

Lectulandia

Glenn Cooper

La piedra de fuego

ePub r1.2

Maki 22.05.14

Título original: *The Resurrection Maker*
Glenn Cooper, 2014
Traducción: Roberto Falcó Miramontes
Imagen de cubierta: Davide Nadaline

Editor digital: Maki
ePub base r1.1

más libros en lectulandia.com

Nadie sabe qué había antes del momento cero.

Tal vez nunca llegue a saberse; tal vez sea inconcebible y la comprensión de esta abstracción quede más allá de la capacidad de la mente humana.

Porque hace catorce mil millones de años, nuestro universo simplemente no existía. No existía el tiempo, el espacio, la materia, la gravedad ni la energía.

Sin embargo, en el momento cero, el universo tal y como lo conocemos hoy se condensó en un único punto, una fuerza unificada de un calor y una densidad infinitos e insondables. A continuación ocurrieron una serie de hechos de una potencia y una temperatura muy elevadas en un espacio de tiempo tan sumamente reducido que, en comparación, un segundo parecería una eternidad.

En el momento cero, el momento de mayor temperatura, la materia y la energía nacieron de una explosión del punto único.

El Big Bang.

Al cabo de una billonésima de una billonésima de una billonésima de una diezmillonésima parte de un segundo después del Big Bang, se crearon el espacio y el tiempo junto con toda la materia y la energía del universo. La temperatura era de cien millones de billones de billones de grados.

En una milmillonésima de una milmillonésima de una milmillonésima de segundo, el universo se había expandido hasta alcanzar el tamaño de la Tierra.

Tras una milésima de segundo, el universo se enfrió; su temperatura se redujo en un billón de grados y nacieron las fuerzas más básicas de la naturaleza: la gravedad, la gran fuerza que mantiene unidos los núcleos de los átomos y las fuerzas débiles y electromagnéticas.

Un segundo después del Big Bang, la materia ordinaria se dividió en partículas subatómicas fundamentales, incluyendo quarks, electrones, fotones y neutrinos. A continuación, surgieron los protones y los neutrones. Y fue tal vez durante este segundo cuando se creó un segundo tipo de materia muy misterioso: la materia oscura, tan esquiva que los físicos saben con absoluta certeza que existe pero no tienen una idea clara de lo que podría ser.

A lo largo de los siguientes trescientos mil años, el universo fue una enorme nube de gas en proceso de refrigeración. Cuando las temperaturas descendieron hasta los tres mil grados, los núcleos pudieron empezar a capturar electrones en sus órbitas y se formaron los átomos de hidrógeno y helio. Con la génesis de estos primeros átomos, el anodino y uniforme universo inició la transición hacia lo irregular. Telarañas de filamentos conectaban la materia que se acumulaba en las intersecciones. Entonces la gravedad de esas intersecciones introdujo los gases de hidrógeno en las primeras estrellas. Cuando estas se encendieron, su luz ionizó el manto de hidrógeno y permitió que el espacio se volviera completamente transparente.

Durante este período, la materia oscura se convirtió en la piedra angular del universo. Esta reliquia omnipresente del Big Bang era invisible y no luminosa y, sin embargo, ejercía gravedad igual que la materia ordinaria. Estaba presente en todo el universo. Allí donde existía la materia ordinaria también existía la materia oscura. Cuando se formaron las galaxias, por cada partícula de materia ordinaria había seis de materia oscura invisible.

Durante los primeros mil millones de años, se formaron billones y billones de estrellas así como cientos de miles de millones de inmensos agujeros negros, uno en el centro de cada galaxia.

Cuando las enormes estrellas primigenias agotaron sus fuentes de energía, explotaron como supernovas y liberaron unas cantidades inimaginables de radiación antes de ser arrastradas de manera catastrófica hacia unos agujeros negros infinitamente densos que absorbían la luz.

Y aquí es donde empieza la historia.

Unos ochocientos millones de años después del Big Bang, en el centro de nuestra Vía Láctea, una enorme estrella moribunda se transformó en una supernova y produjo una enorme nube de antimateria y radiación.

La antimateria colisionó con el hidrógeno y el helio existentes en la nebulosa cuando un agujero negro increíblemente grande empezaba a formarse. La unión de materia y antimateria provocó la mayor explosión que habría de experimentar jamás la galaxia, pulverizando el polvo y el gas del espacio más inmediato.

A medida que la galaxia se enfrió, fragmentos pulverizados de materia ordinaria y materia oscura se unieron. Casi todas estas partículas fusionadas fueron arrastradas al agujero negro, pero unas cuantas rebotaron y evitaron su límite gravitacional.

Así empezó el viaje de trece mil millones de años por la inmensa Vía Láctea de un fragmento perdido, un híbrido sumamente extraño de materia ordinaria y oscura.

Hace mil millones de años, cuando la Tierra tenía ya 3500, el fragmento de materia entró en la atmósfera del planeta y cayó como un meteorito abrasador en una región que habría de convertirse en Egipto.

La piedra de fuego permaneció enterrada durante muchísimo tiempo, durante el cual la Tierra se convirtió en un planeta vivo que empezó a respirar y a rebosar de vida.

Con el paso del tiempo y la erosión del lecho del desierto, el fragmento acabó saliendo a la superficie y fue descubierto el año 31 d. C. por un alquimista, Nehor, hijo de Jebedías, que tenía buen ojo para los minerales extraños. Se asombró al comprobar las maravillosas propiedades de aquella roca del tamaño de un melón. Decidió partir la piedra en dos y utilizar sus características para convertirla en un cáliz. Posteriormente se dedicó a estudiar cómo aprovechar el extraño poder de la

pedra.

Dos años después, el cáliz de Nehor llegó a manos de un predicador itinerante, llamado Jesús de Nazaret, cuando estaba sentado entre sus discípulos en Jerusalén, durante la cena de Pascua, antes de su ejecución.

Y Jesús murió en la cruz y resucitó. Y algunos dijeron que el cáliz desempeñó un papel importante en este acto divino.

Poco después de la resurrección, el cáliz se perdió.

Varias generaciones de exploradores se entregaron a la febril búsqueda del Santo Grial, convencidos de que su poder trascendía lo meramente simbólico y que podía albergar las grandes respuestas a las grandes preguntas.

A día de hoy la búsqueda del Santo Grial prosigue sin descanso.

Una tormenta de arena barrió la tierra y arrastró las partículas secas como una escoba gigante. Una hora después, el aire seguía siendo irrespirable y estaba teñido de amarillo.

Judas, hijo de Simón Iscariote, se apartó el pañuelo que le cubría la cara y tosió varias veces para sanear los pulmones. Le escocían los ojos y la garganta por culpa de la arena. Un sorbo de agua le habría ido muy bien, pero había olvidado el odre en su habitación, y ahí, en el callejón de detrás de los establos, no había nadie que pudiera darle agua.

El sol brillaba en lo más alto. Judas lo miró protegiéndose los ojos con la mano a modo de visera. La tormenta había teñido el orbe del color de las rosas. Bajó la mano y echó a andar por el callejón. Al cabo de un rato, se sentó en el suelo y se quitó las sandalias, que empezaban a causarle rozaduras, para limpiarse la arena de los pies. Estaba tan enfrascado en la tarea, que la voz del hombre lo sobresaltó.

—Siento llegar tarde. La tormenta me ha retrasado. —Hablaba en arameo con un acento egipcio gutural.

—¿Tienes agua? —le preguntó Judas tras levantarse.

Nehor, más alto y unos diez años mayor que Judas, llevaba el pelo más largo, hasta los hombros y vetado de canas, y una barba también más larga. Dos correas le cruzaban el pecho: una era de una bolsa de tela, la otra, de un odre. Le pasó este último a Judas, que quitó el tapón y dio un trago.

—Nadie sabe que estás aquí —dijo Nehor; pretendía que fuera una pregunta, pero pronunció la frase como una afirmación.

—No se lo he dicho a nadie.

—Bien.

—No me gustaría que se supiera que tengo algo que ver contigo.

—Entonces ¿por qué has venido? —preguntó Nehor, que alargó el brazo para que le devolviera el odre.

Ambos conocían la respuesta. Nehor era fuerte; Judas, débil. En el pasado, cuando Nehor había ordenado, Judas había obedecido.

—Tu emisario dijo que era urgente —contestó Judas—. Cuestión de vida o muerte.

—Así es. Vida o muerte.

—¿La vida de quién? ¿Y la muerte de quién?

—La respuesta a ambas preguntas es la misma: Jesús.

El rostro de Judas se crispó en un gesto de desdén.

—Te expulsó. Se niega a que te involucres en los asuntos que le ocupan.

—Eso no significa que haya dejado de amarlo.

Judas negó con la cabeza al escuchar su respuesta.

—Por favor. Tu comportamiento fue aborrecible. Tus actos reflejaron un absoluto desdén hacia sus enseñanzas. Odio, incluso.

Nehor se encogió de hombros.

—Solo yo conozco los sentimientos que alberga mi corazón.

—De modo que deseas hablar conmigo sobre su vida y su muerte. Dime, ¿quieres matarlo o salvarlo?

—Ambas cosas.

Judas rechazó la respuesta de Nehor con un gesto de la mano y se volvió para irse.

—No seas necio —le dijo Nehor—. Todo el mundo sabe que los ancianos del templo quieren su cabeza. Le han pedido a Poncio Pilato que lo arreste. En estos momentos los pretorianos lo están buscando. Y ya sabes lo que le harán cuando lo encuentren. Los romanos no destacan por su piedad.

Judas se detuvo y se volvió.

—Le diré que huya. Podría regresar a Galilea.

—No huiré.

—Tienes razón —admitió Judas con tristeza—. No lo haré.

—Quiere convertirse en mártir.

Judas se enjugó una lágrima.

—No quiero que nos abandone. Ninguno de nosotros lo desea.

—¡Por eso debes escucharme! Conozco una manera de que cumpla con el destino que ha elegido y al mismo tiempo evite que sus discípulos renuncien a él.

Judas siempre se había sentido incómodo al mirar los magnéticos y oscuros ojos de Nehor por miedo a que le arrancaran el alma. Pero en ese momento fue incapaz de resistirse.

—¿A qué te refieres?

—¿Cuándo volverás a verlo?

—Esta noche. Compartiremos el pan con él en la cena de Pascua.

—¿Dónde?

Judas, como si hubiera recibido una orden de los ojos de Nehor, señaló el monte Sión, donde residían los hombres acaudalados de Jerusalén.

—En una gran casa. Es de uno de los discípulos. En la colina.

Nehor rebuscó en la bolsa de tela y sacó un cuenco. Era del tamaño de las manos de una mujer, del color de la noche, suave y pulido hasta la perfección. Lo sostuvo en la palma de la mano.

Judas se acercó un poco más, incapaz de apartar la mirada del objeto. En realidad,

el cuenco no poseía ninguna característica destacable. Le fascinó el fino halo que lo rodeaba, un brillo opalescente que oscurecía cuanto había tras él.

—¿Qué es?

—Un cuenco. Un cáliz.

—No es un cuenco cualquiera.

Nehor asintió.

—Si amas a Jesús, debes lograr que durante la cena beba de este cáliz. Solo él. Luego acompáñalo allí adonde vaya. Los soldados irán a detenerlo. Asegúrate de que sepan quién es.

—¿Una traición? —exclamó Judas con la mirada fija en el cuenco.

—No, un regalo. El mayor regalo que podrías hacerle. No te quepa la menor duda, Judas; si no lo entregas tú a su destino, otro lo hará. Es mejor que sea alguien que lo respete.

—Los demás sabrán que lo he traicionado. ¿Cómo podré defenderme?

Nehor llevaba una pequeña bolsa colgando del cinto. La desató y se la ciñó a Judas en el suyo.

—Diles que lo hiciste por la plata. Ahora coge el cuenco.

Nehor depositó el objeto en las temblorosas manos de Judas. El cuenco estaba caliente; tenía la temperatura de una frente febril.

—¿Qué le sucederá? —preguntó Judas.

—Algo glorioso —respondió Nehor—. Algo que cambiará el mundo.

Era un día anormalmente caluroso para principios de marzo. Durante el corto trayecto desde el aparcamiento hasta la oficina, Arthur Malory percibió los fuertes olores orgánicos que desprendía la tierra húmeda y volvió el rostro hacia el sol el tiempo suficiente para notar cierto cosquilleo. Por primera vez desde que cesó el frío invernal había dejado el abrigo colgado en casa y solo había cogido una chaqueta fina. Sin el abrigo acolchado, los guantes y el gorro de lana se sentía tan liberado como los azafranes que brotaban de la tierra. Balanceó el maletín con gesto alegre. No había mejor forma de empezar la semana.

Harp Industries Ltd. tenía los departamentos de administración y de marketing centralizados en Basingstoke. Las únicas plantas de producción en el Reino Unido se encontraban al norte de Durham. Por lo demás, la empresa había distribuido la fabricación por todo el mundo en busca de mano de obra barata, gran parte de la cual se encontraba en Asia. A Arthur le gustaba viajar a los centros de producción, reunirse con los ingenieros y los trabajadores, degustar los manjares locales, empaparse de su cultura y aprovechar para visitar lugares de interés histórico. Siempre les decía a sus superiores que para vender bien los productos de Harp tenía que participar en todos los aspectos del ciclo de desarrollo del producto en cuestión. Sin embargo, la era de Skype y de la videoconferencia se le había echado encima y, para su consternación, le habían ido cortando las alas poco a poco.

En el vestíbulo, la recepcionista, una mujer anodina con una gran sonrisa, lo recibió con una particularmente radiante.

—Buenos días, tesoro.

—Sé que lo soy, cielo, pero, a menos que te hayas peleado este fin de semana, estás casada.

—No soy yo quien lo dice —repuso la mujer mostrándole un montón de boletines informativos de la empresa—, sino esto.

—Oh, Dios, dame uno. No debería haber aceptado.

De camino a su despacho tuvo que soportar las bromas sin malicia de sus colegas, a las que replicó con un «Ya me vengaré...» o un «Ya verás cuando te toque a ti», pero cuando cerró la puerta estaba convencido de que se había puesto colorado. Se sentó y empezó a leer la primera página; había una fotografía suya en la que aparecía apoyado en una esquina de su escritorio y miraba a la cámara con sus ojos azules y sinceros.

por Susan Brent

Si alguien pide a sus compañeros que describan al director de marketing, Arthur Malory, es probable que oiga palabras como «entregado», «brillante», «atractivo», «considerado» y «respetuoso». Todos los que trabajan en la central de Basingstoke conocen sus dotes de organización, pero ¿cuántos saben que es un auténtico cazador de tesoros?

Arthur se incorporó a Harp Industries hace ocho años, recién salido de la Universidad de Bristol, donde se licenció en ciencias químicas. Pero ¿qué hace un químico en una empresa que se dedica a la física?

Un artículo que escribió para el periódico universitario sobre los retos de comunicar las cuestiones científicas más complejas a un público profano en la materia llamó la atención de Martin Ash, director general de marketing de Harp. «Me di cuenta de que ese joven tenía un don para la comunicación y para identificar los mensajes clave del complejo flujo de información en el que vivimos inmersos. Por aquel entonces él no lo sabía, pero era un experto en marketing como hay pocos. Cuando lo llamé, pensó que uno de sus compañeros le estaba gastando una broma y, como suele decirse, lo demás es historia».

Arthur se ha ganado varios ascensos y ahora está al mando del departamento de marketing para usos industriales de nuestros imanes de neodimio. Pero ¿cuántos empleados saben que en su escaso tiempo libre Arthur se dedica a la caza de tesoros? Armado con su fiel detector de metales, Arthur prefiere pasar los fines de semana caminando por el campo en busca de tesoros enterrados en lugar de ir a bares o discotecas. Y no solo lo hace para mantenerse en forma ahora que ya no juega al rugby. Tiene un cofre de monedas antiguas, incluidas algunas de la época romana, joyas victorianas e incluso un valioso reloj de bolsillo que atestiguan su pericia.

¿A qué atribuye su fascinación por el pasado? «No sé si es del todo cierto pero, según una leyenda familiar y nuestro árbol genealógico, los Malory somos descendientes de Thomas Malory, el autor del siglo xv que escribió *La muerte de Arturo*. ¡De ahí mi nombre, que han llevado varios de mis antepasados! Cuando era pequeño, todo lo relacionado con el rey Arturo me volvía loco, y supongo que fue entonces cuando empezó mi interés por la historia».

Al preguntarle si ese interés ha perdurado hasta la actualidad, asegura que así es, y cuando se le sugiere la posibilidad de aunar la pasión que siente por la búsqueda de tesoros y la leyenda artúrica, también responde afirmativamente.

«Me gustaría encontrar Camelot. Me gustaría encontrar *Excalibur* y, sobre todo, me gustaría encontrar el Santo Grial».

Pero ¿sabe dónde buscarlo?

«Tengo algunas ideas», responde entre risas. «Pero si te las contara, tendría que

matarte. Sinceramente, si alguna vez me dan un mes de vacaciones, creo que haré importantes avances».

Alguien llamó a la puerta, y Arthur dejó el boletín de la empresa.

—Adelante.

Era Susan Brent, de recursos humanos.

—¿Te ha gustado?

—En realidad, me da un poco de vergüenza.

Susan le lanzó una sonrisa maliciosa. Estaba soltera. Él también. Pero, por suerte, al menos desde el punto de vista de Arthur, como ella estaba al frente de las políticas de la empresa contra el acoso sexual, jamás se le había insinuado.

—No te avergüences. Todo el mundo opina que es un artículo fantástico —dijo—. Además, quizá conozcas a gente de la organización que piensa lo mismo que tú. Tenemos dos mil empleados. Nunca se sabe dónde puede haber una conexión.

A última hora de la mañana, Arthur se había cansado de responder a correos electrónicos y llamadas de teléfono de compañeros de otras sedes de Harp que le tomaban el pelo por el artículo, por lo que decidió dejar de contestar al teléfono fijo. Sin embargo, con el rabillo del ojo vio el identificador de una nueva llamada entrante. Era Andrew Holmes, por lo que respondió encantado.

—Hola, Andrew —dijo activando el manos libres—. Menuda sorpresa. ¿En qué andas metido?

Holmes era uno de los profesores de Oxford que gozaba de mayor prestigio en el mundo académico, y su asignatura, Introducción a la Gran Bretaña medieval, era obligatoria para los estudiantes de primero desde tiempos inmemoriales. Entre sus múltiples encantos figuraban una excentricidad desmesurada aderezada con un estilo de vestir casi eduardiano y una voz muy engolada, típica de las clases más altas. No obstante, no reservaba su dicción para las clases y los alumnos, por lo que no dudó en obsequiar a Arthur con su peculiar manera de hablar.

—¡Hola, Arthur! Me alegra encontrarte. No puedo evitar entristecerme cuando tengo que dejar uno de esos horribles mensajes de voz.

—A tu servicio.

—Maravilloso, maravilloso. Escucha, Arthur, sabes que siempre he hecho gala de mi gran sentido de la igualdad cuando se trata de mantener informados a los miembros de la Oxford Union sobre aquellas cuestiones que juzgo más interesantes, pero me ha parecido que debía informarte a ti primero sobre un descubrimiento reciente.

Aquello era una novedad. Aunque Holmes y él eran buenos amigos, Arthur no era

consciente de haber recibido nunca ningún tipo de información antes que los otros miembros de su grupo, los lunáticos del Grial, tal y como los apodaba Andrew. Según la noche se reunían hasta diez personas. Los encuentros se celebraban varias veces al año en el pub favorito de Oxford de Holmes con el fin de intercambiar teorías descabelladas sobre el Santo Grial y beber, sobre todo para beber. Si la suya era, como algunos de ellos decían en broma, una versión moderna de la mesa redonda, entonces Holmes era el rey Arturo, pues no solo era el mayor, sino el más sabio y, sin lugar a dudas, el de mayor prestigio académico. Ninguno de sus colegas se atrevería a cuestionar al erudito artúrico más preeminente de Gran Bretaña.

Arthur entró a formar parte del grupo hacía unos ocho años gracias a un conocido común: Tony Ferro. Tony y Arthur se habían conocido en Bristol. Por aquel entonces, Tony era un estudiante de posgrado de historia que impartía una sección de un curso en el que Arthur se había matriculado para diversificar su currículum científico universitario. En cuanto Tony se enteró de que Arthur era un probable descendiente de Thomas Malory, empezó a mostrar gran interés por el joven alumno, y no tardaron en hacerse amigos. Tony impartía ahora historia medieval en el University College de Londres y acababa de añadir una nueva asignatura, El rey Arturo: mito o realidad, a la que Arthur esperaba poder asistir como oyente algún día.

Holmes siempre se había mostrado muy selectivo en la elección de nuevos miembros para su círculo interno del Grial. No toleraba a hippies *new age*, adivinos ni fanáticos religiosos. Cada miembro del grupo debía aportar algo concreto a la mesa, por lo que la mayoría de ellos eran estudiosos reconocidos de un campo u otro, aunque si no poseían el requisito imprescindible e intangible del «espíritu», Holmes los vetaba. Arthur se ganó la admisión antes de acabar la primera pinta. Su respuesta a la primera pregunta de Holmes lo convirtió en alguien digno de ese honor.

—¿Que por qué me interesa la búsqueda del Grial? —repitió Arthur para ganar un poco de tiempo y ordenar sus ideas—. Verás, creo que el mundo moderno en el que vivimos nos ha hecho desviar la atención de objetivos elevados. Nos bombardean con mensajes de que podemos conseguir la satisfacción inmediata para muchas de nuestras necesidades. ¿Que tienes hambre? Hay comida rápida. ¿Que necesitas información sobre algo? Búscalo en Google. ¿Que te sientes solo? Citas en línea. ¿Triste? Existen medicamentos para remediarlo. Sin embargo, no existe una satisfacción inmediata para una búsqueda espiritual, ¿no es cierto? Para ello se requiere mucho trabajo y compromiso. Quizá al final de la vida te sientas realizado espiritualmente, o quizá no. Creo que la búsqueda del Grial es una verdadera encarnación de esa búsqueda espiritual. Es una búsqueda antigua, pero no veo por qué no debería ser también moderna y relevante. Además, ¿y si es una búsqueda que trasciende la metáfora? ¿Y si el Grial existe de verdad? Sería maravilloso sostener esa belleza en las manos.

Arthur cogió el auricular y desconectó el altavoz.

—Soy todo oídos, Andrew. ¿Qué has descubierto?

—Bueno, me siento como si me hubiera pasado por encima un carro tirado por caballos. Nadie debería ser tan afortunado. O tal vez sea una habilidad mía, ¿no crees?

—¿Tiene algo que ver con la carta de la que hablaste al grupo hace dos meses? ¿La de Montserrat?

—Pues no. Dispongo de más detalles sobre la carta que publicaré dentro de poco, pero no es el motivo por el que te he llamado. Se trata de un segundo descubrimiento, mucho más importante; es un documento que podría tener importantísimas repercusiones. Tiene que ver contigo, viejo amigo.

—¿Conmigo?

—Sí, un tal Arthur Malory, residente en Wokingham, Inglaterra, genio del marketing de día, buscador del Grial de noche. Es el producto de una investigación llevada a cabo a la antigua usanza y de la que me siento muy orgulloso. Había pocas probabilidades de que tuviera éxito, por eso estoy muy satisfecho de haberlo logrado. Ha sido espectacular.

—Por Dios, Andrew, escúpelo de una vez.

Tras una deliciosa pausa muy holmesiana, Andrew prosiguió con su relato.

—¿Te gustaría encontrar el Grial, amigo? Me refiero a encontrarlo de verdad.

Arthur no pudo reprimir una sonrisa.

—Sabes que sí.

—Bien. Porque, si tengo razón, el Grial lleva escrito tu nombre. Creo que realmente es posible encontrarlo, pero voy a necesitar tu ayuda.

—Lo que quieras, Andrew. Sabes que me apunto a todo. Estoy ocupado, pero no dejo escapar ni una.

—Sí, yo también ando bastante atareado. Aparte de estar inmerso en la vorágine de todo lo sucedido, tengo una gran carga lectiva y además debo ocuparme del desastre provocado por ese imbécil que ha saqueado varios despachos del departamento, incluido el mío. No creo que se haya llevado nada, pero aún tenemos que hacer inventario. Por suerte, guardo los papeles más importantes en casa. Arthur, tú y yo juntos quizá seamos capaces de solucionar este glorioso enigma. ¿Podrías venir el jueves por la noche? Es el cumpleaños de Ann y nos gustaría que cenaras con nosotros. Hemos reservado mesa en su restaurante favorito. Te lo contaré todo entonces.

—Claro, contad conmigo.

—Solo una cosa más antes de dejar que vuelvas a tu trabajo de tentar a la gente para que compre cosas que tal vez no necesite. Tú no tendrás una costilla de más, ¿verdad?

Arthur hizo una mueca de sorpresa al oír la pregunta.
—Pues sí, Andrew, la tengo. ¿Cómo diablos lo sabes?

Un hombre menudo y con prominentes entradas estaba sentado en una gran sala oscura iluminada melodramáticamente por una única lámpara halógena. La mujer de Jeremy Harp llamó a la puerta de la biblioteca y él le dijo de malos modos que podía pasar. Ella sabía perfectamente que su santuario era sacrosanto, pero él se lo iba a recordar una vez más, ¿verdad?

—¡Caray, Lillian! Más te vale que la casa esté en llamas.

—Lo siento, Jeremy, pero Stanley Engel está al teléfono. Llama desde el Tíbet —dijo y le lanzó una mirada de preocupación, como si esperara una reprimenda. Estaba esquelética debido a una dieta basada en un alto consumo de proteínas y cigarrillos, y su tez era demasiado suave gracias al uso exagerado de cosméticos.

—No se ha dado mucha prisa en llamar. Lo cojo aquí.

Había oído sonar el teléfono y había dado por supuesto que era el estúpido hijo de su mujer pidiendo más dinero para drogas, algo que hacía con cierta asiduidad. Cuando se casó con Lillian, poco después de su divorcio, el chico era un crío muy mono. Cumplidos los treinta, ya no lo era tanto.

—Stanley, ya era hora. ¿Qué demonios haces en el Tíbet?

Había una fuerte distorsión digital.

—Llamo con un teléfono por satélite. Lamento la mala calidad de la conexión. Estoy haciendo senderismo. Acabo de leer tu correo electrónico en el hotel. —A pesar de que hacía tiempo que era profesor de física en la Universidad de California en Santa Bárbara, aún conservaba su fuerte acento nasal de Brooklyn—. Es una línea segura, ¿no?

—Si utilizas el teléfono que te di, sí, es segura. Te he enviado un archivo de audio encriptado de una llamada que Andrew Holmes le ha hecho esta mañana a Arthur Malory. ¿Qué te parece?

—Es interesante, desde luego. Muy interesante. Últimamente el pinchazo del teléfono de Malory nos ha aportado información muy suculenta. ¿Cuál será nuestro próximo movimiento?

—Ya has oído que Holmes ha dicho que guarda los documentos importantes en casa. Eso explica que Griggs saliera con las manos vacías de su despacho. Pero lo más importante es que parece que ha encontrado algo más aparte de la carta de Montserrat. Por lo visto está tras la pista de algo muy concreto. Quiero entrar en casa de Holmes el próximo jueves por la noche, cuando estén en el restaurante. Es una oportunidad perfecta. Casi nunca salen.

—¿No crees que es muy arriesgado?

—Sin riesgo no hay recompensa. Griggs se encargará de minimizarlo.

—Entonces ¿qué quieres de mí?

—Funcionamos por consenso. Me gustaría contar con tu beneplácito para adoptar una estrategia más agresiva.

—Pues adelante. ¿Qué dicen los demás?

—Todos han dicho que debería hacerlo.

—Bien. Pues yo digo lo mismo. ¿Contento?

—Encantado.

—Por cierto, ¿qué es eso de la costilla? —preguntó Engel.

—No tengo ni idea. Es algo completamente nuevo. Me muero de ganas por saber más. Debo confesarte que es la primera vez en mi vida que albergo ciertas esperanzas de encontrar el Grial. Esperanzas de verdad. Tengo un presentimiento.

—Un presentimiento, ¿eh? Una afirmación muy convincente desde un punto de vista empírico por parte de un científico de fama mundial...

Harp soltó un gruñido.

—El Grial lleva dos mil años perdido, Stanley. Estoy dispuesto a utilizar la cabeza, el corazón e incluso el alma para encontrarlo. Y nadie va a detenerme.

Cuando sonó el timbre, Andrew Holmes cogió su portafolios de cremallera y bajó corriendo la escalera. Tiró la carpeta al sofá, con tan mala puntería que pasó de largo y cayó detrás del asiento. Se maldijo a sí mismo, pero la dejó donde estaba y fue a ver quién llamaba a la puerta. Ya la recogería después de cenar, o se lo pediría a Arthur, que era más joven y ágil. No había decidido si le hablaría de las nuevas cartas antes de mostrárselas, o si se las haría leer sin decirle nada del tema. Hiciera lo que hiciese, iba a ser un momento épico.

Arthur estaba en la puerta con una amplia sonrisa y un paquete envuelto con papel de regalo para Ann.

—Ah, justo a tiempo —dijo Holmes—. No te imaginas las ganas que tenía de que llegara este momento. Sírvete algo de beber mientras cojo las llaves e intento que Ann se dé prisa.

Al cabo de poco, Holmes se puso histérico porque no encontraba las llaves del coche. Empezó a murmurar que estaba convencido de que tenían que estar en casa porque hacía solo dos horas que había vuelto de la facultad en coche.

—¡Soy demasiado joven para estar tan senil! —exclamó lo bastante alto para que Arthur se estremeciera.

—¿Estás buscando las llaves? —le preguntó su mujer desde el piso de arriba.

—Claro que sí, caray.

—Están junto al hervidor, donde las has dejado.

Ann apareció con un bonito vestido verde, perfecto para una velada de primavera. Entró en la cocina mientras Holmes se guardaba las llaves en el bolsillo y saludó a Arthur con un gesto alegre de la mano, pero él enseguida se dio cuenta de que no se encontraba bien. Daba la sensación de que avanzaba con pasos poco seguros y que tenía que apoyarse en el bastón con más fuerza que de costumbre. Además, parecía que había perdido peso desde la última vez que la había visto.

—No sé por qué las he dejado aquí —murmuró Holmes con voz distraída.

—Piensa en todo el tiempo del que dispondrías para hacer otras cosas si las dejaras en el recibidor al llegar a casa. Si lo sumaras, seguramente equivaldría a un día entero.

—Muy graciosa.

—Siento que te veas mezclado en nuestros problemas domésticos —le dijo Ann a Arthur.

—No te preocupes —contestó este al tiempo que le entregaba el paquete envuelto—. Me alegra poder celebrar tu cumpleaños con vosotros.

—No era necesario que te molestaras. —Ann dejó el regalo en la mesa de la cocina—. Te daría un abrazo, pero me temo que tengo un virus.

—¿Un virus? —preguntó Holmes—. ¿Cómo es posible que una microbióloga no sea un poco más precisa?

—De acuerdo —dijo Ann lanzando un suspiro—. Un enterovirus.

Holmes soltó un gruñido.

—¿Estás segura de que no es Eloise?

Ann trabajaba en el laboratorio de investigación de la universidad, pero estaba de baja debido a un brote de su esclerosis múltiple, que le había provocado debilidad en una pierna y leves mareos. Era una de esas personas optimistas incapaz de llamar a la enfermedad por su nombre, por eso había decidido bautizarla con otro más alegre.

—No, no es Eloise —aseguró.

Holmes asintió y examinó el regalo.

—Parece un libro.

—Y lo es —admitió Arthur. Era un libro de fotografías de jardines ingleses, un tema que sabía que a Ann le interesaba—. Puedes abrirlo ahora o dejarlo para luego, como quieras.

—Más tarde —dijo ella—. Después de cenar. Prefiero disfrutar de las expectativas.

Holmes hizo tintinear las llaves como señal para que se dirigieran al coche.

—Tú también vas a tener que esperar, Arthur. Te mostraré mi descubrimiento después de cenar, cuando regresemos. Expectativas.

Holmes miró a Ann por encima de sus estrechas gafas con aire de preocupación.

—Tienes un color de piel muy parecido al de tu vestido. ¿Estás segura de que quieres salir?

—Es mi cumpleaños, no pienso perderme la celebración. ¿Sabes lo difícil que es lograr que te comprometas para salir a cenar?

Cuando salieron había empezado a ponerse el sol y caía la noche. Cinco minutos después de que se hubieran ido, un hombre salió de un coche aparcado en la misma calle, no muy lejos de la entrada. Griggs se acercó al lateral de la casa y abrió la verja que daba al jardín trasero con la naturalidad propia de quien vuelve al hogar tras la jornada laboral. Era alto, de hombros anchos y con el pelo corto. Llevaba una chaqueta de cuero entallada que se ajustaba a su abdomen plano. Tenía el rostro curtido, de pendenciero, pero era lo bastante atractivo como para atraer al tipo de mujeres que le gustaban.

No había alarma antirrobo. Lo sabía por una visita de reconocimiento previa. El jardín trasero quedaba bien protegido de las miradas de los vecinos. Cogió una piedra de un lecho de flores y golpeó con suavidad uno de los cristales, que se hizo añicos con un tintineo musical. Introdujo la mano enguantada por el agujero y giró el pomo.

El haz de luz de una linterna podía despertar más recelos que una habituación iluminada, así que decidió encender y apagar las luces a medida que recorría las

distintas habitaciones de la casa. Las del piso de abajo carecían de interés: una sala de estar, el comedor, la cocina y una salita para ver la televisión. Tardó unos cuantos minutos en arrasarlas. Lo hizo con desgana: tiró lámparas, vació cajones y rompió unos cuantos objetos de porcelana sin hacer mucho ruido. Entonces subió al piso de arriba y encontró de inmediato lo que estaba buscando.

Arthur se acomodó en el asiento trasero del coche de Holmes y se sintió como un actor que asistía a una representación con dos personajes. Holmes y su mujer parecían interpretar la típica escena doméstica de un viejo matrimonio.

—¿Siempre tienes que tomar las curvas tan rápido? —preguntó ella—. Ya sabes que a mi estómago no le sienta nada bien.

—Tendrían que construir carreteras más rectas.

—Sí, por supuesto. Menudas ideas se te ocurren.

El GPS instalado en el salpicadero anunció una curva.

Ann señaló el aparato.

—Hace veinte años que vivimos aquí y hemos ido una docena de veces a ese restaurante. ¿Cómo es posible que necesites este trasto para llegar hasta allí?

—No te casaste conmigo por mi sentido de la orientación —replicó Holmes—. Pero echo de menos aquellos días ya lejanos en los que te sentabas con el mapa y me reprendías a gritos, graznando como un cuervo.

—Me atrevería a decir que te orientaba mejor que este Tom.

—Creo que se llama TomTom.

De repente Ann se llevó las manos al estómago y lanzó un leve gemido.

—Esto no puede seguir así —dijo Holmes—. Lo siento, pero voy a pedirle al TomTom que nos lleve de vuelta a casa.

Holmes tenía un amplio estudio que había nacido de la unión de dos dormitorios. Como daba a la parte delantera de la casa y se encontraba muy por encima de los setos, Griggs corrió las cortinas antes de encender una lámpara. Miró el reloj. Teniendo en cuenta los varios metros de estanterías que había, la multitud de archivadores y las montañas de libros y papeles, aquello iba a ser como buscar una aguja en un pajar.

En primer lugar fue hasta el escritorio y desconectó el portátil del cargador. Una rápida búsqueda le permitió encontrar uno de sus objetivos: una carpeta en la que se leía «Abadía de Montserrat – Los Tres Amigos», escrito con la pulcra caligrafía de Holmes. La carpeta contenía notas escritas a mano, un manuscrito mecanografiado con la indicación de «borrador» y varias fotografías.

—Uno conseguido; ya solo queda otro —dijo Griggs para sí mismo frunciendo

los labios.

Griggs no estaba teniendo suerte: no conseguía culminar la misión. Vacío los cajones del escritorio en el suelo como habría hecho un ladrón. Para dar más verosimilitud a la escena, se guardó un sobre lleno de euros y otras monedas internacionales de los viajes de Holmes al extranjero. No sabía si su segundo objetivo estaba dentro de una carpeta, una libreta o entre papeles sueltos, pero lo único seguro era que no estaba en el escritorio. Empezó a buscar en los archivadores con la esperanza de que Holmes y compañía disfrutaran de una cena larga y sin prisas.

De pronto oyó el portazo de un coche y, antes de que pudiera mirar entre las cortinas, el ruido de la puerta delantera de la casa. Mantuvo la calma, era algo que llevaba en los genes, pero se maldijo entre dientes porque los planes se habían torcido. Por suerte tenía un plan B. Con Griggs siempre había un plan B. Lo activó mentalmente cuando se abrió la puerta.

Arthur fue el último en entrar.

—¡Oh, Dios mío! ¡Nos han robado! —exclamó Ann.

Los tres se quedaron mirando el desorden que reinaba en el salón.

—Tenemos que irnos de aquí —dijo Arthur—. Puede que aún estén en la casa. Llamaré a la policía desde el coche.

Pero antes de que pudieran salir, Griggs apareció en lo alto de la escalera y sacó lentamente la pistola que llevaba en la cintura del pantalón, una Bersa del calibre 40, una pequeña arma de fabricación argentina, su favorita entre las pistolas que podían pasar desapercibidas. Bajó la escalera despacio y sin dejar de apuntar a Ann, para aumentar el efecto psicológico.

—Los tres. Diríjense a la sala de estar. Ahora.

Arthur tuvo enseguida la certeza de que ese hombre no era un vulgar ladrón. Mostraba demasiada serenidad, demasiada seguridad en sí mismo. Los ladrones no tenían ese aire arrogante. Se asustaban. Al estar protegido detrás de Ann y Andrew, pensó que podría llegar a la puerta, pero en ese caso el hombre tal vez hubiera disparado. De modo que obedeció y entró en la salita, seguido del intruso.

Holmes respiraba con cierta dificultad; la amenaza de una posible reacción violenta lo había sumido en un estado de desconcierto.

—Mi mujer no se encuentra bien. Tiene que sentarse.

—Pues siéntese —le ordenó Griggs.

—Coja lo que quiera, pero luego váyase, por favor —le dijo Ann.

Griggs no le hizo caso y apuntó a Arthur.

—Usted es Arthur Malory.

La afirmación hizo que a este se le aflojaran las rodillas.

—¿Cómo lo sabe?

—Sé mucho de usted. —Utilizó el arma como puntero con un gesto despreocupado y luego señaló a Holmes—. Y también de usted.

—¿Quién es usted? —preguntó Arthur.

—Eso no importa.

Holmes se dio cuenta de que el hombre sujetaba su portátil y la carpeta de los Tres Amigos con la mano libre.

—¿Por qué quiere todo eso?

Griggs volvió a hacer caso omiso de la pregunta.

—Necesito una cosa más —dijo—. Si me la dan, me iré tranquilamente. Si no, las cosas se pondrán feas.

—¿Qué? ¿De qué se trata? —se apresuró a preguntar Holmes.

—Quiero todo lo relacionado con Malory y el Grial. Documentos, notas, todo el material que haya reunido.

Holmes le lanzó una mirada de incredulidad pero no dijo nada.

Arthur lo había oído perfectamente, pero quería que lo repitiera.

—¿Qué ha dicho?

—Hemos escuchado su llamada telefónica, no se moleste en negarlo.

—¿«Hemos»? —preguntó Holmes—. ¿A quién demonios se refiere?

—A las partes interesadas.

Aquello no tenía sentido. Los únicos interesados en el Grial acostumbraban a ser eruditos, lectores, incluso el público profano. Pero no gente armada que pinchaba teléfonos y entraba a robar en casas.

—¿Quiénes son esas partes? —preguntó Arthur—. ¿Y por qué están interesadas en el Grial? ¿Y en mí?

—No me hagan perder el tiempo. ¿Dónde está el material nuevo?

—No está aquí —respondió Holmes.

—Miente. —Apuntó a Arthur con la pistola—. Ya se lo ha mostrado, ¿no es así?

Arthur le lanzó una mirada furiosa y se negó a contestar.

—¡No se lo des, Andrew! —exclamó Ann—. Le hemos visto la cara. Si se lo das, nos hará daño.

Holmes la miró con tristeza y sin esperanza.

—Haga lo que haga, saldremos perdiendo.

Griggs movió la cabeza con un gesto que no presagiaba nada bueno.

—No voy a darle otra oportunidad —dijo—. Pórtese bien y entrégueme todo lo que le pido.

—Váyase, por favor —le suplicó Holmes con voz cansada—. No llamaremos a las autoridades. No es algo tan importante. No es más que una antigua reliquia que acabará en un museo si alguna vez se encuentra. No vale la pena herirnos.

—Se equivoca. Es muy importante —replicó Griggs. Dejó el ordenador y la

carpeta en una mesa y cogió un cojín del sofá—. Última oportunidad, ¿va a decírmelo?

—¡No! ¡Váyase! —le espetó Holmes en tono desafiante.

Griggs pegó el cojín al cañón de la pistola y se oyó un disparo sordo. Durante unos segundos nadie se movió. Entonces Arthur vio la mirada de desconcierto reflejada en el rostro de Ann cuando su vestido empezó a teñirse de rojo.

Holmes se volvió hacia ella, y en ese instante Arthur se dejó llevar por el instinto más que por una decisión premeditada. En su época había sido un buen jugador de rugby, así que se abalanzó contra el desconocido con la intención de placarlo a la altura de la cintura, antes de que pudiera disparar otra vez, y tirarlo al suelo.

Pero no salió como esperaba.

Antes de alcanzarlo, oyó una detonación, vio el fogonazo del cañón y sintió un dolor atroz en el costado. Pero aun así no se detuvo: empotró al hombre contra la pared y tiró un cuadro. Sin hacer caso del dolor, intentó derribar al intruso, pero aquel tipo parecía estar pegado a la pared y no pudo tirarlo al suelo.

Sabía que era cuestión de segundos antes de que volviera a dispararle, por lo que decidió apartarse un poco, lo suficiente para alcanzarle la cara y clavarle los pulgares en los ojos.

Cuando Griggs le golpeó en la cabeza con la culata, el repentino dolor le cortocircuitó el sistema nervioso. Bajó los brazos y perdió la visión, reemplazada por un destello resplandeciente, como si lo hubieran obligado a mirar el sol directamente.

El dolor del golpe no fue atroz. Apenas tuvo tiempo de ser consciente de ello cuando el sol se puso y la oscuridad cayó sobre él.

Algo iba mal, muy mal.

La luz era mortecina, artificial y débil; los sonidos, mecánicos: zumbidos y pitidos.

A Arthur le dolía la cabeza y el costado izquierdo. Tenía la garganta irritada e hinchada. Parpadeó varias veces y enfocó el techo. Paneles acústicos de color hueso. Movi6 los dedos y notó unas sábanas ásperas.

Estaba en una cama, tendido de espaldas.

Intentó incorporarse, pero se dio cuenta de que tenía los brazos atados a las barandillas laterales. Acto seguido una mujer ocupó todo su campo de visión, una enfermera joven de rostro amable.

—Señor Malory. Se ha despertado. Voy a avisar al médico.

Un médico. ¿Por qué? ¿Dónde estaba? ¿Qué había sucedido?

La enfermera volvió, le soltó las correas y subió la cama. Le ofreció zumo con una pajita. Arthur tenía la garganta muy seca y sorbió con fuerza. Notó una punzada en el pecho y tosió.

—Tómeselo con calma.

—¿Dónde estoy?

—En el hospital John Radcliffe. En la unidad de cuidados intensivos de neurocirugía.

—¿Cuánto tiempo llevo aquí?

—Tres días.

—¿Qué me ha pasado?

—El doctor Singh, que ya viene hacia aquí, responderá a todas esas preguntas.

El médico era un hombre diminuto, llevaba un pijama sanitario azul, tenía un rostro adusto y era obvio que no le sobraba el tiempo. Antes de que Arthur pudiera abrir la boca, vio una linterna en la mano del doctor y notó un fuerte resplandor en los ojos. Después de un breve examen neurológico, de comprobar la fuerza de sus extremidades y su sensibilidad, el neurocirujano ya estaba listo para hablar.

—Ha sufrido una fractura craneal y un pequeño hematoma subdural que he logrado evacuar. Le dejaremos las vendas hasta mañana o pasado mañana. También ha sufrido una lesión, una fractura en una costilla.

—Me duele mucho el costado.

—¿Sabía que tiene un par de costillas más de lo normal?

—Sí.

—Bueno, pues es probable que la de la izquierda le haya salvado la vida, ya que es ahí donde rebotó la bala. De lo contrario le habría alcanzado el bazo y habría podido morir desangrado.

—¿Una bala?

—¿No recuerda lo que sucedió?

—No.

—La amnesia postraumática es una de las secuelas habituales en casos como el suyo. Puede que recupere la memoria de lo sucedido, pero no es seguro. Es imposible saberlo.

—Dígame qué sucedió.

—Preferiría dejarle esa cuestión a la policía. Están impacientes por hablar con usted. Intentaré postergarlo tanto como me sea posible. También inhaló humo, por lo que tuvimos que proporcionarle respiración asistida y sedarlo hasta primera hora de esta mañana. Pero en estos momentos parece que su evolución es muy buena. Creo que podremos trasladarlo a planta hoy mismo.

Arthur pasó las siguientes horas dándole vueltas a la cabeza, intentando rememorar qué había sucedido. Recordó que había ido en coche a ver a Andrew Holmes, llegó, le dio su regalo a Ann, se fueron al restaurante, pero tuvieron que volver antes de tiempo. A partir de ese momento, chocaba con una cortina negra que se negaba a mostrarle nada más.

La enfermera lo preparó para el traslado y le dijo que varios amigos habían intentado visitarlo pero que no habían dejado entrar a nadie. Sin embargo, no recordaba cómo se llamaban.

—¿Alguno de ellos era Andrew Holmes?

La enfermera lo miró.

—No, no me suena ese nombre. Uno de ellos tenía barba —dijo.

—¿Tony Ferro?

—Sí, creo que se llamaba así. Lo acompañaba una mujer alta y muy guapa.

—¿Sandy Marina?

—Sí, seguro. Dijeron que volverían hoy por la noche.

En el momento en que introdujeron su cama en el ascensor para trasladarlo a planta, le vino un recuerdo a la cabeza. La enfermera pareció reparar en la expresión de sorpresa de su cara y le preguntó si se encontraba bien. Arthur asintió. Había recordado un fragmento aislado.

Ann abrió la puerta de casa. Entraron los tres. La sala de estar estaba destrozada. Habían entrado a robarles en casa.

Pero ¿qué sucedió luego?

La cortina negra se cerró de nuevo.

Esa tarde lo trasladaron a una habitación compartida en la que un hombre mayor que él no parecía hacer otra cosa que dormir y llenar la bolsa de orina. El televisor no funcionaba. No había libros ni revistas. Le preguntó a una enfermera si sabía dónde estaban su teléfono móvil y su cartera, pero la mujer le dijo que había llegado a

urgencias sin efectos personales. Pidió que le dejaran llamar y esperó a que le activaran el servicio. Intentó de nuevo apartar la cortina negra sin éxito.

Un terapeuta de respiración le visitó para enseñarle un tratamiento que lo ayudara a expulsar la mucosidad de sus pulmones irritados. Mientras soplabla con fuerza por una boquilla para elevar una serie de bolas que debían llegar a lo alto del tubo, le vinieron más recuerdos a la memoria.

Un hombre corpulento en lo alto de las escaleras.

Una pistola.

Preguntas sobre el Grial.

Alterado, Arthur le hizo un gesto al terapeuta para que lo dejara a solas e intentó forzar desesperadamente los límites de su memoria. ¿Qué les había sucedido a Holmes y a Ann? ¿Y sus heridas? ¿Cómo se las había provocado?

Entonces, durante la cena, mientras comía una gelatina, recordó el resto; fue como si estallara una presa y liberara un torrente de imágenes perturbadoras.

Un disparo. Ann desangrándose. Un intento de placaje al desconocido. Otro disparo. Un dolor en el costado, una lucha frenética y primaria por la supervivencia, un dolor horrible en la cabeza.

Y eso era todo. Tal vez acabaría recordando algo más, pero en ese momento le parecía poco probable. Tenía la sensación de haber recordado todo lo sucedido. Aún no sabía si Ann había sobrevivido al disparo. No sabía qué le había ocurrido a Holmes, pero el modo en que la enfermera de la UCI había evitado el contacto visual con él lo inquietaba bastante.

No tardó en obtener las respuestas.

Tony Ferro y Sandy Marina llegaron cuando empezaron las horas de visita, y ambos eran el fiel reflejo de la preocupación y la tristeza. Arthur no los había visto desde la última reunión de los lunáticos del Grial en Oxford, en el Bear Inn. Sandy era profesora de teología en Cambridge, una pelirroja imponente y vivaz que rondaba los cuarenta, con un sentido del humor mordaz y una risa aguda acorde. Tony era como un oso, con barba cerrada y una tripa que sobresalía bajo su omnipresente chaleco de lana. A pesar de que aún no había cumplido los cincuenta, sus prematuras canas le hacían parecer mayor de lo que era. Tanto Sandy como él se acercaron incómodos a la cama, inseguros de qué hacer o decir.

Arthur les pidió que corrieran la cortina que lo separaba de su compañero de habitación y les dijo que cogieran una silla. Viendo su expresión y las lágrimas de Sandy, Arthur comprendió enseguida que Holmes había muerto. Le tendió la mano y ella se la cogió.

—Nos dijeron que tal vez no recordarías nada —empezó Sandy.

—Al principio no recordaba nada, pero ahora ya sí. He recuperado la memoria. Sin embargo, nadie me ha dicho qué les ha pasado a Ann y Andrew. Por favor.

La pareja intercambió una mirada de incomodidad y Tony asintió y carraspeó.

—Quienquiera que fuera el responsable prendió fuego a la casa. Creen que cogió gasolina de la cabaña del jardín de Andrew. Un vecino vio las llamas y logró abrir la puerta. Te encontró cerca del recibidor y logró sacarte a la calle, pero luego no consiguió llegar hasta ellos. Los bomberos encontraron los cuerpos después de apagar el incendio. Los periódicos dicen que ambos recibieron un disparo y que seguramente murieron antes de que el fuego consumiera la casa. Han muerto, Arthur, han muerto los dos.

Los tres lloraron casi en silencio durante varios minutos, hasta que Arthur empezó a toser, lo que le provocó fuertes dolores. Sandy insistió en dejarlo solo hasta que se calmara. Al cabo de un minuto les pidió que volvieran y les preguntó si habían detenido al intruso.

—No —dijo Sandy—. Nos han dicho que la policía no tiene sospechosos. Están buscando a uno o más ladrones.

—¿Ladrones? —replicó Arthur—. No fueron ladrones.

—Entonces ¿quién? —preguntó Tony.

—Había un hombre, pero no era un ladrón. Buscaba el Grial.

—¿A qué te refieres? —preguntó Sandy, con una mirada a medio camino entre la sorpresa y la preocupación.

—Entró en la casa cuando nosotros ya estábamos de camino al restaurante, pero tuvimos que volver antes de tiempo porque Ann no se encontraba bien. Lo sorprendimos y nos amenazó con una pistola. Había cogido el portátil de Holmes y una de sus carpetas de investigación, que había encontrado en el estudio. Nos dijo que quería los documentos que había descubierto hacía poco.

—¿Qué documentos? —preguntó Tony.

—Holmes me llamó hace unos días para decirme que había hecho un descubrimiento nuevo, algo muy importante. Me dijo que tenía que ver conmigo, lo creas o no, que creía que existía la posibilidad de encontrar el Grial y que necesitaba mi ayuda.

—¿Y ese tipo cómo sabía todo eso? —preguntó Sandy.

—Nos dijo que había otras partes interesadas, esa fue la expresión que utilizó, unas partes interesadas que nos habían pinchado el teléfono.

—¿Quién demonios podría estar interesado en el Grial hasta esos extremos? —preguntó Tony—. ¡Es un maldito objeto histórico y ni tan siquiera sabemos a ciencia cierta si existe! Para nosotros ha sido un deporte, un ejercicio académico maravilloso, tal vez una búsqueda metafórica como no hay otra.

—Si existiera y alguien lo encontrara —lo interrumpió Sandy—, tendría un valor monetario muy elevado.

Tony asintió.

—Pero aun así... ¿Matar por ello cuando ni tan siquiera hay nadie que esté ni remotamente cerca de encontrarlo? Eso no tiene sentido.

—Solo os he contado lo que nos dijo el hombre.

—¿Holmes llegó a enseñarte lo que había encontrado? —preguntó Sandy.

Arthur negó con la cabeza.

—Iba a contármelo después de la cena, pero no tuvo oportunidad de hacerlo.

—Se quemó todo —dijo Sandy—. Todo. Su maravillosa biblioteca, todos sus papeles. Tal vez nunca lleguemos a saber qué descubrió. Una pequeña tragedia que remata otra mucho mayor.

Alguien llamó a la puerta, tras lo cual dos hombres con traje entraron en la habitación.

—Lamento interrumpirlos —dijo uno de ellos—. Soy el inspector Hobbs, de la Policía del Valle del Támesis, y este es el subinspector Melton. Nos gustaría hablar con el señor Malory, si nos lo permiten.

Sandy se inclinó hacia Arthur para darle un beso y Tony le dio una palmada en el hombro.

—Que te mejores —dijo Tony—. Ya seguiremos con la charla en el Bear Inn cuando estés mejor.

Cuando se fueron, el inspector Hobbs y el subinspector Melton se acercaron a la cama de Arthur.

—Sabemos que ha padecido una experiencia muy dura, señor Malory —empezó Hobbs, que era mayor y tenía el porte de un sepulturero—, y que hasta anoche ha necesitado respiración asistida. En vista de la lesión que ha sufrido en la cabeza, no esperamos que recuerde con claridad todo lo que sucedió, pero nos gustaría saber qué es lo que no ha olvidado.

—Esto es el comienzo de un diálogo, señor Malory —añadió Melton, joven e impaciente—. A medida que pasan los días, las víctimas tienden a recordar más y más, y nos gustaría que nos avisara cuando le vengán nuevos recuerdos a la cabeza ya que...

Arthur lo interrumpió en mitad de la frase.

—Lo recuerdo todo.

—¿De verdad? —preguntó Hobbs.

—No sé por qué, tal vez no sea lo habitual, pero solo he tardado unas horas en recordarlo todo.

Melton sacó una libreta y un bolígrafo.

—Excelente, señor Malory. ¿Por qué no empieza por el principio y nos cuenta todo lo que recuerda sobre los hechos de la noche en cuestión?

Arthur les contó lo sucedido; los ocasionales ataques de tos lo obligaban a hacer una pausa y a llevarse la mano al costado para ejercer presión y controlar el dolor.

Mientras hablaba fue asimilando las expresiones faciales de los policías, por lo que no le sorprendió que lo acosaran a preguntas teñidas de escepticismo cuando acabó.

—De modo que usted no cree que el hombre de origen caucásico que entró en la casa —dijo Hobbs— fuera un vulgar ladrón...

—En absoluto.

—A pesar del hecho de que le robó el reloj, el teléfono móvil y la cartera; a pesar del hecho de que cuando entraron en casa vieron que estaba todo revuelto; a pesar del hecho de que no hemos encontrado el bolso de la señora Holmes, ni la cartera ni el reloj del profesor Holmes.

—Sí, a pesar de todo eso —insistió Arthur.

—Ese Grial del que nos ha hablado, ¿es el mismo que aparece en *Los caballeros de la mesa cuadrada* de los Monty Python?

—¿Me está tomando el pelo? —preguntó Arthur, cuyo humor empezaba a agriarse.

—En absoluto —contestó Melton de un modo poco convincente—. Es que no estoy familiarizado con el Grial y todas esas cosas.

—El Grial es un objeto que despierta fascinación desde hace dos mil años; infinidad de eruditos, dramaturgos y novelistas han escrito sobre él. Yo llevo bastante tiempo estudiándolo, como un mero aficionado, y así fue como conocí a Andrew Holmes.

—¿Sabe si el Grial es real? —preguntó Melton.

—No, claro que no.

—Ya veo —dijo el policía joven, con una sonrisa de desdén.

—Ha dicho que el hombre que asaltó la casa afirmó haber pinchado una conversación telefónica reciente entre usted y el profesor Holmes —intervino Hobbs.

—Nos dijo que los responsables eran las partes interesadas.

—Y ¿quiénes podrían ser esas partes interesadas?

—No tengo ni idea. No nos lo dijo.

—¿Unas personas dispuestas a cometer una serie de graves delitos, incluso asesinatos, en busca de un objeto que tal vez ni siquiera exista? ¿Cree que tiene sentido, señor Malory?

Arthur negó con la cabeza.

—No, pero es lo que nos dijo y, aún más importante, es lo que hizo.

—Las lesiones en la cabeza son un asunto peliagudo, señor Malory —dijo Hobbs con voz solemne—. Basándome en mi dilatada experiencia, le diré que los recuerdos pueden verse muy alterados debido a este tipo de traumas. Y en su caso es aún peor ya que recibió un disparo y sufrió la inhalación de humo. Además, deben de haberle administrado analgésicos, ¿verdad?

Arthur asintió; no le gustaba el rumbo que había tomado la conversación.

—He hablado con especialistas en la materia —prosiguió Hobbs—. La mente puede jugarnos malas pasadas. Usted fue a ver al profesor Holmes por un asunto relacionado con el Grial. Eso es lo que tiene usted en la cabeza, y es comprensible que recuerde los hechos de esa noche a través de ese prisma, ¿no cree?

—Recuerdo lo que sucedió —dijo Arthur rotundamente antes de sucumbir a un ataque de tos.

—Bueno, vamos a pedirle a la enfermera que venga a atenderlo —repuso Hobbs—. Le enviaremos a un dibujante de la policía para que haga un retrato robot del ladrón. Le dejo mi tarjeta en la mesita por si desea cambiar su declaración. Volveremos dentro de un par de días para ver si sus recuerdos de esa noche son diferentes, ¿de acuerdo, señor Malory?

Jeremy Harp recibió a Griggs en la biblioteca y cerró la puerta para impedir que su mujer los molestara.

Griggs se mostraba tan impasible como siempre. Su rostro era un enigma. Harp nunca lo había visto furioso, pero tampoco feliz, triste o frustrado. Era eficiente y mecánico, aunque Harp había esperado que reflejara algún tipo de emoción después del monumental lío de Oxfordshire.

Griggs le entregó el portátil y la carpeta de Montserrat de Andrew Holmes.

—¿Estás completamente seguro de que no te han seguido hasta aquí?

—Estoy seguro.

—¿Dónde has estado los últimos tres días?

—Intentando pasar desapercibido.

Harp había encontrado a Griggs a través de un conocido. Un colega de Suiza, un Khem, se había ido a vivir a Costa Rica al retirarse y había tenido que despedir a Griggs tras unos recortes de personal. A Harp le gustó su perfil y lo contrató. Había dejado el grupo de Protección Especializada de la policía metropolitana y poseía un excelente manejo de las armas. Sin embargo, lo más importante era que tenía dos rasgos que Harp valoraba de forma especial: era inteligente y sabía obedecer órdenes. Lo puso al mando de su seguridad personal y de vez en cuando le encargaba misiones relacionadas con los Khem. Le pagaba bien, muy bien. Por lo que sabía, Griggs tenía un piso en Londres, pero también le proporcionaba alojamiento en una casa de invitados de su propia finca que Griggs utilizaba con frecuencia.

Sin embargo, a pesar de lo mucho que había llegado a confiar en él, Harp siempre se mostraba precavido. A fin de cuentas, Griggs era un empleado. Para la misión actual simplemente le había dicho que el Grial era un objeto de un valor incalculable, uno de los grandes tesoros por descubrir del mundo, y que para Harp, como coleccionista, era una pieza importantísima. Esa información era más que suficiente para que se hiciera una idea clara de su interés.

Le pidió que se sentara en la silla que tenía delante. Griggs juntó sus grandes manos en el regazo.

Harp lo miró con frialdad.

—¿Cómo ha podido suceder algo así?

Griggs se encogió de hombros.

—Volvieron pronto, demasiado pronto. Siempre hay una mínima posibilidad de que me descubran. Pero estaba preparado para cualquier eventualidad, claro.

—Y eso incluía el asesinato.

—Así es. Supuse que era consciente de los riesgos cuando me pidió que entrara en una casa.

Griggs gruñó.

—¿Y Malory?

—Le disparé y le golpeé. Creía que no respiraba. Además, prendí fuego a la casa.

—Aun así sobrevivió.

—Por desgracia, sí. Es culpa mía. Debería haberle disparado otra bala.

—¿Y no pudiste encontrar el resto de los documentos?

Griggs señaló la carpeta.

—Solo los que están ahí. Quizá lo que busca está en su ordenador.

—Ya lo veremos. Dame cinco minutos.

Harp hojeó las páginas con el ceño fruncido y murmurando para sí. Luego encendió el portátil y dedicó varios minutos a buscar entre las carpetas y los documentos.

—La carta de Montserrat es muy interesante —dijo al final—, pero el resto de lo que quiero no está en el ordenador.

—Entonces debió de quemarse.

—¿Era necesario provocar el incendio?

—Es lo que hace un ladrón que mata a alguien y es presa del pánico.

—Bueno, escucha: quiero que sigas pasando desapercibido, como tú dices.

—Tengo que hacer una cosa —dijo Griggs.

—¿De qué se trata?

—Tengo que rematar el trabajo.

Harp se alarmó.

—¿Te refieres a Malory?

—Puede identificarme.

Harp se puso en pie bruscamente.

—En estos momentos, la única posibilidad que tengo de encontrar el Grial reside en Arthur Malory. Tal vez Andrew Holmes tuvo tiempo de contarle algo sobre su descubrimiento. Y aunque no fuera así, si tengo razón en cuanto a Malory, intentará averiguar lo que sabía Holmes y yo lo seguiré de cerca. Es una bendición que no lo

mataras.

Griggs se puso en pie y se alzó por encima del pequeño Harp.

—Puede identificarme. A mí, no a usted.

Harp se acercó al escritorio, abrió un cajón y metió varios miles de libras en un sobre grande.

Griggs lo cogió con su manaza y lo sopesó.

—Esto está muy bien, pero no servirá para aliviar mis preocupaciones.

—¿Qué necesitas para borrarlas?

—La Policía del Valle del Támesis tendrá interés en investigar el caso. Este tipo de crímenes tan llamativos no son habituales en su jurisdicción. Han puesto el caso en manos de dos hombres, un inspector y un subinspector. He hecho algunas preguntas. No son polis corruptos, pero sí corrompibles. Mis preocupaciones se verían muy aliviadas si los tuviéramos bien untados.

—¿Y eso cuánto me costaría?

—Diría que unas cincuenta.

—Cincuenta mil libras es mucho dinero.

—Cincuenta para el inspector y cincuenta para el subinspector. Y no me gustaría sentirme menos valorado que ellos.

Harp enarcó las cejas en un gesto teatral.

—A ti ya te pago bastante bien.

—No recuerdo que el asesinato figurara en el encargo de trabajo.

Harp consideró las opciones.

—Te daré el dinero por la mañana.

—Se lo haré llegar a través de un intermediario. Sin nombres. Y ayudaré a la policía de otra manera. Robé unas cuantas piezas de una cubertería de plata, incluida una copa grabada que unos colegas le regalaron a Holmes. Se lo dejé todo, de forma anónima, a un drogadicto. Intentará empeñarlo. Cuando se descubra, la historia del robo cobrará fuerza. Si Malory cuenta lo del Grial a la policía, no le harán caso.

—Lo dejo en tus manos, entonces.

—Aun así, voy a tener que encargarme de Malory.

Harp miró a los ojos a aquel hombre alto.

—Tranquilo, tendrás tu oportunidad. Pero será cuando yo lo diga, no antes.

¿Queda claro?

Griggs tardó en responder más de lo que a Harp le habría gustado.

—Te he preguntado si queda claro.

—Sí, está claro.

Griggs se levantó de la silla.

—¿Puedo preguntarle una cosa, doctor Harp?

—Adelante.

—¿Por qué es tan importante el Grial para usted? Holmes dijo que si alguien lo encontraba acabaría en un museo.

A Harp no le hizo gracia la pregunta. Griggs nunca lo había desafiado, y menos aún había tenido la osadía de tomarse esas confianzas con él. ¿Acaso había cambiado el equilibrio de poder entre ambos por culpa de los asesinatos?

Pensó en cómo responder a la pregunta, y al final se decantó por una opción sencilla.

—No necesitas saberlo para hacer tu trabajo. Pero voy a decirte una cosa: si alguien lo encuentra, el Grial nunca acabará en un museo.

Arthur se despertó con el alegre trino de los pájaros que cantaban frente a la ventana de su habitación y bajó las escaleras medio dormido para encender la cafetera. Mientras el café caía gota a gota, salió por la puerta trasera para ver el aspecto de la naturaleza. Caía una lluvia fina y el jardín se mostraba fecundo y rebosante de flores.

A medida que la fractura de cráneo, la costilla y los pulmones irritados fueron mejorando con el paso del tiempo, pudo empezar a aumentar su nivel de actividad. Siempre había estado en forma (le gustaba correr, ir en bicicleta, caminar por el campo con su detector de metales) y la reciente inactividad tampoco lo había sumido en la decrepitud. Con el visto bueno de su médico, había empezado a correr un poco, pero sin forzar demasiado su maltrecha caja torácica.

Tenía una acogedora casa de tres plantas en una calle bastante bulliciosa de Wokingham. El ruido de la circulación nunca había supuesto una molestia porque solo lo oía cuando tenía que levantarse temprano entre semana, pero después de pasar un mes entero en casa había empezado a pensar en la posibilidad de buscar un lugar más tranquilo.

Era su primera casa y se ajustaba a sus necesidades como si fuera una especie de Ricitos de Oro: no era ni muy grande ni muy pequeña. Utilizaba la habitación de menor tamaño de despacho y había decorado la planta baja con muebles clásicos. Sus padres habían fallecido al cumplir los sesenta: su padre, Arthur, de una enfermedad del corazón, y su madre de cáncer. Ahora que ya no estaban y que no tenía hermanos con los que compartir recuerdos, le gustaba esa sensación de familiaridad, de disfrutar del mismo salón y el mismo comedor en los que había crecido. Llenó las estanterías con volúmenes que había recopilado su padre: historia, geología, arqueología y libros de viaje, además de una buena colección sobre temas artúricos que él mismo había complementado con sus propias adquisiciones.

De vez en cuando compartía la casa con una novia, pero solo hasta cierto punto. Nunca había estado comprometido, jamás había permitido que nadie se instalara de manera definitiva y, tal y como señalaban sus amigos, mostraba una falta de entusiasmo crónica hacia el compromiso. Su última novia había sido algo más tajante el día en que rompieron.

—Eres un maldito narcisista, Arthur, ¿lo sabías? —le espetó.

—¿Es narcisismo sentir pasión por mi trabajo y mis aficiones? —replicó él.

—¡Sí, si siempre los antepones a mis deseos!

—Siento que no me entusiasmara ir de crucero por el Caribe. No es el ambiente que más me va, me temo.

—Lo único que te importa es tu ambiente. Lo siento, pero pasar el día excavando

en el barro en busca de tesoros y tener que aguantar tus aburridos discursos sobre los amigos del rey Arturo... Eso tampoco es mi ambiente.

Arthur la miró con frialdad y replicó a ese último reproche:

—Tal vez las cosas habrían sido diferentes si estuviera enamorado de ti.

Las palabras de despedida de la chica fueron bastante desagradables, y con razón.

Desde el jardín, Arthur oyó el timbre. Se limpió los zapatos en el felpudo, atravesó la casa y cogió el bate de críquet que tenía junto a la entrada; luego acercó la cara a la mirilla que había instalado en la puerta. Al ver que era el inspector Hobbs, con su gesto adusto, dejó el bate y abrió la puerta.

—¿Podría concederme un minuto, señor Malory?

—Adelante. ¿Un café? Acabo de poner la cafetera.

—No, gracias.

Entraron en la sala de estar de Arthur. Hobbs no se quitó la gabardina y miró a su alrededor.

—Tiene una casa bonita —dijo.

—Gracias.

Se fijó en una lámpara de queroseno roja que había en el aparador y la cogió.

—Qué bonita. ¿Es una antigüedad?

—No, es moderna. Es útil tenerla a mano cuando hay un corte de luz. ¿En qué puedo ayudarlo?

Hobbs dejó la lámpara en su sitio.

—Hemos investigado una serie de robos cometidos en Oxford y alrededores y quería mostrarle las fotografías de los posibles sospechosos para comprobar si alguno de ellos fue el hombre que lo atacó.

Arthur negó con la cabeza y dejó la taza de café.

—No sé cuántas veces voy a tener que decírselo. No fue un robo.

—Se lo agradezco y hemos tomado nota de sus declaraciones oficiales. Sin embargo, debemos atenernos a los hechos. Desde un punto de vista puramente científico, estamos convencidos de que la casa del profesor Holmes fue asaltada. En la universidad se han producido más robos. Estamos trabajando con la teoría de que el autor podría ser el responsable del robo que se perpetró en su despacho de la universidad y que podría haber obtenido la dirección de su casa entonces.

—Mire, yo... —intentó decir Arthur, pero Hobbs lo cortó.

—Es más, un vendedor de antigüedades de Reading recibió unos objetos de plata que despertaron sus sospechas y llamó a la policía. Hemos comprobado que pertenecían al profesor Holmes y hemos identificado al hombre que intentó venderlos, un drogadicto que estaba internado en un centro de desintoxicación la noche de los hechos. Sin embargo, hemos averiguado que los obtuvo de un delincuente que a su vez los había obtenido de otro. Esa cadena de escoria nos ha

conducido a un callejón sin salida, pero no hace sino reforzar nuestra teoría de que lo sucedido fue un robo.

—Sigue sin tener en cuenta el Grial —dijo Arthur, que no parecía frustrado, tan solo cansado.

—Francamente, la idea de que este crimen atroz esté relacionado de algún modo con el Santo Grial me resulta descabellada. La cuestión no es lo que usted desea oír, sino la verdad. Y ahora, ¿le importaría echar un vistazo a las fotografías de esos sospechosos de robo? También están las de los drogadictos que he mencionado.

Arthur lanzó un suspiro y examinó las fotografías. No le sorprendió que ninguno de los sospechosos fuera el hombre al que había visto.

—Quiero que le quede claro que ninguno de estos hombres guarda el menor parecido con el retrato robot policial —dijo Arthur.

—Lo entiendo. Como sabrá, hemos publicado el retrato en los periódicos y no hemos recibido ninguna pista fiable.

—¿Me está diciendo que mi versión de lo sucedido esa noche no le merece ninguna credibilidad?

—Solo digo que recibió un golpe muy fuerte en la cabeza.

—¿Se ha tomado al menos la molestia de buscar pruebas sobre el posible pinchazo de mis teléfonos o de los de Andrew Holmes?

—Pues sí, y no encontramos nada.

—De acuerdo, muy bien —dijo Arthur, irritado—. Si me disculpa, tengo otras cosas que hacer.

Hobbs se dirigió hacia la puerta, pero se detuvo al ver el bate de críquet.

—¿Aún cree que lo están observando, señor Malory?

—¿Por qué iba a molestarme en decirle lo que creo?

—Muy bien, como quiera. Si desea hablar conmigo, tiene mi tarjeta.

Después de dedicar el día a la jardinería, Arthur decidió aprovechar las energías que aún le quedaban. Se puso la ropa de deporte y salió a la fría oscuridad. Apenas circulaban coches, pero aun así prefirió ser precavido y no bajó de la acera. En los últimos tiempos su lugar favorito para correr era el parque que había cerca de Langborough Road, no muy lejos de su casa.

Notaba una punzada de dolor en el costado cada vez que pisaba con el pie izquierdo, pero intentó no hacer caso de las molestias y disfrutar del agradable aire nocturno.

Al tomar Fairview Road le pareció notar la presencia de un coche que se acercaba por detrás, por lo que siguió su camino sin bajar de la acera. Para llegar al parque tenía que cruzar Fairview, una tarea fácil incluso de día, ya que se trataba de una calle muy tranquila. No venían coches de frente y el que se acercaba por detrás parecía

haberse detenido. Sin embargo, cuando estaba en mitad de la calzada oyó el rugido de un motor y vio unos potentes faros.

Un coche grande se dirigía hacia él y no iba a frenar.

Arthur miró por encima del hombro. Lo único que veía eran los faros, como los ojos de un depredador nocturno.

Hizo lo único que podía hacer. Se impulsó con el pie derecho e intentó saltar para llegar a la otra acera. Se oyó gritar a sí mismo.

El coche no lo embistió por muy pocos centímetros.

Rodó por el suelo y se detuvo sobre el costado derecho, en la hierba del parque.

El coche huyó sin detenerse, dobló a la izquierda por Gipsy Lane y desapareció mientras el rugido del motor se alejaba.

El dolor de la costilla fisurada le cortó la respiración. Se tendió de espaldas con una mueca y miró las estrellas.

Una mujer salió corriendo de la casa número siete.

—¿Se encuentra bien? —preguntó.

—Eso creo.

—Le he oído gritar —dijo ciñéndose la bata al pecho—. ¿Qué ha sucedido?

Arthur se incorporó a pesar del dolor.

—Casi me atropella un coche.

—Hay muchos gamberros estúpidos por aquí —respondió la mujer—. ¿Ha logrado ver la matrícula?

—No.

—¿Quiere que llame a la policía? ¿Necesita una ambulancia?

—No, estoy bien. —Se puso en pie y se llevó la mano al costado para hacer presión y mitigar así el dolor—. Vivo en Crescent Road, puedo apañármelas solo. ¿Hay cámaras de seguridad en esta calle?

—No. Creo que con todos esos niños en el parque debería haber alguna, pero el ayuntamiento tiene otras prioridades. ¿Está seguro de que se encuentra bien? No me costaría nada llamar a la policía.

—No. Me temo que sería una pérdida de tiempo. Pero gracias, ha sido muy amable.

La mujer cerró la puerta y Arthur emprendió el camino de vuelta a casa, mirando a su alrededor y aguzando el oído por si se aproximaba otro coche.

Intentó imaginar el aspecto del conductor y le vino a la mente el hombre corpulento de rostro curtido y pelo corto que lo había estado acechando en sueños.

Entrar en el Bear Inn fue como hacerlo en un velatorio. Tony Ferro vio a Arthur en cuanto cruzó la puerta, y cuando este logró abrirse paso entre la multitud hasta la mesa ya lo esperaba una pinta de cerveza.

El Bear Inn era el pub favorito de Holmes no solo porque servía la mejor cerveza de la ciudad, sino porque era el más antiguo de Oxford, algo que siempre tenía importancia para un historiador. Además, estaba cerca de su facultad, el Corpus Christi College. Siempre que los lunáticos del Grial se reunían, lo hacían en ese pub, y esa noche no iba a ser distinta, salvo por el doloroso hecho de que Holmes había muerto.

Alguien había colocado una fotografía del profesor en la barra. Reflejaba a la perfección su peculiar encanto, con el mentón prominente, su frondosa mata de pelo, la pajarita de seda, su americana de cinco botones y un bastón con empuñadura de marfil que había utilizado bastante en los últimos tiempos para que su mujer se sintiera menos acomplejada por el suyo. Curiosamente, el bastón era una de sus pocas posesiones que había sobrevivido al incendio. Un vecino, tal vez el mismo héroe que había salvado a Arthur de las llamas, lo había encontrado en la acera entre los escombros, abandonado por los bomberos después de vaciar las habitaciones delanteras antes de que la casa se derrumbara. Ahora descansaba en una de las mesas del pub, convertido en un objeto triste y melancólico como no había ningún otro.

Al ver la fotografía de Holmes, Arthur intentó reprimir en vano un sollozo. El profesor siempre había querido que Arthur se sentara frente a él en el pub para poder entablar conversación más fácilmente. En una de sus reuniones soltó: «¡Después de cuatro pintas, si entrecierro un poco los ojos, cuando miro a Arthur me parece estar viendo a sir Thomas Malory, ese viejo bribón, en carne y hueso!». En otra ocasión dijo: «Si alguna vez acabo el libro que estoy escribiendo sobre sir Thomas, te encargaré el prólogo».

«¿Y qué iba a escribir yo?», preguntó Arthur.

«No lo sé —dijo Holmes entre risas—, ¿qué tal algo sobre por qué la fascinación por el rey Arturo parece ser un rasgo hereditario?».

Tony les abrió paso hasta la mesa del grupo. Aaron Cosgrove se puso en pie y dio un fuerte abrazo a Arthur, que hizo una mueca de dolor. Cosgrove era un lingüista australiano que daba clase en Reading y que mostraba cierta inclinación por los chistes malos.

—Apártate un poco, Sandy —le indicó a Sandy Marina—. Deja sitio a Arthurus Rex.

Sandy movió los posavasos de las cervezas para dejar sentar a Arthur.

—Me alegra ver que te has recuperado y que tienes buen aspecto —dijo, y le dio una palmada en la pierna.

Arthur no podía apartar la mirada del bastón de Holmes. Los diminutos ojos de rubí engastados en la curiosa cabeza que daba forma a la empuñadura estaban sucios de hollín.

Sandy siguió la mirada de Arthur y acarició el bastón.

—Le pedimos al dueño del pub si podía guardarlo aquí.

No fue necesario que añadiera nada más. Esa sencilla frase lo decía todo. Iban a continuar reuniéndose como grupo y Holmes seguiría en su corazón.

—Por Andrew y por Ann —dijo Tom levantando su vaso.

—Por Andrew y por Ann —repitieron todos.

Arthur se bebió media pinta de un trago, aturdido aún por el hecho de que Holmes, esa fuerza de la naturaleza, ya no estuviera entre ellos. La fuerte cerveza tenía un efecto medicinal.

Los demás miembros del grupo mostraron un afable interés por el estado de salud y emocional de Arthur. La mayoría solo conocían la versión oficial de los hechos: que los tres habían sorprendido a un ladrón y a continuación se había producido la tragedia. Arthur se limitó a responder con monosílabos y un gesto adusto y les dijo que pensaba volver pronto al trabajo. En lo que a él respectaba, la velada estaba dedicada a Arthur y Ann, no a él.

Tony se enjugó una lágrima antes de que desapareciera en su bigote. Llevaba su típico jersey sin mangas que escondía su abultada tripa, y en honor de los fallecidos lucía la corbata del Corpus Christi College que, medio en broma, Holmes le había regalado un año por Navidad, a él que precisamente era de Cambridge. «Te regalo esta corbata para fastidiarte, Tony, ya que sé que tu amor por Oxford no tiene límites. Espero que la guardes en el fondo de un cajón y que solo te la pongas en caso de que tengas que acudir a mi funeral».

Aaron reparó en la corbata, señaló las paredes del pub cubiertas de vitrinas con antiguas corbatas de las diversas facultades y le preguntó si también querría exponer la suya.

—No, creo que me la quedaré —dijo Tony.

Todos pronunciaron palabras medidas sobre el horror de lo sucedido, la trágica pérdida de dos personas excepcionales.

—¡Todos sus libros y sus documentos! Qué desastre —exclamó Dennis Lange, un viejo autor artúrico.

—Y a mí qué me importan los malditos libros. Yo quiero que vuelva Holmes —dijo alguien.

—Dennis tiene razón al lamentar la pérdida de los libros —replicó Arthur—. Andrew habría dicho lo mismo. La gente muere, pero los libros perduran.

Dennisapuró la pinta y esbozó una sonrisa para agradecerle el apoyo.

—Bueno, supongo que nunca conoceremos las conclusiones de Andrew sobre el Grial y Montserrat —dijo Aaron, que retomó el hilo de un tema tratado en la última reunión del grupo—. Imagino que su manuscrito se ha convertido en cenizas o que estaba almacenado en un disco duro destrozado por las llamas.

—Quizá el Grial no quiera ser encontrado —comentó Sandy.

—Todos estamos muy ocupados —dijo Aaron—, pero algún día uno de nosotros debería ir a Montserrat y buscar la carta de Holmes para comprobar si hay fuego detrás del humo. —En cuanto pronunció esas palabras se dio cuenta de lo desafortunado de su comentario, murmuró algo en tono de disculpa y se ofreció a pagar la siguiente ronda.

—Todos nos sentamos en torno a nuestra mesa redonda y hablamos y bebemos ad náuseam —dijo Sandy al levantarse para echar una mano a Aaron con los vasos—. Lo que necesitamos es un caballero que monte en su caballo y emprenda una verdadera búsqueda del Grial. Un Galahad moderno.

Arthur se dio cuenta de que Sandy lo miraba fijamente.

Tony se levantó para ir al baño y Arthur lo siguió. Cuando su amigo salió del lavabo, Arthur lo arrastró hasta la salida trasera para poder hablar a solas con él.

—Tony, sabes que no quiero revelar los detalles de lo sucedido esa noche a todo el grupo, ¿verdad?

—Te entiendo. Sandy y yo no se lo hemos contado a nadie.

—No he parado de darle vueltas al tema.

—No me cabe la menor duda.

—La policía no cree nada de lo que les he dicho. Piensan que es todo producto del trauma que sufrí. Para ellos no fue más que un allanamiento de morada de alguien que decidió entrar por el jardín.

—Es una vergüenza —masculló Tony.

—Sigo sin entender cómo ha podido suceder algo así. Ignoro el motivo que puede llevar a alguien a cometer semejante atrocidad para encontrar el Grial.

—A no ser que esas personas estén convencidas, más que cualquiera de nosotros, de que existe de verdad.

Arthur asintió.

—Y a menos que lo consideren un objeto sumamente importante. Tony, creo que alguien intenta matarme.

Tony parecía consternado.

—¿Estás seguro? ¿Has visto a alguien?

—Al principio tan solo tenía la sensación de que me vigilaban cuando conducía, en el aparcamiento del supermercado, ese tipo de cosas. Pero hace unas noches salí a correr y alguien intentó atropellarme.

—¿Lo has denunciado a la policía?

—¿De qué habría servido? No logré ver la matrícula, no hubo testigos y no había cámaras de seguridad en la calle. Ya sabes que creen que estoy loco.

—¿Y qué piensas hacer?

—No he dejado de darle vueltas al asunto, pero no sé qué hacer. ¿Por qué no va a regresar el asesino a rematar la faena? Soy el único testigo de un doble asesinato.

—Al menos eso sí que lo habrá entendido la policía.

—Sí, pero están convencidos de que fue un robo que salió mal y creen que el Grial es un producto de mi mente confusa. Me han dicho que me proporcionarán protección cuando reciba una amenaza clara, pero también han dejado caer que es poco probable que un yonqui que entra a robar en una casa, incluso uno que ha cometido un asesinato, se atreva a eliminar a un testigo. Mira, Tony, si creyera que el hombre que entró en casa de Andrew era un simple ladrón, lo aceptaría y seguiría adelante con mi vida. Pero hay algo más. Lo sucedido tiene que ver con el Grial. He estado a punto de morir por culpa del Grial. Y ahora creo que es lo único que podría salvarme.

—¿A qué te refieres?

—Holmes averiguó algo, y eso era lo que buscaba el hombre que entró en su casa. En un momento dado me preguntó si Holmes ya me había dicho de qué se trataba. Creen que Andrew me había revelado su descubrimiento. Yo estaba convencido de que eso me proporcionaría cierta protección, al menos hasta que trataron de atropellarme. Sé que lo volverá a intentar, y tarde o temprano lo conseguirá. Lo sé.

—Caray, Arthur.

—Aunque las posibilidades sean remotas, creo que el único modo de estar a salvo es hacer lo posible por encontrar el Grial y, en caso de lograrlo, anunciar su descubrimiento públicamente. Desde mi punto de vista, es la única forma de neutralizar a las partes interesadas de las que habló el ladrón. Tengo que encontrar el Grial y descubrir la identidad del asesino. De lo contrario, el grupo acabará bebiendo también en mi memoria.

—¡Ni tan siquiera sabemos si existe, Arthur!

—Pero alguien cree que sí.

—¿Cómo puedo ayudarte?

—En el fondo soy un profano en la materia, Tony. Necesitaré la ayuda de un verdadero estudioso. Pero tendremos que ir con cuidado. No quiero involucrarte más de la cuenta.

—Por supuesto. Haré todo lo que pueda.

—¿Sabes si Holmes tenía una agenda donde apuntara las citas?

—No tengo ni idea. Habla con la secretaria de su departamento. Se llama Madeleine. Él la llamaba Maddie. Te enviaré su número.

—Gracias.

—Y ten cuidado, por el amor de Dios. No quiero perder a otro amigo.

La facultad de Historia de Oxford se encontraba en George Street, apartada de la calle principal, en un edificio con el tejado a dos aguas que en el siglo XIX había albergado el City of Oxford High School for Boys, la escuela a la que asistió T. E. Lawrence, que habría de convertirse en el afamado Lawrence de Arabia.

En el pasado Arthur se había reunido con Holmes en la facultad, pero nunca se había encontrado con Maddie. La mujer, de cara redonda y vestida con un jersey holgado, lo recibió en su cubículo y le ofreció una taza de té preparado con su hervidor eléctrico personal. Cuando empezó a hablar de Holmes se le empañaron los ojos y Arthur no tardó en darse cuenta de que su amigo había sido su profesor favorito.

—¿Cómo se encuentra, señor Malory? —preguntó Maddie—. El profesor hablaba maravillas de usted.

—Voy mejorando poco a poco, gracias. Regresaré al trabajo el lunes.

—Estoy segura de que lo ayudará a no pensar en...

Se le entrecortó la voz y Arthur acudió en su rescate.

—Estoy convencido de que así será.

Al final decidió ir al grano. Le dijo a Maddie que Holmes iba a hablarle de un descubrimiento muy reciente relacionado con el Grial. ¿Sabía a qué podía referirse?

—Me temo que no —respondió la mujer—. Acostumbrábamos a hablar de cuestiones del departamento, no de asuntos académicos. De vez en cuando le pasaba al ordenador algún manuscrito, pero ninguno en los últimos tiempos.

—¿Llevaba una agenda de sus reuniones o viajes?

—Tenía una pequeña agenda personal que siempre llevaba encima. Él mismo gestionaba sus viajes y citas. No acostumbro a encargarme de esos temas de la facultad. Sé que la policía preguntó por una agenda hace unas semanas y que buscaron en su despacho, pero no encontraron nada, por lo que imagino que la llevaba encima o que la tenía en casa.

—¿No tenía ningún otro registro de sus planes?

La mujer tomó un sorbo de té.

—Tenía un calendario de escritorio en el que anotaba algo de vez en cuando, creo.

—¿Puedo verlo?

—No tengo permiso —dijo Maddie—. El jefe de departamento aún no ha decidido qué va a suceder con su despacho.

Arthur le dedicó la más cálida de sus sonrisas, y los reparos de Maddie se desvanecieron.

—Venga. Supongo que eso no le hará daño a nadie. La policía dijo que ya habían

examinado todo lo que necesitaban.

El despacho estaba ordenado y bien organizado, con etiquetas escritas a mano en las carpetas y los cartapacios. En el calendario solo había unas cuantas anotaciones. La primera que le llamó la atención fue dolorosa, del día de su muerte.

«Cumpleaños de Ann/Cena *cum* Arthur».

Examinó las semanas anteriores. Había referencias a reuniones de la facultad o citas con estudiantes. Solo una de las entradas tenía cierto interés. El 12 de marzo había una nota muy tentadora.

«Día fuera. ¡BG!».

—¿Sabe dónde fue este día? —le preguntó a Maddie señalando la fecha en cuestión.

—No tengo ni idea.

—¿Se le ocurre alguna forma de averiguarlo?

La mujer negó con la cabeza.

—La única otra persona que podía saberlo era la señora Holmes, y ya no podemos preguntárselo.

—Si hubiera tomado un tren o un avión, ¿lo habría reservado él mismo?

—Imposible. Era un negado para esas cosas. Me habría encargado yo, pero no hice ninguna reserva.

—De modo que debió de ir en coche.

—Es lo más probable.

—¿Sabe quién podría ser BG?

—Me temo que no. Y no conozco a ningún profesor de la facultad u otro colega cuyo apellido empiece por G.

Arthur lanzó un suspiro y le pidió algo más. Lo hizo en un tono de voz tan lastimero que la mujer se limitó a asentir. Le concedió diez minutos, cerró la puerta al salir y lo dejó a solas. Se puso manos a la obra de inmediato y empezó a registrar los cajones y los archivadores; las etiquetas escritas con la clara letra de Holmes le ayudaron. Sin embargo, cuando volvió Maddie, que había sido generosa con el tiempo, no había encontrado nada sobre la carta de Montserrat y, aún peor, nada sobre la noticia que Holmes quería darle.

Después de dar un paseo por el antiguo patio del Corpus Christi College para despejarse la cabeza, Arthur regresó al aparcamiento. Cuando estaba a punto de entrar en el Land Rover tuvo de nuevo la sensación de que lo observaban; tras volverse bruscamente y examinar el entorno, se sentó al volante y regresó a Wokingham lleno de inquietud.

Su regreso a Harp Industries fue más difícil de lo que había previsto. Lo embargaba la sensación de que había estado de baja mucho más tiempo del que en realidad había

transcurrido. Gente que no lo conocía demasiado le lanzaba miradas furtivas e incómodas, y los que eran colegas y amigos más cercanos le prodigaban más atención de la que quería. Cuando llegó a su despacho se había cansado de responder tantas veces a las mismas preguntas de la misma manera.

Su ayudante administrativa, Pam, lo recibió con una actitud más despreocupada, pero ya se había puesto en contacto con él dos semanas antes para empezar a preguntarle por algunas cuestiones relacionadas con el trabajo y para programar reuniones.

—¿Café? —le preguntó.

—Sí, por favor, pero por extraño que parezca he empezado a tomarlo con azúcar. Debe de haber sido el golpe en la cabeza.

—Pues azúcar. Martin viene hacia aquí. Me pidió que lo avisara en cuanto llegaras.

Martin Ash apareció al cabo de poco en la puerta de Arthur con una sonrisa de oreja a oreja y un par de sobres. Tenía poco más de sesenta años y era un ejecutivo consumado, capaz de pasar de un tono paternal a otro más autoritario. Ese día era todo simpatía y amabilidad.

—Nos alegramos mucho de volver a tenerte entre nosotros, Arthur —dijo sentándose en una silla.

—Muchas gracias por venir a verme al hospital. Creo que ese día me estaban haciendo una resonancia.

—Estábamos preocupadísimos. Te he traído una postal de bienvenida firmada por todos los miembros de la división de imanes.

Arthur le echó un vistazo y la dejó en la mesa.

—Estoy listo para volver a ponerme manos a la obra. Es la época de cierre de presupuestos y sé que tengo que empezar a trabajar ya mismo para cumplir con los plazos previstos.

—No quiero que te fuerces más de la cuenta. Has pasado por una experiencia muy traumática. Mientras estabas de baja le he pedido a Stu Gelfand que se ocupara de esos asuntos. Creo que ha empezado a trabajar con tus directores para poner al día los números.

Stu Gelfand dirigía la división de imanes del sector consumo. Arthur dirigía la división industrial, que era mucho más grande. Existía una clara rivalidad entre ambos para hacerse con el puesto de Ash cuando este se retirara, y Arthur no quería que Stu metiera la nariz en su departamento.

—Tendré que enviarle una cesta de fruta a Stu —comentó Arthur.

—Una cosa más. He recibido una carta del doctor Harp por mensajero que quiere que te entregue en persona. Aquí la tienes.

—Ignoraba que supiera quién soy.

—Arthur, creo que ahora todo el mundo te conoce.

Jeremy Harp tenía una copa de armañac en las manos. Estaba en el Boodle's, su club de Londres, cuando un camarero se acercó y le comunicó que su invitado había llegado.

—Hazlo pasar —dijo Harp meneando la copa.

Raj Chatterjee entró con una gran sonrisa y admirando con mirada atenta el oscuro y suntuoso interior del salón.

—Hola, Jeremy —dijo—. Siempre había querido ver cómo era este lugar por dentro.

—Pues ya lo has conseguido. ¿Un trago?

—Un agua con gas —le pidió al camarero—. ¿Podrías lograr que me admitieran? —preguntó Chatterjee con una sonrisa radiante.

Harp sabía que era imposible. Era difícil que aceptaran la solicitud de un bengalí por mucho que fuera profesor numerario del Instituto de Física Teórica de Berna.

—Ya veremos, Raj. De momento puedes consolarte con el hecho de que ya perteneces a un club mucho más exclusivo.

Chatterjee asintió con un movimiento enérgico de cabeza.

—¿Has venido a dar una conferencia? —preguntó Harp.

—Sí. Esta noche imparto un seminario y mañana presento un estudio.

—Bien, pues me alegro de que hayas encontrado un momento para que nos veamos.

Chatterjee se puso serio.

—Bueno, dime, ¿de qué se trata?

Harp miró a su alrededor para asegurarse de que nadie se había sentado en alguno de los sillones más próximos.

—Por suerte, el asunto Holmes no ha provocado secuelas. No parece que la policía esté siguiendo ninguna pista. Creo que Griggs está a salvo.

—Esto ha sido un gran contratiempo, Jeremy —le espetó Chatterjee.

Harp abrió las manos en un gesto de indefensión.

—¿Qué quieres que te diga? Griggs me aseguró que fue inevitable. Al menos parece que ha sabido eliminar cualquier rastro que pudiera delatarlo.

—Pero Malory sigue con vida.

—Por suerte.

—Malory podría identificar a Griggs y, si él se fuera de la lengua, estaríamos en una situación muy vulnerable.

—Soy consciente de todo eso. Nadie se ha arriesgado más que yo. Y Griggs también es consciente de su propia vulnerabilidad. He tenido que ofrecerle un sustancioso incentivo para que no eliminara a Malory aún.

—No soy el único que cree que no debemos subestimar la gravedad de la situación. Griggs nos ha metido en un buen apuro.

El tono de su colega hizo que a Harp le temblara el labio.

—Comparto esas preocupaciones —dijo intentando controlar su ira.

—¿Cómo puedes tener la certeza de que Malory emprenderá la búsqueda del Grial?

—En un mundo cuántico la certeza es un concepto esquivo, Raj. Pero estoy bastante seguro de que reaccionará de manera enérgica. Malory sabe que Griggs le sigue la pista. La otra noche fingió que pretendía atropellarlo. Sabe que la policía no contempla otra opción de lo sucedido en casa de Holmes que no sea el robo. Y sabe que el Grial es una pieza clave en el asunto. Estoy seguro de que cree que la única forma de quitarse de encima a Griggs, el único camino que puede conducirlo a la salvación, es encontrar el Grial, si puede encontrarse, y mostrarlo al mundo. Y créeme, no dejaremos de presionarlo para que no se duerma en los laureles.

—Pero cuando llegue el momento adecuado habrá que eliminar a Malory —insistió Chatterjee.

—Por supuesto. Está viviendo de prestado y nosotros somos el banco. Griggs también.

Chatterjee asintió con la cabeza.

—¿Se ha recuperado ya lo bastante para retomar el rastro?

—El otro día Griggs lo siguió hasta Oxford. Fue a la facultad de Historia. Supongo que examinó la oficina y los papeles de Andrew Holmes, pero sabemos que los últimos documentos no estaban ahí. Al menos es una señal de que ha empezado la búsqueda.

—¿Aún tienes pinchado su teléfono?

—Por suerte mandé retirar el micrófono del aparato de su despacho antes de que la policía investigara la posible intervención de las líneas. En estos momentos no podemos arriesgarnos a instalar nuevos micrófonos, aunque Griggs quería intentarlo.

—Pero entonces ¿eso es todo? ¿Ahora toca esperar?

—Ya sabes que la pasividad no forma parte de mi carácter. Le he enviado una carta a Malory.

—¿Que has hecho qué?

—Le he enviado una carta. Una bonita nota escrita a mano con mi papel personal.

—Bromeas.

—No. Nunca nos hemos visto cara a cara y quiero conocerlo mejor. Lo he invitado a que participe en la búsqueda de un tesoro.

El Land Rover de líneas geométricas de Arthur sufrió la embestida del viento por el lateral mientras avanzaba en dirección norte por la A12, hacia Suffolk. Había salido antes de la hora punta para llegar a tiempo a la cena. El campo estaba empapado de lluvia y las tierras que se extendían más allá de los setos estaban listas para la plantación. Conducía con la ventana un poco bajada para que el interior del vehículo se impregnara del olor a tierra.

Nunca había conocido en persona a Jeremy Harp; lo había visto unas cuantas veces como parte del público cuando Harp bajaba a Basingstoke a dar una de sus charlas de motivación a sus empleados. Lo que sabía de él lo había leído en la página web de la empresa: Harp se había licenciado en física aplicada en Manchester y había realizado uno de los primeros trabajos clave sobre imanes de neodimio. De no ser por él, o eso era lo que se decía, el mundo no tendría discos duros, aparatos de resonancia magnética, servomotores y herramientas sin cable. En los primeros años de su carrera había sido un científico serio, pero ahora que su compañía había madurado Harp había abandonado su papel ejecutivo para dedicar su tiempo a otras actividades, como el coleccionismo de arte.

El GPS avisó del desvío. Binford estaba al este de Bildeston. Era un pueblo diminuto con un puñado de casitas de color pastel y con el tejado de paja, un pub y una oficina de correos con tienda. «Hola, Binford. Adiós, Binford», pensó Arthur al atravesarlo. Binford Hall se encontraba al final de un camino muy estrecho. Si hubiera aparecido otro coche en dirección contraria, se habría visto obligado a detenerse en el arcén. La entrada de la casa era como mínimo modesta: un camino de grava con un pequeño cartel de madera con la advertencia de PRIVADO. Al parecer a los superricos no les gustaba anunciarse.

Después de una curva muy cerrada apareció la verja de la casa. Había una puerta alta de hierro y una valla sólida con carteles que advertían del peligro de electrocución. Cuando Arthur detuvo el coche, un hombre joven vestido con un blazer azul y el pelo rubio y corto salió de una caseta con una carpeta en la mano.

—Hola, señor Malory —dijo secamente, con un fuerte acento afrikáner. Se quitó las gafas de sol y miró el interior del vehículo; parecía estar memorizando el contenido del Land Rover. Cuando finalizó la inspección, volvió a ponerse las gafas —. Anunciaré su visita —dijo.

El camino de grava que había al otro lado de la valla era sinuoso y estaba sembrado de unas piedras de un blanco imposible.

—Joder —murmuró Arthur cuando enfiló el último tramo recto del camino y vio la casa.

Era una mansión espléndida, una obra maestra de ladrillos rojizos, torreones y

gabletes, que se alzaba en forma de E, rodeada de un jardín inmenso. Arthur no tardaría en descubrir que era un edificio de principios de la era Tudor, construido alrededor de 1490, aunque sometido a obras de mejora y reforma en varias ocasiones a lo largo de los siglos. Calculó que tenía unas cuarenta habitaciones, pero se quedó corto por veinte. A medida que se aproximaba a la casa fue reduciendo la velocidad del mismo modo que un barco al entrar en una zona de velocidad reducida, por miedo a hacer saltar alguna piedra preciosa del camino.

Arthur aparcó en el patio delantero. Cuando bajó del vehículo se preguntó si sería capaz de encontrar un timbre en las enormes puertas de roble, pero estas se abrieron y salió un hombre bajo y vivaracho que agitaba un brazo a modo de saludo entusiasta.

—¡Hola! —le dijo Harp—. Bienvenido a Binford Hall. ¿Qué tal ha ido el viaje, Arthur?

Al intercambiar los cumplidos de rigor, Arthur tomó nota de las primeras impresiones que le causó su anfitrión. Harp era un hombre rubicundo, tenía la nariz roja, como los bebedores, pero al verlo de cerca se dio cuenta de que a buen seguro era una erupción. Cuando regresó a casa, Arthur investigó en internet y decidió que era rosácea, una enfermedad crónica que al parecer ni tan siquiera un millonario podía derrotar. De hecho, a lo largo del fin de semana no lo vio beber en demasiadas ocasiones. No podía decirse lo mismo de la señora Harp, que siempre parecía tener una copa en la mano.

Harp tenía un largo flequillo blanco y unos ojos inteligentes y brillantes. Con su prominente estómago, cualquier otro hombre habría parecido un gordinflón, pero él llevaba una ropa confeccionada y planchada de manera tan impecable que solo parecía un tipo adinerado. Arthur imaginó que cada vez que se quitaba las prendas que cubrían su pequeño cuerpo, las enviaban de inmediato a la tintorería, e incluso sus mocasines immaculados, sometidos como estaban a los horrores de la grava del camino, eran enviados al zapatero para que les cambiara la suela.

Harp le hizo un gesto con la mano.

—Entra. Deja la bolsa aquí. Te la llevarán a tu habitación. Si quieres, puedes ir a asearte y luego te enseñaré la finca mientras haya luz. Es maravilloso que estés aquí. Maravilloso. Luego te presentaré a mi mujer.

El recibidor era enorme, revestido con paneles de madera. Tenía una altura de dos plantas, con lo que las visitas se sentían minúsculas. Una elegante escalera conducía a una galería con barandilla. Las paredes estaban cubiertas de retratos y paisajes con marcos muy recargados, y en las escaleras a Arthur le pareció ver la firma de Rembrandt en un retrato de tonos ámbar de un campesino con las mejillas sonrosadas.

Harp debió de seguir la dirección de su mirada.

—Sí —dijo—. Es un Rembrandt. Tal vez te haya confundido el que esté escrito

«Rembrant», sin la «d», pero así es como firmaba antes de 1633. Lo compré junto con un De Gelder y un Hals en la misma subasta hace una década. Debería haber comprado más cuando tuve oportunidad. Los maestros flamencos nunca se deprecian.

Arthur reprimió las ganas de preguntar cuánto costaba, aunque estaba convencido de que a Harp le habría encantado decírselo.

Al llegar a lo alto de la escalera Harp señaló un largo pasillo.

—La quinta puerta a la derecha, la que está abierta. Esa es la tuya. Cuando estés listo, baja, danos un grito y hacemos la visita. ¿Te parece?

—Me parece perfecto —respondió Arthur, sorprendido por la magnificencia que lo rodeaba.

Su habitación era grande, estaba bien amueblada y tenía un baño con una gran bañera con patas de león y una ducha de vapor separada. Había incluso un televisor instalado a la altura de la bañera.

Un chico del servicio le llevó la bolsa y regresó al cabo de poco con un carro de bebidas: agua embotellada, jerez y licores de primera calidad. Meditó la posibilidad de tomar un trago, pero quería tener la cabeza despejada cuando se reuniera con el presidente, por lo que cogió el abrigo y bajó para hacer la visita.

Aunque Harp tenía las piernas cortas, caminaba a buen ritmo con las botas de agua, lo que obligó a Arthur a acelerar la marcha para seguirle el paso. Le enseñó la finca, resaltando los hechos más destacados de los antiguos propietarios de Binford Hall, y señaló las principales características arquitectónicas, paisajísticas y hortícolas, soltando los nombres en latín de las plantas con falsa naturalidad. Según Harp, ninguno de sus predecesores en Binford había hecho gala de ninguna habilidad destacable que no fuera la de heredar dinero. No había ni una lumbrera en arte, ciencia, política o negocios. Hasta que llegó él, claro, tal era el subtexto de su discurso. Había comprado la casa a principios de la década de los noventa a un inútil arruinado que podía seguir su linaje hasta el siglo XVI. A decir de Harp, el tipo cogió el dinero y se largó a España, donde se mató en un accidente de coche.

—Dejó Binford convertido en un auténtico desastre, pero el lugar tenía potencial. Me di cuenta en la primera visita. ¿Cuánto crees que me costó reconstruirlo? —preguntó Harp.

—Varios millones, supongo —respondió Arthur.

—¡Diez! —exclamó Harp sacando pecho—. No ahorré en gastos. Ahora mismo diría que es una de las mejores fincas de Inglaterra. Y no es solo la casa y los jardines. Detrás de los establos tenemos casi ciento sesenta hectáreas de las mejores tierras de labranza de Suffolk. Tuve que introducir nuevos métodos de cultivo para que la empresa diera beneficios. Ya sabes, aún no he recibido el premio Nobel de Física, aunque han empezado a correr rumores sobre la lista de candidatos de este año. Si por algún extraño motivo nunca gano el de Física, deberían concederme el de

Agricultura. El director de mi granja no para de impartir seminarios sobre nuestros métodos. Sin duda esta es la granja del país que utiliza la tecnología más avanzada.

El sol empezaba a ponerse, pero Arthur distinguió una extensión de tono ámbar oscuro a lo lejos.

—Ahí es donde harás las prospecciones mañana —dijo Harp—. En principio hará buen tiempo.

—Me muero de ganas —dijo Arthur.

—Nos vestiremos elegantes para cenar.

Eso fue lo que Harp le dijo a Arthur al acompañarlo a su dormitorio. Si una americana y una corbata de rayas se ajustaban al concepto de «elegante», entonces Arthur no tendría ningún problema.

El comedor era magnífico: una sala de techos altos de estilo Tudor con una galería para músicos, estandartes heráldicos y un techo decorado con un artesonado muy elaborado. La larga mesa, centrada a la perfección en la inmensa sala, estaba dispuesta para tres comensales; Harp la presidía.

El anfitrión llevaba un traje oscuro con una corbata de seda de color lila, y su mujer lucía un elegante vestido. La señora Harp acudió a la velada con el gesto torcido de alguien obligado a hacer gala de su hospitalidad, pero se alegró al ver a Arthur y se deshizo en elogios sobre sus ojos azules y su frondosa mata de pelo, algo que irritó a su marido.

—Leí las noticias sobre el trágico suceso en el que te viste involucrado y hablé con Martin Ash al respecto —dijo Harp cuando el criado se llevó el primer plato—. Me habría puesto en contacto contigo antes, pero quería asegurarme de que te habías recuperado. ¿Te encuentras bien?

—Ya estoy casi al cien por cien —respondió Arthur—. He vuelto al trabajo y me siento bastante bien, gracias.

—Lamento que tuvieras que sufrir una experiencia tan dura. ¡Adónde iré a parar este país! Los robos descarados están fuera de control.

Arthur se limitó a asentir. No había ningún motivo para corregir a Harp.

—¿Sabes? Encontré el boletín de noticias de nuestra compañía muy informativo —dijo Harp cambiando de tema—. De no ser así, ¿cómo habría descubierto que trabajaba para mí alguien tan interesante como tú?

—No creo que sea alguien tan interesante —intentó corregirlo Arthur.

—¡Olvídate de la modestia! —replicó Harp—. Te licenciaste en químicas en Bristol, eres un hacha en marketing según Martin Ash, descienes del hombre que puso al rey Arturo en el mapa, estudias historia y eres explorador. Para mí eres un hombre del Renacimiento, Arthur, y me gustan los hombres renacentistas. En eso nos parecemos.

—Gracias, señor.

—No me vengas con esas tonterías de «señor». Llámame Jeremy. También te interesa el Grial, ¿no es cierto?

—Sí, es un tema que me fascina.

—A mí también —dijo Harp cogiendo la copa de vino.

—¿Ah, sí? —preguntó Arthur con entusiasmo—. ¿A qué se debe ese interés?

—No solo de trabajo vive el hombre. Cuando me dedicaba exclusivamente a la física, tenía otros intereses. Este, en concreto, nace de la lectura de *La muerte de Arturo* de tu antepasado cuando iba a la escuela. La búsqueda del Grial artúrico es muy atrayente, ¿no crees? Es una metáfora que sirve para todo tipo de búsquedas. A lo largo de los años he leído sobre el tema, pero me atrevería a decir que no estoy a tu altura.

—Eso no lo sé, pero no podría estar más de acuerdo con tu opinión sobre el poder de atracción que ejerce —dijo Arthur—, aunque hay personas que dicen que la búsqueda trasciende el significado metafórico.

—¿Eres una de esas personas? —preguntó Harp, que se sirvió carne de la bandeja que le ofrecía el criado.

Arthur esquivó la pregunta.

—Como sabrás, la Iglesia católica considera que el cáliz de la catedral de Valencia es el verdadero Grial, por lo que podría argumentarse que ya se ha encontrado un objeto físico y real.

Harp se rio.

—Pero tú no lo crees, ¿verdad? Tu cara te delata.

—¡Claro que no! —exclamó Arthur—. Es un objeto interesante, de eso no hay duda. Es decir, el cáliz de Valencia data del siglo I y es incuestionable que está hecho con ágata de Oriente Próximo, pero ninguno de los expertos en el Grial que conozco opina que sea el verdadero. Podría seguir hablando del tema —dijo mirando a la señora Harp—, pero me temo que aburriría a tu mujer.

—¡Tonterías! —exclamó Harp—. ¡Es mucho más interesante que hablar del tiempo o de los imanes de neodimio! ¿No crees, Lillian?

La señora Harp se sirvió más vino y esbozó una sonrisa.

—En ese artículo hiciste una declaración que me pareció algo provocativa —prosiguió Harp—. Decías que tenías algunas ideas sobre la posible ubicación del Grial.

—Sí.

—Cuéntame.

—Bueno, no se trata de una investigación personal, sino que pertenezco a un grupo informal de buscadores del Grial. La mayoría de los miembros pertenecen al mundo académico y nos reunimos de manera periódica para intercambiar ideas.

Arthur hizo una pausa para enjugarse una lágrima involuntaria que se le había formado en la comisura del ojo.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Harp.

—Lo siento —se apresuró a responder Arthur—. Es que el fundador del grupo y su mujer fueron las personas asesinadas en el robo.

—Ya veo. Es horrible, horrible. —Harp chasqueó la lengua y su mujer lo imitó.

—Andrew Holmes era profesor de historia en Oxford. En los últimos tiempos había logrado un avance importante ya que había descubierto un documento medieval extraordinario.

—¿Ah, sí? —preguntó Harp, que dejó los cubiertos en el plato.

—No debería hablar demasiado del tema. Mi amigo no había publicado sus descubrimientos y no creo que le hubiera gustado que alguien hablara de ello antes de tiempo.

—Puedes confiar en mí, Arthur —le aseguró Harp—. Además, ¿a quién le voy a hablar de esto? Como caballero y como jefe tuyo, te prometo que guardaré silencio.

Arthur miró a la señora Harp.

—No es necesario que te preocupes por mí. No es que os esté prestando mucha atención.

—Continúa —insistió Harp.

—Por desgracia, no creo que nadie pueda llegar a saber lo que descubrió porque el incendio destruyó todos sus papeles. Pero ahí va lo que me dijo. Como sabrás, la búsqueda del Grial pasó a formar parte de la conciencia pública a través de la literatura artúrica. Es cierto que Thomas Malory puso el tema en el mapa en el siglo XV con *La muerte*, pero todo el mundo sabe que ese libro se basaba en otras obras anteriores.

—*Perceval o el cuento del Grial* de Chrétien de Troyes, *La Grant Estoire dou Graal* de Robert de Boron y el *Parzival* de Wolfram von Eschenbach —recitó Harp de manera casi mecánica.

Arthur se quedó en silencio, sorprendido.

—Creo que eres algo más que un diletante —dijo cuando se recuperó de la impresión.

—No, te lo aseguro. Por suerte o por desgracia tengo una memoria fotográfica. Cuando algo entra en mi cabeza, no vuelve a salir de ahí.

—Y que lo digas —dijo la mujer, con un toque de humor.

—Bueno, has citado la troika de los textos más importantes del siglo XII, dos franceses y uno alemán —prosiguió Arthur—. A lo largo de los siglos, antes de que Malory escribiera la obra definitiva, hubo otras versiones, pero la pregunta más importante es ¿por qué aparecen los tres manuscritos con una diferencia de una o dos décadas? ¿Fue una coincidencia? ¿Acaso el primero, el de Chrétien de Troyes,

provocó que vieran la luz una serie de imitaciones? ¿Existe otra explicación?

—¿Imitaciones? —preguntó Harp.

—Bueno, quizá no sea la palabra más adecuada, ya que cada obra ofrece su versión de los hechos del Grial.

—Y estás a punto de proponer una explicación alternativa, ¿verdad?

—Por supuesto. Como sabrás, aparte de la catedral de Valencia existen una serie de santuarios que se cree que podrían albergar el Grial.

—Aparte de la teoría propuesta por *El código Da Vinci* —añadió Harp en tono burlón.

—Oh, venga ya —dijo Arthur entre risas—. Además de Valencia, los que se citan de manera más habitual son: la capilla Rosslyn, en Escocia; Glastonbury Tor, en Somerset; la Isla de Oak, en Nueva Escocia, y el monasterio de Montserrat, en España. Este último tal vez tenga un atractivo especial, ya que los monjes siempre han defendido la idea de que Montserrat es el «Munsalvaesche» que Von Eschenbach cita como castillo del Grial en *Parzival*. Aunque Montserrat ha sido elegido por un sinnúmero de buscadores del Grial, Andrew Holmes siempre lo consideró el mejor candidato por diversos motivos históricos. Hace unos meses los monjes de Montserrat permitieron que Andrew accediera a la biblioteca medieval del monasterio. En un volumen que seguramente no había tocado ningún ser humano en los últimos novecientos años, encontró una carta escrita en 1175 y dirigida al abad de Montserrat en la que se le daba las gracias por su hospitalidad durante un peregrinaje. La misiva estaba firmada por tres hombres: Chrétien de Troyes, Robert de Boron y Wolfram von Eschenbach.

Harp tragó saliva.

—¿Los tres estuvieron en el mismo lugar y en el mismo momento? —preguntó—. Increíble. Pero ¿era algo más que una carta de agradecimiento? ¿Había alguna mención al Grial?

—No lo sé. Holmes no había compartido su contenido con el grupo. Aún no había mostrado sus cartas. Creo que pretendía causar el máximo impacto cuando estuviera listo para presentar el estudio. Pero, a juzgar por su lenguaje corporal, sabíamos que estaba más convencido que nunca de que Montserrat era la baza ganadora.

—¿Tenía una copia de la carta?

—Creo que los monjes se la dejaron fotografiar. Pero ha desaparecido. Un día me gustaría seguir los pasos que dio e intentar encontrar la carta. Tal vez lo haga si Martin Ash me da unas largas vacaciones.

—¿Y Holmes no te contó nada más sobre sus últimos avances en la investigación del Grial?

A Arthur le escamó un poco aquella pregunta.

—De hecho, había realizado un gran descubrimiento que lo tenía muy

emocionado. Iba a compartirlo conmigo la noche en que lo asesinaron. Me temo que se lo llevó a la tumba.

—Es una pena —dijo Harp—. Tal vez alguien lo redescubra algún día. Creo que...

—Jeremy ¿por qué no lo dejas para mañana? —le suplicó su mujer.

Harp asintió.

—Tiene razón. ¿Por qué no tomamos un poco de pastel y hablamos de algo que nos interese a los tres? Arthur y yo tendremos tiempo de hablar del Grial mañana a la hora del té. ¿A qué hora quieres empezar la prospección?

—Cuanto antes mejor. Ciento sesenta hectáreas es mucho terreno.

—¿Qué esperas encontrar? —preguntó la señora Harp.

—Me conformaría con cualquier cosa que fuera más interesante que una lata de alubias —dijo Arthur—. No muy lejos de aquí, en un campo en Hoxne, un hombre equipado con un detector de metales encontró un tesoro que contenía unas quince mil monedas romanas de oro, plata y bronce. El Museo Británico le pagó unos dos millones de libras. No estaría nada mal encontrar algo parecido.

—Ojalá pudiera acompañarte —dijo Harp—, pero tengo que asistir a una maldita reunión sobre cuestiones agrícolas. El hombre de la caseta, Hengst, estará por aquí si necesitas algo. ¿Te apetece un poco de coñac?

—Por supuesto —dijo Arthur.

Harp dirigió la mirada hacia la galería de músicos vacía, como si estuviera escuchando las melodías entrelazadas de un cuarteto de cuerda invisible.

—Beberemos en memoria de tus amigos.

Arthur empezó a barrer el suelo, cubierto de piedras y terrones de tierra. Era un día soleado, pero a las ocho de la mañana, cuando inició la búsqueda, hacía tanto frío que veía el vaho de su respiración. Sus botas se hundían en el suelo, húmedo, fértil, lleno de promesas: la promesa de una abundante cosecha otoñal de trigo, la promesa de tesoros.

Aunque el hallazgo más importante de la mañana fue una antigua herradura de caballo, Arthur se dio por satisfecho. Era su primera salida al campo desde su hospitalización, y lo embargó un maravilloso bienestar al sentir el viento en la cara y oír el trino de los pájaros. Como un golfista que no se preocupara por el número de golpes, sino que se limitara a disfrutar del tiempo que pasaba fuera, echó a caminar por los campos de este a oeste y luego de oeste a este, con cuidado de no recorrer la misma zona dos veces.

A través de los auriculares oyó el ruido sordo de un motor. Alzó la mirada y vio un todoterreno que se aproximaba desde la casa y se detenía a unos cien metros. El guarda de la caseta se llevó los prismáticos a los ojos, pero Arthur no tenía interés en

curiosear. Imaginó que el hombre agradecía tener algo con lo que distraerse en una aburrida mañana de sábado.

A mediodía clavó la pala de jardinero en la tierra para señalar hasta dónde había llegado y regresó al coche para comer los bocadillos que le habían preparado los cocineros de Harp.

A medida que la tarde avanzaba, el brazo y el hombro de Arthur empezaron a resentirse del movimiento de abanico que habían repetido durante todo el día. El sol comenzaba a ponerse. Su escolta se había ido, pero había regresado y lo observaba desde el todoterreno en punto muerto. Arthur había modificado los ajustes del detector de hierro para reducir el número de hallazgos sin valor y había pasado casi una hora desde que había oído algo interesante en los auriculares.

Se encontraba en un lugar alejado, ensimismado en pensamientos vacuos como la bandada de pájaros que sobrevolaba la zona, cuando un pitido lo devolvió a la realidad. Era un tono nítido y agradable, un poco débil. En la pantalla apareció un 64, una buena cifra, un número que incluía metales preciosos. La profundidad de lectura era de alrededor de un metro. Avanzó un poco más y oyó un claro tono doble, también con una lectura de 64. Dos objetos.

Trazó otro arco un poco más al norte del doble tono y de repente estalló una sinfonía de pitidos.

Era la primera vez que la tierra lo llamaba con esa intensidad.

Tras lograr reprimir el impulso de arrodillarse y empezar a cavar con la pala de jardinero, señaló con sumo cuidado los límites de aquel mar de pitidos. Cuando acabó, clavó la pala en el centro, dejó el detector de metales en el suelo y regresó corriendo al Land Rover para coger la pala grande.

Empezó a excavar la capa superficial, comprobando de manera periódica las señales con su detector hasta que excavó un área de unos dos metros por tres. Empezó a dolerle el costado, pero no iba a permitir que el dolor lo detuviera.

Cada palada era del tamaño de un libro. Había colaborado como voluntario en excavaciones arqueológicas y sabía lo cuidadosos y metódicos que eran los profesionales. Cuando ya había acumulado un pequeño montón de tierra, pasó el detector para verificar la ausencia de metal. Regresó al hoyo que había cavado y lo examinó con el detector. La sinfonía era más fuerte.

El hoyo era cada vez más profundo y el montón de tierra extraída, más alto. Arthur había decidido mantener el mismo nivel en toda la excavación en lugar de empezar a abrir pozos. No quería quedar en ridículo por culpa del empleo de una mala técnica en caso de que tuvieran que llamar a un arqueólogo de verdad. Cuando había descendido casi un metro y examinó de nuevo la superficie de tierra fresca, el pitido fue tan fuerte que tuvo que bajar el volumen de los auriculares.

A partir de ese momento tendría que seguir con la pala de jardinero, pensó.

Empezó a extraer capas finas de tierra, eliminando los escombros con las manos e inspeccionando cada palada antes de lanzarla al montón. De vez en cuando la pala golpeaba algo sólido, pero hasta el momento siempre habían sido piedras.

Topó con algo duro, pero en esta ocasión no fue una piedra. Palpó la obstrucción con la mano para comprobar si era más grande que una roca, pero no le pareció que fuera un nódulo de pedernal. No era tan suave como la superficie de un pedernal, ni tan áspera como una matriz calcárea. Y al deslizar el dedo por encima vio un destello de color inconfundible.

¡Oro!

Utilizó un bolígrafo como espátula por miedo a rayar la superficie del objeto con la punta de la pala. Cuando se dio cuenta de que el bolígrafo no le servía, utilizó las uñas. No tardó en desenterrar una pieza plana de oro, del tamaño de su mano, que brilló bajo la pálida luz de la tarde. Escupió en ella para eliminar la tierra pegada y poder ver el complejo grabado que lucía y se quedó sin respiración: una serie de estilizadas figuras zoomórficas refulgían en la superficie áurea.

Parecía la babera de un yelmo, tal vez anglosajón.

Limpió con cuidado la tierra que rodeaba la babera y apareció otra pieza. Al cabo de un minuto Arthur había desenterrado un brazalete trenzado, grueso, dorado y de preciosa factura.

A juzgar por el pitido insistente del detector, había más piezas. Muchas más.

Se puso en pie, miró hacia el todoterreno que estaba aparcado a lo lejos y le hizo un gesto con el brazo a Hengst, el guarda.

Cuando Jeremy Harp volvió por fin a casa, le pidió a Hengst que se metiera en el hoyo para ayudarlo a bajar. Entre los tres ocupaban casi todo el espacio, por lo que el guarda tuvo que volver a salir. Arthur se arrodilló junto a Harp y le mostró la babera y el brazalete.

—¡Extraordinario! —exclamó Harp acariciando la fría superficie dorada de la babera con su gordo dedo índice.

Entonces Arthur lo llevó hasta el extremo del hoyo donde, mientras esperaba a que llegara Harp, había desenterrado otra pieza fabulosa: una cruz pectoral de oro con un granate central en forma de bretzel.

—¿De qué época son? —preguntó Harp.

—Calculo que deben de ser del siglo VII, o quizá del VIII. No soy un experto, pero creo que son anglosajonas. Seguramente las enterraron aquí para esconderlas, y las guardaron en bolsas de cuero o tela que se descompusieron hace tiempo.

—¿Esto es todo o hay más?

—Tiene que haber más. Queda mucha tierra por excavar. Podría haber docenas, quizá centenares de piezas.

—Pues aprovecha mientras aún hay luz. Vamos a ver qué tengo.

Arthur detectó el primer indicio de problemas en ese «qué tengo», de modo que eligió las palabras con sumo cuidado.

—Jeremy, creo que no deberíamos excavar más. Tenemos que llamar a los profesionales.

Arthur vio cómo aquel hombre menudo se ponía tenso. A pesar de que le había pedido que lo tuteara, dirigirse a él como doctor Harp habría sido una elección más acertada. No parecía muy contento con el hecho de que alguien cuestionara sus instrucciones.

—¿Profesionales? ¿A quién te refieres? —preguntó con brusquedad.

—Estoy seguro de que Suffolk dispone de un servicio arqueológico. Todos los consejos de condado lo tienen. Enviarán a un equipo para realizar una evaluación. Y no me extrañaría que en un caso como este vinieran mañana mismo. Puedo investigar si tienen un número de contacto para los fines de semana.

Harp ordenó al guarda que lo ayudara a salir y lanzó una mirada autoritaria a Arthur desde el borde del hoyo.

—Estamos en mis tierras y haré lo que me plazca en ellas. No quiero que unos desconocidos invadan mi propiedad.

Arthur notó que el rostro empezaba a arderle.

—Mire, doctor Harp, me temo que hay que seguir una serie de procedimientos incluso en tierras privadas. Acostumbro a hacer este tipo de prospecciones y estoy bien informado sobre estas cuestiones. La Ley sobre Tesoros de 1996 exige que todos los posibles descubrimientos de objetos antiguos y valiosos, ya sea en terrenos públicos o privados, se comuniquen al juez de instrucción local para que determine si cumple con la definición de tesoro. Y lo mejor sería llamar a los arqueólogos en primer lugar.

—¿Y cuál es la definición de tesoro?

—Objetos de más de trescientos años que contengan al menos un diez por ciento de oro o plata. Estoy seguro de que cumpliremos con los requisitos.

—¿Y si te digo que no llames a los arqueólogos ni al juez?

Arthur respiró hondo.

—Estoy obligado a llamarlos, señor.

Harp parecía un volcán a punto de entrar en erupción.

—Y si el juez y sus lacayos llevan a cabo la investigación, ¿qué sucederá cuando hayan acabado?

—El servicio arqueológico del condado excavará y catalogará el tesoro, y el Comité de Tasación de Tesoros de Londres dictaminará su valor.

—¿A cuánto podría ascender?

—Sería una cifra bastante elevada. No me gusta hacer especulaciones, pero, como le dije anoche, algunos tesoros se han tasado en varios millones.

—¿Y yo sería el beneficiario de esa cantidad?

Arthur decidió mantenerse firme y no ceder.

—Bueno, en realidad ambos seríamos los beneficiarios, señor. Como descubridor del tesoro con permiso del propietario de las tierras, me correspondería la mitad.

Harp echó a andar, enfurecido, pero se volvió un instante.

—Haz lo que consideres más conveniente, Malory. Mi mujer y yo tenemos un compromiso esta noche. Te servirán la cena en la habitación. Convendría que te marcharas a primera hora de la mañana.

Las siguientes dos semanas se sucedieron como un tornado que arrasó la vida de Arthur. La vorágine había comenzado, como acostumbran a empezar la mayor parte de los acontecimientos importantes, a partir de un hecho sin aparente importancia: una conversación de un minuto con un periodista.

Sin embargo, volviendo la vista atrás, la reacción en cadena se inició en Suffolk en el momento en que su detector de metales comenzó a sonar. Arthur estaba convencido de que se encontraba, en el mejor de los casos, en mitad de una serie de acontecimientos que iban a desarrollarse en cascada. En el peor de los casos, aquello no había hecho más que empezar.

Tal y como él había predicho, un equipo de la Unidad de Arqueología de Suffolk llegó a primera hora del domingo, antes de que él se fuera. Hengst había intentado ahuyentar a los arqueólogos, pero las amenazas de involucrar a la policía habían servido para engrasar los goznes de la puerta. El guarda se había limitado a observarlo todo desde lejos, mientras los miembros del equipo realizaban las labores preliminares y señalaban emocionados los nuevos descubrimientos. Esa mañana no vieron a Harp por ningún lado.

Las piezas enterradas eran, efectivamente, anglosajonas, una mezcla de objetos militares y joyas. Peter Saunders, el jefe del Servicio de arqueología de Suffolk, un erudito larguirucho, calculó, a partir de la densidad de objetos, que iban a encontrar varios centenares de piezas. Y no se equivocó. La excavación duró cuatro días, y cada noche Saunders había tenido la amabilidad de enviarle a Arthur por correo electrónico las fotografías de los objetos desenterrados y limpios. El recuento final ascendió a 663 objetos de oro: pomos de espada, guardas de empuñaduras, aros de vainas, hebillas, piezas de yelmos, accesorios, tiras, tachones, broches, cruces y anillos. Algunas de las piezas, en especial los broches, lucían unas reproducciones preciosas de pájaros, serpientes y lagartos. A juzgar por la mezcla de objetos, Saunders dedujo que un señor de la Anglia oriental, o quizá alguien que lo había saqueado, había enterrado dos bolsas de botín del siglo VIII en un bosque con la intención fallida de recuperarlas.

Arthur, por supuesto, sabía que el tesoro se tasaría en una cantidad nada despreciable, pero la valoración inicial de cuatro millones de libras lo dejó estupefacto. El Consejo del Condado de Suffolk intentó no desvelar el hallazgo hasta que concretaran el momento adecuado para celebrar una rueda de prensa, pero la noticia acabó filtrándose como el agua en un colador y de repente un día Arthur se encontró atendiendo a la llamada de un periodista, un tal Laurence Cole, de *The Daily Mail*, que ya sabía todo lo que había que saber del caso. El hombre le hizo las preguntas con voz entrecortada, como si tuviera mucha prisa para cumplir con algún

plazo.

—Bueno, señor Malory, ¿cómo se siente tras haber realizado el descubrimiento de su vida?

—Es algo increíble. Llevo varios años realizando prospecciones y mis esfuerzos apenas se habían visto recompensados, por lo que no podría ser más feliz.

—¿Me equivoco o es usted el mismo Arthur Malory que se vio involucrado en el luctuoso suceso de Oxfordshire en marzo?

—Me temo que no se equivoca.

—Está pasando una época algo ajetreada, ¿no cree?

—Por desgracia, sí.

—Bueno, parece que ahora se han vuelto las tornas. Trabaja para el doctor Jeremy Harp, ¿verdad?

—Así es. En el departamento de marketing de Harp Industries.

—Sí, tengo una copia del boletín de la compañía en el que aparece un artículo sobre usted. Dice que es usted descendiente del autor de *La muerte de Arturo*.

—Eso cuenta la leyenda familiar. He investigado mi árbol genealógico, pero no he encontrado pruebas concluyentes.

—Así que un tipo que desciende del hombre que dio fama al rey Arturo ha dado con un tesoro que podría ser originario de la época del rey Arturo.

—Bueno, creo que la mayoría de los expertos opinan que el rey Arturo vivió unos siglos antes que el tesoro de Binford.

—Pero las fechas se aproximan bastante, ¿no cree? Lo importante es la historia, y esta es muy buena. Oiga, el arqueólogo, ese tal Saunders, me ha dicho que el Museo Británico está dispuesto a comprarles el tesoro. ¿Era consciente de que el porcentaje que le corresponde podría ascender a dos millones de libras? Imagino que estará saltando de alegría.

Arthur recordaba perfectamente lo que sintió en ese momento. Se había limitado a expresar su opinión y no se arrepentía, pero habría preferido no armar tanto revuelo.

—No pienso aceptar ni un penique. Este tipo de tesoros pertenecen al país. Forman parte de nuestro patrimonio colectivo. Quizá tenga derecho por ley a recibir ese dinero, pero pienso donar la parte que me corresponde al Museo Británico.

En la pausa posterior, Arthur oyó teclear al periodista a toda velocidad.

—¿Qué opinión le merece el hecho de que cuando informé al doctor Harp sobre la oferta del Museo Británico dijera, y cito literalmente: «Cuanto más, mejor. Sabré invertirlo de manera adecuada en mi finca»?

En ese momento Arthur atisbó un futuro algo espinoso, pero se negó a dar marcha atrás. Dedicó un buen rato a buscar una respuesta lo más diplomática posible.

—Creo que uno debe hacer aquello que, dadas las circunstancias, le permita sentirse cómodo.

—Pero usted no es multimillonario como el doctor Harp, ¿no es cierto?

—¡Claro que no!

—Tampoco es rico, ¿verdad?

—Ni de lejos.

—Sin embargo, va a regalar esos dos millones de libras a su país.

—Oiga, ¿puedo ayudarlo en algo más?

—No, señor Malory. Creo que ya hemos acabado. Que pase un buen día. Pero me parece que tardará un poco en volver a disfrutar de esta tranquilidad.

El artículo de Laurence Cole dio pie a otros, que dieron pie a otras noticias en radio y televisión, que dieron pie a un torrente de entradas en blogs y comentarios en Twitter, y Arthur y su valiente recuperación de un brutal ataque, su tesoro y su altruismo se convirtieron en una serie de *memes* que se autoperpetuaron y que eclipsaron a todos los demás que aparecieron en las islas Británicas.

Jeremy Harp, por su parte, cambió rápidamente de opinión cuando la prensa lo informó de la intención de Arthur de donar el dinero y anunció que él también lo donaría. Pero el daño ya estaba hecho. Que un multimillonario donara dos millones de libras no era noticia. Que lo hiciera un tipo normal como Arthur desde luego que lo era.

Al principio Arthur se mostró tímido con la atención que le dedicaban los medios, pero a medida que el fenómeno fue ganando fuerza, su vergüenza dio paso al bochorno y, posteriormente, cuando empezó a sufrir verdaderas dificultades para llevar a cabo sus actividades cotidianas, a la irritación. Las llamadas a casa y al trabajo eran constantes, y su número de teléfono móvil y su dirección de correo electrónico también se hicieron públicos.

Para mayor sorpresa de Arthur, se convirtió asimismo en el objetivo de una jauría de paparazzi que lo seguían de sol a sol para tomar las mejores fotografías de aquel atractivo joven. El hecho de que su casa se encontrara en una calle transitada lo benefició. Debido a la falta de aparcamiento, la policía dispersaba a los paparazzi, pero estos se reunían en las calles laterales, merodeaban por la acera frente a su casa, enfocaban los teleobjetivos hacia sus ventanas y lo llamaban para que asomara la cabeza por la puerta.

Entonces empezó a rondarle un desagradable pensamiento por la cabeza: la presencia de los paparazzi facilitaba las cosas al asaltante de la pistola, que podría mezclarse con ellos y acercarse más a él...

Stu Gelfand apareció en el umbral de la puerta del despacho de Arthur y lo obligó a interrumpir su trabajo con la hoja de cálculo que estaba preparando sobre el presupuesto de su departamento.

Stu fijó la mirada en el escritorio inundado de papeles.

—Parece que estás rodeado de pirañas. ¿Va todo bien?

Arthur torció el gesto al oír la voz meliflua de Gelfand.

—Todo bien, Stu, como mis proyecciones. Creo que el año que viene será extraordinario.

—No me cabe ninguna duda. Bueno, si puedo hacer algo para ayudarte, avísame. Ya tengo la presentación lista, de modo que me sobra tiempo.

—Qué amable.

Gelfand sonrió.

—Es lo mínimo que puedo hacer por un verdadero héroe británico.

Jeremy Harp estaba dando buena cuenta de una botella de armañac. Binford Hall era tan grande que por lo general su mujer y él solo coincidían cuando se daban cita. Sin embargo, se sorprendieron mutuamente al chocar de manera fortuita en la cocina cuando él entraba a buscar algunas sobras y ella salía con un té antes de irse a la cama.

Lillian observó cómo se peleaba su marido con el envoltorio de plástico de la pata de cordero.

—¿Quieres que avise a Marie para que te lo caliente? —preguntó—. Seguramente aún estará despierta.

—Soy físico, joder, Lillian. Sé utilizar un microondas.

Ella lo miró con desdén mientras él intentaba programar el horno, pero se cansó y lo apartó a un lado.

—Creo que eres un físico borracho.

Jeremy se dejó caer en una silla.

—Ahora ya sabes lo que se siente al vivir contigo, cariño —murmuró él.

Lillian no replicó, y cuando el microondas pitó, cogió el plato caliente y lo dejó de malas maneras ante su marido.

—Sé que has pasado una mala época —le espetó ella con la taza en la mano, antes de subir a su dormitorio—, pero es muy vil que lo pagues conmigo.

Ahí estaba él, un hombre que siempre había preferido mantenerse al margen de la opinión pública, encajando un sinfín de ataques avasalladores por parte de caricaturistas, blogueros y presentadores de programas de entrevistas, que lo presentaban como el hombre más altivo y ajeno a la realidad de Gran Bretaña, el paradigma de la degradación que afectaba a las clases más adineradas. En ningún momento se le había pasado por la cabeza que aquel comentario hecho a vuela pluma lo convertiría en una caricatura. Y todo aquello no habría ocurrido de no ser por la postura ridículamente altruista de Arthur Malory. Había albergado la inocente esperanza de que el hecho de dar marcha atrás en su decisión sobre el dinero obtenido por el tesoro serviría para reparar los daños que había sufrido su imagen, pero no fue así. Lo último que quería era publicidad de cualquier tipo. En especial en ese

momento.

Clavó el cuchillo en la carne, preso de la ira. Cuando se encontraba bajo los efectos del alcohol, dirigía su ira hacia todos aquellos que lo habían menospreciado a lo largo de su vida. Aunque era más rico que la mayoría de los hombres que frecuentaban los pasillos del poder, no dejaba de ser un nuevo rico que había obtenido su fortuna en el sucio mundo del comercio. No era uno de ellos. Además, procedía del norte del país. Su padre había sido topógrafo, y su abuelo, fontanero.

De pequeño siempre había destacado por su inteligencia más que por su fuerza, por lo que se había acostumbrado a los insultos y a las palizas. Pero el esfuerzo y el ingenio lo habían sacado de la pobreza y le habían permitido entrar a formar parte del selecto grupo de multimillonarios. Esa riqueza le había abierto la puerta de los clubes adecuados, pero en realidad nunca se había sentido aceptado y al final había acabado odiando a esa panda de cabrones engreídos que habían asistido a las escuelas correctas, hablaban con el acento correcto y contaban unos chistes que solo ellos entendían.

Pero él, y no ellos, era miembro del club más exclusivo del mundo, lo que le había proporcionado una plataforma de superioridad interior. Poco después de cumplir los cuarenta, Andris Somogyi, el famoso científico húngaro, se puso en contacto con él para proponerle que se uniera a un extraordinario círculo de físicos del más alto nivel.

En esos momentos, cuando el alcohol se había hecho con las riendas de su cabeza, pensó: «¡Soy un Khem! No lo olvides, Jeremy. No pierdas la perspectiva. Y si encontramos el Grial, me vengaré de todos ellos».

El teléfono empezó a sonar y se vio obligado a regresar bruscamente a aquella cocina en penumbra.

—¡Lillian, el teléfono! —gritó.

No obtuvo respuesta del piso de arriba. Gritó de nuevo, maldijo y finalmente se levantó para responder a la llamada.

—Harp —gruñó.

—Jeremy, soy Andris.

Somogyi no acostumbraba a llamar por teléfono, y Harp tuvo que hacer un gran esfuerzo para disimular los efectos del alcohol que le corría por las venas. Somogyi empezaba a ser mayor y se mostraba menos activo que en el pasado, pero no había perdido su deje autoritario y aún imponía respeto.

—Andris, ¿qué puedo hacer por ti?

El acento húngaro de Somogyi era lento y pesado.

—Me han llegado mensajes de preocupación, Jeremy. He recibido varias llamadas.

—Ya veo.

—No nos gusta que hayas aparecido tanto en la prensa. Ya sabes que no nos agrada que ninguno de nosotros reciba tanta atención. Ganar un premio Nobel, bien. Aparecer en los tabloides por este tipo de cosas, mal.

—He cometido un error, Andris. No debería haber hablado con aquel periodista. Este asunto del tesoro ha sido una distracción estúpida.

—Sí, ha sido una distracción, sin duda. ¿Qué avances has realizado sobre el Grial? Soy un hombre mayor, no tengo todo el tiempo del mundo. Quiero encontrarlo.

—Y yo también. Déjame que te diga una cosa. Durante años me he sentido como el titiritero de Malory. ¿Recuerdas lo que dije cuando entró a formar parte del círculo de Holmes? ¿Cuando averiguamos que era un probable descendiente de Thomas Malory?

—Dijiste que querías conocerlo mejor.

—Sí. Tenía el presentimiento de que un día podría resultarnos útil. Por eso moví los hilos del títere y le ofrecí un trabajo en mi compañía. Por eso seguí moviendo los hilos y espí sus llamadas y sus correos electrónicos. Ahora se ha organizado este revuelo por el tema del tesoro. Pues esto va a darme la oportunidad de mover de nuevo los hilos y darles un fuerte tirón.

—¿Cómo?

—Me duele decir esto, Andris, pero nuestra historia se resume a dos mil años de fracaso. Hemos sido científicos de éxito, pero unos detectives fracasados. Arthur Malory se encuentra en la mejor posición posible para redescubrir lo que descubrió Holmes y seguir adelante con la investigación. La sangre de Thomas Malory corre por sus venas y le hemos infundido el miedo a morir. Lo único que necesita es más tiempo para buscar el Grial. Y voy a aprovechar el fiasco del tesoro para asegurarme de que dispone de todo el tiempo del mundo.

Arthur estaba sentado frente a su ordenador, intentando solucionar un problema de la cadena de producción y distribución de Singapur, cuando Pam llamó a la puerta.

—Martin quiere hablar contigo.

—¿Sobre qué?

—No me lo ha dicho.

Cuando Ash quería hablar de algo con él acostumbraba a aprovechar los momentos en que coincidían en los pasillos o lo abordaba después de una reunión. Los encuentros para tratar cuestiones importantes siempre se programaban con antelación, por lo que Arthur repasó mentalmente otras posibilidades de camino al despacho de su superior. Quizá había un problema con su presupuesto. O quizá había recibido alguna queja de un cliente y quería transmitírsela en persona.

Ash era un hombre sociable, de modo que su reticencia a establecer contacto

visual le advirtió de que se avecinaban problemas.

—¿Qué tal, Martin? —preguntó Arthur, que se sentó a su lado, en el pequeño sofá.

Antes de que Ash pudiera responder, alguien llamó a la puerta y Susan Brent entró en el despacho.

—Siento llegar tarde —dijo. Tomó una silla y también eludió la mirada recelosa de Arthur.

—Una reunión no programada con mi jefe y recursos humanos. Esto no presagia nada bueno.

Ash inspiró aire de un modo muy teatral. Parecía un gesto que había practicado muchas veces.

—Será mejor que lo suelte. Ha habido una reorganización y te afecta a ti.

Arthur intentó armarse de valor.

—De acuerdo...

—La junta quiere que algunos departamentos sean más eficientes, racionalizar ciertos procesos, reducir costes, etcétera. El año que viene podría ser complicado.

—Mis cálculos no dicen eso, Martin. No sé si lo recuerdas, pero firmaste los números que presenté.

Ash parecía un paciente a punto de someterse a una intervención de hemorroides.

—Tal vez no sea especialmente complicado para tu departamento. Se trata de una cuestión que afecta a toda la empresa en general. En cualquier caso, se ha tomado la decisión de fusionar tu departamento con el de Stu Gelfand, que será el encargado de dirigirlo.

Arthur empezó a ponerse rojo de ira.

—¡El grupo de Stu genera un cincuenta por ciento menos de ingresos y cuenta con la mitad de personal en comparación con el mío! Y yo llevo más tiempo en la empresa. ¡Esto es ridículo, Martin!

—Te entiendo, Arthur. Te aseguro que he expresado mi desacuerdo, pero la decisión se ha tomado en las altas instancias.

—¿A quién más vais a despedir?

Ash dirigió la mirada hacia la ventana.

—De momento solo a ti.

—Ya sabes a qué se debe todo esto —dijo Arthur, presa de la ira—. Entiendo que no desees admitirlo, pero salta a la vista que esto es un castigo por el desencuentro público con el doctor Harp sobre el tesoro. Nunca tuve la intención de avergonzarlo y he hecho todo lo que estaba en mi mano para eludir la atención de los medios de comunicación. Tomé una decisión dictada por mi conciencia. Él hizo lo que consideró mejor para sí mismo, lo cual me parece perfecto. Pero esto no está bien, Martin. De hecho, está muy mal.

Susan tomó el relevo de Ash para romper el silencio. Parecía incómoda y tuvo que forzar el tono para fingir profesionalidad.

—Cuando las compañías hacen esfuerzos para controlar los gastos siempre se producen costes humanos, pero puedo asegurarte que los únicos criterios que se han tenido en cuenta para tomar esta decisión son estrictamente económicos y estratégicos.

—Susan tiene razón, Arthur —dijo Ash—. No tengo ninguna prueba de que esta decisión haya partido del doctor Harp. Siempre has contado con su apoyo. ¿Sabías por qué te contratamos?

—Porque leíste un artículo que escribí en la universidad.

—Fue el doctor Harp quien lo leyó y me lo envió. Me dijo que sabía detectar el talento, y tenía razón.

Arthur se inclinó hacia delante.

—No lo sabía, pero eso no cambia nada —replicó—. Es obvio que esto es un castigo por haberle hecho quedar mal.

Susan empezó a echar mano de los tópicos más manidos y Arthur la hizo callar.

—Por el amor de Dios, déjate de paternalismos y de sandeces. Mira, Martin, siempre te he respetado, pero lamento que ahora no tengas el valor necesario para admitir los hechos. Esto es un caso muy claro de despido improcedente y pienso llevarlo a los tribunales.

Susan dejó un sobre delante de Arthur y esbozó una falsa sonrisa.

—Sé que estás muy decepcionado, Arthur, y sé que estás furioso. Es perfectamente comprensible. La compañía desea alcanzar un acuerdo amistoso y evitar cualquier acción legal que solo serviría para distraer a ambas partes y nos impediría seguir adelante sin perder tiempo.

—Escúpelo ya, Susan —le espetó Arthur—. Y ahórrame toda esa jerga de recursos humanos. ¿Qué me ofrecéis?

Susan le explicó las condiciones. Un finiquito equivalente a dieciocho meses de sueldo y una prima con las correspondientes contribuciones al plan de pensiones y el mantenimiento del *leasing* del coche de empresa durante seis meses. Además de una carta de recomendación. A cambio, él se comprometía a no emprender acciones legales contra Harp ni a menospreciar en público a la compañía.

Arthur negó con la cabeza. Era una buena oferta. Hasta entonces nadie había recibido ese tipo de indemnización. Querían que se fuera sin hacer ruido. Tras un sinfín de vistas en los tribunales, tendría suerte si conseguía la mitad de lo que le ofrecían. Cogió el sobre.

—¿Lo aceptas? —preguntó Susan.

—Lo acepto, pero ambos deberíais sentirnos avergonzados de vosotros mismos. ¿Cuándo será efectivo?

—De manera inmediata —respondió Susan. Parecía que quería zanjar la cuestión cuanto antes—. Un guarda de seguridad te espera en tu despacho para supervisar la retirada de tus efectos personales.

—Genial. ¿Por qué no me sacáis una foto para el boletín mientras lo meto todo en una caja? —Cuando llegó a la puerta se volvió—. Adiós, Martin. Siento que haya tenido que acabar así.

—Yo también lo siento, Arthur. De verdad —murmuró Ash sin levantar la mirada de la moqueta.

Arthur salió al jardín con una taza de té y una libreta para disfrutar del sol. Desde que se había despertado, ya sin empleo, las palabras de Sandy Marina no habían parado de resonar en su cabeza: «Lo que necesitamos es un caballero que monte en su caballo y emprenda una verdadera búsqueda del Grial. Un Galahad moderno».

Ahora disponía del tiempo necesario para ponerse manos a la obra. El temporal del tesoro ya había amainado. El presupuesto de su antiguo departamento había dejado de ser una preocupación. Su economía personal disponía de un buen cojín gracias a la indemnización. Y vivía con los nervios crispados mientras esperaba a que el hombre de la pistola reapareciera en su vida.

El Grial iba a monopolizar toda su atención.

Anotó dos cosas en la libreta: «12 de marzo» y «Montserrat».

Tenía que averiguar adónde había ido Holmes el 12 de marzo. Había hablado con el grupo para saber si les había comentado algo sobre su destino ese día (una biblioteca, un museo, un archivo), pero fue en vano. Entonces se le ocurrió que Holmes tal vez le hubiera dicho algo a algún profesor de la facultad de Oxford o del Corpus Christi. Debía recopilar una lista de nombres. Luego estaban los amigos de Ann. Quién sabía, cabía la posibilidad de que su mujer lo hubiera acompañado ese día y se lo hubiera contado a alguna de sus amistades.

Después estaba Montserrat; no era una de las principales prioridades, pero no le costaba nada enviarle una carta al abad para informarle de la prematura muerte de Holmes y para pedirle permiso para examinar de nuevo la carta del siglo XII que constaba en su archivo.

Empezó a hacer llamadas. La secretaria de Holmes accedió a enviarle por correo electrónico los números de contacto de Oxford. El director del laboratorio de microbiología de Ann tuvo la amabilidad de ponerlo en contacto con su mejor amiga en el trabajo y, tras una charla desgarradora que no arrojó ningún tipo de luz sobre el 12 de marzo, le envió una lista de otros amigos para que los llamara.

Al cabo de un par de horas de llamadas muy poco productivas, levantó el campamento del jardín, lavó la taza y subió al segundo piso para ponerse ropa de deporte y salir a correr un poco para despejarse.

Unos cuantos coches en la calle contaminaban el aire primaveral. Tras lanzar una fugaz mirada a ambos lados se convenció de que los paparazzi habían dejado de acosarlo.

Empezó a correr mirando de vez en cuando hacia atrás, en busca de algún fotógrafo o de alguien más siniestro. Durante el trayecto se cruzó con varias madres empujando un cochecito de bebé que se fijaron en sus piernas desnudas y le lanzaron

una sonrisa maliciosa. Al cabo de veinte minutos había recorrido un buen trecho de London Road en su circuito gigante alrededor de la ciudad. El ejercicio constante lo sumió en un estado de contemplación.

Respiraba rítmicamente, apoyaba de forma suave el pie, del talón hasta la punta, intentando no hacer caso de las punzadas de dolor que sentía en la caja torácica. Volvió a pensar en Holmes. Aún le costaba hacerse a la idea de que su excéntrico amigo hubiera muerto.

Volvió a revivir lo acontecido aquella noche. Llegó a casa de Holmes, le dio el regalo a Ann, oyó que tendría que esperar hasta después de la cena para saber en qué consistía el gran descubrimiento de Holmes, cogieron el coche para ir al restaurante, dieron media vuelta de forma brusca, volvieron a casa, el intruso, el caos. La noche se repetía en bucle a cada kilómetro que corría. Y en la tercera repetición, mientras avanzaba por Murdoch Road, a punto ya de finalizar el circuito, empezó a pensar en el trayecto en coche al restaurante y en los comentarios maliciosos sobre el GPS de Holmes.

¡El GPS!

Holmes era incapaz de orientarse sin su navegador por satélite. Si el 12 de marzo había ido en coche a algún sitio, ¡la dirección tenía que constar en el TomTom!

Esprintó el último medio kilómetro y cuando llegó a casa se quitó las zapatillas y bebió un vaso de agua del grifo de un trago.

Aún con la respiración entrecortada, llamó a la secretaria de Holmes y le preguntó si sabía qué había sucedido con el coche del profesor.

—Yo también lo he pensado —dijo—. No ha llamado nadie para interesarse por él. Una semana después del incendio, fui a casa del profesor con una de las chicas del departamento, ya sabe, para dejar un ramo de flores, y vimos el coche en la acera, un poco abollado. Nos preguntamos si los bomberos lo habían apartado del camino de la casa la noche en cuestión.

—¿Tenía otro par de llaves en el despacho?

—Sí. Era muy olvidadizo, no con su trabajo, sino con cosas como las llaves, por eso me aseguré de que siempre tuviera otro juego a mano.

—¿Podría pasar a buscarlas? Creo que esa noche olvidé algo importante en el coche del profesor.

Arthur no había querido volver a la casa de Holmes, pero el regreso fue mucho menos traumático de lo que había imaginado, y ello gracias al hecho de que habían retirado todos los escombros. Era difícil que la mancha negra del incendio y el jardín arrasado por la maquinaria pesada despertaran algún tipo de emoción en él.

El coche seguía aparcado en la acera, ligeramente torcido y con una abolladura en la puerta del acompañante, cortesía del cuerpo de bomberos. Arthur miró a su

alrededor por si había algún vecino y, tras comprobar que no lo observaba nadie, abrió la puerta del conductor.

El TomTom se encontraba en su soporte y se encendió cuando introdujo la llave en el contacto. La lista de destinos era larga y parecía seguir un orden cronológico, pero no había forma de saber cuál de aquellos lugares había visitado Holmes el 12 de marzo, y eso suponiendo que hubiera ido en coche. Sacó una libreta pequeña y empezó a tomar nota de la lista completa de destinos almacenada en la memoria del aparato.

Una vez de vuelta en casa, Arthur se sentó en el sofá con el portátil. La mayoría de las direcciones eran de Oxfordshire y Londres, salvo alguna de Cumbria, Warwickshire, Escocia, Gales y Devon. Encontró una página web que le permitía averiguar quién vivía en determinada dirección y se puso manos a la obra.

Al principio no pudo reprimir la risa. Algunos de los destinos eran lugares que Holmes había frecuentado durante décadas, incluyendo su propio despacho y sus pubs favoritos. Ann tenía razón: Andrew no tenía ningún sentido de la orientación. Las direcciones de Londres eran principalmente restaurantes y aparcamientos. Una resultó ser la del abogado de Holmes, cuyo ayudante le dijo a Arthur que el profesor no había concertado ninguna cita el 12 de marzo. Una dirección del código postal NW1 correspondía a Christopher Westley, un nombre que no reconoció. Marcó el número y averiguó que era el sobrino de Holmes, un joven que lo mantuvo un buen rato al teléfono con recuerdos de su tío.

Los números de Devon y Cumbria pertenecían a pequeños hoteles y Bed and Breakfast. Arthur se vio obligado a echar mano de sus mejores dotes de persuasión para convencer a los propietarios de los establecimientos de la importancia del asunto y al final logró que le confirmaran que Holmes no se había alojado en ninguno de ellos en los últimos tiempos.

La dirección de Warwickshire era el número 6 de Miller's Lane, Monks Kirby. El nombre que apareció en los resultados de la página web le cortó la respiración.

Elizabeth Malory.

Una Malory. De Warwickshire. El antiguo condado de sir Thomas Malory.

Se levantó y subió corriendo las escaleras hasta el armario de la habitación de invitados en el que guardaba las cajas con las pertenencias de su padre. Al cabo de unos minutos estaba hojeando la vieja agenda de su padre, llena de Malorys. Pero no había ninguna Elizabeth Malory, y tampoco había ningún Malory en Monks Kirby.

Bajó de nuevo, marcó el número de teléfono que salía en la página web, y aguardó mientras sonaban los tonos de llamada. Estaba a punto de rendirse cuando una débil voz anciana respondió repitiendo el número, una vieja costumbre que recordaba de su juventud.

—Ah, hola —dijo Arthur—. Siento mucho molestarla. ¿Hablo con Elizabeth Malory?

—Sí, soy yo.

—Me llamo Arthur Malory, como usted, pero no la llamaba por ese motivo.

—¿Es usted el joven que apareció en los periódicos? ¿El que donó un tesoro al Museo Británico?

—Sí, soy yo.

—Vaya, pues fue un gesto maravilloso. En ese momento me pregunté si tendríamos algún tipo de parentesco, pero al final no comprobé la genealogía. Debería haberlo hecho.

—Sé que voy a hacerle una pregunta extraña, pero ¿por casualidad conocía al profesor Andrew Holmes de la Universidad de Oxford?

—Oh, por supuesto. Vino a verme hace poco. Déjeme echar un vistazo al calendario. Sí, aquí está. Vino a Monks Kirby el 12 de marzo.

Arthur se imaginó a Holmes anotando la visita en su calendario con una sonrisa. BG. Búsqueda del Grial.

Monks Kirby era un bonito pueblo de Warwickshire, un puntito en el mapa con una población de menos de quinientas personas. Arthur había pasado por allí cerca en otras ocasiones, estaba seguro, pero nunca había atravesado el pueblo. Newbold Revel se encontraba muy cerca. Ningún descendiente de sir Thomas Malory que se preciara habría evitado una visita a Newbold Revel, el antiguo hogar del caballero, aunque en la actualidad era la sede de la Escuela de Formación de Funcionarios de Prisiones.

Durante la visita que había realizado unos años antes, Arthur había logrado concertar una entrevista con el director del Museo de los Servicios de Prisiones, ubicado en los terrenos de la escuela. Cuando comentó su vínculo histórico con Thomas Malory, el director le puso la alfombra roja y le hizo una visita guiada de la casa señorial. En su exterior, la mansión no ofrecía ninguna pista sobre su pasado, la casa del siglo xv que Thomas Malory había conocido. La habían reconstruido en varias ocasiones, en especial durante la época victoriana, cuando se le añadieron las elaboradas cornisas y las balaustradas. Pero el director del museo le mostró los salones de la escuela y las alas donde se encontraban las aulas, así como las antiguas chimeneas dispuestas en forma de H simétrica. El director, por supuesto, no pudo ahorrarse el comentario sobre la ironía de la historia, ya que el hogar de la infancia del caballero, que tantos años había pasado en las cárceles del rey escribiendo *La muerte de Arturo*, era ahora una joya de la corona del moderno sistema penitenciario del país.

Elizabeth Malory vivía en una finca aislada de Miller's Lane, no muy lejos de la iglesia de St. Edith. Arthur bajó del Land Rover y estiró los brazos mientras admiraba la amplia construcción de estilo Tudor, con el techo de paja, el enlucido pintado de rosa y las oscuras vigas a la vista, casi negras debido al paso del tiempo. De la chimenea salía un humo de madera aromática que creaba una mezcla perfecta con el olor a flores que impregnaba el aire. El cobertizo del jardín tenía un alero que protegía un montón de leña. Había rosales perfectamente podados dispuestos como centinelas a lo largo del camino que conducía a la puerta de entrada y en torno a la casa. Se arrepintió de no haber ido en verano; el jardín, en su momento de máximo esplendor, debía de ser un mar de colores brillantes.

La mujer que apareció en la puerta era el vivo reflejo de la voz que había oído por teléfono: frágil, mayor y formal. Lucía un vestido con motivos florales y una chaqueta fina de punto mal abrochada: los botones y los ojales no estaban bien alineados. Durante la visita, Arthur se debatió ante un dilema: por un lado no quería decirle que la llevaba mal abrochada por miedo a avergonzarla, pero por otro lado no quería que la anciana se sintiera mal al descubrirlo cuando él se hubiera ido. Al final decidió guardárselo para sí.

La chimenea de la sala de estar calentaba toda la estancia, pero aun así la mujer tenía un pequeño calefactor junto a un sillón desgastado. La casa no tenía calefacción central, pero Elizabeth Malory parecía una mujer dura y resistente y así lo demostró: primero echó más leña al fuego y luego fue a preparar el té y las galletas.

—Tengo ochenta y tres años —le dijo mientras tomaban el té—. ¡Adivine cuánto tiempo he vivido en esta casa!

Arthur fue educado y dio una respuesta.

—No, un poco más —replicó la mujer—. ¡Ochenta y tres años! Nací en el comedor. Justo ahí. No sé por qué no permitieron que mi pobre madre me diera a luz en la cama. Supongo que arriba hacía demasiado frío.

»Hace años investigué a nuestros antepasados, o más bien debería decir que fue mi padre quien merece gran parte del mérito de la investigación —explicó la anciana—. Y es un placer decirle que somos parientes y que ambos descendemos de sir Thomas Malory.

La mujer le ofreció una lúcida explicación, pero el solitario ojal desviaba la atención de Arthur. Era una anciana espabilada que conservaba todas las facultades. De acuerdo con la información que recitó, Thomas Malory se casó con una mujer llamada Elizabeth, tal vez Elizabeth Walsh de Wanlip, en la década de 1440, cuando lo nombraron caballero. Tuvieron dos hijos, Thomas y Robert, y fue este último quien transmitió la línea de sangre, ya que Thomas murió cuando era un niño. Robert Malory se casó con otra Elizabeth, que dio a luz a Nicholas, quien a su vez se casó con Katherine Kyngston.

—Nicholas se convirtió en señor de Newbold Revel, Winwick y Swinford —dijo la mujer—. Como sabrá, de acuerdo con la genealogía oficial, Nicholas solo engendró dos hijas y la línea de sangre de sir Thomas Malory se extinguió antes del siglo XVI.

—Pero eso no es cierto, ¿verdad? —preguntó Arthur.

—No. De lo contrario no estaríamos disfrutando de este té, ¿no cree? —respondió ella con una sonrisa—. La Iglesia era la encargada de mantener los registros de nacimiento, y a principios de 1600 un incendio en la parroquia de Winwick destruyó los archivos.

Arthur asintió.

—Pero en 1930 —añadió el joven— un investigador de Leeds encontró unos registros de matrimonio en Coventry según los cuales Nicholas también tuvo un hijo: John Malory.

—Ese es su linaje —dijo la anciana, que agregó con alegría—: El mío procede de otro hijo, Thomas. Mire, Arthur, mi padre era una especie de genealogista e investigó e investigó hasta que descubrió la existencia de Thomas. Siempre habíamos sospechado que por nuestras venas corría la sangre de los caballeros, y es un orgullo decir que mi padre logró demostrarlo. Sin embargo, debo añadir que siempre le irritaron sobremanera las afirmaciones realizadas por algunos estudiosos en cuanto a que en determinada época sir Thomas Malory se comportó más como un bandido que como un caballero. Algunos dicen que fue un ladrón e incluso un violador. Y llegó a pasar muchos años en la cárcel. ¿Qué opina de ello?

—Me niego a aceptar que fuera un vulgar criminal —dijo Arthur, tajante—, eso habría ido en contra de sus principios de caballero. Creo que existen opiniones alternativas. Era un hombre con enemigos, en especial el duque de Buckingham. Tal vez esos enemigos tuvieran motivos para meterlo entre rejas.

—Bueno, no cabe la menor duda de que tuvo una vida ajetreada.

Arthur se mostró de acuerdo.

—De modo que hay toda una rama del árbol genealógico cuya existencia desconocía. —Se levantó y le dio un beso en la mejilla—. Hola, prima.

A la anciana le encantó el gesto y a pesar de su edad se sonrojó como una joven ingenua.

—Nunca me he casado —dijo la mujer—, por lo que me temo que mi línea de sangre morirá conmigo. Pero su caso es distinto. ¿Me permite que le pregunte si está casado?

—No lo estoy.

—Bueno, es joven. Tiene tiempo de sobra. ¿Más té?

Arthur levantó la taza y la mujer le sirvió. Se fijó en el leve temblor del brazo y ella misma le confesó que eran los síntomas iniciales del Parkinson.

—El matasanos del pueblo quiere que tome pastillas, pero no creo en esas cosas. Cuando empiezas con esos medicamentos es como si confirmaras una profecía que acaba haciéndose realidad por su propio peso, ¿no cree? —Se sentó en el sillón y prosiguió—: Me alegro mucho de haberlo conocido, Arthur. Cuando leí en el periódico lo que había hecho, me imaginé que era un joven excepcional, pero ahora he podido comprobarlo por mí misma.

—Gracias. Para mí ha sido un gran placer conocer a una pariente, más aún siendo de una rama de la familia cuya existencia ignoraba. —No estaba impaciente, pero se animó a preguntarle—: ¿Podría decirme cómo se conocieron el profesor Holmes y usted? ¿Fue él quien se puso en contacto con usted, o sucedió al revés?

La anciana tenía una carta con el membrete de Oxford y se la mostró.

Estimada señora Malory:

Permítame que me presente, soy Andrew Holmes, profesor de historia medieval en Oxford. He emprendido la tarea de ponerme en contacto con el mayor número posible de descendientes de sir Thomas Malory, el caballero del siglo xv que escribió la obra fundamental del rey Arturo, *La muerte de Arturo*. Soy consciente de que estoy dando palos de ciego, pero si por casualidad es usted descendiente del autor o sabe de la existencia de algún documento o manuscrito que pertenezca a su familia y esté relacionado con sir Thomas que no haya visto la luz antes, le agradecería que se pusiera en contacto conmigo. Estoy escribiendo un libro sobre Malory y cualquier revelación o material nuevo sería maná del cielo.

Atentamente,

Profesor ANDREW HOLMES

Arthur dejó la carta con los ojos empañados.

—¿Se encuentra bien? —le preguntó la mujer.

—Sí, estoy bien. No sé si lo vio en las noticias, pero el profesor Holmes fue asesinado el mes pasado.

—¡Dios mío! —exclamó la mujer—. Qué horror. ¿Cómo sucedió?

—Entraron a robarle en casa. Fue algo horrible. En fin, la cuestión es que estoy intentando recomponer los fragmentos de su investigación. Siento que estoy en deuda con él y que debo completar su última obra.

—Sí, por supuesto. Era un hombre adorable.

—Deduzco que respondió a su carta.

—Sí, lo llamé de inmediato.

—¿Poseía documentos relevantes?

—Así es. Tenía un baúl en el desván. ¿Quiere saber en qué consistían?

De pequeña siempre se había sentido fascinada por el viejo baúl. Si el desván no la hubiera asustado tanto, con sus abejas, sus excrementos de ratón, el polvo y las aterradoras sombras, tal vez habría jugado más con todo lo que albergaba. Había candelabros y bandejas de plata, prendas viejas de ropa, una o dos biblias antiguas y un fajo de documentos atados con un lazo. Su padre siempre había dicho que el baúl había ido pasando de generación en generación, de Malory a Malory, y que contenía recuerdos del ilustre pasado familiar. Hacía muchos años que no lo examinaba. De hecho, ya no podía subir por la escalera desplegable. La única vez que había deshecho el lazo para inspeccionar los papeles había sido medio siglo atrás, cuando falleció su padre y tuvo que tasar su herencia. Le costó descifrar la mayoría de los documentos, estaban escritos en inglés medieval y con una caligrafía con muchas florituras. Sospechaba que su padre tampoco había podido leerlos. Sin embargo, dedujo que se trataba de una colección de escrituras, documentos legales y cartas. Una de ellas en concreto se le quedó grabada en la mente porque estaba firmada por «Thomas Maleoré, caballero», que era tal y como sir Thomas había escrito su nombre en las notaciones de *La muerte de Arturo*. Y también recordaba dos palabras que distinguió en el cuerpo de la carta y que le susurró a Arthur con sincera emoción: *Excalibur* y *Grial*.

La firma de Thomas Malory en un documento era algo poco común pero no extraordinario. Sin embargo, por lo que sabía Arthur, no existían cartas de su puño y letra. ¡Y a todo eso había que añadir una mención del Grial! Deseó que Andrew Holmes hubiera podido estar allí con él.

—No tengo herederos, Arthur. Pienso donar mi casa y todo lo que contiene a la iglesia de St. Edith. El párroco es de Uganda, pero es un hombre adorable y su mujer y él se han portado muy bien conmigo. Sin embargo, me gustaría darte el baúl. Lo único que tienes que hacer es bajarlo del desván y podrás llevártelo hoy mismo.

Arthur estaba impaciente por aceptar aquel legado, pero respetó el ritmo de la anciana. Antes tenían que acabar el té. Luego la mujer llevó la bandeja a la cocina y avivó el fuego. Y, por supuesto, se negó tajantemente a que le echara una mano. Arthur observó con admiración la deliberada parsimonia con la que realizó todas las tareas y deseó ser tan capaz como ella cuando tuviera su edad.

Cuando hubo acabado, lo acompañó al piso superior, recorrieron un pasillo helado y pasaron frente a tres dormitorios, todos immaculados y con la cama hecha. Al final de ese pasillo había una cuerda con un mango de madera pulida que colgaba del techo. Elizabeth le pidió que tirara de la cuerda, y Arthur entendió por qué no podía hacerlo ella misma. Había que tirar con bastante fuerza de la trampilla, que se abrió y desplegó una escalera que Arthur abrió del todo.

—Arriba hay una luz —le dijo, y Arthur se adentró en aquel espacio oscuro y gélido—. El arcón está a la izquierda, cerca de la pared.

El desván era tal como lo había descrito: una gruesa capa de polvo lo cubría todo y había varias abejas y moscas muertas mezcladas con excrementos de roedores. El techo no era muy alto, Arthur solo podía permanecer erguido en el centro. Cuando vio el baúl, lleno de polvo y encajado entre otros muebles, se agachó y se desplazó de lado hasta que lo alcanzó.

Estaba muy sucio, pero a pesar de la gruesa capa de polvo era obvio que se trataba de una antigüedad. Otra cosa llamó su atención. Había una serie de pisadas que conducían hasta el baúl, y huellas de manos en la parte superior y en los laterales. Parecían muy recientes, ya que apenas estaban cubiertas por una fina capa de polvo. Eran huellas grandes, no podían ser de Elizabeth. Eran de Holmes, una aparición fantasmal. Y lo embargó una gran tristeza.

El baúl estaba hecho de madera de nogal, medía poco más de un metro de largo y tenía unas bisagras de hierro. No era más que un arcón medieval robusto y práctico. Lo apartó de la pared y lo levantó. Podría cargar con él. La única dificultad al arrastrarlo hasta la escalera fue la nube de polvo que levantó: se le metió en la garganta y le provocó un ataque de tos.

—Siento haberlo ensuciado todo —se disculpó Arthur cuando bajó al pasillo—. ¿Quiere que lo limpie?

—No, bájelo al salón. Iré a buscar unos paños de cocina para no rayar el suelo.

Elizabeth insistió en pasarle ella misma la aspiradora al baúl para eliminar la capa de polvo y se negó a que Arthur moviera un dedo. Sin embargo, cuando acabó sí que dejó que limpiara la superficie con papel de cocina para rematar el trabajo. Después tiró el papel a la hoguera y tomó asiento en su sillón para observar la apertura del arcón.

Lo primero que vio fue la ropa. Sacó todas las prendas una a una y las fue dejando en el suelo. Había un par de viejas botas de cuero, planas como tortitas, increíblemente secas y agrietadas. Otra prenda de cuero doblada e imposible de identificar, tal vez unas calzas. Un chaleco de terciopelo raído, tal vez un jubón. Unas prendas de lino dobladas, del mismo amarillo que unos dientes con manchas de tabaco. Después encontró las biblias, dos exactamente, gruesas y bien encuadernadas. Tras examinar fugazmente los frontispicios, vio que eran de los siglos XVI y XVII, respectivamente. Bajo los volúmenes había objetos de plata. Los candelabros tenían un tamaño considerable, un diseño bastante sencillo y carecían de cualquier tipo de floritura. Los platos, sin embargo, eran otro cantar, y los motivos grabados que reconoció consiguieron que se le hiciera la boca agua: el escudo de armas de Malory, un cheurón sobre un forro de armiño.

Arthur tocó el centro de uno de los platos.

—Nos estamos acercando a nuestro hombre —dijo.

—¿Ve los documentos? —preguntó Elizabeth desde el sillón.

El fajo estaba cerca del fondo del baúl. Era una serie de papeles apergaminados de color crema atados con un lazo desteñado, de aspecto frágil y del color de los huevos de petirrojo. Lo cogió con sumo cuidado.

—¿Puedo examinarlos aquí?

—Adelante —respondió la anciana—. Espero que encuentre el documento del que le he hablado, a ver si entiende algo.

Arthur temía que el lazo se desintegrara entre sus dedos, pero lo deshizo con cuidado y no sufrió ningún daño. El fajo de papeles estaba seco y crujía. Se agachó junto al sillón de Elizabeth para que la anciana pudiera verlo todo. Su experiencia como miembro de los lunáticos del Grial lo había preparado para las dificultades que planteaba la caligrafía medieval. Mientras examinaba las páginas, comprobó que el estilo era muy recargado pero descifrable, aunque algunas palabras estaban muy juntas y lo desconcertaron un poco. No poseía un conocimiento tan profundo de los arcaicos caracteres del inglés medieval, lo que afectó a su capacidad de comprensión. La mayoría de las páginas parecían escrituras, contratos de venta y feudos que no estaban firmados por Thomas Malory. Sin embargo, no tardó en encontrar la carta a la que había hecho referencia Elizabeth.

—Creo que es esta —dijo Arthur.

La mujer la miró.

—Oh, sí, es la que le dejé fotografiar —confirmó la anciana.

No tenía fecha; estaba escrita con una letra muy fluida y amplia y con una tinta que había adquirido un aspecto cobrizo con el paso del tiempo. La gran firma que había al final de la página era tal y como la había descrito ella: «Thomas Maleoré, caballero». A pesar de la maravillosa sensación que lo embargó al posar los ojos en aquel autógrafo tan poco común, lo que más llamó la atención de Arthur fue el destinatario de la misiva, que empezaba con un «Mi querido Waynflete».

¿Podía tratarse de William Waynflete, el obispo de Winchester? Arthur, que había estudiado todo lo relacionado con Thomas Malory, recordaba que Waynflete había sido confidente del caballero. Y era un hecho histórico comprobado que la única copia conocida de *La muerte* escrita del puño y letra de Malory fue hallada en 1934 por un académico insaciable en un armario cerrado con llave en el dormitorio del director del Winchester College.

Arthur le explicó a Elizabeth quién podía ser el tal Waynflete y siguió leyendo la carta tan rápido como pudo. Y ahí estaba, una referencia a un viaje a Winchester y al tiempo pasado con el obispo. Pero tras las cortesías de rigor, la carta parecía tomar un cariz oscuro. Se mencionaba un gran peligro. Un pergamino que le habían entregado en Normandía, en un lugar llamado Maleoré Sur Seine, que Arthur dedujo que podía tratarse de la actual La Mailleraye-sur-Seine. La persecución de unos hombres malvados, Qem, los llamaba. Un viaje tortuoso hasta una cueva. Una espada.

¡*Excalibur*!

Esa era la carta que Holmes pretendía mostrarle y que había quedado destruida en el incendio.

Arthur debió de poner una cara rara, porque Elizabeth le puso una mano en el hombro y le preguntó si se encontraba bien.

—No puedo creerlo —dijo con la mirada desorbitada de un hombre que se enfrenta a un ataque de vértigo—. Permítame que le lea esto. Intentaré improvisar una versión algo más moderna. Malory escribe: «Fue una gran alegría veros, apreciado obispo, y compartir la increíble verdad de que mi sangre desciende de la sangre del rey Arturo. Él también fue un orgulloso Maleoré de origen normando. Él también tenía la noble decimotercera costilla. Para honrar al gran rey, os juro que dejaré constancia por escrito de sus nobles hazañas y su gloriosa muerte en un libro que titularé *La muerte de Arturo*. Es más, apreciado obispo, sabéis que he encontrado la gran espada de Arthur y que con ella tengo a mi alcance la recompensa celestial, el más sagrado de todos los objetos que ha conocido el hombre, es decir, el Santo Grial de Jesucristo. Gracias a vuestra ayuda entiendo mejor el significado de la espada y me entregaré con ardor a la búsqueda del Grial, y rezo para que mis planes no se vean frustrados. Con el fin de evitar que mis enemigos descubran el secreto, he hecho caso de vuestro consejo y he ocultado de nuevo la espada, ya que sin *Excalibur* no puede descubrirse el Grial. Si soy derrotado en mi búsqueda, me esforzaré en dejar un rastro para que la retome un Maleoré que sea mi descendiente. Espero que esa persona sea un hombre virtuoso y digno de la recompensa. Os pido que recéis por mí para que mi búsqueda tenga éxito y para que pueda devolver el Santo Grial a la Iglesia de Roma».

Elizabeth vio que Arthur se frotaba el lado izquierdo del pecho.

—¿Está seguro de que se encuentra bien? —preguntó.

—Es la costilla de más —dijo—. Todos los hombres Malory la tienen.

Elizabeth sonrió.

—También la tenía mi padre.

Arthur se levantó y empezó a guardar todos los objetos del baúl, como si estuviera en trance.

—Y también el rey Arturo —añadió—. Imagínese, Elizabeth. Descendemos de Arturo, ¡rey de antaño y del futuro!

Veinte años era mucho tiempo, para muchos una vida entera en aquel mundo de guerras y asolado por la peste. Veinte años antes había sido un soldado en todo su esplendor: la espada, ligera como una pluma en la mano, la armadura, apenas una leve molestia. Veinte años antes había sido capitán del ejército de Enrique V, que consiguió una victoria tras otra contra los franceses en Caen, Cosne-sur Loire y Meaux, donde su amado rey había muerto de pleuresía a la trágica y joven edad de treinta y cinco años.

Ahora Thomas contaba cincuenta años, muchos más de los que jamás había creído poder alcanzar, y la armadura le pesaba como la yunta de un buey. Cuando montaba a caballo, lo hacía encorvado y no veía el momento de desmontar y pasar la noche en algún lugar seguro, a salvo de los arqueros del conde de Clermont.

Los días de los amos y los señores ingleses de Normandía se acercaban a su fin. Thomas lo sabía y había llegado a convencerse de que no podría hacer nada al respecto. Por motivos del todo incomprensibles, parecía que tal era la voluntad de Dios. Cuando era un soldado joven había ayudado a conseguir el premio de Normandía anunciado por la sensacional victoria contra los franceses en Agincourt ese soleado día de San Crispín. Pero ahora era, como caballero del reino y muy a su pesar, testigo del desenlace de todo aquello. Solo había transcurrido una semana desde la humillante derrota en Formigny, en la que cinco mil ingleses se enfrentaron a cinco mil franceses. Ese día Malory había comandado una gran compañía, pero debido a la mala suerte, a un mal emplazamiento y a la repentina aparición de refuerzos bretones, los ingleses se dispersaron y su comandante murió. Malory cargó con el peso de la ignominiosa derrota y, junto con unos cuantos soldados, encabezó un grupo de hombres heridos que, desangrándose y supurando pus a través de los vendajes de lino, intentaban llegar al santuario de Calais. Si sobrevivían, la marcha hacia el norte los conduciría a cruzar el canal y les permitiría volver a casa. Ya no les quedaba nada más que hacer en esa tierra. Caen y Cherburgo acabarían cayendo, y sus defensores ingleses, convertidos en chivos expiatorios. Y cuando también cayera Calais, habrían perdido toda Normandía.

Malory no habría vuelto a Francia de no ser por las súplicas de Richard Neville, el conde de Warwick, que aunque solo tenía veintitrés años era el señor de Malory y le debía lealtad. Cuando el joven rey, Enrique VI, le pidió a Neville que reuniera un nuevo ejército para repeler una ofensiva francesa en Normandía, el conde obligó a Malory a que regresara al servicio, lo arrancó de su cómoda y próspera vida como caballero y miembro del Parlamento y lo envió al reino de la pólvora, la sangre y la

muerte.

El paje de Malory, otrora un joven rebosante de salud y ahora convertido en un hombre que padecía disentería crónica, señaló el cielo oscuro.

—Mirad, mi señor, humo de chimenea.

Malory se irguió en la silla. A pesar de todo, tenía buen porte: era un hombre alto, musculoso, que aunaba la complexión de un guerrero y la compostura y el intelecto de un caballero. La fatiga y las preocupaciones se reflejaban en su rostro, y su barba y su pelo habían perdido su agradable tono juvenil, pero aun así tenía un semblante amable, no belicoso.

—Deberíamos llegar al anochecer —dijo Malory. Se volvió en la silla y se dirigió a los hombres que lo seguían—: ¿Alguno de vosotros sabe cuál es el siguiente pueblo que nos aguarda?

—Maleoré —respondió uno de los hombres—. He estado allí antes. Hay agua. Está junto al río.

Al oírlo, Malory gruñó y se mordió la lengua. Su padre y sus tíos siempre habían dicho que Maleoré era el hogar de los Malory. Había decidido no revelar a sus hombres el incómodo hecho de que por sus venas corría sangre normanda. Después de cuatro siglos en Warwickshire, los Malory eran tan ingleses como cualquiera, pero no había ninguna razón para plantar las semillas de la duda sobre su lealtad. A pesar de que el rey reclamaba la propiedad de Normandía, él se sentía en tierra extranjera. Él era un hombre inglés.

El camino de Malory había empezado con una infancia privilegiada en Newbold Revel, una verdadera escuela de caballeros donde, en cuanto fue capaz de andar, lo sentaron sobre un poni y aprendió a montar agarrando las riendas con una mano y una pequeña espada de madera con la otra. A medida que fue creciendo le enseñaron latín y griego por las mañanas y caza y artes castrenses por la tarde. El capellán de la familia asumió la tarea de iniciarle en las prácticas religiosas. De su madre y su tía aprendió modales y a respetar y admirar a las mujeres. Su padre y sus tíos lo instruyeron en los principios de la vida caballeresca. Cuando por fin estuvo preparado para convertirse en paje, le habían inculcado las siguientes ideas: debía cuidar de sus tierras y sus aparceros, defender a las mujeres a cualquier precio, ser justo y clemente en sus relaciones, luchar contra la maldad protegiendo a la gente normal de la opresión, proteger su fe y su iglesia y por encima de todo proteger a su señor en la batalla con valor y con una devoción inquebrantable.

El joven Thomas maduró muy rápido. A los doce años ya era legalmente responsable de sus propias acciones. A los catorce podían convocarlo como hombre de armas, y eso fue lo que sucedió. En 1414, poco después de tan señalado cumpleaños, se incorporó al ejército de invasión de Normandía del rey Enrique V y de repente se encontró luchando por la conquista de Calais como escudero y lancero

en el séquito de Enrique de Beauchamp, el antiguo conde de Warwick, en una campaña tras otra durante ese año y el siguiente. Aprendió lo que se sentía al matar a un hombre y al ver caer a sus camaradas en situaciones de gran violencia. Pero durante los interminables asedios también tuvo tiempo de llevar a cabo otro tipo de actividades, y además aprendió a leer francés.

En octubre de 1415 se encontraba en Agincourt, donde los arcos ingleses habían ganado una batalla contra las fuerzas francesas, superiores en número. Y al cabo de dos años se hallaba en Caen, uno de los últimos grandes bastiones de Normandía que tomaron los ingleses antes de sellar la victoria con el Tratado de Troyes. En Caen oyó hablar de la biblioteca de un noble que albergaba unos volúmenes excelsos que se estaban embalando para que el rey inglés pudiera disfrutar de ellos. A modo de recompensa por sus buenos servicios, el monarca ofreció a Malory la posibilidad de que eligiera cualquiera de los libros; fue entonces cuando Thomas se embriagó con el primer gran sorbo del rey Arturo, ya que pidió una copia bellamente ilustrada de *Le Conte du Graal*, de Chrétien de Troyes.

Una vez finalizada la guerra, Malory fue eximido de seguir prestando sus servicios en el ejército del rey. Regresó a Newbold Revel para ayudar a su padre con la gestión de las tierras, pero no disfrutó de la vida campestre durante mucho tiempo. Enseguida aprendió que un tratado no era más que un pedazo de papel y al cabo de poco estallaron de nuevo enfrentamientos en Normandía. Así que una vez más se equipó con la armadura y se unió a la contienda en tierras francesas. En esta ocasión, también al servicio de Beauchamp, fue nombrado capitán al mando de una compañía de lanceros, arqueros y hombres armados con hachas. Se encontraba en Cosne-sur-Loire cuando el rey murió, y permaneció al mando de la plaza de armas de Gisors mientras Beauchamp regresaba a Londres para asumir la tutela del nuevo rey infante, Enrique VI. Malory se hallaba en Ruán en la Nochebuena de 1430, cuando la joven guerrera campesina Juana de Arco fue entregada a los ingleses, vendida por diez mil libras tornesas por los borgoñeses que la habían capturado en la batalla.

Beauchamp le había pedido a Malory que lo acompañara a ver a la muchacha en su húmeda celda de la torre de Bouvreuil. Juana temblaba como un ratón con los grilletes, pero conservaba su porte orgulloso y desafiante. Otro noble inglés se hallaba presente, Humphrey Stafford, un joven arrogante que con el tiempo se convertiría en el conde de Buckingham. Esa noche Malory y el futuro duque de Buckingham se declararon enemigos.

—¿Cómo os están tratando, mademoiselle? —preguntó Beauchamp en francés a la prisionera.

Juana enmudeció de ira.

Beauchamp repitió la pregunta y esta vez resaltó su preocupación por su estado de salud.

—¡Vuestros malditos guardas son unos cerdos! —respondió ella—. Han tocado mi cuerpo con sus mugrientas manos. ¿Lo sabíais?

Su descaro hizo enfurecer a Stafford, que la increpó con un lenguaje sumamente ordinario, la llamó mentirosa y desenfundó su daga al aproximarse a ella. Malory apenas podía creer lo que estaba viendo y oyendo. En cualquier otra circunstancia habría sido intolerable ejercer cualquier tipo de violencia contra un prisionero encadenado, pero hacerlo contra una mujer era simplemente inconcebible. Se precipitó para interponerse entre Juana y el noble inglés, y cuando Stafford intentó apartarlo, Malory lo agarró de la muñeca y le golpeó en la mejilla con el dorso de la mano.

Obedeciendo las órdenes de Beauchamp, los guardas separaron a los hombres y Stafford se apartó, hecho una furia.

—Has hecho lo correcto y lo más honrado, Thomas —dijo Beauchamp mientras la joven lanzaba una mirada de agradecimiento al caballero—, pero debes saber una cosa: acabas de ganarte un poderoso enemigo. Y no es alguien cualquiera.

—¿Ah, sí? —preguntó Malory, sin resuello.

—Se dice que practica las artes oscuras.

—¿Qué tipo de artes oscuras?

—Alquimia.

Mientras se aproximaban a las afueras de Maleoré, el paje de Malory preguntó con aprensión:

—¿Opondrán resistencia?

—La mayoría de estos pueblos han enviado a sus hombres a la batalla contra nosotros. Supongo que solo encontraremos mujeres, niños y ancianos, pero lo averiguaremos dentro de poco. Debes estar preparado.

—¿Los quemaremos?

—Si nos tratan con justicia, nosotros haremos lo mismo. De poco sirve destruir un lugar como este. Nuestra misión consiste en llegar a Calais tan rápido como sea posible.

Entraron en la ciudad al anochecer. La calle estaba llena de surcos y desierta, salvo por un chico que, junto a la puerta de una casa, lanzó una mirada furibunda a la variopinta columna de Malory. Thomas encabezaba la compañía; lo seguía un pequeño contingente de soldados a caballo y, por último, los heridos que podían caminar y los camilleros. De pronto un brazo agarró al muchacho, lo arrastró al interior de la casa y cerró la puerta con fuerza.

—Manteneos en guardia —ordenó Thomas a los soldados.

Tomó la precaución de pedirle a su paje que le diera el escudo; lucía su emblema: un cheurón negro sobre un forro de armiño marrón.

A la derecha, cada cien pasos más o menos, unos callejones estrechos conducían

al oscuro río. De aquellas callejuelas manaban unos olores fétidos, y el suave murmullo del agua llegaba hasta los visitantes.

—¿Dónde nos detendremos? —preguntó su paje, quejumbroso.

—Aquí no —respondió Malory—. Estas míseras casas no nos proporcionarán cobijo. Debemos buscar un refugio mejor. Tiene que haber una casa solariega.

Al cabo de poco, en lo alto de una loma que dominaba la ciudad, vio una gran casa con una buena vista de las tierras colindantes y el río. A pesar de las pocas horas de sol que quedaban, encontraron el camino que ascendía a la colina. Malory ordenó a sus hombres que se detuvieran en la planicie de hierba que se extendía frente a la gran puerta de roble de la casa. Al igual que la mayoría de las grandes casas de la región, esta había sido concebida como una estructura de defensa: tenía pocas ventanas, que además eran estrechas, y disponía de aberturas para los arqueros. Malory buscó alguna señal de vida, pero no había ganado suelto y la casa estaba a oscuras. Dirigió la mirada hacia los terraplenes, pero estaban vacíos. Empezó a llover.

—¿Queréis desmontar, mi señor? —preguntó el paje.

—Sí.

El paje cogió un escalón que colgaba del caballo de carga y agarró las riendas de Malory mientras el caballero deslizaba la pierna por encima de la silla.

Entonces se oyó un sonido.

Malory se dio cuenta y contuvo la respiración. Era el susurro inconfundible de la muerte atravesando el aire.

La flecha alcanzó al paje en el espacio entre los ojos y la nariz, se hundió hasta lo más profundo de su cráneo y lo mató al instante.

Antes de que Malory pudiera pronunciar la primera orden oyó un aullido en el interior de la casa.

—*Non!* —gritó un hombre.

—¡Replegaos! —bramó Malory bajándose la visera del yelmo—. ¡Fuera del alcance de los arqueros! ¡Rápido! ¡Formad una línea bien espaciada!

Se oyeron voces en la casa y luego otro aullido que les heló la sangre. Los arqueros de Malory bajaron los arcos. Entonces se abrió la puerta lentamente.

—¡Esperad mi orden! —gritó Malory a sus hombres.

Alguien lanzó el cuerpo de un joven de la misma edad que el paje frente a la puerta, y el cadáver cayó al suelo en una postura imposible.

—He dado muerte a este desgraciado —dijo un hombre en francés a través de la rendija—. Le había pedido que no lanzara la flecha. Voy a salir para que podáis verme.

—¡No disparéis! —ordenó Malory, que se volvió para asegurarse de que sus arqueros lo entendían.

Un hombre mayor apareció con una antorcha que iluminaba su demacrado rostro.

Iba vestido con una bata holgada. No llevaba espada en la mano ni en el cinto.

—Ingleses —dijo el hombre—, soy el barón Maleoré. Este sirviente no me ha obedecido y ahora está muerto. ¿Dio la flecha en el blanco?

—¡Mi paje ha muerto! —bramó Malory en francés.

—Mil disculpas —gritó el barón—. A pesar de que somos enemigos, este acto supone una ignominiosa deshonra para mí.

—No hemos venido a vuestro pueblo para atacaros, pero me vengaré por la muerte de este muchacho —afirmó Malory.

—Os suplico perdón, caballero —imploró el barón—. Permitidme que dé de comer a vuestros hombres y que os proporcione cobijo. Bebamos y hablemos como hombres, y por la mañana podréis tomar la decisión que más os plazca.

El gran salón estaba casi desnudo. Había sillas tapizadas cerca de la chimenea, unas cuantas alfombras en el suelo y algunos aparadores y armarios junto a las paredes de piedra. Al lado de la chimenea había un montón de madera formado por trozos de muebles rotos. Malory lo entendió todo. La guerra había hecho estragos. El barón solo disponía de unos cuantos hombres sanos, por lo que las reservas de madera habían menguado y se había visto obligado a quemar sus posesiones.

Los hombres de Malory se acomodaron en el suelo del salón. Algunos gruñían de dolor, otros dieron gracias por pasar la noche a resguardo de la lluvia.

—¿Tenéis miel para las heridas? —le preguntó Malory al barón.

—Tal vez un poco. Os daré lo que tengamos.

—¿Y sábanas de lino para vendarlas?

—Mis hijas y sobrinas cortarán las sábanas y atenderán a los hombres tan bien como puedan. Acercaos al fuego, por favor.

El barón llamó al criado para que les sirviera vino.

Malory buscó instintivamente a su paje para que lo ayudara a quitarse la armadura y recordó que en esos momentos le estaban dando sepultura.

El sirviente del barón asistió a Malory, quien, una vez que se hubo quitado el peso de la armadura, tomó asiento y bebió de su copa.

—¿Cómo se llamaba vuestro paje? —preguntó el barón.

—John. Era el hijo de un amigo muypreciado que vive no muy lejos de mis tierras.

—Los designios del Señor son inescrutables —dijo el anciano—. Mi arquero se llamaba Jean. Un Jean por un John. ¿Podrías decirme vuestro nombre, monsieur?

—Soy sir Thomas Malory.

El anciano abrió los ojos como platos y dejó la copa de vino. Repitió el nombre lentamente, imitando la pronunciación inglesa.

—Maleoré —dijo entonces, con la pronunciación francesa.

Malory asintió con un gesto de la cabeza.

—Soy de ascendencia normanda, barón. Según la tradición familiar, nuestros antepasados provenían de esta región, acaso también de este pueblo. En antiguas campañas en tierras normandas no tuve la oportunidad de detenerme aquí, pero ahora sí.

Al barón se le crispó el gesto.

—Antes de continuar, debo haceros una pregunta: ¿poseéis la costilla Maleoré?

Malory sonrió y se tocó el costado, por encima del hígado.

—¿Queréis comprobarlo vos mismo?

El barón se levantó un instante, confundido y emocionado. Malory no sabía cuál de las dos emociones era superior a la otra. Entonces se sentó de nuevo.

—¡Dios mío! ¡Un milagro! —exclamó—. Somos parientes, y sin embargo...

Malory acabó la frase.

—... somos enemigos.

Tras ellos las mujeres de la casa atendían a los heridos y los inexpresivos sirvientes del barón habían empezado a sacar bandejas de pan y queso para los hambrientos soldados.

El barón giró la cabeza al oír el grito de un hombre al que una mujer afable le estaba cambiando el vendaje sucio.

—Mi hija, Marie, es la más habilidosa de la familia. Cuando mi hijo mediano, Phillipe, volvió de París con una herida infectada después de que una bala de cañón inglesa le arrancara la pierna, fue Marie quien cuidó de él el poco tiempo que sobrevivió.

—Lo lamento —dijo Malory—. ¿Y vuestros otros hijos?

El barón lanzó un suspiro.

—No lo sé. Tal vez hayan muerto. Tal vez sean prisioneros. Tal vez sigan luchando. Decidme, Thomas Malory, ¿qué haréis mañana con nosotros?

Malory fijó la mirada en la hoguera.

—No lo sé.

El barón se inclinó hacia delante.

—Si os muestro algo asombroso que concierne a los Maleoré y, por lo tanto, a vos, ¿tendréis piedad de mí y de mi pueblo?

—Depende de lo asombroso que sea, barón —respondió Malory con una carcajada.

—Está relacionado con el Grial de Jesucristo.

Malory logró contener las ganas de decir lo que pensaba. Las fábulas sobre el Grial abundaban. Si tuviera una moneda por cada una, no podría cargar con la faltriquera.

—Si lo que veo me impresiona, tal vez también aplaque mi ira y cambie mis intenciones.

—Pues lo haremos por la mañana. Me llevará un tiempo sacar el pergamino del escondite. Mientras tanto, mi sirviente os ha preparado una cama, la única que tiene sábanas.

Malory se sintió culpable por dormir en una cómoda cama mientras sus hombres lo hacían en el suelo de piedra. La última imagen que le vino a la cabeza antes de dormirse fue la de su paje muerto y tendido en el suelo. Sin embargo, no sería la última vez que pensaría en la muerte durante la noche. Un antiguo sueño lo asaltó. Se encontraba en la plaza del mercado de Ruán en una mañana con un sol rutilante. Era el mes de mayo. 1430. Estaba entre la multitud de ingleses que abucheaban mientras Leparmentier, el verdugo desdentado, ceñía las cuerdas que ataban a Juana de Arco a la estaca. Aquel día Malory pasó desapercibido entre la muchedumbre, pero en el sueño Juana de Arco siempre lo miraba a los ojos sin parpadear mientras las llamas se alzaban a la altura del pecho. Era una mirada sin ira, sin miedo, sin sufrimiento. Se decía que en el momento de su muerte una paloma blanca surgió de las llamas y echó a volar. A decir verdad, nadie había visto nada parecido, pero en su sueño la paloma estaba ahí y daba tres vueltas en círculo antes de alzarse hacia el cielo.

Por la mañana el sirviente del barón ayudó a Malory a vestirse. Sus hombres parecían satisfechos y bien alimentados. Solo uno había fallecido durante la noche a causa de las heridas. El barón, ataviado con unas vestiduras más formales que el día anterior, esperaba a Malory junto a la chimenea.

—Venid, comed y bebed un poco —dijo el barón señalando una bandeja.

—Mostradme el pergamino. Debo tomar una decisión y quiero reemprender la marcha cuanto antes.

—¿Hacia Calais?

—No os lo diré.

—Ah, es secreto, entiendo. Sin embargo, algunos de vuestros hombres han hablado a las enfermeras de la derrota que habéis sufrido en Formigny y de la posterior retirada. No puedo decir que no me alegre de que nuestras tierras hayan regresado a manos de nuestro rey. Sería una verdadera lástima que instigais un último ataque violento contra nuestro pobre poblado. Espero que el pergamino os haga cambiar de opinión.

Entonces entregó a Malory un antiguo documento de papel de vitela; llevaba tanto tiempo enrollado que no necesitaba lazo o sello para conservar la forma. Con los años se había teñido de un color naranja oscuro. Cuando lo hubo desenrollado, tuvo que sujetar cada extremo con firmeza para impedir que se enrollara de nuevo.

Malory se colocó de espaldas a la hoguera para que las llamas iluminaran el documento. Habían pasado solo unos instantes cuando estalló, frustrado.

—¡No entiendo nada! ¿En qué idioma está escrito?

—Es celta. Creía que los ingleses podíais leer vuestras propias lenguas antiguas.

—Pues lamento decirlo que no es así. Tendréis que traducirme qué dice.

El barón parecía alarmado.

—Sé a qué hace referencia porque se trata de un pergamino que ha pasado en mi familia de generación en generación por vía oral, pero yo tampoco soy capaz de leerlo.

Malory dejó que el pergamino se enrollara.

—Entonces no tengo nada más que hacer aquí. Vuestra leyenda oral carece de la menor importancia. Vuestra hospitalidad ha sido admirable, pero no habéis logrado saciar mis ansias de justicia. Vuestra casa está a salvo, pero quemaré el poblado.

—¡Esperad! ¡Por favor! —gritó el barón con desesperación. Se volvió hacia los soldados que había en el gran salón y se dirigió a ellos en inglés como buenamente pudo—: Os lo ruego, hombres de armas, ¿hay alguien entre vosotros que sepa leer la antigua lengua de los celtas?

El silencio inundó el salón.

Entonces se oyó una voz débil al final de la estancia.

—Yo sé.

—¡Poneos en pie! —ordenó Malory.

—No puedo.

Malory y el barón buscaron al hombre y lo encontraron sobre un lecho de paja. Llevaba un vendaje que le cubría el vientre, y a pesar de que era nuevo ya habían aparecido las primeras manchas de sangre. Vestía ropa de lancero.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Malory.

—Godfrey, mi señor.

—¿De dónde eres?

—Soy de Cornualles —respondió el hombre con voz débil—, de Penryn.

—¿Cómo te hirieron?

—Una espada francesa. Creo que voy a morir, mi señor.

—Eso solo Dios lo sabe.

—No quiero discutir con un caballero, pero estoy convencido de que no volveré a ver Penryn.

—Ya lo veremos —dijo Malory—. ¿Por qué sabes leer la lengua de los celtas?

—Antes de convertirme en soldado fui novicio en Saint Michael's Mount, en Bodmin. Aprendí latín. Y las antiguas oraciones celtas. Puedo intentar leer lo que me ordenéis, si con ello os satisfago.

—Dime, Godfrey de Penryn, ¿por qué abandonaste el monasterio?

—Me expulsaron por fornicador, mi señor.

Malory reprimió una sonrisa y le tendió el pergamino. El barón pidió una vela para que el soldado pudiera leer mejor. Godfrey lo desenrolló y empezó a examinarlo.

—Tal vez no entienda todas las palabras, mi señor, pero sí la mayoría. Puedo

leerlo.

—Adelante —le ordenó Malory—. Tradúcelo a medida que leas, pero hazlo en voz baja para que no te oiga nadie más.

Godfrey empezó, con voz baja pero clara.

—«Yo, Gwydre hijo de Arthwyr, que gobierna a los britanos como su rey, ofrezco de este modo a Dios mi testimonio fiel y completo. He sido herido de gravedad. Moriré antes de que pueda regresar a casa y deseo ser enterrado en el castillo Maleoré, donde nació mi padre. Mis huesos serán testigos de mi noble nacimiento. Aquellos que los examinen encontrarán mis costillas reales, que suman dos más que las del resto de los mortales y ascienden al mismo número que las del rey Arthwyr. Seguí las órdenes de mi padre y partí hacia tierras extranjeras, como el caballero Gwalchavad hizo antes que yo. Él no pudo traer a casa el Grial de Cristo, y tampoco he podido yo por culpa de la traición. Sin embargo, llegué a verlo con mis propios ojos y por tanto sé que las palabras grabadas en la espada de mi padre son ciertas. No viviré para ver de nuevo al rey y tal vez él no viva para ver el Grial. Rezo para que mi hermano Cyngen lo encuentre. Si no lo consigue, dejo este pergamino para los herederos de Arthwyr. Espero que alguien lo halle si así lo quiere el Señor. Para encontrar el Grial primero hay que encontrar la espada de Arthwyr escondida en el castillo de Tintagel, que fue el castillo de Uther Pendragon, padre de Arthwyr. Arthwyr la enterró en lo más profundo de una gran cueva marina, cerca del signo de la cruz. Que un hombre noble, digno y de sangre real encuentre la espada, y con ella el Grial. Que Dios así lo quiera».

A medida que Godfrey leía el pergamino, el barón asentía con movimientos enérgicos, como si recordara la leyenda que le habían contado de pequeño. Malory, por su parte, permaneció inmóvil como una estatua junto al soldado herido.

Cuando Godfrey acabó, Malory le cogió el pergamino de las manos.

—No quiero que hables jamás de esto. ¿Lo entiendes? —le preguntó.

—Al igual que Gwydre, yo también estoy a punto de morir, mi señor —dijo Godfrey con un deje de dolor—. Mi lengua guardará silencio hasta la eternidad.

Malory asintió y le cogió la mano en un gesto de gratitud. Entonces el barón y él se retiraron hasta la chimenea, y Malory arrojó el pergamino a las llamas, gesto que consternó al barón.

—Pero ¿por qué? —preguntó el anciano.

—Nadie más debe verlo. El hombre al que esperaba Gwydre ha llegado. Soy yo. Por mis venas y las vuestras fluye la sangre de un rey, y no uno cualquiera. ¡Quién lo iba a decir! ¡Arturo, el mayor de todos los reyes! ¿Lo sabíais?

El barón asintió con solemnidad.

—Decidme —se apresuró a añadir Malory—, ¿alguno de vuestros antepasados emprendió el viaje para encontrar la espada?

—No que yo sepa. Si existe, se encuentra en la extraña y lejana tierra de nuestros enemigos. Si algún Maleoré lo hubiera intentado, creo que habría fracasado.

—Es mi tierra —dijo Malory—. Para mí no es extraña ni desconocida. No fracasaré. Dios quiera que pueda encontrar la espada y, con ella, el Grial. Será mi búsqueda, como las que emprendieron los antiguos caballeros que lo intentaron antes que yo. —Cogió al anciano de la mano y dijo—: Ahora nos iremos, barón. Voy a tener piedad de vos y de vuestro poblado. Espero que vuestros hijos regresen pronto. Me marcho en paz.

Al anciano se le empañaron los ojos.

—El destino nos ha unido, caballero, y rezaré con todas las fibras de mi cuerpo para que tengáis éxito en vuestra búsqueda, para mayor grandeza de los Maleoré y para mayor grandeza de Dios.

Arthur regresó de Warwickshire y aparcó el coche en casa cuando empezaba a ponerse el sol. Estaba a punto de bajar para coger el viejo baúl de Elizabeth, que había puesto en la parte trasera del Land Rover, cuando vio a alguien sentado en los escalones de su casa, una mujer que debía de rondar la treintena.

Sus miradas se cruzaron. La chica tenía unos ojos grandes e inquisitivos y una melena fina y rojiza que se mecía al viento. Se puso de pie y se subió el cuello de su abrigo desabrochado para protegerse del frío. Antes de que se tapara, Arthur atisbó unos vaqueros ajustados y un jersey ceñido.

Cuando bajó del Land Rover, la chica lo llamó.

—Disculpa, ¿eres Arthur Malory? —Tenía acento francés.

—Sí. —Por algún extraño motivo le pareció una grosería preguntar quién era ella. La chica no podría haber adoptado un gesto más serio.

—Me llamo Claire Pontier —dijo—. Me pregunto si podríamos hablar un momento.

Arthur sonrió sin motivo aparente.

—¿Sobre qué?

Claire miró hacia la carretera. Parecía un poco asustada.

—He venido a advertirte de que tu vida corre peligro. Hay gente que quiere matarte.

A Arthur se le borró la sonrisa de la cara y decidió dejar el baúl en el coche.

—¿Por qué no entramos en casa? —le preguntó.

Arthur colgó el abrigo de Claire y le preguntó si le apetecía beber algo.

—Un té. —Entonces negó con la cabeza—. Mejor un whisky, si tienes.

—¿Qué te parece las dos cosas? Primero un té y luego whisky.

—Sí, ¿por qué no?

Arthur la observó desde la cocina. Estaba sentada en el sofá con las piernas y los brazos cruzados en una postura defensiva. Vio que leía los lomos de los libros que tenía en las estanterías. Su fino jersey de cachemira parecía una segunda piel. Tenía una figura tan bonita que casi le cohibía estar a solas con ella.

Regresó a la sala de estar con la bandeja del té. Claire tomó un sorbo del suyo sin leche ni azúcar, y sonrió cuando Arthur añadió ambas cosas al suyo.

No llevaba maquillaje, tal vez solo un poco de brillo de labios, ya que los tenía bastante húmedos para un día tan seco y ventoso. Un vaporoso pañuelo verde, del mismo color que sus ojos, se perdía en el escote del jersey. El té, o el ritual del té, parecía haberla relajado. Descruzó las piernas y se acomodó en el sofá, a punto de empezar a hablar.

Pero de pronto se oyó un ruido de cristales rotos y un fognazo cegador.

Arthur y Claire se levantaron como un resorte y derramaron el té al alejarse de las llamas. Él la agarró del brazo para arrastrarla a la parte posterior de la sala de estar, y entonces se detuvo para observar la escena con incredulidad. El cóctel molotov había entrado por el ventanal delantero y había prendido fuego de inmediato a las cortinas y la alfombra. Al cabo de unos segundos, el sofá en el que había estado sentada Claire empezó a arder.

—¡Por aquí! —gritó Arthur.

La arrastró hacia la cocina, donde cogió su maletín, y se dirigieron al recibidor, que por el momento no había sucumbido a las llamas, aunque avanzaban rápidamente y ya habían engullido gran parte de la sala de estar. Arthur tuvo el aplomo de coger el bolso y el abrigo de Claire mientras ella abría la puerta.

Fue entonces cuando vio un Vauxhall negro frente a su casa. Su primer pensamiento fue que un buen samaritano se había detenido para ayudarlos, pero entonces vio una pistola que los apuntaba desde la ventanilla entreabierta del conductor.

Se oyó un ruido sordo y la lámpara de la entrada explotó en mil pedazos, rociándolos con una lluvia de cristales. Claire se agachó y gritó, pero Arthur tuvo el arrojo de arrastrarla por los escalones para ponerla a cubierto tras su Land Rover.

Un vecino salió de su casa y gritó que había llamado a los bomberos. Acto seguido, el Vauxhall se marchó a toda velocidad.

—¡Estamos bien! —le gritó Arthur a su vecino—. No hay nadie más dentro. —Metió la mano en el bolsillo para coger las llaves del todoterreno y le dijo a Claire—: No podemos quedarnos aquí.

No tuvo que convencerla. Los dos entraron en el Land Rover. Arthur dejó caer el maletín en el asiento trasero y metió la marcha atrás.

—¡Sí, apártalo de la casa! —gritó el vecino, pero cuando vio que se iban los llamó, confundido.

Arthur tenía la respiración entrecortada.

—Joder, mi casa. ¿Estás bien?

Claire también resollaba.

—Sí. ¿Adónde vamos?

—No tengo ni idea.

—Han intentado matarnos —dijo Claire, que empezó a temblar bruscamente.

Arthur le agarró el brazo para intentar calmarla.

—Ahora estamos a salvo. Déjame pensar en lo que podemos hacer.

Se acercaban a London Road y debía tomar una decisión. Dirigirse hacia el este era una opción tan válida como decantarse por el oeste, de modo que al final pusieron rumbo a Bracknell.

—¿Quiénes? —preguntó Arthur.

—¿Qué?

—Has dicho que «han intentado» matarnos.

—No lo sé.

—Pero has venido hasta mi casa para advertirme...

—No es algo que pueda explicar tan fácilmente.

De repente Arthur vio algo por el retrovisor y soltó una palabrota.

—¿Qué pasa? —preguntó Claire, asustada.

—El Vauxhall nos está siguiendo.

Claire se volvió y murmuró algo que parecía una oración en francés.

Arthur pisó el acelerador, cambió al carril de la derecha y adelantó a varios coches que avanzaban más lentamente.

El Vauxhall lo imitó y le siguió el ritmo.

El viejo Land Rover de Arthur circulaba a gran velocidad y a cada golpe de volante Claire y él notaban cómo se les clavaba el cinturón en el pecho. Había tráfico en la A329, era la hora a la que la mayoría de la gente volvía del trabajo, pero aun así avanzaban rápido. Arthur intentó poner distancia entre ellos y el Vauxhall cambiando de carril continuamente; hacía sonar el claxon y gesticulaba airadamente con la mano cuando se interponía en el camino de otros vehículos.

—Tengo el móvil en la bolsa —dijo Arthur, que se aferraba con fuerza al volante—. ¿Puedes utilizar el tuyo para llamar a emergencias?

—Se me agotó la batería mientras te esperaba —dijo ella mirando hacia atrás—. ¿Quieres que salte al asiento trasero y coja el tuyo?

—¡No! No te quites el cinturón. Es demasiado peligroso.

—¿Qué llevas ahí detrás?

—Un baúl antiguo.

—No, me refiero a la máquina.

—Es un detector de metales.

Arthur siguió adelantando a coches durante tres kilómetros; siempre que encontraba algún tramo con circulación más fluida superaba los ciento diez kilómetros por hora. Tras un par de adelantamientos peligrosos, logró poner dos vehículos entre el Vauxhall y ellos; no paraba de lamerse los labios y de mirar por el retrovisor.

—Quiero que apuntes el número de matrícula, pero no lo distingo bien. ¿Tú lo ves? —preguntó Arthur.

Claire se volvió.

—No lleva matrícula delantera —dijo.

—Joder.

Al cabo de dos minutos vieron la rotonda de Skimped Hill un poco más adelante. Solo un coche los separaba del Vauxhall.

—Agárrate —le dijo Arthur—. Conozco esta zona.

Al llegar a la rotonda, Arthur puso el intermitente y cambió al carril de la derecha. El Vauxhall hizo lo mismo.

Acto seguido, Arthur dio un volantazo hacia la izquierda y estuvo a punto de chocar con un coche, lo que provocó la reacción furibunda del conductor, que hizo sonar el claxon. El Vauxhall no tuvo tiempo ni espacio para tomar la salida a la izquierda. Mientras Arthur aceleraba vio por el retrovisor que su perseguidor volvía a dar la vuelta a la rotonda.

La entrada del cine Odeon se encontraba un poco más adelante, a la derecha. Arthur frenó haciendo chirriar los neumáticos y entró en el aparcamiento.

Estacionó en el primer sitio libre que encontró y apagó el motor.

—¿Te gusta el cine? —preguntó.

—Sí. Sobre todo ahora —respondió Claire.

Abrió la puerta trasera del coche, tapó el baúl y el detector de metales con una manta y cogió su maletín. Acto seguido, Claire y él se dirigieron hacia el cine y Arthur compró dos entradas para la primera película en cartel. Se sentaron cerca de una salida de la oscura sala e intentaron recuperar la calma. La película ya había empezado, pero no le prestaron atención. En lugar de mirar la pantalla, Arthur estaba atento por si aparecía el conductor del Vauxhall, pero no entró nadie más. Miró a Claire, que estaba sentada en una postura rígida, con los brazos cruzados como dos barras de acero.

—Es la peor primera cita de la historia —le susurró al oído.

Claire o no lo entendió o no le pareció gracioso, porque no apartó la mirada de la pantalla.

Esperaron durante una tensa hora. Entonces Arthur le dio un golpecito en el hombro y ambos salieron. Se movieron con cautela entre los coches del aparcamiento hasta que Arthur vio su vehículo. Examinó la zona en busca del Vauxhall y luego aún esperó varios minutos antes de subir al Land Rover.

Encendió el motor.

—Tenemos que ir a algún sitio donde podamos hablar.

Claire miró la hora.

—Pensaba coger el Eurostar para volver a Francia esta misma noche.

—No creo que llegues al último tren.

—Entonces ¿adónde vamos?

—Me temo que ya no tengo casa. Déjame llamar a la policía primero. Conozco un lugar donde podemos comer algo y charlar.

Arthur cogió la tarjeta del inspector Hobbs que guardaba en la cartera y llamó al número de móvil. Contestó el propio inspector. A juzgar por el ruido de fondo, parecía que estaba en un pub.

Le contó de un tirón todo lo que había pasado. Hobbs le preguntó si estaba bien y le dijo que tenía que hacer una llamada.

Arthur arrancó el coche y siguió en dirección a Wokingham.

—¿Qué te ha dicho el policía? —preguntó Claire.

—Aún nada. Tenía que hacer una llamada.

Hobbs lo llamó al cabo de poco.

—He hablado con los bomberos. Al parecer un transeúnte llamó para avisar de que notaba olor a gas antes de la explosión. Están investigando el asunto como si se tratara de una explosión de gas. Por desgracia ha arrasado su casa. ¿Había tenido algún problema con la cocina o la caldera?

—¡No! ¡Escuche, alguien ha lanzado un cóctel molotov por la ventana! Estoy seguro de que el jefe de bomberos encontrará rastros del combustible.

—Si no recuerdo mal, señor Malory, tenía una lámpara de queroseno en la sala de estar.

—¡Eso tal vez sea cierto, pero alguien me ha disparado! Y luego me ha seguido.

—Nadie ha informado de que se produjeran disparos.

—Porque ha debido de usar silenciador.

—Es todo muy misterioso.

—No me gusta su sarcasmo, inspector. Alguien me ha seguido.

—¿Tiene el número de matrícula?

—Era un Vauxhall negro. Bastante nuevo. Pero no tenía placa de matrícula delantera.

—Ya veo. ¿Por qué no acuden a comisaría a prestar declaración? Podemos quedar en Reading.

La pregunta sobresaltó a Arthur.

—No he dicho que estuviera con alguien.

—¿Ah, no? Creía que sí. Bueno, entonces ¿por qué no viene a Reading, señor Malory?

Arthur colgó de inmediato y apagó el teléfono.

—¿Qué sucede?

Arthur siguió conduciendo, agarraba el volante con fuerza.

—Algo no va bien.

Al cabo de diez minutos se detuvo en los terrenos del hotel Cantley House, en Wokingham. Lo había utilizado para reuniones de trabajo y conocía bien el lugar. Era una antigua casa de campo reformada, escondida en una zona boscosa, y su aislamiento le gustó.

El hotel no tenía muchas reservas y no le costó conseguir dos habitaciones.

—Preferiría no pasar la noche sola —le susurró Claire al oído. Cuando Arthur le dirigió una mirada burlona, la joven francesa añadió—: No me malinterpretes. Estoy

nerviosa, eso es todo.

Arthur cambió las dos habitaciones por una con dos camas y pidió que les llevaran artículos de tocador.

La dejó sola en la habitación y fue a buscar el viejo baúl.

Al regresar oyó que corría el agua en el baño. Cuando Claire salió, le preguntó por el voluminoso objeto.

—No quería dejarlo en el coche.

—¿Qué hay dentro?

—Creo que ambos tenemos una larga historia que contarnos —dijo—. ¿Tienes hambre?

—Sí, mucha.

El restaurante del hotel estaba casi vacío. Se sentaron a una mesa para dos junto a una pared de ladrillos rústica. El camarero les tomó nota y Arthur pidió una buena botella de tinto. Ambos tomaron la primera copa como si fuera un medicamento.

—Siento que hayas perdido tu casa. Es horrible.

Arthur tomó otro sorbo a medida que iba asimilando la realidad de la situación.

—Mis libros. Los álbumes de fotos familiares. Los papeles de mi padre. Todo...

—Se contuvo antes de perder la compostura ante ella—. Lo siento.

—Tranquilo. No puedo creer que hayas podido mantener la calma hasta ahora. Yo estoy destrozada y no he perdido mi casa ni mis posesiones.

—Bueno —dijo Arthur recuperando la serenidad—. ¿Por qué no me cuentas por qué estás aquí?

Claire parecía algo indecisa.

—Esto no es fácil —dijo bajando la mirada—. No acostumbro a hacer estas cosas.

—¿Te refieres a venir a Inglaterra, presentarte en casa de un desconocido, que te lancen un cóctel molotov, te disparen y te persigan por London Road? Espero que no.

El comentario de Arthur logró arrancarle una sonrisa.

—En fin, esta es mi historia: tengo novio. Bueno, ahora es ex novio. Tal vez él no lo sepa, pero es mi ex.

—Pobre.

—Hace poco empecé a desconfiar de él. Siempre se había mostrado muy abierto. Hablaba con sus amigos delante de mí, no se desconectaba de sus cuentas de correo ni borraba la lista de llamadas. Y yo me comportaba igual con él. Nuestra relación empezó hace cuatro años, y era muy buena. Pero todo cambió hace dos semanas, cuando de un día para otro empezó a recibir llamadas extrañas y siempre se iba a otra habitación o salía fuera para atenderlas. Comenzó a desconectarse de su cuenta de correo personal. Su registro de llamadas del móvil estaba vacío...

—Lo sabes porque lo controlabas.

Claire levantó el mentón.

—No soy fisgona por naturaleza. No lo había hecho nunca, pero Simone sufrió un cambio tan brusco... Además, empezó a mostrarse distante, ensimismado, quizá un poco irascible. Y no quería hablar de lo que le preocupaba. De modo que supuse que tenía una aventura con otra chica. Son cosas que pasan. Es algo inherente a la naturaleza humana, pero quería estar segura. No me gustan los triángulos. Es algo que no va conmigo.

—Y yo que creía que eras francesa.

La risa de Claire sonó acompañada.

—Esa supuesta indiferencia hacia las aventuras amorosas es un tópico. Como los ingleses y su estoicismo. —Volvió a ponerse seria—. Por algún motivo, tuve más valor para espiarlo en el trabajo que en casa. De modo que la semana pasada decidí hacerlo.

—¿Trabajáis juntos?

—Sí, ambos trabajamos en Modane.

—¿Perdón?

—Disculpa. Es normal que no conozcas la empresa. A veces doy por sentado que toda la gente con la que hablo se dedica a la física.

—¿Eres física?

—Sí. ¿Te sorprende?

Arthur no era en absoluto sexista, pero se dio cuenta de que esa era la impresión que había causado su pregunta.

—Bueno, no. Bueno, quizá un poco.

—¿Otro estereotipo? ¿Una idea preconcebida sobre el aspecto que debería tener una física?

—En realidad para mí es una idea concebida. Trabajo con muchos físicos y ninguno de ellos se parece a ti.

—¿Eres físico? —preguntó Claire, que contraatacó con la misma pregunta.

—Estudié química, pero trabajo en una empresa que se dedica a la física. Imanes de neodimio.

—Ah, física práctica. En el laboratorio de Modane nos dedicamos a la física teórica, la física de partículas.

—Decías que la semana pasada lo espiaste.

—Sí. Sabía su contraseña porque se la había visto introducir muchas veces. Es mi nombre, lo cual no es muy buena idea por motivos de seguridad, pero lo considero un gesto bonito. En fin, la cuestión es que entré en su cuenta de correo mientras estaba en una reunión e hice una búsqueda rápida de la otra mujer, pero no encontré a una mujer, sino a un hombre.

—Estoy seguro de que no has venido hasta aquí para decirme que tu novio es gay.

Claire no hizo caso del comentario.

—El hombre se llama Chatterjee, ¿te suena?

La respuesta fue negativa.

—Este tipo le reenvió un correo electrónico de otra persona cuyo nombre no recuerdo. El mensaje contenía tu nombre, dirección, número de teléfono, número de pasaporte y la matrícula de tu coche.

Arthur dejó la copa y la sonrisa desapareció de su cara.

—¿Qué más decía el mensaje?

—Hablo de memoria. Lo único que escribí fue tu nombre y dirección. Decía algo así como «existen motivos para creer que Arthur Malory ha emprendido la búsqueda del Grial a partir de la información obtenida de Andrew Holmes». No estoy segura de que ese fuera el nombre exacto.

—No pasa nada, sigue.

—El mensaje acababa con la frase: «Estamos siguiendo a Malory y nos ocuparemos de él cuando llegue el momento adecuado».

A pesar de que hacía calor en el comedor, Arthur sintió un escalofrío. Se sirvió más vino y tomó un trago.

—¿Le preguntaste a tu novio por el correo electrónico?

—¿Cómo iba a hacerlo? No tenía derecho a leerlo. Lo único que podía hacer era... No sé, vigilarlo, a falta de una palabra mejor. Reevaluarlo desde un punto de vista distinto. ¿Había algún aspecto de su vida que ignoraba? ¿Alguna afiliación?

—¿Había hablado alguna vez del Grial?

—No, nunca. Por lo que sé, ni siquiera le interesa la historia. Y tampoco es un hombre religioso.

—¿Es francés?

—No, italiano.

—¿Y ya está? ¿Solo recibió ese mensaje? —preguntó Arthur.

—Hace dos días Simone fue de compras y dejó el portátil en el piso. Volví a entrar en su cuenta de correo electrónico y vi que había recibido otro mensaje de ese tal Chatterjee y que estaba marcado como urgente. Cliqué en el mensaje, pero estaba codificado, solo se veían símbolos raros. Había que descriptarlo, algo que yo no podía hacer, por lo que decidí volver a marcarlo como mensaje nuevo. Pero fui incapaz de dejar de pensar en el tema y te busqué en Google. Entonces vi que eras un buen hombre, que habías donado el tesoro, y me sentí con la obligación de advertirte.

Arthur se preguntó si Chatterjee era una de las «partes interesadas» de las que había hablado el hombre de la pistola.

—¿No te habría sido más fácil llamarme?

—Este tipo de noticias no se pueden dar por teléfono.

—Supongo que no le dijiste que venías a verme, ¿verdad?

—Claro que no. Discutimos por su comportamiento de los últimos días, algo que en apariencia no estaba relacionado con los mensajes de correo electrónico, aunque yo sabía que existía algún tipo de vínculo. Le dije que quería tomarme un descanso para ir a ver a mis padres a Toulouse. Me cogí unos días libres y vine aquí.

—Siento todo por lo que has pasado hoy.

—Bueno, no ha sido muy agradable. Pero ¿qué podíamos hacer?

En ese momento llegó el camarero con la comida.

—Nunca he estado en Modane —dijo Arthur cuando el camarero se fue.

—Es un pueblo muy pequeño, aislado, y al estar en los Alpes resulta bastante pintoresco. Está rodeado de cumbres cubiertas de nieve, incluso en verano. Pero el único motivo por el que vivo ahí es el laboratorio.

—Parece un lugar extraño para un laboratorio de física.

—No, al contrario, es el lugar perfecto. Un túnel de mil ochocientos metros atraviesa la montaña de Fréjus, situada entre Francia e Italia. El laboratorio está enterrado, cerca del centro del túnel, por lo que se halla aislado casi por completo y de forma natural de los rayos cósmicos, que son el principal enemigo en la búsqueda de las partículas subatómicas raras.

—¿Como los neutrinos? ¿Ese tipo de cosas?

—Sí —respondió Claire—. Exacto, ese tipo de cosas, muy bien.

—Como te he dicho, soy químico, pero Harp Industries se dedica a la física y de vez en cuando leo algunas de las revistas que recibe la empresa. ¿En qué estás especializada?

—¿Yo? En materia oscura. Simone y yo formamos parte del equipo EURECA, que está realizando un experimento para buscar materia oscura.

—He oído hablar del tema —dijo Arthur—, pero no me atrevería a decir que entiendo en qué consiste.

—En realidad, nadie sabe a ciencia cierta qué es la materia oscura, pero tal vez tenga la oportunidad de explicarlo en el futuro. No es un tema que se preste a charlas informales.

—Pero aún no la habéis encontrado, ¿no? —preguntó Arthur.

—No, pero confío en que obtendremos resultados dentro de poco.

—¿Y qué harás cuando lo logréis?

—Seguramente me emborracharé. Pero...

—Pero ¿qué?

—El problema con Simone lo complica todo. No sé cómo vamos a seguir trabajando juntos. Ni tan siquiera estoy segura de conocerlo.

—Ojalá pudiera darte algún consejo —dijo Arthur.

—Estoy segura de que se solucionará de un modo u otro. Cambiando de tema, me da la sensación de que la llamada a la policía no ha servido de gran cosa.

—No confío en ellos. Estoy involucrado en un asunto algo complejo.

—¿Tiene algo que ver con el Grial?

—Sí.

—¿Y el baúl también?

—Sí.

—Ya te he contado mi historia —dijo Claire—. ¿Me cuentas la tuya?

Cuando regresaron a la habitación del hotel, Arthur se sentó en una cama y Claire en la otra, ambos con un vaso de whisky del minibar. Arthur empezó a contarle lo que le había pasado en las últimas semanas. Le salió una narración muy clara y lineal. Cuando hacía presentaciones en la empresa y en conferencias siempre se metía al público en el bolsillo, y también lo consiguió en esta ocasión. Claire escuchó embelesada el relato sobre la subcultura de los lunáticos del Grial, que él consideraba como muy propia, el trágico suceso en la casa de Andrew Holmes, la sensación de que lo estaban siguiendo y de que se había convertido en el objetivo de unos asesinos, la exasperante falta de cooperación de la policía, su injusto despido por haber menospreciado involuntariamente al presidente de la empresa y, en último lugar, el descubrimiento que había realizado ese mismo día en Warwickshire. En el transcurso de la charla Arthur averiguó que Claire había leído *La muerte de Arturo* en la escuela y que de pequeña había mostrado un interés pasajero por el mundo del rey Arturo, pero su fascinación por la ciencia reemplazó al rey de los britanos.

—Y eso es todo, no hay más —dijo Arthur al final.

—Es increíble —repuso Claire—. Nuestras vidas, bueno, no teníamos nada en común y de repente hemos encontrado un vínculo que nos une a algo tan increíble como el Santo Grial.

—Es de locos.

El whisky escocés del minibar se había acabado, así que Arthur se decantó por el coñac.

—Tengo que comprobar el horario de los trenes —dijo ella—. Debo volver mañana.

Arthur no hizo caso del comentario, cogió el viejo baúl y lo puso sobre la cama.

—¿Y si le echamos un vistazo? La noche es joven. —Vio que a Claire se le iluminaron los ojos ante aquella posibilidad.

Abrió la tapa y con sumo cuidado dispuso el contenido en todas las superficies planas de la habitación. Las prendas de ropa, los objetos de plata y las biblias quedaron desterradas a sillas y mesas. Los pergaminos ocuparon el lugar de honor en la cama.

Encontró la carta dirigida a Waynflete y se la leyó a Claire en voz alta. No había dejado de pensar en la misiva desde que abandonó Warwickshire. Era algo más que un descendiente de sir Thomas Malory. Si lo que decía la carta era cierto, ¡también era descendiente del mismo rey Arturo! La cadena de revelaciones era mareante. No era de extrañar que Holmes lo hubiese llamado tan emocionado. La mayoría de los eruditos opinaban que las pruebas de que el rey Arturo era algo más que un mero personaje mitológico fruto de la imaginación para satisfacer las necesidades de la

cultura medieval popular eran, cuando menos, endebles. Si existió un rey Arturo en el siglo VI, no aparecía en los escritos de los pocos historiadores casi contemporáneos: Gildas en el siglo VI, Beda en el VIII o Nennio en el XIX. El rey Arturo no asomó la cabeza por las páginas de los tratados históricos hasta que Geoffrey de Monmouth, en 1136, escribió en su *Historia Regum Britanniae*: «E incluso el célebre rey Arturo recibió una herida mortal; y cuando lo trasladaron desde allí a la isla de Ávalon para curarse de las heridas, entregó la corona de Bretaña a su pariente Constantino, el hijo de Cadur, duque de Cornualles, en el quingentésimo cuadragésimo segundo año de la encarnación de nuestro Señor».

Le explicó las implicaciones a Claire: de repente se confirmaba que el rey Arturo era real y con ello se asentaban las bases de un árbol genealógico que no solo situaba en el siglo XV a un Thomas Malory en su linaje, sino también a un Arthur Malory en el siglo XXI.

Si Arthur hubiera podido pedir un deseo, habría pedido conversar con Holmes sobre la carta. Holmes había parecido muy confiado al hablar con él por teléfono, pero en la carta no había nada que asegurara que iban a encontrar la espada, y mucho menos el Grial.

Dejó la carta y empezó a hojear los documentos que aún no había examinado. Los resultados fueron decepcionantes. Los demás pergaminos, uno tras otro, no eran más que papeles legales de los Malory de los siglos XVI y XVII: escrituras, testamentos, documentos de ventas de tierras y similares.

Pero al pasar una página todo cambió.

—Vaya, aquí hay algo.

—¿Qué es? —preguntó Claire.

Arthur reconoció de inmediato, tanto en la carta que tenía en la mano como en la siguiente, el inconfundible garabato de Thomas Malory que había visto en la misiva a Waynflete.

—Es otro documento escrito por Thomas Malory.

Se disculpó por guardar silencio mientras lo examinaba. Solo tardó unos segundos en comprender lo que había descubierto.

La primera edición del libro de Malory, *La muerte de Arturo* —*Le Morte Darthur* según la ortografía del francés medio que había utilizado el autor—, fue publicada por el impresor londinense William Caxton en 1485, catorce años después de la muerte de Malory. En su momento se creyó que Caxton había recibido el manuscrito de manos de Malory o de un escriba, tal vez una recopilación de relatos artúricos, y que los había compilado en un único volumen, al que añadió un prefacio que, a primera vista, fue escrito por el propio impresor. Durante mucho tiempo se consideró que este prefacio era un documento inusual, pues tras explicar la necesidad de ensalzar las virtudes de un gran cristiano como el rey Arturo, se adentraba en una

descripción detallada y del todo innecesaria del número de capítulos que contenía cada uno de los veintiún libros del volumen.

Puesto que el manuscrito Winchester de *La muerte de Arturo*, la única copia escrita de puño y letra por Malory, carecía de esta introducción, existían motivos sobrados para creer que el prefacio había sido obra de otra persona, probablemente Caxton.

—Necesito una copia de *La muerte* —dijo de pronto Arthur, a quien le vino a la cabeza la imagen del montón de cenizas en el que debía de haberse convertido su propio libro.

—Tal vez abajo tengan un ordenador —apuntó Claire—. Estoy segura de que puedes consultarlo en línea.

—Tengo el portátil en mi bolsa.

Saltó de la cama y se maldijo al comprobar que el ordenador se había quedado sin batería. Lo enchufó y compró un bono de veinticuatro horas de wifi en la página web del hotel.

Clicó en la primera versión completa de *La muerte* que apareció en los resultados de la búsqueda y fue directo al prefacio.

Leyó en voz alta:

—«Lo he dividido en veintiún libros, y he capitulado cada libro como sigue a continuación, por la gracia de Dios. El primer libro tratará de cómo Uther Pendragon engendró al noble conquistador rey Arturo, y contiene veintiocho capítulos. El segundo libro trata del noble caballero Balín, y contiene diecinueve capítulos. —Y seguía así hasta la última frase—: Son, en suma, veintiún libros, los cuales contienen en total quinientos siete capítulos, como más claramente sigue a continuación».

Examinó de nuevo el pergamino. Ahí aparecía la peculiar numeración de libros y capítulos, con la caligrafía de Malory:

Et para comprender el contenido de este volumen dividido en XXI libros et capitulé cada libro de esta guisa, por la gracia de Dios. El primer libro tratará de cómo Vther Pendragon engendró al noble conquistador rey Arturo, et contiene XVIII capítulos. El segundo libro trata del noble caballero Balín, et contiene XIX capítulos.

Arthur cotejó el pergamino con el prefacio de Caxton.

—Es casi literalmente idéntico. Esto significa que es probable que fuera Malory, y no el impresor, quien escribió el prefacio.

—¿Y eso es importante? —preguntó Claire.

—No estoy muy seguro. Cuando menos es interesante desde un punto de vista histórico.

Arthur pasó al siguiente pergamino, que supuso el broche de oro.

Leyó la carta en voz alta para que Claire conociera su contenido, pero se imaginó que Holmes también lo escuchaba.

—«¡Ay!, mis enemigos, esos hombres impíos que se hacen llamar los Qem, han logrado impedir que emprenda mi viaje para encontrar el Grial. Ahora soy viejo y demasiado débil. Sin embargo, al encerrarme en una celda durante todos estos años me han concedido el beneficio del tiempo y Dios me ha bendecido con la habilidad de narrar cabalmente las historias de mi ilustre antepasado, el gran y noble Arturo, rey de los britanos. Rezo para que el Maleoré que me suceda encuentre este pergamino y emprenda la búsqueda del Santo Grial. Para encontrarlo, ese hombre deberá hallar en primer lugar la espada de Arturo que yo mismo he encontrado y que he escondido para ponerla a salvo de manos malvadas. Aquel que quiera hallar el Santo Grial debe ser un hombre de fina inteligencia, virtuoso y de corazón puro. El escondite de la espada se puede encontrar en el prefacio de *La muerte de Arturo* acompañado del relato en sí, siempre que uno se muestre tan atento como los sacerdotes que cuidan de los Sacramentos en las verdes tierras de Warwickshire que se mencionan en el *Libro Domesday* escrito durante el reinado del rey Guillermo I. He concebido este rompecabezas para que esta búsqueda esté a la altura del heredero que posea este tratado y que tenga el temperamento y la gracia de Dios para encontrar el más sagrado de entre todos los objetos sagrados; a saber: el Grial de Cristo».

Arthur dejó los pergaminos en la cama, con la mirada perdida. «A esto se refería Holmes», pensó.

—Es como si te hablara directamente a ti —dijo Claire en voz baja.

Entonces Arthur se dio cuenta. Esa era su búsqueda. Lo había sido desde el momento en que se había enfrentado al intruso que los amenazaba con la pistola.

—Tengo que hacer una llamada —dijo.

Telefonó a casa de Tony Ferro y se disculpó por molestarlo tan tarde.

—Tony, no creerás lo que he encontrado en Warwickshire, o, mejor dicho, lo que hemos encontrado.

—¿Hemos?

—Holmes estuvo aquí antes.

Tony era un académico muy serio que se abstendría de formular ningún juicio hasta haber examinado los documentos en persona. Justificó su decisión sacando a colación una elaborada falsificación de un manuscrito medieval que le había costado el trabajo a una colega demasiado crédula. Pero Arthur se dio cuenta de que hablaba con dos Tony: el chico impaciente y emocionado por la noticia, y el historiador riguroso que debía proteger su reputación. Al final de la conversación, el chico se impuso al historiador.

—¿Puedes venir a la facultad mañana? Por el amor de Dios, Arthur, si es

auténtico, ¿eres consciente de lo que significa? No solo es la confirmación más fehaciente jamás hallada sobre la existencia del rey Arturo, sino un vínculo real, y no mitológico, con dos elementos vitales de las leyendas artúricas: *Excalibur* y el Grial. Necesito un trago para calmarme.

Mientras Arthur hablaba por teléfono, Claire se había tumbado de costado y lo observaba desde la cama. Parecía que tenía sueño.

—¿Podrías coger un tren a última hora? —le preguntó Arthur a Claire cuando colgó.

—¿Por qué?

—Porque me gustaría que conocieras a Tony Ferro. Acompáñame a la universidad. Está cerca de la estación de Saint Pancras.

—Vale, ¿por qué no? —respondió ella, lo que a Arthur le proporcionó una sensación de alivio.

—Duerme un poco —le dijo—. Tengo que volver a mi casa.

Sabía perfectamente lo que encontraría cuando llegara a casa. Los bomberos aún estaban en el lugar, remojando las paredes derruidas y negras. Aun así, al ver sus posesiones reducidas a cenizas lo embargó una sensación irreal y un dolor inmenso.

Se presentó ante el subinspector jefe, que lo reprendió por haber abandonado la escena, y se vio obligado a inventarse el cuento de que había huido presa del pánico, se había refugiado en casa de un amigo para beber y comer algo, y que ahora había recuperado la calma necesaria para volver.

—Ha tomado la decisión correcta, señor Malory; de lo contrario tendría que enfrentarse a una investigación muy seria. ¿Notó olor a gas antes de la explosión?

—No.

—¿Había tenido algún problema con su cocina de gas?

—Ninguno.

—Entiendo. Un transeúnte llamó para avisar de que había detectado un fuerte olor a gas procedente de su casa.

—Eso me ha dicho la policía.

—¿De modo que ha hablado con la policía?

—Sí, los llamé yo mismo.

El bombero le dio una tarjeta.

—El inspector Hobbs ha estado aquí y nos ha dicho que deseaba hacerle algunas preguntas.

—Como le he dicho, ya hemos hablado.

Arthur decidió no mencionar el cóctel molotov ni el disparo. Si lo hacía, lo acosarían varios días con preguntas escépticas. Y Hobbs ya le había hecho pasar por algo muy parecido. Además, tenía asuntos más importantes que atender.

—Nuestro investigador ha encontrado pruebas preliminares de residuos de queroseno en la zona del salón. ¿Puede decirnos algo al respecto?

—Tenía una lámpara de queroseno decorativa —dijo Arthur con un hilo de voz.

—Entiendo. El inspector Hobbs también nos ha informado de ello. Al parecer, vino a verlo hace poco. Sin embargo, hoy no había utilizado la lámpara, ¿verdad?

—No.

—Bien, gracias por atender a nuestras preguntas. Tal vez nos interese ponernos en contacto con usted en el futuro, por lo que le ruego que nos facilite su número de teléfono móvil. Y le sugiero que llame al número de emergencias de su compañía aseguradora para que empiecen con todos los trámites. Es usted un hombre afortunado. Esto podría haber acabado mucho peor.

Cuando Arthur regresó al hotel, la habitación estaba a oscuras y Claire dormía en su cama. A la luz del teléfono móvil vio su ropa en una pila ordenada. Se desvistió y se metió en la cama en calzoncillos. Antes de que el sueño se apoderara de él, prefirió pensar en la bonita mujer desnuda que dormía a un par de metros de él antes que en las ruinas de su casa ennegrecida.

El despacho de Tony Ferro en el departamento de lengua y literatura inglesa se encontraba en el complejo laberíntico del University College de Londres, en Bloomsbury. Era poco más grande que un armario, y el corpulento académico tenía un aspecto cómico encajonado tras su escritorio.

Arthur presentó a Claire, y Tony reaccionó con uno de sus típicos comentarios:

—¿Por qué yo nunca me encuentro a una atractiva francesa esperándome en la puerta de casa como caída del cielo? El mundo no es justo. En fin, examinemos los pergaminos. Apenas he dormido.

Arthur y Claire observaron a Tony en silencio durante diez minutos mientras este leía los documentos de cabo a rabo y los examinaba con lupa. Cuando acabó, levantó la cabeza y miró a su amigo con seriedad.

—¿Y bien? —preguntó Arthur.

Tony dio unos golpecitos en el escritorio con las gafas de leer cerradas y lanzó un profundo suspiro. Arthur no se había dado cuenta de que llevaba tanto tiempo conteniendo la respiración.

—Es el momento más importante de mi vida —dijo al final—. Para ser políticamente correcto tal vez debería decir de mi vida académica, pero, entre tú y yo, esto es mejor que el nacimiento de mis hijos, que fueron unos momentos algo menos agradables. Creo que estos documentos son auténticos. No tengo ninguna duda. El papel es correcto, la tinta es correcta, la gramática y la sintaxis son correctas. He

tenido la oportunidad de estudiar la firma de Thomas Malory en el manuscrito Winchester y esta firma de la carta a Waynfilete es idéntica. Lo único que lamento es que Holmes no esté aquí para disfrutar de este momento con nosotros.

Arthur asintió.

—A mí me pasa lo mismo.

—No sabía que fueras un mutante —dijo Tony tras lograr contener las lágrimas.

Arthur enarcó una ceja.

—¿Una costilla de más? —preguntó Tony—. Ponte de pie y déjame verla.

—Ah, eso. ¿De verdad?

—Por supuesto. Considéralo una parte primordial de la investigación. Levántate la camisa. Si lo desea puede apartar la mirada, señorita Pontier —dijo Tony guiñándole un ojo.

Arthur se puso en pie y le mostró el costado.

—¿Y si entra alguien? —bromeó.

—Le diré que estoy enamorado de ti.

—Prueba el otro lado —indicó Arthur—. Este aún me duele un poco.

Tony se inclinó sobre el escritorio y le palpó el costado izquierdo, por encima del hígado.

—Parece una especie de protuberancia, corta y gruesa —dijo Tony—. Qué raro, ¿verdad?

Arthur volvió a sentarse.

—Eso me han dicho.

—Tenemos que publicar esto —decidió Tony tras una pausa elocuente—. Es fundamental. La elección más lógica sería la revista que dirige Sandy. Tenemos que hablar del tema con ella y con Aaron cuanto antes, y también con el resto del grupo, claro.

Arthur negó con la cabeza.

—Frena. Lo publicaremos, o, mejor dicho, lo publicarás a su debido tiempo. Es tu carrera, no la mía. Te cedo gustosamente los focos. Solo quiero disponer del tiempo necesario para buscar con calma la espada y el Grial.

—¡Por supuesto! —exclamó Tony—. Tendrás todo el tiempo que quieras. Ya sabes que el mundo académico tiene su propio ritmo. Cuando llegue el momento de escribir el artículo pondré a Holmes como autor principal. A fin de cuentas es él quien merece toda la gloria. Pero no te engañes y pienses que podrás pasar desapercibido, amigo. Te has convertido en el ojito derecho de los medios de comunicación porque eres un buen chico. ¿Puedes imaginarte lo que sucederá cuando el mundo descubra que el rey Arturo existió de verdad, que eres su descendiente y que, como él, tienes una costilla de más? Te canonizarán, colega. ¡Y tarde o temprano veremos tu cara en sellos y trapos de cocina!

—Joder, Tony, no voy a preocuparme de todo eso ahora. De momento me voy a dedicar a esto, y tengo que ponerme en marcha antes de que aparezca de nuevo el tipo de la pistola.

—Me preocupa tu seguridad —dijo Tony—. Han sucedido cosas muy extrañas. Lo de tu casa ha sido espantoso.

—Intento tomar precauciones.

—¿La policía no te ha ayudado?

—Peor aún. No puedo demostrarlo, pero tengo la sensación de que van a por mí. He decidido romper el contacto con ellos.

Tony negó con la cabeza.

—Esto no me gusta. En absoluto. Si necesitas un lugar donde alojarte...

—Gracias, pero no.

—¿Has encontrado el sentido a las pistas de Malory? ¿El prefacio de *La muerte*? ¿El *Libro Domesday*?

—Aún no. Acabo de empezar. Pero necesito un ejemplar del *Domesday*, ¿tienes alguno a mano?

Tony tenía más de uno y le prestó un grueso volumen de tapa blanda que pesaba como un ladrillo.

—Estoy a tu disposición como asesor. Yo y los demás del grupo —dijo Tony—. Consideráanos tu división de expertos.

—Lo haré. ¿Te lo puedes creer? Voy a emprender la búsqueda del verdadero Grial.

—Es increíble pero cierto, ¿no? Holmes tenía razón. Es tu búsqueda. ¿Puedo hacer una copia de las cartas para examinarlas con mayor detenimiento? Las pondré a buen recaudo.

Los tres se dirigieron a la sala de fotocopias que había al final del pasillo; no había nadie.

—¿Qué opinas de esos Qem a los que menciona Malory? —preguntó Tony, que depositó el primer pergamino en el cristal de la fotocopiadora con sumo cuidado.

—Nunca había oído hablar de ellos. ¿Y tú?

Tony cogió la primera copia.

—Cuando mencionaste ayer la palabra, hice una búsqueda de homónimos relacionados. Q-E-M, Q-U-E-M, K-E-M y K-H-E-M. «Khem» significa «negro» en egipcio, es lo único que averigüé. No existe nada ni nadie con ese nombre en ninguna de las bases de datos de historia medieval. Es algo intrigante a juzgar por los problemas con la justicia que tuvo Malory. Es decir, no cabe la menor duda de que el hombre tuvo muchos enemigos.

—¿Y qué papel vas a desempeñar tú en esta historia? —le preguntó Tony a Claire.

—¿Yo? Bueno, no lo sé. Tengo que volver a Francia.

—Qué pena —dijo Tony.

Arthur y Claire salieron a la soleada calle y echaron a andar hacia Saint Pancras.

Arthur había estado esperando ese momento, durante toda la mañana no había dejado de darle vueltas a lo que iba a decirle, y al final le salió todo de forma precipitada.

—Sé que es mucho pedir, pero me gustaría que te quedaras. Solo durante unos días. Me vendría bien tu ayuda, alguien con quien debatir las ideas.

—Arthur, yo...

Pero él no dejó que acabara la frase.

—Claire, apenas nos conocemos, pero no quiero dejar que te vayas tan fácilmente.

Ella respiró hondo y agachó la cabeza, sonrojada.

Arthur insistió.

—Sé que es un poco raro, pero no te estoy pidiendo una cita, sino que emprendas una aventura conmigo. ¿Te quedarás un par de días más? Si vuelve a producirse la menor situación de peligro, te envío a casa.

—Pero si ni siquiera tengo ropa...

—Ya somos dos.

Claire levantó la vista y asintió con la cabeza.

Aquel «sí» le levantó el ánimo a Arthur y le planteó un pequeño y feliz dilema. ¿Debía estrecharle la mano? ¿Darle un apretón en el hombro? ¿Besarla? Ninguna de las opciones lo convencía, por lo que se limitó a murmurar «Fantástico» y cambió de tema para decidir cómo solucionar el problema de la ropa.

Se dirigieron al Marks & Spencer de Covent Garden y Arthur no tardó demasiado en reunir un práctico vestuario. Cuando acabó, fue a buscar a Claire a la sección de ropa para mujeres. Como hacen la mayoría de los hombres, se mantuvo en un discreto segundo plano mientras ella elegía la ropa interior, pero la acompañó de nuevo cuando llegó el momento de comprar el resto: ropa, calzado y abrigo. Claire eligió las prendas rápido, sin demasiados miramientos. Se las mostró a Arthur con un gesto burlón para que diera su visto bueno, y él asintió con la cabeza, sonrió y levantó el pulgar.

Arthur disfrutó de esa pausa —una hora de despreocupación como no la había tenido desde hacía tiempo— observando cómo Claire se movía entre los percheros como la bola de una máquina de pinball.

Al llegar a caja, Arthur insistió en pagarlo todo y Claire accedió a regañadientes. Después, al pasar por la sección de maletas, se les ocurrió comprar un par de bolsas con ruedas para transportarlo todo más fácilmente.

Regresaron al aparcamiento de Bloomsbury con las bolsas y volvieron al hotel. Arthur no dejó de mirar por el retrovisor durante todo el trayecto para comprobar que no los seguía ningún vehículo sospechoso. Claire le envió un correo electrónico a su jefe en Modane para pedirle unos días de vacaciones. Al llegar a Cantley House se puso un suéter nuevo. Cuando salió del baño, Arthur percibió el leve aroma de un intenso perfume. No la había visto comprar ninguno, por lo que supuso que tenía un frasco en el bolso y se alegró de que hubiera decidido echar mano de su arsenal.

Pidió unos bocadillos al servicio de habitaciones y se pusieron manos a la obra: Arthur cogió los documentos clave del baúl y ambos tomaron posición en las camas recién hechas. Arthur leyó de nuevo en voz alta la que consideró la sección más importante del pergamino más importante:

Para encontrarlo, ese hombre deberá hallar en primer lugar la espada de Arturo que yo mismo he encontrado y que he escondido para ponerla a salvo de manos malvadas. Aquel que quiera hallar el Santo Grial debe ser un hombre de fina inteligencia, virtuoso y de corazón puro. El escondite de la espada se puede encontrar en el prefacio de La muerte de Arturo acompañado del relato en sí, siempre que uno se muestre tan atento como los sacerdotes que cuidan de los Sacramentos en las verdes tierras de Warwickshire que se mencionan en el Libro Domesday escrito durante el reinado del rey Guillermo I.

—¿De modo que eres un hombre de fina inteligencia, virtuoso y de corazón puro?

—Quizá solo sea dos de esas tres cosas.

Claire sonrió.

—¿Cuál de esas cualidades te falta?

—Será mejor que lo decidas tú. ¿Qué sabes del *Libro Domesday*?

—He oído hablar de él, pero debo admitir que no formaba parte del plan de estudios de las escuelas francesas.

Arthur le alargó la copia de Tony.

—Tuyo —le dijo.

Claire agarró el pesado volumen y, lanzando un gruñido, lo abrió por una página al azar y leyó algunos fragmentos.

—Dios mío, pero ¿qué es esto? Parece el libro más aburrido jamás escrito.

—Es un poco árido, como leer las cuentas de una compañía.

—Pero parecen las cuentas de todo un país, ¿no?

—Un país del siglo XI en el que podías contar los cerdos, las vacas y los arados.

Arthur le pidió que se lo devolviera. No sabía por dónde empezar. Eran mil quinientas páginas abarrotadas de información con un cuerpo de letra que lo obligaba a forzar la vista incluso a él, que era joven. Claire cogió el portátil para buscar una versión en línea.

El libro fue una creación de Guillermo el Conquistador, que en 1085 decidió que

debía conocer la riqueza exacta de su reino. Para acometer la tarea envió a sus inspectores reales y funcionarios por toda Inglaterra para que registraran la extensión de tierras que correspondía a cada condado, cuántas tierras y ganado poseía el rey y qué derechos anuales le correspondían. Fue un proceso meticuloso que se llevó a cabo con rapidez y eficiencia, recopilado y transcrito en dos grandes volúmenes de pergamino, *Great Domesday* y *Little Domesday*, por un único escriba de Winchester que los escribió con un latín administrativo abreviado y estilizado. Se dice que el censo fue tan exhaustivo que ningún buey, vaca o cerdo escapó a los auditores del rey.

El monarca se tomó los manuscritos con la mayor seriedad y al cabo de poco empezaron a referirse a ellos como los libros *Domesday*, una referencia a «Doomsday», el día del Juicio Final en el que los cristianos averiguarán su destino. Por aquel entonces, como en el momento presente, las únicas certezas eran la muerte y los impuestos. De hecho, el rey Guillermo confirmó que el suyo era un país próspero, con vastas propiedades de tierra, y que sus barones y arzobispos le debían unas cuantiosas rentas todos los años.

Arthur abrió el libro distraídamente y posó la mirada en la entrada referida al poblado de Malden, en Surrey.

—Esto es apasionante —dijo cuando acabó de leerla.

MALDEN VIEJO. Robert de Watteville vasallo de Richard Harding vasallo del rey Eduardo. Entonces se valoraron sus tierras en 8 *hides*, ahora 4. Dispone de tierra para 5 arados. Posee 1 arado, y 14 villanos y 2 siervos con 4 arados. Hay 1 capilla y 3 esclavos, y 1 molino que da 12c y 4 acres de prados. De los pastos, 1 cerdo de 7 cerdos. De estas tierras a un caballero le corresponde 1 *hide* y 30 acres, y tiene 1 arado y 1 villano y 1 siervo y 1 acre de prado. El total era de 7 libras; ahora es de 6 libras y 12 chelines.

Después de buscar en varios glosarios logró descifrar la entrada, que decía que Robert de Watteville, el vasallo sajón en 1086, trabajaba las tierras de la aldea Malden cedidas por Richard Harding, que a su vez las había recibido en arriendo de Eduardo el Confesor, rey hasta la invasión normanda de 1066. Las propiedades de Malden se habían tasado anteriormente en 8 *hides* de tierra, unos 960 acres, pero cuando se hizo el censo ascendían a tan solo 4 *hides*. Watteville era el amo de su arado y de los frutos del trabajo de 14 campesinos. Dos pequeños terratenientes poseían una modesta extensión de tierra y tenían sus propios arados y cerdos, uno de los cuales correspondía a Watteville anualmente. Malden tenía una capilla y tres habitantes sin tierras. Había un molino que pagaba 12 chelines al año a Watteville por el arriendo y 4 acres de tierras de pastoreo. Un caballero no identificado controlaba

poco más de un *hide* de tierra y tenía algunos jornaleros. El valor de las tierras de Malden había sido de 7 libras en 1066. En 1086 se tasó en 6 libras y 12 chelines.

Arthur hojeó el libro, iba leyendo una entrada tras otra de cada pueblo y no tardó en quedar sepultado bajo el alud de cifras y datos áridos. ¿Cómo iban a entender semejante cantidad de información? ¿Por qué Thomas Malory había decidido utilizar ese libro como vehículo para ocultar su secreto? ¿Y cómo había accedido a él? Tras una generación o dos en el tesoro de Winchester, el *Libro Domesday*, guardado en un baúl de tachuelas de hierro, había sido transportado al palacio de Westminster por el rey Enrique II, donde pasó los siguientes seiscientos años. De modo que Malory por fuerza tuvo que obtener permiso de un alto funcionario de la corte del rey Enrique VI para acceder a él.

Claire dejó el portátil y le pidió el pergamino. Lo leyó para sí, entrecerrando los ojos.

—Mira, este tipo, Thomas Malory —dijo la chica—, estoy segura de que era lo bastante inteligente para escribir un bonito libro como *La muerte de Arturo*, pero por lo que sabemos no era matemático ni nada parecido.

—¿Adónde quieres llegar?

—A que estoy convencida de que su rompecabezas, su código secreto o como quieras llamarlo no es tan sumamente complicado. Solo hay dos elementos: el prefacio y el *Libro Domesday*. Lo más importante es saber que ambos son imprescindibles. Es lo que viene a decir esta carta dirigida a ti a través del tiempo.

—De acuerdo —dijo Arthur—, pero ¿por dónde empezamos? ¿Por el prefacio o por el *Libro Domesday*?

—No lo sé.

Arthur y Claire se quedaron en la habitación el resto del día y hasta bien entrada la noche leyendo el *Libro Domesday* y *La muerte de Arturo* y repasando los pergaminos. Arthur llenó su libreta de notas y ambos intentaron hallar algún tipo de vínculo, pero todos sus esfuerzos los condujeron a un callejón sin salida. Al final la fatiga pudo con ellos. Bajaron al restaurante del hotel a cenar y luego trabajaron un poco más hasta que empezaron a adormecerse.

Mientras Claire estaba en el baño preparándose antes de irse a dormir, Arthur se desvistió y se metió en la cama. Fingió no mirarla cuando salió vestida con un camisón sencillo y corto, muy de colegiala. Ella le lanzó una sonrisa fugaz, casi avergonzada, y se metió en la cama. Cuando apagaron la luz, Arthur pensó en Claire, que estaba tumbada en la cama de al lado, pero no tardó en perderse en un laberinto de sueños, una extraña amalgama del Camelot de Arturo, el *Libro Domesday* de Guillermo el Conquistador y su propia casa en llamas.

Thomas Malory apartó las cortinas de su dormitorio y dejó que la luz del sol lo inundara todo. Su mujer, Elizabeth, aún dormía, pero al notar la claridad se tapó los ojos con las mantas de piel.

—¿Hace bueno o malo? —preguntó con voz amortiguada.

—Bastante bueno —respondió Malory—. ¿Quieres que llame a las muchachas para que te ayuden?

—Aún no. No tengo prisa. He dormido muy mal.

—Pues yo he dormido muy bien, como un lirón.

Elizabeth asomó la cabeza, como un tejón dispuesto a abandonar su madriguera.

—En cualquier caso, no quiero ver a los chicos demasiado pronto. Son agotadores cuando hay que vestirlos y darles de comer.

Llevaba su melena negra recogida en un gorro de dormir muy poco favorecedor que le confería un aspecto demasiado viril para su gusto. A Malory se le pasó por la cabeza la idea de arrancárselo y poseerla, pero debía atender otros asuntos más acuciantes, por lo que se dirigió hacia la puerta para llamar a su ayuda de cámara.

—¿Debes irte hoy?

—Sí, debo.

A lo largo de los años había hecho la transición de la vida militar a la rural en muchas ocasiones —los conflictos entre Inglaterra y sus vecinos parecían no tener fin—, pero nunca había sentido ese hastío hacia la guerra. Era cierto que nada podía igualar la euforia y la liberación emocional de una victoria obtenida en el campo de batalla, pero era un placer fugaz, similar al crescendo de una unión carnal. A su edad prefería las ocupaciones menos exigentes propias de un próspero caballero en Warwickshire al monótono aburrimiento y los periódicos baños de sangre de una campaña normanda. Ese día iba a embarcarse en un viaje que aunaría ambos mundos. No esperaba que se produjera un baño de sangre, pero sí gozar de la euforia.

Vestido con su jubón, calzas, capa y botas de cuero blando, Malory abandonó sus aposentos privados y se dirigió a las salas públicas de su mansión. Los suelos de la espléndida casa estaban cubiertos de esteras de paja humedecidas por los sirvientes para refrescarlas. Desprendían el aroma del heno recién segado, un olor con el que había soñado en Francia, rodeado por el hedor de los campamentos de asedio.

Malory no podía atravesar las salas públicas de la mansión sin llamar la atención de los miembros del servicio. La finca albergaba a cien sirvientes que desempeñaban sus tareas en el interior y exterior de la casa, mozos de labranza, vasallos, campesinos y varios aparceros, así como a dos gentilhombres y sus familias. El mozo de cuadra

de Malory necesitaba hablar con él sobre el estado de las caballerías, el cervecero le dio a catar un nuevo barril y el capellán quería instrucciones sobre la misa que iban a celebrar antes de su partida.

Malory los atendió con prisa y luego se dirigió a la biblioteca decorada con tapices donde lo esperaban dos de sus siervos. Richard Malory era uno de ellos, un primo lejano de Radclyffe-on-the-Wreake, uno de los gentilhombres que residía en Newbold Revel. El otro era John Aleyn, un soldado fiel que lo había acompañado en la campaña de Normandía y que ahora era un hombre de armas muy capaz que formaba parte de su servicio doméstico. Malory los saludó con alegría y les pidió que se sentaran con él a la mesa más cercana a la chimenea. Un atento sirviente apareció con una bandeja de cerdo trinchado y patatas asadas frías. Los hombres dieron buena cuenta del desayuno con las dagas que llevaban en el cinturón, y bañaron la comida con cerveza. Richard, tan locuaz como siempre, empezó a contarles una historia interminable y aburrida sobre su participación en una partida de caza de jabalíes el día anterior en unas tierras cercanas a la abadía de Coombe. Era más joven que su primo, entrado en carnes y de cintura gruesa, y renqueaba debido a una flecha normanda que lo había herido en la cadera hacía unos años. Un soldado más ardoroso no habría dado importancia a la herida y habría regresado a la batalla en cuanto se hubiera recuperado, pero Richard abandonó el ejército y regresó a una cómoda vida trufada de mujeres, caza y bebida. John Aleyn era muy distinto. Un hombre duro, todo nervios y huesos, que vivía para el servicio. Llevaba una existencia ascética en una pequeña casa de una sola habitación —en realidad no era más que una cabaña— situada en un extremo de la finca. Malory no recordaba haberlo visto en compañía de mujeres, y cuando bebía nunca llegaba a poner en peligro sus habilidades para el combate. Era, en resumen, el hombre perfecto para ciertos trabajos.

—¿Estáis listos para nuestro viaje? —preguntó Malory pinchando la última patata.

—Los fardos están preparados. En cuanto deis la orden enjaezaré los caballos —dijo Aleyn.

Richard Malory dio un trago de su jarra y se limpió la cerveza de la barbilla.

—Después de la partida de caza de ayer, tengo la cadera más hinchada que el coño de una ramera, pero si crees que ha llegado el momento de montar los caballos, estoy listo, primo.

—Sí, ha llegado el momento. El sacerdote va a celebrar una misa para despedirnos. Partiremos en cuanto acabe —dijo Malory—. Nos llevará cinco días llegar a Bristol. Y luego tal vez aún tardemos cinco más en alcanzar nuestro destino. —Sonrió al pronunciar esa palabra; le hizo pensar en su sino más que en el lugar al que se dirigían—. Desde el día en que regresé de Normandía, hace seis meses, no he podido dedicar mucho tiempo a pensar en este viaje, pero tampoco me lo he quitado

de la cabeza. Hoy, los pensamientos van a convertirse en acción.

Cuando Malory regresó a Newbold Revel de su reciente incursión en Normandía, los asuntos relacionados con sus propiedades exigieron toda su atención y se vio arrastrado por una serie de obligaciones insoslayables. Fue una época agitada. Malory y otros monárquicos albergaban la sospecha desde hacía tiempo de que la muerte de su señor, Enrique de Beauchamp, duque de Warwick, no se había debido a causas naturales, y estaban convencidos de que había un rastro de veneno que conducía al repugnante conde de Buckingham. La muerte de Beauchamp había supuesto un duro golpe para Malory. Aunque el joven era el amo de Malory, este era su mentor. Le había enseñado las artes del manejo de la espada y del arco y lo había entretenido con las historias de sus hazañas en Francia y Turquía, así como con las leyendas artúricas de amor y aventuras.

Beauchamp se había empapado de la sabiduría que le había transmitido Malory y la había llevado a la práctica en su papel de mentor principal del rey Enrique VI, que había llegado al trono con tan solo nueve meses. El rey había recompensado las atenciones dispensadas por Beauchamp nombrándolo primer conde de Inglaterra, con precedencia sobre los demás condes. Los aliados de Beauchamp sospechaban acertadamente que su influencia en el rey constituía un problema tan solo para un hombre, Buckingham, que vio menguar su primacía debido a la dependencia que el rey tenía de Warwick.

Antes de la muerte de Beauchamp los dos poderosos condes se habían enfrentado en el Parlamento acerca de unas cuestiones de Estado, y Buckingham había irritado sobremanera a Beauchamp al adquirir el castillo de Maxstoke, situado en el propio condado de Beauchamp. La proximidad de Maxstoke con el castillo de Warwick provocó que los séquitos de ambos nobles entraran en contacto a menudo, lo que dio pie a numerosos conflictos y avivó el fuego de la disputa.

Tras la prematura muerte de Beauchamp, Malory quedó al servicio del nuevo conde de Warwick, sir Richard Neville. Por suerte para Malory, Neville era un hombre extraordinario que estaba a la altura de Beauchamp en carácter e inteligencia. Sin embargo, Buckingham no compartía esa admiración. Para él, Neville no era más que otro Warwick al que debía despreciar y aplastar.

Desde la muerte de Beauchamp, Buckingham había consolidado su poder en la corte intentando moldear las actitudes y políticas del joven e impresionable rey en beneficio propio y de sus codiciosos objetivos. Aquellos que se oponían a Buckingham murmuraban por lo bajo que practicaba las artes oscuras de la alquimia. Algunos decían que buscaba, y otros afirmaban que ya había obtenido, la piedra filosofal, la legendaria sustancia alquímica que podía convertir los metales comunes en oro.

Los hombres de mente más lúcida no daban credibilidad a la idea de que su

riqueza era fruto de los misterios de la alquimia. La enorme herencia obtenida tras la muerte de su madre, la condesa viuda de Stafford, justificaba sobradamente su inmensa fortuna. Sin embargo, no existía la más mínima disputa acerca del carácter de Buckingham. Todo el mundo estaba de acuerdo en que era un hombre falto de imaginación, antipático, con una vena mezquina y vengativa que podía transformarse en una crueldad deplorable en un abrir y cerrar de ojos. Un ciudadano de Londres con ganas de gresca que escribió un anónimo en el que decía que Buckingham era un gordo sebooso dio con sus huesos en la Torre de Londres cuando se descubrió su identidad.

Tan solo había transcurrido un mes desde el regreso de Malory de Francia cuando tuvo su primer encontronazo con Buckingham en los bosques de la abadía de Coombe, en unas tierras que lindaban con Newbold Revel. Había llegado a oídos de John Aleyn que un grupo de hombres de Buckingham rondaba esas tierras con la intención de crear problemas o algo peor, ya que consideraban que Malory era un objetivo más fácil que Warwick, principal objeto de la ira de Buckingham.

Tras dar la voz de alarma, Malory organizó un grupo de dos docenas de hombres fieles que partieron de su mansión y tomaron posiciones defensivas en el denso bosque. Al atardecer, John Aleyn señaló un lugar en la penumbra y avisó a Malory de que se aproximaba alguien. Los hombres de Buckingham avanzaban a pie y cuando se acercaron pudieron comprobar que llevaban unas antorchas largas que podían lanzarse desde lejos para prender fuego a una casa como Newbold Revel. Malory los sorprendió al ordenar una carga frontal y desde ambos flancos. Los intrusos dieron media vuelta y se retiraron tan rápido que ninguno de los dos bandos sufrió excesivas bajas. Sin embargo, en el fragor de la persecución Malory juró haber visto la pequeña corona de plumas azules de Buckingham ondeando sobre un semental negro antes de que jinete y caballo desaparecieran en la oscuridad.

El ataque abortado y sus repercusiones coparon la atención de Malory. Al no haber hecho prisioneros, no podía demostrar que Buckingham era el responsable de aquella afrenta, por lo que empezó a forjar discretas alianzas en el Parlamento, en el que representaba al distrito de Great Bedwyn, para contar con diversos apoyos en su lucha contra el gordo sebooso de Buckingham.

Posteriormente, otra distracción le impidió emprender la búsqueda. En su juventud, Malory había servido como caballero hospitalario en Turquía y uno de sus compañeros de armas contra los moros fue William Weston, un gentilhombre de un poblado próximo a Newbold Revel. Un día Weston acudió desesperado a Malory para pedirle ayuda. Su hermana Joan, una mujer próspera por derecho propio, se había casado con Hugh Smith, de Monks Kirby, un bárbaro sin medida que la pegaba y la sometía a sus instintos de un modo del todo inapropiado en un caballero y un marido. Malory conocía a Joan desde que eran niños y albergaba un gran cariño hacia ella, lo

que permitió que Weston lo convenciera de que lo ayudase a rescatar a la desdichada mujer de las lamentables circunstancias en las que se hallaba. El deseo de Malory de encontrar *Excalibur* quedó eclipsado por el imperativo moral de socorrer a una damisela en apuros.

Tuvieron que planificar la incursión a conciencia, pero al final lograron llevarla a cabo sin enfrentamiento ni violencia. Joan depositó todas sus posesiones maritales en un baúl, y Malory, Weston y los demás hombres la llevaron a una de las propiedades de Weston, situada en Barwell. Ahí mismo, Joan y Malory sucumbieron a las emociones de lo acontecido y se entregaron a una noche de pasión. Malory, siempre un caballero, se arrepintió del desliz en cuanto sucedió, y posteriormente se arrepentiría aún más.

Una vez zanjada esta cuestión, y cuando las aguas de la política londinense regresaron a su cauce, Malory por fin pudo centrar toda su atención en *Excalibur* y Tintagel.

El viaje a Cornualles fue largo pero no especialmente arduo. Los acompañó el buen tiempo y el grupo de cinco hombres de Malory, formado por él mismo, su primo, John Aleyn y dos escuderos, se dirigió hacia el oeste sin encontrar bandidos ni salteadores de caminos. Durmieron al raso, aunque en una ocasión Malory y su primo pudieron pasar la noche en una estera junto a una chimenea en una cabaña situada a pie de camino. Como ninguno de ellos había ido nunca hasta la costa de Cornualles, el arzobispo de Taunton, quien les dio cobijo una noche en su priorato, les señaló el camino que debían seguir. El último día de viaje sospecharon que se encontraban cerca de su destino cuando empezaron a percibir el olor del mar, y supieron que lo habían alcanzado cuando oyeron el romper de las olas contra las rocas de la costa.

Malory, en lo alto de su silla, fue el primero en verlo.

—¡Mirad, ahí! —gritó.

Richard Malory, que no se encontraba en su mejor momento debido a unos problemas de estómago que había sufrido en los últimos días, asintió sin fuerzas, pero John Aleyn compartió la emoción del caballero.

—Es precioso.

Por deferencia al delicado estado de salud de Robert, decidieron no dejarse arrastrar por la dicha y no acabaron el viaje al galope.

El castillo se encontraba en la cima del acantilado. No fueron conscientes de lo alta y abrupta que era la pared de roca hasta que llegaron a ella. El castillo se alzaba en un promontorio unido a la isla por una estrecha franja de tierra. Los acantilados, que caían a plomo, estaban sometidos al embate del inclemente océano. La fortaleza, erigida en 1233 por Ricardo, conde de Cornualles, se había construido sobre unas edificaciones más antiguas, algunas de las cuales databan de la época romana.

Ricardo era consciente del patrimonio artúrico que albergaba el lugar. Todo el mundo sabía, y era un conocimiento que se transmitía de generación en generación, que alrededor de siete siglos antes de la época de Ricardo un castillo cónico relegado al olvido por el paso del tiempo había ocupado aquella tierra. Se decía que la fortaleza era el lugar en el que Uther Pendragon sedujo a la reina Igraine y engendró un bebé que se convertiría en Arturo, rey de los britanos. Ricardo sacó provecho de los vínculos artúricos en beneficio propio y construyó su castillo siguiendo el patrón del estilo antiguo a propósito, bajo y con muros anchos. Ahora, trescientos años más tarde, el castillo de Ricardo estaba medio en ruinas y abandonado, víctima de los saqueos de un señor de la guerra de Cornualles un siglo antes.

Los cinco hombres desmontaron junto al muro más alto y ataron los caballos a un arbusto. El castillo era un lugar de insondable soledad. No se veía un alma, ni siquiera una triste oveja pastando en la llanura. Malory echó a andar por el prado costero, se acercó al borde del precipicio y miró hacia las olas que rompían decenas de metros más abajo. El cielo empezaba a teñirse del mismo gris que el mar. Aunque tenía ganas de proseguir, logró contenerse.

—Montemos el campamento para pasar la noche —dijo—. Cuando despunte el alba, bajaremos y encontraremos nuestra cueva.

Buckingham era un hombre que se sentía cómodo en la oscuridad. Sus sensibles ojos sufrían y se anegaban en lágrimas cuando brillaba el sol, motivo por el cual había ordenado que las cortinas de sus mansiones y de su palacio londinense estuvieran siempre corridas. Además, la oscuridad le infundía más energía que la luz del sol. Como un animal nocturno, sus sentidos se aguzaban cuando el sol se ponía. Su desdichada mujer lo llamaba «murciélagos» a la cara; a sus espaldas lo tildaba de cosas mucho peores.

Preso de una gran irritación, abandonó su estudio londinense, iluminado con velas, para reunirse con su colega George Ripley y examinar el asombroso pergamino que reposaba sobre la mesa del comedor, iluminado por la luz del sol.

Ripley era aún más gordo que él. Buckingham entrecerró los ojos y examinó el inmenso rostro de aquel hombre.

—¿Es necesario que haya tanta luz?

—Os suplico que examinéis este documento un instante, mi señor, y luego podremos retirarnos a una sala más cómoda para tratar nuestros asuntos.

Sus asuntos, tal y como había dicho Ripley, estaban relacionados con la más absoluta intimidad de Buckingham. El conde practicaba las artes alquímicas, algo que siempre se había cuidado de reconocer en público, aunque el rumor circulaba insistentemente entre los círculos más variopintos. A pesar de que no era un ávido practicante como Ripley, su inmensa riqueza le permitía ser el principal mecenas de

esta ciencia oscura. Como tal, su influencia se extendía más allá del canal, abarcaba el continente y llegaba hasta Asia.

Incluso en un mundo tan hermético y exclusivo como el de la alquimia, los intereses de Buckingham eran bastante más particulares. Mientras que la mayoría de los alquimistas aspiraban a encontrar el secreto que les permitiría convertir los metales más vulgares en preciado oro, Buckingham perseguía un fin más elevado. Era miembro, y en realidad jefe, de un grupo de notables que seguía los pasos de los grandes alquimistas del pasado, y habían logrado dar con el mayor de todos ellos: Nehor, hijo de Jebedías, discípulo descarriado de Jesucristo.

Ripley era el último miembro de aquel selecto grupo, reclutado para ocupar el lugar de un alquimista español que había muerto tras inhalar vapores de mercurio. Ripley, un hombre de Yorkshire, había heredado una considerable fortuna y la había empleado en alimentar su pasión por las ciencias naturales. Cuando Buckingham se puso en contacto con él para que se uniera al grupo secreto de los Khem, se encontraba en pleno proceso de escritura de su tratado alquímico de veinticinco volúmenes, *Liber Duodecim*, que le había permitido adquirir renombre gracias a sus avances para hallar la piedra filosofal, el catalizador para convertir el plomo en oro.

En fechas recientes, Ripley había concluido la producción de un pergamino con elaboradas ilustraciones que enumeraba en latín y de manera críptica y enigmática los pasos necesarios para la consecución de la piedra filosofal, y ahí lo tenían, con sus más de cinco metros, desplegado en la larga mesa de banquetes. Buckingham lo examinó de un extremo a otro, protegiéndose los ojos con una mano y gesticulando con la otra.

—¿Son obra tuya estas ilustraciones?

—Lo son, mi señor.

—Ignoraba que poseyeras tal talento. ¿Y quién es este? —Señaló la imagen de un hombre corpulento, con barba y la cabeza cubierta, que aferraba una embarcación en forma de huevo contra el pecho.

—Es Nehor.

Buckingham estaba a punto de pedirle al sirviente que cerrara las cortinas cuando recordó que lo había echado de la sala, por lo que tuvo que hacerlo él mismo, algo que lo enfureció.

—Espero que entre todas estas sandeces no hayas mencionado el Grial.

Ripley parecía abatido.

—¡Por supuesto que no! Jamás osaría hacer referencia a temas prohibidos —respondió, y añadió—: Y tampoco calificaría mi texto de sandez.

—¿Ah, no? Dime, Ripley, ¿has encontrado la piedra filosofal?

Los ojos de Buckingham se estaban acostumbrando a la tenue luz y vio las gotas de sudor que se formaron en la frente de Ripley.

—Diría que he logrado grandes avances, mi señor.

Buckingham soltó una sonora carcajada y se dirigió hacia la puerta.

—Tal como he dicho, no son más que sandeces. Ahora acompáñame para que podamos hablar de cuestiones más enjundiosas.

Ripley lo siguió hasta su guarida sin ventanas. La estancia estaba llena de libros, montones de papeles y mapas. En la chimenea solo quedaban las brasas, y la única luz que iluminaba la sala procedía de un puñado de velas.

Se sentaron y bebieron oporto.

—Sir Thomas Malory —dijo Buckingham—. ¿Has oído hablar de él?

Ripley no lo conocía.

—Es un pequeño actor en un gran escenario; adulador de Warwick y parlamentario que se ha convertido en una espina que tengo clavada desde hace tiempo. Sin embargo, no son sus asuntos políticos lo que me preocupa hoy.

—Entiendo.

—Uno de sus hombres de mayor confianza trabaja de espía para mí. Hace poco descubrí que Malory no es un hombre tan normal como aparenta. De hecho, podría ser descendiente del rey Arturo, por increíble que resulte. Al parecer, ha partido hacia Cornualles para encontrar la espada de Arturo, que le permitiría hallar el Grial.

Los ojos de Ripley, abiertos como platos a causa de la oscuridad, se abrieron aún más.

—Si logra su cometido, debemos apoderarnos de la espada y hallar su secreto antes de que pueda hacerlo él mismo. Tu piedra filosofal no es más que un juego de niños. El Grial es el verdadero objeto de nuestro deseo. Con él, reyes, reinas y papas serán tan insignificantes como un puñado de moscas a las que podremos espantar fácilmente.

Malory se despertó con el rugido de las olas que rompían contra el acantilado. Aleyn ya había encendido una pequeña hoguera y estaba asando los conejos que había cazado la noche anterior. Se reunieron en torno al fuego y comieron hasta saciar sus estómagos.

La bruma les humedeció la ropa, pero no socavó su ánimo mientras se dirigían al acantilado para hallar un camino hasta la playa.

Los acantilados caían a plomo. Solo un loco intentaría bajar por ahí. Malory encabezó la marcha; atravesaron un prado que descendía bruscamente hacia el mar, pero no tardó en encontrar una ruta más practicable. Aunque tenía sus trampas, consideró que podría descender sin excesivos problemas.

Su primo se frotó la cadera mientras miraba desde el borde.

—No quiero ser un obstáculo para tu avance, primo. Creo que sería mejor que me quedara aquí y vigilara los caballos.

Malory lanzó un gruñido y dio el primer paso hacia el mar.

Los cuatro hombres pudieron descender sin excesivas dificultades. Los dos escuderos eran jóvenes y se encontraban en mejor forma que los demás, por lo que cargaron con los picos y las palas. A medio camino se detuvieron en un estrecho saliente para debatir si la marea estaba subiendo o bajando. Malory esperaba que estuviera bajando, ya que una cueva inundada supondría un gran peligro, pero finalmente llegaron a la conclusión de que la marea jugaba en su contra.

—Démonos prisa —dijo Malory—. Ya casi hemos llegado y no quiero esperar más para cumplir con mi destino.

—Nunca se arredra —le dijo uno de los escuderos al otro.

Malory fue el primero en bajar hasta la playa, una estrecha franja de arena húmeda que el caballero supuso que no tardaría en ser engullida por el agua. El mar se había embravecido y teñido de negro. Las gaviotas parecían burlarse de sus dificultades con sus infantiles graznidos. A Malory le costó gran esfuerzo avanzar por la arena. Señaló un lugar con emoción. Había dos cuevas: una tenía una boca enorme y la otra era la mitad de pequeña.

—¿Cuál tomamos, mi señor? —preguntó Aleyn.

—Un gran rey preferiría una gran cueva —dijo Malory—. Creo que es esta.

Se decidieron por tanto por la cueva grande, y cuando se adentraron en ella fue como entrar en la boca abierta de un monstruo marino. El suelo era de arena blanda, como en la playa, pero salpicado de piedras lisas arrastradas hasta allí por la marea. Las paredes negras de la cueva se alzaban muy por encima de sus cabezas y formaban una enorme galería abovedada que les hacía sentirse muy pequeños.

Malory se volvió para mirar hacia el mar. La boca de la cueva tenía la forma de un gran puño cerrado. La marea no iba a ser su aliada.

—Encended una hoguera y prended las antorchas —ordenó—. Rápido.

Su escudero cogió un zurrón que llevaba en el cinto y empezó a entrechocar un pedernal con otra roca sobre un montón de hilos de algodón y astillas de madera. Cuando saltó una chispa, el otro escudero acercó una antorcha empapada en sebo a la llama hasta que se encendió y luego la utilizó para prender otra. Malory cogió una antorcha y encabezó el grupo: iluminaba las paredes en busca del símbolo y rezaba para que estuviera ahí. Cuando habían dado unos cien pasos vio la luz del sol y exclamó que la cueva atravesaba el cabo.

John Aleyn, que seguía el ritmo de Malory pegado a la pared opuesta, de repente lo llamó.

—¡Aquí, mi señor!

Malory se acercó corriendo y vio el lugar que señalaba John, un grabado en la pared de roca, a la altura del pecho. Era del tamaño de la mano de un hombre, una simple cruz: la cruz de Cristo. Aleyn bajó la mirada y se apartó de la pared como si

hubiera pisado una tierra prohibida.

—Cava aquí —ordenó Malory a uno de los escuderos—. En las marcas que han dejado los pies de John Aleyn.

El joven no necesitó el pico, le bastó con la pala de mango largo para excavar en la pesada arena. A medida que cavaba, Malory se arrodilló y sostuvo la antorcha por encima de su cabeza. El agujero se fue haciendo más profundo. Malory rezó para que encontraran algo antes de que empezara a salir agua del fondo. Había enviado al otro escudero a la boca de la cueva y en ese preciso instante los avisó.

—Hay agua en la entrada. ¡No disponemos de mucho tiempo, mi señor!

El agujero llegaba a la altura de las rodillas y solo se veía arena y piedras. Pero entonces se oyó un ruido metálico: la pala de hierro había golpeado contra un objeto duro. Malory apartó al escudero del hoyo, se metió dentro y utilizó su daga y la mano libre para seguir cavando.

—¡Dadme la antorcha! —pidió, y la clavó junto al hoyo—. Estoy seguro de que aquí hay algo, algo metálico.

—¡Daos prisa! —dijo Aleyn—. El agua empieza a subir, no tardará en alcanzarnos.

Malory no cedió a las prisas. Siguió cavando, examinó el hoyo y fue lanzando un puñado de arena tras otro por encima del hombro. Por fin, cuando ya empezaban a oír la marea, se levantó con algo en la palma de las manos.

Aleyn acercó la otra antorcha. No había la menor duda. Era una espada. La hoja, larga y delgada, tenía el filo irregular, corroído por la acumulación de óxido; una sombra de su antigua gloria. Pero el guardamano, la empuñadura y el pomo conservaban el esplendor inmaculado del día en que fueron creados.

Malory salió del hoyo y le dijo a su escudero que mojara un paño en el mar. El mozo se dirigió a la boca de la cueva y regresó con el paño que siempre llevaba encima empapado de agua de mar. Malory limpió el óxido de la espada. La plata dorada refulgió a la luz de la antorcha.

—¡Admirad! ¡*Excalibur*! —dijo.

Malory aguzó los ojos para inspeccionar el pesado guardamano; estaba hecho de plata y formaba una cruz con la hoja corroída.

—¿Qué sucede, mi señor? —preguntó Aleyn.

—Tiene una especie de inscripción, pero no la entiendo. No obstante, de una cosa puedo dar fe: creo que se trata de un mensaje que me envía a través del tiempo el gran y poderoso Arturo, rey de los britanos.

Mientras me duchaba no he parado de darle vueltas a la cabeza —dijo Claire al tiempo que dejaba la taza de café en la mesa.

Arthur puso el periódico a un lado y se le dibujó una sonrisa en la cara al pensar en la imagen.

—Soy de las que creen que siempre hay que partir de lo sencillo para avanzar hacia lo complejo. Es un buen enfoque para las matemáticas, para la física, y seguramente para un problema como el nuestro. El documento más sencillo de los dos es el prefacio. El otro libro es una pesadilla.

—Muy bien, estoy de acuerdo con tu teoría —dijo Arthur—. Empecemos con los hechos básicos. Tenemos varios indicios de que el impresor, Thomas Caxton, escribió los fragmentos que sitúan al rey Arturo en una imponente perspectiva histórica. La parte que sabemos que escribió Thomas Malory está relacionada con la peculiar lista de libros y capítulos. —Examinó sus notas—. La última frase del prefacio dice: «Son, en suma, veintiún libros, los cuales contienen en total quinientos siete capítulos, como más claramente sigue a continuación». De modo que si existe una pista en *La muerte* que apunte a algún fragmento concreto del *Libro Domesday* tenemos veintiún libros y quinientos siete capítulos que examinar. ¿Cómo demonios vamos a saber por dónde empezar?

Claire se puso en pie y empezó a caminar de un lado a otro dejando una estela de perfume en la habitación.

—Yo volvería a aferrarme al principio de la simplicidad. En lugar de enfrentarnos al libro entero, tal vez deberíamos ver cuál de los veintiún libros guarda alguna relación con la espada del rey Arturo. Luego, cuál es el libro más importante y, cuando creamos que lo sabemos, tendremos un número. Después comprobamos qué capítulo es el más importante del libro en cuestión, y obtendremos otro número. Luego tal vez podamos tomar estos números y aplicarlos al *Libro Domesday*, que a fin de cuentas no es más que un compendio de cifras. —Abrió el volumen por una página al azar—. Por ejemplo, esta aldea tiene veinte arados, trece villanos y ocho siervos.

Arthur asintió.

—Creo que has dado con algo importante. En mi empresa esta cuestión siempre levantaba ampollas, pero creo que los físicos son más inteligentes que los químicos.

Claire reaccionó con un gesto típicamente francés y se encogió de hombros.

—Claro que sí. ¿Acaso lo dudabas?

No tenía sentido esperar que añadiera que bromeaba porque era obvio que hablaba en serio. Sin embargo, Arthur decidió no replicar. Había pasado muchos años de su vida tratando con físicos.

Abrió *La muerte* y buscó el prefacio.

—Pues pongámonos manos a la obra —dijo—. Veamos qué libros tratan sobre la espada.

Poco después, Arthur puso una cara rara.

—¿Qué pasa?

—Ninguno. Malory no menciona *Excalibur* en el prefacio.

—Pero sí se menciona en el libro, ¿no?

—Sí, debe de aparecer citada docenas de veces. Pero ninguna en el prefacio. Si crees que puede resultarnos útil, puedo hacer una búsqueda en línea y encontrar todos los libros y capítulos en los que se menciona *Excalibur*.

—No lo creo. Al menos de momento. Estaríamos infringiendo nuestro principio de simplicidad.

—Vale... —La miró a la espera de que le dijera cuál iba a ser el próximo movimiento, pero entonces se le ocurrió algo—. Estamos buscando la espada, pero la espada solo es un medio para alcanzar un fin. Lo que de verdad buscamos es el Grial.

Claire lo señaló con su dedo índice y esbozó una sonrisa pícara.

—Vaya, parece que los químicos también son bastante inteligentes. Mira a ver qué dice el prefacio sobre el Grial.

Arthur no tardó en encontrar la respuesta.

—Esto es más prometedor. Escucha: «El decimotercer libro trata de cómo Galahad llegó por vez primera a la corte del rey Arturo y cómo fue empezada la demanda del Santo Grial, y contiene veinte capítulos. El decimocuarto libro trata de la demanda del Santo Grial y contiene diez capítulos. El decimoséptimo libro trata del Santo Grial y contiene veintitrés capítulos».

—¿Eso es todo? —preguntó Claire—. ¿Dice que solo habla del Grial en tres libros?

—Creo que se menciona en todo el texto, pero en realidad solo es el tema principal en estos tres libros, sí.

Claire le pidió el bolígrafo, una libreta y que repitiera los números importantes.

—De acuerdo. Suponiendo que hayamos tomado el camino correcto, tenemos tres pares de números, tres grupos de números de libros y capítulos. Son 13 y 20, 14 y 10, y 17 y 23.

—Pero según tu hipótesis eso es demasiado complicado —dijo Arthur.

—Sí, por eso me gustaría que me dijeras qué par es el más importante.

—¿Cómo voy a saberlo?

—Para el Grial, ¿cuál de los tres libros es el más importante?

—Tendría que leerlos de nuevo.

—De acuerdo, léelos. Mientras tanto aprovecharé para bajar al vestíbulo y llamar a mis padres. Luego tal vez vaya a dar un paseo por el jardín.

—¿Dónde viven?

—En Toulouse. Les gusta tener noticias mías, soy hija única.

—Yo también —dijo Arthur.

Cuando Claire regresó al cabo de un rato, Arthur levantó los dos pulgares para hacerle saber que había logrado algún avance. Para situarla un poco le explicó que en la tradición artúrica varios caballeros de la mesa redonda habían buscado el Grial. Cinco de ellos, Perceval, Gawain, Bors, Lanzarote y Galahad, habían logrado una especie de visión mística del Grial. Tres de ellos, Perceval, Bors y Galahad, habían llegado a ver el objeto sagrado.

En *La muerte* Thomas Malory había resaltado de manera especial la búsqueda de Galahad, que era el hijo ilegítimo de Lanzarote y, a decir de todos, superaba a su padre en bravura y devoción. Cuando se reencontró con su padre, Lanzarote lo llevó a Camelot, a la mesa redonda, y le ofrecieron el asiento peligroso, una silla vacía que reservaban para la única persona capaz de encontrar el Grial. Pero todo aquel que se sentara y no fuera digno de la búsqueda moría al instante. Galahad superó la prueba y el rey Arturo, muy impresionado, lo sometió a otra. Del mismo modo en que Arturo se había convertido en rey al arrancar una espada de una roca, Galahad se convirtió en el mayor caballero de la mesa redonda al arrancar una espada de una piedra que se encontraba en un río cercano. Poco después Arturo permitió que Galahad iniciara la búsqueda del Grial.

Aunque Galahad partió solo y tuvo que enfrentarse a varios enemigos a lo largo del trayecto, se reencontró con sir Bors y sir Perceval. La hermana de este les mostró la ruta hasta un barco del Grial que los llevó a una orilla muy lejana. Perceval, Bors y Galahad no se rindieron y al final hallaron el camino que los llevó hasta el más sagrado de los soberanos, el rey Pelles, que era el custodio del Santo Grial. En una sala del castillo, Galahad pudo ver el Grial y le pidieron que lo llevara a la ciudad sagrada de Sarras. Sin embargo, el caballero quedó sobrecogido de tal manera por el esplendor celestial del cáliz que pidió que le dieran muerte, y en Sarras, tras recibir la celestial visita de José de Arimatea, Galahad quedó tan arrobado que pidió morir. En presencia de Bors y Perceval, Galahad fue trasladado al cielo por los ángeles y el Grial desapareció con él y ningún hombre volvió a verlo jamás.

—El libro trece describe el inicio de la búsqueda de Galahad —dijo Arthur—. El libro catorce, a pesar de lo que dice el prefacio de Malory, poco tiene que ver con la búsqueda. El diecisiete tiene bastante envidia, ya que Galahad encuentra el Grial y muere.

Claire cogió la libreta y tachó la pareja de números del medio.

—De modo que nos quedan dos parejas: el 13 y el 20, y el 17 y el 23.

—¿Todavía es demasiado complicado? —preguntó Arthur.

—Creo que sí. Deberíamos limitarnos a una. ¿Qué es más importante para la

historia, el principio o el final?

—No puedes tener uno sin el otro.

—Así es como yo lo veo: una de las parejas es importante, mientras que la otra es irrelevante. Sea cual sea, creo que esto podría ser una simple cadena de números. El primero señala al segundo, el segundo, a un tercero. Si quieres se le puede llamar código, uno muy primitivo.

—A ver si entiendo lo que sugieres. El número del libro nos lleva a un número de capítulo, y el número de capítulo ¿adónde nos lleva? No hay un tercer número.

Claire cogió el *Libro Domesday*.

—Aquí. Es aquí adonde debe conducirnos. Lo dice el propio Malory en su carta. La espada puede encontrarse en el prefacio, teniendo en cuenta los acres verdes de Warwickshire tal y como aparece en el *Libro Domesday*. Algo así, ¿no?

—Más o menos.

—De modo que la clave es el número 20 o el 23. No sabemos cuál, de modo que vamos a tener que buscar ambos en las páginas del *Libro Domesday*. —Lo abrió por el final y suspiró—. Y repasar las 1436 páginas.

Bañadas por los últimos rayos de luz de un día cálido y sin viento, las aguas del lago de Ginebra reposaban plácidamente, teñidas de un color púrpura como una lámina de cristal de Murano. En el segundo piso de un espléndido edificio situado en el Quai du Mont-Blanc había un grupo de hombres sentados en semicírculo en unos elegantes sillones con vistas al lago por encima de las copas desmochadas de los plátanos que bordeaban la avenida. Era una sala privada de un club privado, y esperaron a que el mayordomo vestido con esmoquin les sirviera los cócteles y se fuera para hablar de algo que no fuera el tiempo.

Cuando los nueve hombres se quedaron a solas, todas las miradas se volvieron hacia el más pequeño de ellos, situado en el centro. Jeremy Harp asió una copa de vino por el tallo y la levantó.

—Caballeros, un brindis —dijo.

Los presentes no respondieron al unísono. No era un grupo disciplinado, pero lograron pronunciar unas palabras.

—Por los Khem.

—Por los Khem —repitió Harp.

Stanley Engel no acostumbraba a beber. Removió enérgicamente el hielo de su Coca-Cola con un agitador y tomó la palabra.

—Bueno, dime por qué he tenido que pegarme la paliza de venir hasta aquí.

—Es una reunión voluntaria, Stanley —dijo Harp—. Nada de esto es obligatorio. Como verás, hay personas que no han podido asistir.

—No me gusta ir por libre —respondió Engel, pero sus colegas no lo creyeron.

—¿Desde cuándo? —preguntó Raj enarcando sus densas cejas—. Tengo la sensación de que eres mi adversario incluso cuando formamos pareja en el bridge.

Andris Somogyi, un hombre delgado y que vestía un terno, no participó de la saña con que reaccionaron sus compañeros.

—A todos nosotros nos gusta ir por libre. Somos individualistas por naturaleza. Formamos parte de este grupo porque creemos que es importante hacerlo y todos tenemos un objetivo claro en la vida, marcado por la historia.

—Bien dicho, Andris —dijo Harp—. Es un mensaje muy adecuado para nuestro miembro más reciente. —Miró directamente a Simone Guastella, diez años más joven que el resto—. ¿Cuánto te ha llevado llegar aquí desde Modane, Simone?

—Solo dos horas en coche, doctor Harp.

Harp se rio.

—Es tan nuevo que aún me llama doctor Harp. Jeremy, por favor, ¿de acuerdo?

Simone forzó una sonrisa y asintió.

—Sí, por supuesto. Jeremy. Me siento muy feliz por el mero hecho de estar aquí.

Li Peng, un hombre con gafas de cuarenta años, era el socio que había viajado desde más lejos, Taiwán.

—Yo simplemente me alegro de no ser el nuevo.

—Bueno, eso me convierte en el viejo —dijo Harp—. Simone ha sido investigado y adoctrinado por mí mismo y otros de los presentes. Elegir a un nuevo miembro nunca es tarea fácil, pero tampoco es nada que no haya sucedido muchas veces en el pasado. Los Khem hemos tenido que hacer frente a la misión de asegurar la perpetuidad de la organización durante más de dos mil años. En el pasado se tomaron decisiones poco acertadas, se eligieron hombres indiscretos y poco fiables, pero recibieron un castigo severo y permanente. Por suerte, en la era moderna no se han cometido transgresiones y estoy convencido, dado el estelar abanico de apoyos con el que cuenta Simone, de que hará que nuestras tradiciones avancen con paso firme hacia el futuro.

Un murmullo de asentimiento se extendió por el semicírculo.

—Me esforzaré al máximo —indicó Simone con sobriedad.

—Los aquí presentes compartimos dos pasiones —dijo Harp—. Todos somos físicos y todos buscamos el Grial. Nuestro conocimiento del Santo Grial procede de una historia oral que, como bien sabéis, puede estar plagada de distorsiones e imprecisiones. Pero nuestros historiadores orales, los Khem que nos precedieron, no eran hombres comunes, del mismo modo que tampoco lo somos nosotros. Eran los pensadores más clarividentes y las mentes científicas más lúcidas de sus generaciones, en una cadena de oro que se remonta hasta Nehor. Primero alquimistas. Luego químicos. Ahora físicos. A medida que la ciencia y las matemáticas han evolucionado, también lo han hecho nuestra comprensión y nuestras creencias de las

propiedades únicas del Grial. Cuando lo encontremos, y no digo «si», ya que estoy convencido de que lo hallaremos, nosotros los físicos estaremos en la mejor posición para estudiarlo, explotarlo y hacer uso de su inmenso poder potencial. Después de dos milenios de búsqueda, creo que nunca habíamos estado tan cerca de lograr nuestro objetivo. Por eso os pedí que vinierais aquí en persona. Quiero informaros de lo que sabemos sobre Arthur Malory y de cómo vamos a seguir todos sus movimientos. Si tiene éxito, como espero que así sea, le arrebataremos el Grial.

—Y luego ¿qué haremos con él? —preguntó Pen.

—Nos ocuparemos de él de la manera que consideremos más adecuada —dijo Harp—. Después brindaremos en su memoria con una buena botella de champán. — Esa idea lo hizo sonreír de oreja a oreja—. Tal vez incluso lo nombremos Khem póstumamente.

En el viaje de regreso a Newbold Revel, Malory llevó la espada en las alforjas, durmió con ella bajo la manta y la desenvolvió todas las mañanas antes de que los demás se levantaran para poder examinar el lenguaje indescifrable de su empuñadura. Deslizaba el dedo sobre las letras grabadas y pronunciaba las extrañas palabras como si el mero hecho de hacerlo fuera a revelarles su significado. Solo entendía una de las palabras, la más tentadora de todas.

«Grial».

Ninguno de sus compañeros de viaje tenía el don de las lenguas antiguas, claro, y tampoco podía fiarse de los desconocidos de Cornualles, por lo que seguía sin comprender el resto del mensaje. Sin embargo, había logrado llevar a cabo la parte más difícil del reto: encontrar la espada. Por lo demás, estaba convencido de que tarde o temprano averiguaría el significado de la inscripción, lo que a su vez, quizá, le permitiría encontrar el Grial.

Hizo un gran esfuerzo para que su regreso a Newbold Revel fuera lo más discreto posible y evitó todo tipo de banquetes y celebraciones. Recompensó a los escuderos con varias monedas por su servicio y su silencio, le dio una palmada en la espalda a John Aleyn y le permitió regresar a la soledad de su cabaña, e invitó a Robert Malory a una cena íntima, para gran disgusto de ambas esposas, que los esperaban con ansiedad.

—Gracias por tu apoyo, Robert —le dijo Malory mientras daban buena cuenta de una bandeja de cordero y nabos—. Hemos obtenido un gran premio.

—¿Qué harás ahora, primo? —preguntó Robert.

—Tengo que encontrar a un hombre que conozca la lengua del rey Arturo. De lo contrario, solo tendré una reliquia, nada más, y no podré hallar el Grial.

—¿Alguna idea de quién podría ser ese hombre?

—Se lo consultaré a algunos amigos más sabios que yo. Con discreción, por supuesto.

—Por supuesto.

Malory apuntó con la daga a su primo. Tenía un trozo de cordero en la punta, por lo que el gesto pareció menos amenazador que si lo hubiera hecho con el acero desnudo.

—Y huelga decir que cuento con tu absoluta discreción.

—Huelga decirlo, Thomas. Me abstendré de pronunciar una sola palabra ante mi mujer y en nuestra cámara, que es el lugar al que pienso retirarme ahora mismo, después de haber estado en compañía únicamente masculina durante más tiempo del

que me habría gustado. Dime, primo, ¿dónde vas a guardar la espada?

Malory frunció el ceño al oír la pregunta, pero aun así respondió.

—En algún lugar seguro.

Robert alzó la cerveza y hundió la cara en la jarra. Con los labios mojados de espuma, pinchó otro nabo y dijo:

—Un gran tesoro requiere un gran escondite.

La abadía de Coombe, el gran monasterio cisterciense de Warwickshire, poseía extensas tierras que lindaban con la propiedad de Thomas Malory. El caballero siempre había mantenido relaciones cordiales con el abad de Coombe, Richard Atherstone, un sacerdote que ejercía de mercader y hombre de Dios a partes iguales. Existían fecundas relaciones comerciales de compraventa de ganado y diversos productos agrícolas entre Newbold Revel y Coombe, y las bodegas de Malory estaban llenas de cerveza, vino y aguamiel de los monjes. El monasterio disponía de una biblioteca muy bien surtida, y varios sacerdotes eruditos trabajaban en el *scriptorium*; por ese y otros motivos Malory atravesó el bosque a caballo, a solas, y cruzó el arroyo de Smite, que dividía las tierras de la abadía.

Frente a la residencia abacial lo recibió un monje joven que cogió las riendas de su caballo y se ofreció a vigilar el baúl de hierro que llevaba sujeto a la silla.

—Lo llevaré yo —dijo Malory.

Atherstone vestía una capa de armiño y estaba sentado al escritorio examinando unas cuentas. Cuando le anunciaron la llegada de Malory, se puso en pie de un salto y se acercó a su vecino para saludarlo.

—¡Ah, sir Thomas! Veo que habéis vuelto sano y salvo.

—No ha sido un viaje largo ni excesivamente duro. Al menos en comparación con mi última campaña en Normandía.

—Venid y sentaos. Bebed conmigo. Tengo un vino nuevo que me gustaría que probarais. Si os gusta, puedo ofrecerlos un precio muy bueno por un barril o dos. ¡O tres!

Atherstone era un hombre corpulento, con una buena cabellera para su edad, y lucía una cuidada tonsura que revelaba una coronilla rosada. Él mismo sirvió el vino de un decantador de plata y observó la reacción de Malory.

—Quiero un barril —dijo Malory con un gesto de aprobación.

—¡Excelente! Decidme cómo puedo ayudaros, sir Thomas.

—¿Tenéis algún monje a vuestro servicio que sepa leer antiguas escrituras cónicas?

—Que sepa cónico, queréis decir.

—Sí.

El abad cerró los ojos para pensar, murmuró para sí mismo el nombre de varios

monjes y descartó cada uno con un «no» o un gruñido.

—No. Me temo que aquí no hay ningún monje que posea ese don. ¿Por qué lo preguntáis?

—Tengo un breve fragmento de texto cuyo significado debo averiguar.

—¿De qué se trata? ¿Podéis mostrármelo?

Malory negó con la cabeza.

—No, pero os lo recitaré. —Repitió las palabras que había aprendido de memoria después de pronunciarlas tantas veces.

Atherstone se encogió de hombros.

—No las entiendo. Se trata de una lengua gutural que no he oído nunca. Si fuera latín, griego, hebreo o incluso gaélico podríamos ayudaros, ya que contamos con el hermano Bruno de Irlanda. Por desgracia...

—Buscaré en otro lugar —dijo Malory—. ¿Podrías hacer algo más por mí?

Atherstone abrió los brazos en respuesta afirmativa.

Malory señaló el baúl que tenía a los pies y que el abad había observado en varias ocasiones a lo largo de la conversación.

—¿Podrías haceros cargo de este baúl y guardarlo en un lugar seguro?

—¿Puedo preguntar por su contenido?

Malory esbozó una sonrisa diplomática.

—Espero poder decíroslo algún día.

—Ha llegado a mis oídos un rumor, sir Thomas. Sé de sobra que uno no puede dar crédito a los rumores ciegamente, pero procede de un hombre muy próximo a Buckingham.

Malory se enfureció.

—¿De quién se trata? ¿Qué os ha dicho?

—Mi buena conciencia no me permite revelaros su nombre, pero dejó entrever que había oído que en uno de vuestros últimos viajes habíais encontrado una antigua reliquia. Algo que podría haber pertenecido a un rey.

Malory se levantó bruscamente.

—No tengo nada que decir al respecto —replicó el noble con vehemencia—, pero el mero hecho de que me hayáis advertido de algo así refuerza mi temor de que debo mantener mis posesiones valiosas lejos de Newbold Revel. ¿Podéis quedaros en custodia el baúl y guardarlo en un lugar seguro o no?

Atherstone se puso en pie y agitó las manos en un gesto conciliador.

—Por supuesto, sir Thomas, ¡por supuesto! Lo depositaré en mi propia estancia y lo guardaré en el interior del baúl donde tengo a buen recaudo mis bienes más valiosos. Veo que tiene cerradura.

—Y yo la única llave —dijo Malory—. No habléis de esto con nadie.

—Juro ante Dios que así será. Podéis confiar plenamente en que cumpliré

vuestros deseos.

Malory agachó la cabeza.

—Gracias, abad. Pensándolo bien, creo que os compraré tres barriles de vino.

De camino a su mansión, Malory atravesó el verde bosque con calma, escuchando el zumbido de los insectos, pero sin poder quitarse de la cabeza las palabras del abad.

¿Quién era el traidor?

No podía ser John Aleyn, un hombre de una lealtad infinita que estaría dispuesto a apostar su vida por su inocencia. Por otra parte, su escudero era hijo de un compañero de armas de las viejas campañas de Normandía. Estaba convencido de que el muchacho no era un renegado. ¿Y el escudero de su primo? Supuso que no podía descartarlo, pero ¿cómo podía haberse puesto en contacto con el bando de Buckingham? ¿Y estaría dispuesto a arriesgar la vida por una traición? No lo creía.

Eso significaba que solo quedaba Robert.

Su primo no reunía las cualidades que más apreciaba en un hombre. Carecía de valor y fortaleza, dos rasgos de suma importancia para cualquier caballero. Pero era sangre de su sangre. Y los familiares no se traicionaban entre sí. Había confiado en él lo suficiente para llevarlo de expedición. ¿Acaso había defraudado su confianza?

No tardó en averiguar la respuesta.

Esa noche, mientras Malory bebía frente a la chimenea, con sus perros de pelaje lacio y brillante descansando junto a su sillón, John Aleyn apareció en la mansión.

—Siento molestaros a esta hora tan tardía, mi señor.

Malory le sirvió una jarra de cerveza fuerte.

—Hacía tiempo que no te veía.

—He estado en Coventry.

—¿Ah, sí?

—He pasado gran parte de la semana bebiendo y con ramerías. En el Jabalí Azul.

—Una recompensa más que merecida después de nuestro viaje. De no tener obligaciones, creo que habría hecho lo mismo.

—Vi algo en la ciudad.

—Estoy convencido de que viste muchas cosas.

—Vi a vuestro primo Robert.

Malory se puso rígido.

—¿Y qué hacía ahí?

—Se reunió con un hombre. Yo lo vi, pero él a mí no. Es un tipo al que he visto en otras ocasiones: Richard Humphrey, uno de los hombres de Buckingham.

—Lo conozco, un bandolero, peor que la mierda de nuestras botas. ¿Pudiste oír de qué hablaron?

—Ni una palabra, señor, pero vi que vuestro primo agitaba el brazo derecho como

si blandiera una espada.

Malory lanzó un suspiro de tristeza e ira. Casi podía oír a Robert, borracho de cerveza, sudando como un cerdo, jactándose de haber encontrado la espada del rey Arturo mientras blandía el arma imaginaria con su mano sebosa.

Poco después, Malory partió hacia el sur acompañado de un pequeño séquito. Dejó a John Aleyn en Newbold Revel para que fuera sus ojos y sus oídos en la finca y protegiera sus intereses. Debía atender unos asuntos políticos urgentes en el Parlamento y unos temas personales, también urgentes, en Winchester. Y resultó que había un vínculo que unía ambas empresas: William Waynflete, obispo de Winchester.

Waynflete, uno de los hombres más eruditos de Inglaterra, había conocido a Malory una década antes en Windsor, en una reunión organizada por Thomas Welles, un gentilhombre que administraba las propiedades episcopales de Waynflete. Welles, un conocido de Malory, creyó que Waynflete, el director del colegio de Winchester, disfrutaría de la compañía de Malory y acertó. Aunque no era un erudito, Malory impresionó a Waynflete con su perspicacia, sus conocimientos en política y su carácter virtuoso, que el director consideraba la encarnación perfecta de lo mejor del código de caballería. Gracias a su influencia, Malory fue nombrado parlamentario por Great Bedwyn, una población dedicada al comercio de lana y situada a ochenta millas de Newbold Revel, con un escaño que controlaba Waynflete. Una década después, ambos hombres seguían manteniendo una estrecha relación, forjada por el deseo común de servir hasta el final a Enrique VI, un monarca cada vez más inestable.

Malory pasó menos de dos semanas en Westminster participando en un enconado debate parlamentario sobre la adjudicación de fondos para apoyar la defensa de Burdeos, una de las últimas ciudades francesas leales a los ingleses. Sin embargo, el Parlamento rechazó la petición tras una explosiva propuesta realizada por parte de un parlamentario monárquico para que el duque de York fuera reconocido como heredero al trono después de que el rey hubiera sido incapaz de tener descendencia tras haber contraído matrimonio cinco años antes.

Malory, asqueado por la incapacidad del Parlamento para apoyar a las tropas inglesas atrapadas en Francia, abandonó con mucho gusto Whitechapel para partir hacia Winchester.

William Waynflete era un hombre de gran estatura física y mental. Saludó a su viejo amigo Malory con un fuerte abrazo con el que casi lo levantó del suelo, y lo invitó a un opíparo banquete regado con algunos de los mejores vinos que el caballero había probado desde sus días en París.

Mientras daban buena cuenta de unas costillas de venado aprovecharon para ponerse al día de las intrigas entre los yorkistas y la Corona, hasta que Waynflete

cambió de tema.

—Tengo un pequeño obsequio para vos, Thomas. Os he conseguido el préstamo del libro no eclesiástico más importante de Inglaterra. El *Libro Domesday*. Le pedí a la Corona que lo devolviera a su hogar original en Winchester con motivo del tricentenario del día en que fue trasladado del viejo tesoro real de la ciudad hasta el palacio de Westminster por orden de Enrique II. Ahora mismo está en el colegio, donde los tutores podrán estudiarlo y los alumnos disfrutarán de él. ¿Os gustaría verlo?

—Por supuesto, Su Ilustrísima. Sería maravilloso poder observar tan preciado objeto.

—Pues lo haremos mañana. Ahora ya basta de mis preocupaciones. Me dijisteis que necesitabais mi ayuda.

—Así es, Su Ilustrísima. Busco a un hombre erudito que entienda la antigua escritura cónica.

—Intuyo que tras esta petición se esconde una maravillosa historia, Thomas, y ardo en deseos de oírla.

—Es una historia maravillosa, Su Ilustrísima, y vos seréis el único hombre que la conozca aparte de mí mismo.

El *Libro Domesday* estaba expuesto en la biblioteca del director del colegio de Winchester. Malory no había visto un libro tan monumental en toda su vida; de hecho, dudaba que el pedestal pudiera soportar convenientemente su peso. Tras un breve discurso sobre su historia e importancia, el director del colegio, William Yve, un tipo con aspecto de roedor vestido con una larga túnica que había pertenecido a su predecesor pero que nunca se había molestado en arreglar, ayudó a Malory a encontrar la sección de su condado y le proporcionó unas sucintas explicaciones para descifrar el texto en negro y rojo.

—¿Los escribas utilizaban un código? —preguntó Malory.

—No era un código, empleaban un método para abreviar las palabras y que así cupieran más en cada página. De lo contrario, el libro habría sido aún más difícil de manejar.

Cuando el director acabó con las explicaciones, dejó a Malory a solas con el gran libro, pero antes le dijo que el lingüista que el obispo había requerido no tardaría en llegar.

Mientras Malory pasaba las páginas, que eran increíblemente finas y flexibles teniendo en cuenta su antigüedad, le vinieron a la cabeza las palabras que su amigo Waynfilete había pronunciado la noche anterior. «No reveléis vuestro secreto, Thomas. Si alguien de corazón impuro supiera de vuestro linaje real y de que poseéis una pista para encontrar el Grial grabada en esa espada, vuestra vida correría gran

peligro. Tal vez vos confiéis en el abad de Coombe, pero yo también lo conozco y no me fío de él. La riqueza que ha amasado excede con creces las necesidades de esta comunidad, y un clérigo que se preocupa más por el oro que por Dios siempre despierta mis recelos. Os aconsejo que encontréis un lugar mejor para esconder la espada».

Una idea empezó a cobrar forma en la cabeza de Malory.

La lista de ciudades y pueblos de Warwickshire que contenían las páginas del *Libro Domesday* avivaron en su memoria los recuerdos de los lugares que había frecuentado en su juventud. Aunque las palabras que tenía ante sí no eran más que áridas listas y libros contables, muchos de los lugares evocaban recuerdos agradables, bebida, ferias y justas.

Un pueblo en concreto llamó su atención y leyó y releyó su entrada con fascinación hasta que se le quedó grabada a fuego. Poco después llegó un hombre que se presentó como John Harmar, el erudito requerido por el obispo para que ayudara al caballero.

Harmar era joven, tenía la piel suave propia de un muchacho y carecía de cejas. Malory supuso que se hallaba ante uno de esos hombres poco comunes sin pelo que tenían más posibilidades de sobrevivir como maestro que librando batallas entre hirsutos guerreros.

—El obispo me ha dicho que necesitabais a alguien que conociera el corno antiguo —dijo Harmar con los brazos en jarras.

—Así es. Tengo un breve texto que me gustaría comprender.

—¿Puedo verlo?

—No lo he traído conmigo, pero puedo recitarlo. —Pronunció las palabras tan lenta y cuidadosamente como pudo.

Harmar frunció el ceño y se sentó a la mesa de Malory. Del zurrón que llevaba al hombro sacó unos papeles y un pequeño tintero.

—Os agradecería que lo repitierais.

Mientras escuchaba, iba escribiendo; luego se lo mostró a Malory y le preguntó si las palabras se ajustaban a las que había visto. Malory creía que existía un parecido razonable.

—¿Entendéis algo? —preguntó Malory.

—Sí, mi señor. Es una instrucción extraña, del todo oscura para mí, pero tal vez signifique algo para vos.

A su regreso a Newbold Revel, Malory apenas tuvo tiempo de ver a su mujer, ya que John Aleyn anunció que tenía que tratar unos asuntos muy urgentes con su señor. Un espía de la abadía de Coombe, un joven monje que trabajaba en la cervecería y era el hijo del fiel carnicero de Malory, le informó de que dos días antes había sido testigo

de una reunión entre el abad y uno de los hombres de Buckingham, quien puso una pesada bolsa de monedas en la mano del clérigo.

—Nos ha vendido, John —dijo Malory con la expresión de fatiga de alguien que esperaba poder descansar un poco al llegar a su destino.

—Aún hay más, mi señor —informó Aleyn—. Corre el rumor de que Buckingham ha solicitado una orden para vuestro arresto. Me lo comunicó un alguacil que trabaja para el sheriff Mountfort.

—¿Arrestarme? ¿De qué me acusan? —bramó Malory.

—De diversas cosas. ¿Recordáis esa escaramuza que tuvisteis el año pasado con Buckingham en los bosques de Coombe? Afirma que asaltasteis a sus hombres.

—¿Yo? ¡Era él quien estaba preparando un asalto a la mansión!

—También os acusa del robo de ganado de Coswold.

—¡Por el amor de Dios! Le entregué seis vacas a Giles Dowde y no me las pagó. Lo único que hice fue reclamar lo que era mío.

Aleyn agachó la cabeza.

—Y hay un cargo más.

—Sigue...

—Dicen que violasteis a Joan Smith.

Malory se dejó caer en un sillón. La había salvado y, como agradecimiento y arrastrada por la lujuria, había yacido con él. Ahora esa estúpida decisión lo perseguía. ¡Violación! ¿Existía una acusación peor para mancillar el nombre de un caballero del reino?

Un lacayo llamó a la puerta y entró portando una carta.

—Mi señor, un jinete acaba de entregar esta misiva procedente de la abadía de Coombe.

Malory cogió la carta y arrancó el sello de cera. Cuando la hubo leído, la tiró al suelo, asqueado.

—Es del abad —dijo Malory—. Me informa de que ha llegado a sus oídos que soy un criminal acusado formalmente y ha decidido abrir mi baúl. Sospecha que Buckingham le dará una buena suma por él y quiere saber si estoy dispuesto a pagar una cantidad más elevada.

—Cabrón —masculló Aleyn.

—¿Dónde está mi primo? —preguntó Malory levantándose del sillón.

—Abandonó la finca durante vuestro viaje al sur.

—Juro por Dios que lo encontraré y lo mataré con mis propias manos. Pero antes debo atender asuntos más urgentes. Ensilla mi caballo y el tuyo. Debemos partir hacia la abadía.

Aleyn estaba cinchando la silla del corcel de Malory cuando se aproximaron unos hombres a galope tendido. Aleyn juró y llamó a gritos a su señor. Cuando Malory

apareció con un pequeño grupo de hombres de la casa, Aleyn y él intercambiaron una mirada y se llevaron la mano a la empuñadura de las espadas. Entonces Malory negó con la cabeza. No tenía sentido morir en la batalla por una orden de arresto. Su misión era conservar la vida y encontrar el Grial.

—Apartaos —ordenó Malory a sus hombres—. El sheriff Mountfort no es nuestro enemigo. Me entregaré.

Mountfort encabezaba el grupo de hombres armados con espadas y picas. Erguido en la silla, y equipado para la batalla, tenía la mirada lastimera de alguien que va a cumplir con su obligación muy a su pesar.

El anciano habló desde lo alto del caballo.

—Sir Thomas Malory, os arresto en nombre de la Corona por diversas acusaciones graves relacionadas con vuestra conducta. Deponed vuestra espada y vuestra daga y acompañadme.

Sir Thomas se volvió hacia lady Malory, que lloraba bajo el umbral de la puerta, la abrazó y le prometió que aquel asunto era una nimiedad y que volvería en un santiamén. Luego montó en su caballo y se acercó a Mountfort, que era un viejo amigo de la familia.

—Lo siento —dijo el hombre—. Buckingham está detrás de todo esto.

—Ten por seguro que no te culpo —contestó Malory.

—Pretendía que te encerráramos en su castillo de Maxstoke o en la cárcel de Coventry, pero voy a llevarte a mi casa de Coleshill. Estarás más cómodo mientras esperamos a que el tribunal te llame a declarar.

Malory le dio las gracias y, tras recibir permiso para hablar con su hombre de confianza, dio instrucciones a John Aleyn para que fuera a la abadía de Coombe y le dijera al abad que estaba dispuesto a pagar la cantidad que pidiera por el baúl. Acto seguido, tiró de las riendas de su caballo y partió como prisionero del sheriff.

Malory había visitado la mansión con foso de Coleshill en diversas ocasiones, y esta vez Mountfort lo acogió con la misma hospitalidad de siempre. Le ofreció una habitación grande y cómoda, con un sirviente, y la primera noche cenó a la mesa del sheriff mientras sus hombres tuvieron que conformarse con el granero.

Cuando todo el mundo se fue a dormir, Malory seguía despierto.

La puerta de su dormitorio no estaba cerrada con llave, por lo que recorrió el pasillo de puntillas, pasó frente a la habitación del sheriff y bajó por la escalera hasta la despensa. Salió por la puerta y rodeó la casa hasta llegar al extremo más alejado del granero.

El foso parecía un vacío negro. Se quitó las botas y las lanzó al otro lado. Le inquietó el ruido que hicieron, pero tras comprobar que nadie daba la voz de alarma, se metió en el agua fría y cruzó el foso a nado con lentas brazadas. En cuanto

recuperó las botas, echó a andar por el prado, en dirección al bosque.

De pronto vio que se aproximaba un jinete. Malory se agachó tras un gran árbol y esperó a que el caballo hubiera pasado de largo. A la luz de la antorcha del jinete vio que era amigo, no enemigo.

—¡Aquí! —susurró forzando la voz.

John Aleyn se volvió desde lo alto del caballo y le sonrió.

—Dijisteis que volveríais en un santiamén y habéis tardado un poco más. Tengo un caballo para vos no muy lejos de aquí.

—Bendito seas, John. Vamos a reunirnos con los hombres para asaltar Coombe.

Tras una noche tumultuosa y en vela Malory atravesaba la campiña, lejos de los caminos más transitados. El asalto a la abadía de Coombe había sido rápido, pero no silencioso. En mitad de la noche, los hombres de Malory echaron abajo las puertas del monasterio con arietes de madera. Una vez dentro, se dirigieron hacia la residencia del abad: arrancaron al detestable prior de la cama de malas maneras y aprovecharon para patearle las posaderas. El propio Malory utilizó una palanca para forzar la cerradura del cofre del tesoro del abad y recuperar su baúl. Dejó la decisión de requisar algunos de los bienes del botín del abad en manos de sus hombres, que optaron por cobrarse su recompensa en anillos de oro y plata, pulseras y collares de coral, ámbar y azabache. Malory lanzó un gruñido que expresaba su convencimiento de que ninguno de esos objetos era esencial para servir a Dios.

Era una mañana espléndida y las mariposas revoloteaban en torno a su cara. Llegó a tiempo a su destino, llevaba el cofre de hierro envuelto en una manta para que no lacerara los cuartos traseros del caballo. En Winchester, cuando se sumergió en el *Libro Domesday*, le vino a la cabeza un escondite mejor, a la altura de la valerosa historia de la espada. En los poemas en prosa franceses que tan bien conocía Malory, el rey Arturo, herido de muerte en la batalla, le pedía a su caballero, sir Griflet, que devolviera *Excalibur* a la Dama del Lago. Malory haría lo mismo. Conocía un precioso lugar junto al agua en el que había jugado y pescado de joven. Era ancho, pero no muy profundo. La espada reposaría tranquila ahí hasta que él pudiera recuperarla.

Y cuando llegó a aquel maravilloso y aislado lugar, rebosante de vida animal pero no humana, rompió a llorar, como debió de hacer Griflet cuando lanzó *Excalibur* a las oscuras aguas del lago.

Malory volvió a la prisión, pero esta vez a una de verdad, con barrotes de hierro y pocas comodidades.

Cuando regresó a Newbold Revel, Buckingham en persona lo esperaba con un

grupo de doscientos hombres armados. Malory fue llevado al priorato de Nuneaton, a poca distancia del castillo de Maxstoke de Buckingham, donde los jueces y los miembros del jurado fueron convocados por el duque para presentar los cargos que John Aleyn le había descrito. Tras una breve y acalorada sesión en la que lady Malory lloró y sir Thomas proclamó su inocencia a gritos, calificando las acusaciones de absurdas, fue trasladado a una celda de monja vacía, convertida en cárcel temporal para él.

Oyó una llave en la cerradura y entró Buckingham, tan gordo y engreído como siempre.

—Os tengo donde quería, Malory —dijo.

Sir Thomas no se levantó de la cama.

—¿A qué os referís, mi señor?

—En una situación de desventaja.

—Por el momento, tal vez. ¿Qué queréis? Estoy convencido de que estas absurdas acusaciones están al servicio de un objetivo mayor.

—Quizá. Quiero algo que tenéis. Lo anhele con toda mi alma.

—¿Mi físico varonil? Tal vez deberíais montar a caballo más a menudo.

—No estáis en situación de ir diciendo chanzas. Quiero la espada. Quiero el Grial.

—A lo largo de los siglos han sido muchos los hombres que han buscado el Grial, sir Humphrey. Para ellos siempre fue una búsqueda sagrada con el fin de honrar la grandeza de Dios. Sin embargo, temo que vuestros intereses no sean tan puros y espirituales.

—Mis motivos no os incumben. Solo me importan a mí y a mis compañeros.

—¿Vuestros compañeros? Un hatajo de impíos, me atrevería a decir.

Buckingham no hizo caso de su comentario.

—Si me decís dónde habéis ocultado la espada, se retirarán las acusaciones. Si no, podéis estar seguro de que, hasta que Su Majestad tenga a bien liberaros, pasaréis una larga temporada en prisión.

Malory negó con la cabeza y se echó en la cama, mirando hacia la pared opuesta.

—Rebatiré vuestras acusaciones, y si pierdo cumpliré mi condena con honra. Lo que no haré jamás es permitir que pongáis vuestras grasientas manos sobre esa noble reliquia.

Poco después sir Thomas fue enviado a Londres para enfrentarse a las acusaciones en un tribunal penal, y quedó bajo la custodia del alguacil del Tribunal del Rey, encarcelado en la prisión de Marshalsea. Se trataba de un presidio fétido y despiadado, pero, al ser caballero, Malory recibió un trato mejor que el resto de los presos. Disponía de una habitación con una ventana y un buen suministro de velas. La familia y los amigos podían visitarlo libremente y su buena esposa ya había

viajado a Londres para ocuparse de su bienestar. Sus sirvientes de Newbold Revel habían llevado un carro cargado con muebles, platos, un barril de vino y, lo más importante para Malory, tinta, plumas, pergamino y una caja de libros, su colección de relatos artúricos.

Mientras empezaba a cumplir una condena que duraría casi dos décadas por unos crímenes que no había cometido, recibió la visita de su fiel aliado, John Aleyn, que no pudo reprimir las lágrimas al ver a su señor en cautiverio.

—Me alegro de que hayas venido, John.

—Sabed que con gusto cumpliría la condena por vos, mi señor.

Malory se acercó a la puerta y miró a través de la ventana con barrotes.

—Te han dejado entrar sin que ninguno de esos cretinos te acompañe.

—He hecho como me indicasteis, señor, y he traído un pequeño barril de vino. Se abalanzaron sobre él como las moscas sobre una bosta.

Malory sonrió.

—Necesito que seas mis ojos, mis oídos y, llegado el momento, mi voz en el mundo exterior. Quiero que no pierdas de vista a los que conozcan las intenciones de Buckingham y que se alegren de mi situación. Quiero conocer a sus compañeros, no a los que aparecieron en el tribunal, sino a los que podrían tener interés en encontrar la espada. Debo saber quiénes son esos hombres y cuáles son sus intenciones.

—Estoy convencido de que nadie podrá encontrar la espada. Solo vos sabéis dónde la habéis escondido.

—Y por eso puedo conciliar el sueño de noche incluso en un lugar como este. Cuando llegue el día en que recupere la libertad, utilizaré el conocimiento que alberga la espada para encontrar un tesoro mucho más importante.

—¿De qué tesoro se trata?

—De un tesoro espiritual, John, mucho más valioso que toda la plata y el oro del reino. Espero poder contártelo algún día. Tal vez realicemos la búsqueda juntos. Por el momento, tengo una carta que me gustaría que enviaras a Waynfilete, el obispo de Winchester. Es un asunto sumamente delicado. No se la muestres a nadie. ¿Te registran cuando abandonas la cárcel?

—Sí.

—¿Te obligan a desvestirte?

Aleyn negó con la cabeza.

—Si lo hicieran, tendrían que taparse la nariz.

—De acuerdo. La doblaré bien doblada. Guárdala entre las gónadas.

Aleyn lanzó un resoplido.

—Los centinelas gemelos la protegerán.

—No vayas directamente a Winchester al salir de aquí. No quiero que te sigan y que involucren a Waynfilete en todo esto. Sé que darás un gran rodeo, pero primero ve

a Newbold Revel y parte hacia Winchester al amparo de la noche. Si algo te impide entregarla, quémala u ocúltala en algún lugar seguro para que no llegue a manos de Buckingham. ¿Entiendes mis instrucciones?

Aleyn cogió la carta doblada y la ocultó en el interior de los pantalones.

—Así lo haré, mi señor. Tened fe en mí como yo la tengo en vos.

Ambos hombres se abrazaron.

Aleyn vio una pila de pergaminos en el escritorio de Malory.

—Habéis estado escribiendo, mi señor.

—Así es, John. Creo que Dios quería liberarme de mis obligaciones parlamentarias y domésticas durante un tiempo para que pudiera acometer una empresa más importante. He empezado a escribir un libro, lo llamaré *La muerte de Arturo*, y será mi propia versión de la vida y la muerte de Arturo, el mayor rey que haya conocido jamás esta tierra.

Arthur y Claire se pasaron el día examinando el *Libro Domesday*. Tan solo hicieron pausas para bajar a comer al restaurante y para dar paseos por el jardín. Al acabar el día estaban medio aturdidos después de leer tantas estadísticas.

Claire fue al baño a cepillarse los dientes.

—¿Puedes quedarte un poco más? —le preguntó Arthur desde la habitación.

—Será difícil —dijo ella—. Tengo que volver al trabajo dentro de poco.

—Creo que hemos avanzado algo.

—Sí, quizá. A ver qué tal va mañana.

Cuando salió con el camisón se metió en la cama y se puso de cara a Arthur.

—Los últimos días han sido muy extraños —dijo él, tumbado de costado y con la cabeza apoyada en la mano.

—Sí, no han sido unos días muy normales, eso seguro.

—Aquí estamos, escondidos en un hotel, intentando hallar la solución de un enigma de hace quinientos años.

—Debo decir que es algo que me estimula intelectualmente. Es muy diferente del trabajo que acostumbro a hacer. Es bastante romántico.

—Me siento culpable.

—¿Por qué?

—No quiero que te hagan daño.

—Es un detalle, pero me siento muy cómoda contigo. Muy segura.

Claire apagó la lámpara de la mesita de noche. A Arthur se le pasó por la cabeza la posibilidad de acercarse a ella, pero resistió a la tentación. Lo último que quería era inclinar la balanza y ahuyentarla. De modo que le dio la vuelta a la almohada para disfrutar del lado fresco e intentó dormir.

Por la mañana, Arthur fue el primero en despertarse y lanzó una mirada furtiva a la cama de Claire. Las sábanas solo cubrían una parte de su cuerpo, una pierna larga y desnuda asomaba bajo ellas.

Intentando no hacer ruido, puso café en la cafetera de la habitación y se sentó a observar cómo la jarra se llenaba lentamente con el humeante líquido, gota a gota.

De repente tuvo un arrebató de lucidez que lo había esquivado durante el largo día anterior.

Claire se despertó y lo vio hojeando el ejemplar del *Libro Domesday*.

—Ya estás trabajando —comentó.

Arthur levantó la mirada, emocionado.

—Ya lo tengo, Claire. Tu principio de simplicidad. Malory era un hombre de Warwickshire, y en la carta hace referencia explícita a Warwickshire. Creo que podemos descartar el noventa por ciento del libro. Solo tenemos que concentrarnos en

un condado. De modo que deberíamos seguir la táctica empleada ayer y buscar referencias a los números 20 o 23.

La noticia la llenó de emoción. Claire se incorporó y se sentó en la cama.

—¿No utilizó la palabra «acre» con Warwickshire? Tal vez tengamos que encontrar la población con veinte o veintitrés acres de tierra.

Se sirvieron el café y Claire se sentó junto a Arthur en la cama deshecha para poder leer el texto juntos. Si no hubiera estado tan concentrado en el libro, la visión de las piernas y los brazos desnudos de Claire lo habrían turbado. Abrió el volumen por la primera página de la sección de Warwickshire y ambos empezaron a examinar con gran concentración el denso texto. Era como una carrera. Por el modo en que Claire entornó los ojos y la postura encorvada que adoptó, Arthur dedujo que era una chica competitiva, sospecha que ella misma confirmó al exclamar con un grito triunfal:

—¡Aquí! ¡Este lugar tiene veinte acres! —Señaló el pueblo de Harborough, en el que «Hay cuatro *hides* y medio. Hay tierra para otros tantos arados. Hay cuatro villanos y cuatro siervos con un arado. Hay veinte acres de prados»—. Este podría ser el escondite. ¿Tienes un mapa?

—Espera —dijo Arthur—. Aquí hay otro con veinte acres de prados.

En la página siguiente había tres pueblos más que encajaban con la cifra, Leamington Hastings, Mollington y Binton, y poco después se añadieron a la lista Newnham Paddox, Wolverton, Oxhill, Weddington, Hodnell, Nuneaton y Stoneleigh: un total de once pueblos y aldeas de Warwickshire con veinte acres de prados. Sin embargo, solo había un pueblo que tuviera veintitrés: Stretton-on-Fosse.

—Creo que está bastante claro —dijo Claire—. Si nuestra hipótesis es válida, Thomas Malory hacía referencia al número 23 de Stretton-on-Fosse. Es un resultado muy claro, a diferencia de los pueblos con veinte acres.

Arthur se conectó a internet para conseguir un mapa de Warwickshire y torció el gesto al pensar en Stretton-on-Fosse.

—No sé. Está bastante al sur del hogar de Malory en Newbold Revel. —Tras una rápida búsqueda en línea añadió—: Y nunca ha tenido una mansión o castillo importante, por lo que no debió de tener un vínculo noble con la zona.

—Son solo especulaciones, ¿no? ¿Cómo puedes estar tan seguro de ello?

—No puedo. —Examinó la lista de lugares y cogió el pergamino de nuevo—. No sé, creo que al buscar solo poblaciones con veinte o veintitrés acres se nos está pasando algo por alto. Hay otra frase que resulta un poco extraña, tal vez de manera intencionada. Recuerda que escribe que la espada puede encontrarse en el prólogo, y cito textualmente, acompañada del relato en sí, siempre que uno se muestre tan atento como los sacerdotes que cuidan de los Sacramentos en las verdes tierras de Warwickshire. Tan atento como los sacerdotes. ¿Por qué lo dice? Es un adorno

innecesario. ¿Qué sucede con los sacerdotes?

Claire le cogió el libro del regazo, le rozó la entrepierna sin querer y se disculpó con una sonrisa.

—¡Sí! ¿Lo recuerdas? En Leamington Hastings, además de los veinte acres de prados, hay quince esclavos, treinta y tres villanos ¡y un sacerdote! De modo que tenemos que averiguar si es la única población que reúne ambas condiciones.

Claire releyó en voz alta las doce poblaciones elegidas y puso especial énfasis en Stretton-on-Fosse, ya que también tenía un sacerdote. Luego nada hasta el último pueblo, Stoneleigh, con el que volvió a levantar la voz.

—En este había dos sacerdotes.

Arthur señaló Leamington Hastings y Stoneleigh en el mapa mientras Claire insistía en que todas las señales apuntaban a Stretton-on-Fosse.

—Leamington no está muy cerca de la casa de Malory, pero al menos está de camino a Londres y sabemos que Malory era parlamentario, por lo que cabe la posibilidad de que tomara esa ruta habitualmente. Stoneleigh está más cerca, al sur de Coventry, en su entorno habitual. —Hizo otra búsqueda y afirmó—: En el siglo xv allí había una abadía cisterciense que es interesante.

Claire se puso en pie para estirar las piernas.

—Mira, podríamos habernos equivocado por completo con nuestra premisa, pero si hemos tomado el camino correcto hay tres posibilidades: Stoneleigh, Leamington Hastings y Stretton-on-Fosse, que es mi favorita. ¿Cómo vamos a acotar la búsqueda? Es decir, aunque supiéramos a ciencia cierta el lugar al que hacía referencia Malory, ¿dónde íbamos a buscar? ¡Estamos hablando de pueblos enteros!

Dieron un paseo antes de desayunar. Era un día nublado, y al llegar al extremo más alejado del jardín empezó a diluviar y quedaron empapados como si los hubieran rociado con una manguera desde muy cerca. Muertos de risa, como colegiales, regresaron corriendo a la habitación y, chorreando, se quitaron los abrigos y los zapatos.

—Tengo que cambiarme. —Claire se soltó el primer botón de la blusa y se acercó al armario.

Arthur la siguió desabrochándose la camisa, y de pronto ella se volvió hacia él. Arthur la besó tímidamente, para ver cómo reaccionaba, y luego, cuando comprobó que no lo rechazaba, la besó de forma apasionada. Se abalanzaron sobre la cama deshecha de Claire y, tras despojarse de la ropa y apartar las sábanas, se quedaron desnudos.

Todo en Claire parecía perfecto: su olor, su sabor, sus jadeos, su precioso cuerpo. Y cuando acabaron, todavía con la respiración entrecortada por lo inesperado de la situación, ella parecía tan feliz como él.

Arthur no supo por qué le vino ese pensamiento a la cabeza en ese preciso

instante, pero se disculpó y cogió el portátil y uno de los pergaminos. Claire no pareció molestarse en absoluto por sus modales después de hacer el amor y lo tapó con la manta.

—Ha sido increíble, por cierto —dijo Arthur—, pero se nos ha pasado por alto esto. Se me ha pasado. —Señaló un fragmento del pergamino—. Esta parte: la espada puede encontrarse acompañada del relato en sí. Ese tiene que ser el otro punto clave para hallar la espada.

Claire apoyó la mano en el pecho de Arthur con naturalidad, como si llevaran mucho tiempo siendo amantes.

—No lo entiendo, lo siento.

—Mientras agoniza, el rey Arturo le ordena a sir Griflet que devuelva *Excalibur* al lago encantado del que provenía. Griflet obedece a regañadientes y del lago surge un brazo de mujer que agarra la espada y la sumerge bajo el agua. Esto tiene que ser a lo que hace referencia Malory: acompañada del relato en sí. Debió de lanzar la espada al lago. Es ahí donde la escondió. Lo único que tenemos que hacer es averiguar cuál de los tres pueblos tiene lago.

—Una deducción brillante.

Arthur la besó.

—No está mal para un químico.

Gracias a Google Earth, solo tardaron un par de minutos en obtener la respuesta, y fue de lo más decepcionante. Leamington Hastings, Stretton-on-Fosse y Stoneleigh... Ninguno de los tres tenía lago ni estanque. El río Avon atravesaba Stoneleigh, pero no les valía. Arthur cerró el portátil con un gesto brusco, producto de la frustración.

—Y ahora ¿qué? —preguntó ella.

Arthur se encogió de hombros y la miró.

—Solo podemos hacer una cosa —dijo, y volvió a ponerse encima de ella.

Arthur y Claire llegaron temprano al pub Mortimer Arms de Tottenham Court Road, pero Tony Ferro ya estaba ahí esperándolos con la primera pinta. Le acompañaba un hombre que Arthur supuso que era Mawby, el geólogo del University College de Londres del que Tony le había hablado durante la conversación telefónica que habían mantenido ese mismo día.

Tony les hizo un gesto con la mano para que se acercaran a la mesa, volvió a ensalzar la belleza de Claire y luego les presentó a Mawby.

Arthur había llamado a Tony para ponerlo al día de las novedades y fue este quien propuso al geólogo. «¿Que si puede desaparecer un lago en el transcurso de cinco siglos? —preguntó Tony—. Pues no lo sé, pero hay un tipo del University College que podrá echarnos una mano».

Mawby tenía las mejillas secas y surcadas de arrugas debido a los años dedicados a realizar investigaciones geológicas en el sol de África. Seguía la animada conversación en silencio, mientras daba cuenta de la segunda pinta. Hasta que decidió meter baza.

—He leído bastante sobre ti y el tesoro que encontraste en Suffolk —dijo mirando a Arthur—. Pareces un tipo interesante. ¿Te importaría decirme por qué te interesan los lagos que desaparecen?

Arthur no se sentía cómodo dando evasivas, pero Tony acudió al rescate.

—Podríamos contártelo, Jim, pero entonces tendrías que desaparecer durante un largo período. ¿Crees que a tu mujer le parecería bien?

Mawby se rio.

—Supongo que os estaría eternamente agradecida. De acuerdo, lo entiendo. Es información confidencial. No insistiré. Seguid invitándome a cerveza y me portaré bien. ¿Queréis que empiece ya? No tengo ningún inconveniente en sumergirme, si me permitís la broma.

—Adelante —dijo Arthur.

—Los lagos pueden desaparecer por varios motivos. En ocasiones sucede en un abrir y cerrar de ojos, pero a veces tardan una eternidad. Lo más habitual es que se depositen sedimentos en el fondo y el lago acabe transformándose en una ciénaga o marisma. Entonces se forma la turba y la zona se convierte en un pantano. Al llegar a la fase final empiezan a nacer árboles, que con el tiempo dan lugar a un bosque.

—¿Es un proceso que pueda suceder en un período de quinientos años? —preguntó Arthur.

—Eso sería muy rápido. Lo habitual son miles de años. Algunos lagos desaparecen con el cambio de las estaciones, pero estos lagos efímeros acostumbran a formarse en lugares muy secos, como el valle de la Muerte, en California, por lo que no podemos tenerlos en cuenta. Solo en contadísimas ocasiones desaparece un lago en cuestión de minutos. Sucedió en 2005 en Rusia, cuando el lago Beloye desapareció como por arte de magia, pero creemos que se produjo un cambio sísmico bajo el lago que provocó su drenaje a través de unos canales que desembocan en el río Oka.

—¿Y crees que es una posibilidad que podría darse aquí? —preguntó Claire.

—Es posible, pero no muy probable. No hay constancia de que haya sucedido algo así en Warwickshire en los últimos quinientos años, y no he encontrado indicios cartográficos de que hubiera lagos en Leamington Hastings, Stretton-on-Fosse o Stoneleigh. Y para no dejarnos nada en el tintero, debéis saber que también existe el fenómeno de los lagos asesinados: cuando los ríos son desviados por el hombre para regar tierras, los lagos en los que vertían sus aguas acaban secándose. Pero ese es un hecho poco relevante en Europa.

—¿De modo que no nos queda ninguna otra opción? —preguntó Tony—. ¿No nos va a servir de nada todo el dinero que hemos invertido en cerveza?

—Mi estómago os lo agradece —replicó Mawby—. Pero una cosa más. Esa esquiva masa de agua que buscáis, ¿tiene que ser por fuerza un lago? ¿No podría ser un río?

Arthur negó con la cabeza.

—El documento histórico en el que nos basamos afirma claramente que se trata de un lago.

—A veces algunos tramos de los ríos se desvían de su curso natural y siguen un trazado extraño que puede parecer un lago. Cuanto más ancho sea ese saliente, más difícil resulta ver la corriente.

Arthur se mordió el labio superior.

—El río Avon atraviesa Stoneleigh, pero no vimos ningún tramo que sobresaliera en los mapas. Parece un río más de los muchos que atraviesan las zonas rurales, y no especialmente ancho.

—Ah —dijo Mawby, que hizo una pausa para tomar un sorbo de cerveza—, creo que voy a empezar a ser merecedor de las cervezas a las que me habéis invitado. Fijaos aquí. —Sacó un mapa por satélite de su bolsa y señaló un tramo del Avon en el que el río se bifurcaba en torno a una isla—. Esta masa de tierra que hay en el centro de los dos brazos del río, cerca de la antigua abadía de Stoneleigh. Se llama isla fluvial. No os aburriré con sus características hidráulicas, pero basta decir que la geometría del canal, la mecánica de fluidos y el transporte de sedimento desempeñan un papel importante. Creo que esta isla fluvial podría haberse formado a lo largo de cientos de años, lo cual no supone ningún problema. Pero, por un momento, imaginaos que no estuviera ahí. Ese saliente del río mediría unos cien metros de ancho y quinientos de largo. Parecería un pequeño lago. Sé que no es mucho, pero es todo lo que puedo deciros. Espero que os sirva de ayuda. —Miró el reloj—. Aún falta una hora y media para la siguiente clase. ¿Me pides otra pinta, Tony?

Cuando los cuatro salieron del pub, un hombre los observaba desde una marquesina de autobús cercana. Griggs se caló la gorra y apagó el cigarrillo con el pie. Tenía que decidir a qué pareja iba a seguir cuando se separaran. Al final tomó unas cuantas fotografías de Ferro y Mawby con el móvil, discretamente, y decidió seguir a Arthur y Claire.

—¿Y bien? —preguntó Claire cogiendo a Arthur de la mano.

—¿Puedes quedarte otro día?

—De acuerdo —dijo ella tras una pausa que duró un segundo pero que pareció mucho más larga—. Sí.

—¿Te gustaría que fuéramos a visitar Stoneleigh? —Arthur le apretó la mano—. Es posible que un familiar mío me haya dejado algo ahí.

Thomas Malory era viejo y estaba arruinado. Los años de frío y humedad habían hecho mella en él. Cuando se despertó, temblaba bajo la manta y tenía las caderas y las rodillas rígidas como tablas de madera. El proceso de levantarse de la cama y utilizar el orinal era lento y doloroso. Un acto tan sencillo como coger un vaso se convertía en una auténtica tortura hasta que los huesos y los músculos se desentumecían y adquirían una fluidez tolerable.

¡Había pasado veinte años entrando y saliendo de la cárcel! Veinte años de explosiones de júbilo cuando le concedían libertad bajo fianza, y de desesperación cuando volvían a arrestarlo y lo encerraban de nuevo.

La prisión de Marshalsea, la cárcel de Gaol, la Torre de Londres, Ludgate, Newgate, a merced de los caprichos de Su Majestad, recluido en las celdas más inmundas pero sin dejar de soñar con la cómoda vida perdida en Newbold Revel.

¿Dónde estaba la justicia?

Un caballero del reino arrojado como un desecho a un mar de iniquidad. Todo por unas acusaciones falsas. ¿Un vulgar robo? ¿Violación? Resultaba difícil de creer que un hombre que había servido a su rey en el campo de batalla como caballero, paradigma de las virtudes caballerescas, y descendiente de Arturo, ¡rey de los britanos!, hubiera cometido todos esos actos innobles. Sin embargo, las acusaciones, alimentadas por los poderosos enemigos que atizaban el fuego del corrupto sistema judicial, bastaron para mantener a Malory en cautividad cuando la mayoría de los hombres de su edad y condición dedicaban el tiempo a beber junto a la hoguera, con sus perros de caza dormitando a sus pies.

Durante la primera década de cautiverio logró mantener las esperanzas de que su suplicio llegaría a su fin cuando el rey Enrique acudiera en su rescate. Sin embargo, el monarca debía atender otras cuestiones más acuciantes. Sus planes de poner fin a la interminable guerra entre Inglaterra y Francia habían provocado un cisma entre sus reinos y la aparición de un enconado rival encarnado en el poderoso duque de York. Cuando el rey se sumió en una melancolía catatónica después de que su hermosa mujer francesa lo convirtiera en cornudo, York aprovechó el vacío y tomó las riendas del poder desde la casa de Lancaster. Aunque el rey habría de recuperar el juicio, dos décadas de encarnizados enfrentamientos entre las casas de Lancaster y de York sembraron el caos en el país y recibieron toda la atención de la Corona, que no hizo caso de las penalidades de un pobre caballero encarcelado.

Durante todo ese tiempo, Malory se fue consumiendo lentamente, pasando de un tribunal a otro y de una cárcel a otra, algunas inhóspitas y otras, como Marshalsea,

algo más acogedoras. En ocasiones transcurrían varios meses, un año o más hasta que Buckingham aparecía de nuevo. Su oferta era siempre la misma.

—Decidme dónde puedo encontrar la espada y seréis libre.

John Aleyn y otros aliados de confianza habían logrado averiguar algo más sobre las intenciones secretas de Buckingham. Corría el rumor de la existencia de una red de hombres repartidos por Europa y Asia llamados los Qem, alquimistas unidos no por la lealtad a ninguna corona, sino por unos intereses más oscuros. Había otro inglés, Ripley, de quien se decía que también estaba implicado hasta las cejas en el turbio asunto. Al parecer, Buckingham y Ripley profesaban lealtad a estos otros hombres que compartían el deseo de encontrar el Santo Grial, no por la gloria de Dios, sino con fines demoníacos.

De modo que cada vez que Buckingham abría la puerta de su celda para hacerle su propuesta, Malory respondía: «Mi señor, jamás poseeréis la espada ni os haréis con el Grial. Su fin es la verdad y la luz, y temo que vos deseáis usarla para el mal y la oscuridad. Moriré siendo un hombre feliz si sé que jamás llegaréis a poseerla».

Mientras la política y la guerra arrastraban a Inglaterra a un torbellino de violencia, los ritmos de la vida de Malory en cautividad quedaron a salvo de la desolación exterior y dieron pie a unos hábitos lentos y repetitivos. En un buen día, cuando la enfermedad lo respetaba y la comida era aceptable, incluso podía admitir que sus nobles pasatiempos le proporcionaban un pequeño placer.

Tras una vida colmada de batallas y sangre, la soledad de un escritorio y la compañía de unos valiosos libros le proporcionaban un digno consuelo. A menudo empezaba el día escribiendo una carta a su amada esposa o a uno de sus fieles amigos, pero luego se entregaba al capítulo de *La muerte de Arturo* que tenía entre manos y se sumergía en la descripción de una gran batalla, un apasionado romance o una noble búsqueda. Escribía durante horas y horas, lo que le permitía huir de su celda hasta las colinas azotadas por el viento de Camelot y la vibrante corte de Arturo, su rey, su inspiración, su antepasado.

Buckingham, un hombre concienzudo, recelaba de lo que Malory escribía, por lo que ordenó a uno de sus hombres que leyera sus cartas y las páginas de sus manuscritos para intentar encontrar mensajes ocultos sobre la ubicación de la espada, pero siempre fue en vano.

A pesar de estar encarcelado, Malory se mantenía bien informado de los acontecimientos gracias a sus carceleros y a las visitas, y una semana después de la batalla de Northampton, librada en julio de 1460, la noticia llegó a la prisión de Newgate. El duque de York había logrado una victoria arrolladora contra los diez mil hombres del rey en las tierras de la abadía de Delapré. El rey fue capturado y firmó un efímero acuerdo que le permitiría retener el trono de por vida, aunque la Corona pasaría a York y sus herederos. Pero lo más importante para Malory era que

¡Buckingham había muerto!

Buckingham, un conspirador y arribista consumado, tomó parte por el bando de York cuando la balanza de la guerra de las Dos Rosas se inclinó en su dirección y por el bando de Lancaster cuando el rey tenía las de ganar. Por desgracia para él, ese día en Northampton comandaba las fuerzas de Lancaster en nombre del rey Enrique y murió cuando un guerrero del bando de Kent le clavó una pica.

Malory se alegró de la noticia, elevó una petición a la Corona y esperó. Al final, al cabo de unas semanas, sin la perniciosa injerencia de Buckingham, fue liberado y recibió los abrazos de su anhelante esposa y de su fiel aliado John Aley. Fue como un sueño. De vuelta a Newbold Revel, con sus verdes prados y sus plantaciones listas para la cosecha, empezó a recobrar la salud lentamente, después de que la disentería estuviera a punto de acabar con él en verano.

Comía cuanto podía y recorría sus tierras para recuperar las fuerzas, pero en ningún momento dejó de tramar y planear sus siguientes pasos. La espada podía aguardar más tiempo en su escondite acuático. Se moría de ganas de tenerla de nuevo, de atesorarla, de cederla a su heredero, pero debía evitar las prisas. *Excalibur* estaba a salvo. Se sentó en un banco junto a la tumba de su hijo mayor, Thomas, que había muerto de sífilis dos años antes mientras él se pudría en Newgate. Su otro hijo, Robert, era un buen muchacho: aún no había cumplido los trece años, pero era noble y valiente, y Malory confiaba en que sería capaz de administrar debidamente los tesoros y las tierras familiares. Sin embargo, sabía que si le hablaba de la espada y del Grial pondría su vida en peligro, así que decidió no hacerlo. Era su búsqueda y debía emprenderla él.

El manuscrito de *La muerte de Arturo* descansaba ahora en el interior de una caja de su biblioteca, a medio acabar. Su culminación tendría que esperar, ya que debía atender asuntos más importantes. Recordaba de memoria la inscripción de la espada y, lo más importante, también conocía la traducción. Cuando hubiera recuperado las fuerzas, tal vez en primavera, organizaría un pequeño grupo de hombres fieles, entre los que se incluiría John Aley, y se harían con un barco cargado de provisiones. El viaje a una tierra lejana sería arduo, y el resultado, incierto, pero existía la posibilidad, la gloriosa posibilidad, de que al final de la travesía sostuviera entre sus temblorosas manos la más sagrada de las reliquias de la Tierra.

El horrible revés de la fortuna llegó al cabo de unos meses, cuando empezaron a soplar los vientos del invierno. Fue un golpe duro y demoledor: lo arrestaron de nuevo acusado de los mismos delitos y lo enviaron a la prisión de Marshalsea. Malory exigió saber quién se encontraba detrás de aquella decisión. La respuesta llegó como una mano desde la tumba. Un hombre al que no conocía apareció un día en su celda y se disculpó por interrumpirlo.

Malory levantó la mirada del escritorio. Aunque albergaba un hondo

resentimiento por el injusto arresto, se había puesto a trabajar de nuevo en su manuscrito y estaba enfrascado en la continuación de su obra sobre Lanzarote y Ginebra. El hombre de la puerta era un tipo increíblemente gordo y, a juzgar por sus prendas de piel y por sus dedos enjorjados, también increíblemente rico.

—¿Quién sois? —preguntó Malory.

—Soy George Ripley. Tal vez hayáis oído hablar de mí.

Malory sonrió. Era un aliado de Buckingham.

—Así es.

—Bien, entonces sabréis por qué estoy aquí.

—Sentaos, Ripley. Marshalsea no ofrece el alojamiento más confortable del reino, pero me atrevería a decir que no permaneceréis aquí demasiado tiempo.

Ripley hizo una mueca mientras intentaba acomodar sus posaderas en una estrecha silla.

Malory dejó la pluma en el tintero.

—¿Por qué no me habláis de los Qem?

Si a Ripley le sorprendió la pregunta, su rostro no lo delató.

—Somos estudiantes de filosofía natural, hombres curiosos, somos gentilhombres. Eso es todo.

—Sois alquimistas.

—Así es. Mis conocidos y yo creemos fervientemente que la alquimia es una actividad noble. Imagino que estaréis de acuerdo en que entender la mano de Dios es una actividad noble, ¿no es así?

—¿Por qué queréis el Grial?

—¿Por qué lo queréis vos, sir Thomas?

—Por la gloria de Dios.

—El mismo motivo que nos mueve a nosotros.

—No es eso lo que ha llegado a mis oídos.

—No puedo ni pienso comentar las depravadas y escandalosas acusaciones de hombres desconocidos.

Malory se levantó a pesar del dolor y se frotó la cadera.

—Sin embargo, aquí estoy, ¡encarcelado injustamente por culpa de las depravadas y escandalosas acusaciones de hombres desconocidos! Sois vos quien me ha mandado arrestar de nuevo, ¿no es así? Creía que una pica de un soldado del ejército de Kent había puesto fin al interés de Buckingham en mi pobre alma, pero al parecer me equivoqué. Ahora son los yorkistas los que ostentan el poder. ¿Acaso vuestra influencia se ha extendido hasta ellos?

—Nuestra influencia abarca diversos lugares. Buckingham, que Dios lo tenga en su gloria, se hallaba en el bando del rey Enrique en un momento de lo más desafortunado. Ahora que el duque de York y su heredero, Eduardo de York, ostentan

el poder, mi capacidad de influencia ha aumentado. El duque ha depositado ciertos aspectos de la educación de Eduardo en mis manos, por lo que si yo susurrara que un caballero como vos debería estar encarcelado de nuevo, cabe la posibilidad de que mi voluntad se viera cumplida. Y, del mismo modo, si por casualidad yo pidiera que un caballero como vos fuera puesto en libertad, tal vez mi voluntad también se cumpliría.

—Pues os animo a que susurréis ese deseo.

—Lo haré. Lo único que vos debéis hacer es decirme dónde puedo encontrar la espada.

Malory se dirigió al otro extremo del escritorio y apoyó todo el peso de su cuerpo en él.

—Ah, siempre a vueltas con lo mismo. Esa propuesta infernal. Debo deciros lo que le dije a Buckingham en muchas ocasiones: jamás os revelaré su escondite. Podéis mancillar mi nombre, pero no cederé. Podéis torturarme, pero no cederé. Podéis quedaros con mis tierras, matar a mi familia, pero no cederé. Los Qem pueden ser poderosos, vos podéis ser poderoso, pero ningún hombre es más poderoso que mi férrea voluntad, fortalecida por la certeza de que aquello que yo protejo, lo protejo por Dios. Ahora, señor, si sois tan amable de levantar vuestras posaderas de mi silla, os deseo que tengáis un buen día.

La peregrinación de cárcel en cárcel de Malory se prolongó durante la siguiente década, salpicada por breves períodos de libertad y perdón. Sin embargo, a sir Thomas le parecía oír los susurros que salían de los gruesos labios de Ripley. Los oía en sus sueños. «Atrapad al conejo. Arrancadlo de su feliz madriguera. Volved a ponerlo en la jaula. Es mío. Es mío. Es mío».

La guerra de las Dos Rosas se prolongó, pero la influencia de Ripley en la corte no hizo sino aumentar. El duque de York murió en Pontefract, pero su hijo de diecinueve años, un hombre imponente de un metro noventa, subió al trono como Eduardo IV. Nada podía detener ya a Ripley. Su influencia se extendió y empezó a ejercer abiertamente como alquimista de la corte, lo que le permitió susurrarle directamente al oído al rey.

Una vez al año, el día de Año Nuevo, Ripley iba a visitar a Malory a la prisión y le ofrecía la libertad condicional, y una vez al año Malory la rechazaba. Sir Thomas sospechaba que Ripley elegía el día a propósito, ya que uno tendía a reflexionar sobre su destino al inicio del año. El 1 de enero de 1471 Malory echó a Ripley con cajas destempladas y luego se sirvió una jarra de cerveza aguada. El alguacil de la prisión de Newgate le había enviado unas raciones superiores a las habituales la noche anterior. Malory había logrado apartar un trozo de venado de mayor calidad que el que acostumbraban a servirle y un buen pedazo de pan para la cena de Año Nuevo. Sentado al escritorio, masticando lentamente, leyó la última página de *La muerte de*

Arturo, escrita esa misma mañana. Dos décadas de trabajo, una labor de amor y devoción, culminadas por su doloroso y personal lamento.

Aquí termina el libro entero del rey Arturo, y de sus nobles caballeros de la Tabla Redonda, que estando todos juntos fueron en número de ciento cuarenta. Y aquí termina la muerte del rey Arturo. Ruego a todos vosotros, gentilhombres y damas que leéis este libro del rey Arturo y sus caballeros de principio a fin, que roguéis por mí mientras estoy vivo, para que me envíe Dios buena liberación, y cuando haya muerto, os ruego a todos que oréis por mi alma. Pues este libro fue acabado el noveno año del reinado del rey Eduardo IV por sir Thomas Malory, caballero, con ayuda de Jesús por Su gran poder, comoquiera que es siervo de Jesús día y noche.

«Rogad por mí mientras estoy vivo».

Se enjugó una lágrima y comió el último pedazo de corteza de pan.

Era extraño sentir cómo la propia existencia menguaba lentamente, como el agua de un cubo con un pequeño agujero. La obra de Malory había llegado a su fin, algo que tal vez estaba a punto de sucederle a su vida. El rey Eduardo, sin duda aconsejado por Ripley, había concedido un perdón general a los prisioneros unos años antes y solo había excluido a once hombres, entre ellos Malory. Aunque el monarca diera marcha atrás y lo pusiera en libertad, ya era demasiado tarde para emprender la búsqueda del Grial. Era un hombre frágil y enfermizo. Era imposible que pudiera tener éxito en una aventura en el extranjero. Lo único que podía hacer era rezar para que un heredero le arrebatara el estandarte de batalla de sus manos muertas y partiera con determinación para salvaguardar el honor de los Malory y para honrar a Dios.

Una fuerte tormenta cubrió Londres con un manto de treinta centímetros de nieve. Desde su alta ventana, Malory vio cómo se iban acumulando los copos en los terrenos de la prisión y sonrió cuando los hijos del guarda empezaron a lanzarse bolas de nieve. Sería maravilloso atravesar a caballo la ventisca, sentir los fríos copos en la cara. Se preguntó si estaría nevando en Warwickshire. Elizabeth estaba a punto de levantarse y vería caer la nieve a través de las pequeñas ventanas de su dormitorio. Era una mujer mayor, pero aún conservaba su belleza.

Malory lanzó un suspiro de pena y regresó al escritorio para finalizar su legado. Los papeles de *La muerte de Arturo* formaban un montón atado con una cinta. Había escrito el prefacio la noche anterior, lo que le había permitido cumplir la promesa que había hecho casi veinte años atrás en su carta al obispo Waynfilete. Un hombre virtuoso, a ser posible un descendiente, sería capaz de casar la información de *La*

muerte de Arturo con la del *Libro Domesday* para encontrar la espada y, Dios mediante, el Grial. Lo único que le quedaba por hacer era escribir un mensaje para la posteridad con la esperanza de que un Malory lo encontrara. Tal vez su hijo, Robert; tal vez el hijo de su hijo. O un Malory más lejano.

Escribió: «¡Ay!, mis enemigos, esos hombres impíos que se hacen llamar los Qem, han logrado impedir que emprenda mi viaje para encontrar el Grial. Ahora soy viejo y estoy demasiado débil. Sin embargo, al encerrarme en una celda durante todos estos años me han concedido el beneficio del tiempo y Dios me ha bendecido con la habilidad para narrar cabalmente las historias de mi ilustre antepasado, el gran y noble Arturo, rey de los britanos. Rezo para que el Maleoré que me suceda encuentre este pergamino y emprenda la búsqueda del Santo Grial».

Acabó la carta poco antes de que John Aleyn llegara para la que habría de ser su última visita. Como era habitual, sobornó a los centinelas con vino para que le permitieran hablar a solas con su amo. Aleyn también sufría los achaques de la edad. Arrastraba los pies al caminar y le temblaban las manos, pero, como siempre, hizo gala de buen humor ante su señor.

—Con este frío tengo las pelotas como canicas —dijo mientras se frotaba las manos junto a la hoguera de Malory.

—¿Y para qué las quieres si ya eres un anciano?

—Es cierto, mi señor, aunque espero volver a disfrutar de la carne antes de irme de este mundo.

—¿Cómo se encuentra Elizabeth? ¿Y Robert?

—Elizabeth se encuentra bien. Que yo sepa no padece ninguna enfermedad. Y Robert se dirige hacia el norte, a St. Albans, con una compañía de hombres del rey Eduardo para enfrentarse a los últimos guerreros de los Lancaster. Creo que la reina Margarita y su hijo están librando la última batalla.

—Espero que sobreviva. John, quiero pedirte un último favor.

Aleyn hizo una mueca al oír eso, pero no dijo nada.

—Llévale este libro al obispo Waynfleete de Winchester y pídele que encargue una copia a un escriba. Los carceleros no pondrán impedimentos. Lo han leído y no les importa lo más mínimo lo que haga con él. Pídele a Waynfleete que entregue la copia a William Caxton, el impresor londinense. Lo conozco desde hace muchos años. Desde Calais.

—Lo recuerdo, mi señor. Por entonces era mercader de lana, pero ahora se dedica a la impresión.

—Con gran éxito, al parecer. Y una cosa más. Esta carta. —La escondió entre las páginas del libro para que pasara desapercibida—. Llévala a Newbold Revel y déjala en el interior de un arcón cerrado con varios documentos y algunas de mis pertenencias. Me gustaría que Robert la encontrara, o su hijo, o un futuro Malory. La

carta solo contiene palabras, pero en realidad es un mapa del tesoro. Mantenla a salvo. No diré nada más.

Cuando tuvieron que poner fin al encuentro, se dieron un fuerte apretón de manos.

—Cuidaos, mi señor —dijo Aleyn—. He oído que Ripley pretende haceros daño.

—¿Qué daño va a hacerme aparte del que ya me ha hecho? Estoy listo para aceptar mi sino y albergo la eterna esperanza de que alguno de mis descendientes pueda alcanzar el destino que tan esquivo se ha mostrado conmigo.

Aleyn partió con la carta y el manuscrito en el zurrón. Iría a Winchester y le entregaría el libro al obispo en persona. Y el obispo le daría a Aleyn la carta que Malory le había escrito veinte años antes para guardarla en un lugar seguro. Aleyn regresaría a Newbold Revel y depositaría la antigua carta y la nueva en un arcón cerrado con llave para los herederos de su señor. Robert Malory regresaría de la batalla de St. Albans con una herida en la cabeza que lo dejaría impedido. Moriría en 1479, un año antes que su madre, y no llegaría a abrir el arcón cerrado. El mapa de palabras que Malory había creado quedaría relegado al olvido durante 543 años.

Un frío día de marzo, Ripley se presentó en la celda de Malory con unos hombres toscos y una bolsa de utensilios. Le comunicó que su paciencia había llegado a su fin. Iba a poner a prueba su eterna afirmación de que no le revelaría el escondite de la espada ni aunque lo sometiera a tortura. A fin de cuentas, ¿qué podía perder? Le habían llegado informaciones de Newgate de que Malory empezaba a perder las fuerzas y que no viviría para ver las flores de mayo.

Le aplastaron las manos y los pies con tornos. Le clavaron hierros ardientes en el pecho, en los muslos y en la entrepierna.

Aunque gritó como lo habría hecho cualquier otro hombre, no hizo el menor caso de las órdenes de Ripley y no pronunció ni una palabra. Mientras exhalaba su último aliento tuvo una visión, no muy distinta de las que tuvieron los caballeros de Arturo: Perceval y Gawain, Bors y Lanzarote, Galahad. Las paredes de piedra de la celda de su prisión se abrieron y mostraron un cielo azul, resplandeciente, donde se encontraba el Grial, un cáliz refulgente que irradiaba rayos de luz, el objeto más bello que jamás había visto.

Su búsqueda había finalizado.

El Stoneleigh Park Lodge se encontraba a pocos minutos en coche de la isla fluvial del río Avon. Arthur y Claire se registraron en el hotel y regresaron al Land Rover. La parte trasera del todoterreno estaba ocupada por las posesiones de Arthur: el equipo de detección de metales, algunas buenas linternas y un par de gafas de visión nocturna que había comprado como excedentes del ejército hacía varios años y que apenas había usado.

A Arthur no le resultó fácil decidirse a abandonar el ambiente protector del hotel Cantley House; estaba constantemente alerta, en busca de cualquier indicio que señalase que los estaban siguiendo. Por el momento creía que se hallaban a salvo.

Tal y como Jim Mawby había indicado, la isla se encontraba en los terrenos de la abadía de Stoneleigh, que en la actualidad cumplía con una función más moderna, nada que ver con sus raíces eclesiásticas. Enrique II la había fundado en 1154, y su época de esplendor como monasterio cisterciense abarcó cuatro siglos, hasta que Enrique VIII renegó del catolicismo. Los edificios y las tierras fueron entregados como una propiedad más a un amigo del rey, Charles Brandon, duque de Suffolk, mientras que la vieja abadía permaneció en manos privadas y fue objeto de varias reformas hasta que en 1996 pasó a ser gestionada por una fundación benéfica. En el transcurso de los siglos se convirtió en la casa de campo de los Leigh, los antepasados de Jane Austen, y la casa sirvió de inspiración para sus novelas *Persuasión* y *Mansfield Park*. En la actualidad era un museo y una sala de banquetes, y cuando Arthur y Claire se detuvieron en el soleado aparcamiento, una empresa de catering estaba descargando una gran carpa para una boda. Se dirigieron al centro de información y compraron dos entradas para visitar el jardín, momento que Arthur aprovechó para intentar sonsacarle alguna información sobre la ceremonia a la chica de la taquilla. Iba a ser una boda nocturna bastante multitudinaria, con trescientos cincuenta invitados.

—¿Prefieres que seamos amigos de la novia o del novio? —le preguntó Arthur a Claire en la entrada del jardín.

—*Mon Dieu!* —exclamó ella en voz baja—. No llevo la ropa adecuada.

—Ya tendremos tiempo más adelante para ir de compras.

Los terrenos de la abadía abarcaban 280 hectáreas de zonas verdes y elegantes jardines a lo largo del Avon, pero a Arthur solo le interesaba la isla fluvial, a la que se podía acceder a través de un puente peatonal desde el immaculado jardín que había junto al invernadero de naranjos de la abadía. La isla era una superficie llana y cubierta de hierba, con unos cuantos árboles y surcada por varios caminos. A Arthur se le cayó el alma a los pies: tendrían que cubrir casi una hectárea, y a juzgar por la inclinación de las riberas y por lo que les había dicho Mawby sobre la profundidad

del Avon, un objeto lanzado al río quinientos años antes podía encontrarse entre dos y tres metros bajo tierra. Aunque la espada estuviera allí, algo que no era ni mucho menos seguro, encontrarla iba a resultar una tarea sumamente difícil.

A pesar de todo, decidió no compartir sus dudas con Claire, no quería desmotivarla. Eran los únicos invitados que se encontraban en la isla. Arthur hizo un gesto con la mano para abarcar la gran extensión de césped.

—Bien. Imagina que eres Thomas Malory y te encuentras en la orilla. Quieres lanzar una espada a algo que parece un lago. ¿Intentarías tirarla en el centro, para que fuera más difícil alcanzarla, o cerca de la orilla, para que fuera más fácil recuperarla?

Claire puso los brazos en jarras y lo miró a través de las gafas de sol.

—Ni una cosa ni la otra. Lo bastante lejos de la orilla para que un pescador no viera el destello del metal, pero tampoco en la zona más profunda. Hay que recordar que Malory quería que un día la encontrara la persona adecuada.

Arthur asintió con la cabeza.

—Me has convencido. Esperemos que fuera tan inteligente como tú.

No tardó en refrescar. El banquete comenzó a las siete y media y faltaba una hora para la puesta de sol. Esa tarde Claire se había comprado un vestido largo y vaporoso y un chal. Arthur se apañó con la americana que llevaba en la maleta. Cuando vieron que nadie pedía las invitaciones, se mezclaron con un grupo de invitados que acababan de llegar al banquete y se dirigieron a la carpa, en la que aprovecharon para darse un atracón en el bufet y tomar una copa de vino. Decidieron que la estrategia más segura sería mantenerse alejados de las mesas y quedarse en la pista de baile, lo que les evitó tener que decir que eran amigos del instituto de Jason y que se alegraban mucho por Roz y por él.

Claire le dijo a Arthur que no era tan mal bailarín para ser químico e inglés, a lo que él replicó que ella lo hacía *pas mal* para ser física y francesa. Cuando sonó una canción lenta, la agarró con fuerza y notó el roce de sus pechos contra su cuerpo.

—Es una buena noche para empezar una búsqueda —le susurró Claire al oído.

Arthur señaló al padre de la novia, que había subido al escenario y le hacía un gesto a la banda.

—Ese es el tipo con el que debemos tener más cuidado. Es el que nos ha invitado a comer y a beber esta noche.

Permanecieron en un segundo plano mientras se pronunciaban los discursos, se cortaban los pasteles y cuando los recién casados salieron a bailar a la pista. Entonces, cuando ya se había puesto el sol, regresaron al aparcamiento. Arthur cogió la bolsa de lona del maletero y se la echó al hombro.

La media luna que brillaba en el cielo les proporcionó una tenue luz que les permitió orientarse en el jardín y llegar al puente de la isla sin usar las linternas.

Desde la isla, la música sonaba como una melodía lejana y de ensueño, y de no haber sido por la tarea que los ocupaba, Arthur se habría tumbado con Claire en la hierba fría. Sin embargo, no le quedó más remedio que coger el detector de metales, encenderlo y ajustar la sensibilidad para encontrar un objeto de gran tamaño enterrado a gran profundidad. No podía perder el tiempo con monedas o la típica joya extraviada.

Excalibur o nada.

Sin olvidar la opinión de Claire de que Thomas Malory había lanzado la espada ni muy lejos ni muy cerca de la orilla, Arthur escondió la bolsa junto a un árbol, se puso los auriculares y empezó a caminar en círculos concéntricos en torno a la isla. Comenzó por el puente y siguió en sentido contrario a las agujas del reloj hasta llegar al punto de partida. A cada paso que daba realizaba un barrido completo a la izquierda y luego otro a la derecha, lo que le permitía abarcar unos dos metros. Eran casi las diez de la noche cuando empezaron. Aunque caminaban juntos, era una búsqueda solitaria. Arthur aguzaba el oído para que no se le pasara por alto el tono adecuado; Claire miraba la luna y las estrellas y escuchaba la música y el murmullo lejano de las risas.

Tardaron una hora en dar la primera vuelta a la isla. Arthur se quitó los auriculares.

—¿Estás bien? ¿Quieres mi chaqueta?

—Estoy bien. —No soplaban ni una pizca de aire y hacía más calor que cuando empezaron—. ¿Has oído algo?

—La buena noticia es que no hemos dado con ningún falso positivo que nos haya obligado a ir más lentos. La mala es que no hemos encontrado nada.

—Da igual. Me parece una buena relación señal/ruido.

Arthur casi había olvidado que la preciosa mujer que lo seguía vestida con un vestido de gasa era científica.

—Si seguimos a esta velocidad, tardaremos toda la noche.

—No me importa. Se está muy bien aquí fuera.

Pasó una hora, luego dos más y de repente la música paró. La fiesta se había acabado. Oyeron unos cuantos gritos de borrachos en el aparcamiento y al final la carpa se quedó a oscuras. El cielo nocturno se cubrió de nubes, el viento empezó a soplar y Arthur insistió en que Claire se pusiera su chaqueta. Cuando los camareros y el resto del personal acabaron de recogerlo todo, la abadía se quedó a oscuras y Arthur se atrevió a encender una linterna. Con los auriculares apagados y el campo despejado, podían oír la suave corriente del río. En la siguiente vuelta, Claire iluminaba el suelo frente a él. Arthur calculó que tardarían unas cinco horas en dar la última vuelta en torno al centro de la isla.

—Venga, otra más —dijo Arthur.

Había dos hombres sentados en el interior de un vehículo oscuro situado en el aparcamiento de la abadía. Griggs tenía unos prismáticos de visión nocturna con los que enfocaba a las dos figuras fantasmagóricas que se encontraban a lo lejos.

—Están caminando en círculos —dijo.

El otro hombre miró la hora.

—Parece que vamos a pasar aquí toda la noche.

Hengst era un antiguo miembro de la SASS, la agencia de inteligencia de Sudáfrica. Era más joven que Griggs.

—Creo que deberías ser un poco más lameculos conmigo —dijo Griggs—, gracias a mí no te pasas el día montando guardia en la caseta.

Hengst frunció los labios.

—Bájate los pantalones y déjame intentarlo. Es mi especialidad.

—¿Hiciste muchos trabajos de vigilancia para la SASS?

—Así me ganaba la vida.

Griggs estiró el brazo y cogió una bolsa táctica del asiento trasero. La abrió y sacó un rifle compacto de francotirador.

—Déjame echarle un vistazo —dijo Hengst.

Griggs se lo dio y el joven lo examinó con manos expertas.

—¿Te gusta? —preguntó Griggs.

—Ya lo creo. ¿Qué es?

—Americano. Un SRS de Desert Tactical. Cañón de veintidós pulgadas, cinco kilos, silenciador de titanio, visor Moro con visión nocturna, láser Barska.

—¿Munición?

—Lapua Magnum del calibre 338.

—Joder. Un arma para matar elefantes. ¿Cuánto te ha costado?

—¿Con el equipo completo? Seis de los grandes.

—¿Harp te ha dejado comprar esto?

—Claro.

—Yo también quiero uno.

—No lo necesitas para montar guardia en la caseta.

Griggs cogió el rifle y quitó las tapas de la mira telescópica. Abrió la ventanilla del coche hasta la mitad para apoyar el cañón y afinó la puntería hasta que la cabeza de Arthur ocupó el visor.

—Objetivo localizado.

—¿A qué distancia está?

—A unos seiscientos metros, tal vez quinientos cincuenta. No hay viento. Acertaría el disparo el noventa por ciento de las veces.

—Harp te cortaría la cabeza.

—Que le den.

—Bonita forma de hablar del tipo que te ha comprado un juguete de seis mil libras.

Griggs perdió los estribos.

—No fue la cara de Harp la que vio Malory esa noche, y tampoco la tuya. Solo hay una forma de asegurarme de que no pueda joderme la vida.

—Las órdenes son órdenes, ¿no, colega?

—Me importan una mierda las malditas órdenes. Es mi cuello el que está en juego.

—Oye, ¿por qué es tan importante el Grial? —preguntó Hengst encendiendo un cigarrillo.

—Harp no ha querido decirme nada, pero el tipo suizo para el que trabajé fue más amable. También es físico y también está podrido de dinero. Harp y él pertenecen a una especie de grupo que busca el Grial. Me dijo que el Grial tenía ciertas... ¿qué palabra usó?, propiedades que querían controlar.

—¿Controlar por qué?

—No lo sé.

Hengst dio una larga calada al cigarrillo.

—Esos cabrones forrados tienen demasiado tiempo libre.

Arthur empezó a trazar otro círculo y al tercer barrido a la izquierda le pareció oír algo. No fue un tono claro y reconocible, sino más bien el presentimiento de que se había producido un sonido. Se acordó de las pruebas de audición a las que se sometió de niño, en las que un audiólogo fue bajando los decibelios hasta que solo oyó el fantasma del tono original.

Barrió hacia la derecha y nada. Otra vez a la izquierda y percibió ese leve sonido. Dio medio paso adelante y repitió los barridos. Algo, quizá, a la izquierda, nada a la derecha. En el visor del detector no apareció nada en el cursor de OBJETIVO. Arthur siguió avanzando, medio paso cada vez, hasta que el tono imperceptible, si es que había llegado a existir, desapareció.

Se quitó los auriculares.

—¿Algo? —preguntó Claire.

—Tal vez sí, tal vez no. Era un sonido muy débil, pero no ha aparecido en la pantalla.

—¿Qué quieres hacer?

—Seguir mis instintos. Voy a excavar un poco. Quédate aquí, voy a buscar las palas.

Se encontraban en el extremo de la isla más próximo a la abadía, a unos quince

metros de la orilla más cercana. Arthur regresó con su bolsa de lona y sacó una pala.

Empezó a apartar la capa de césped en el primer lugar donde le había parecido oír el tono, con cuidado para poder cubrir el agujero sin que se notara. A la luz de la linterna de Claire, delimitó una zona de un metro cuadrado y excavó unos sesenta centímetros. La tierra era firme y húmeda, y la pala de acero se hundía en ella limpiamente. Cuando acabó, encendió la pantalla del detector de metales e introdujo la cabeza del escáner en el hoyo.

Esta vez oyó un tono más claro y el detector registró una señal duradera de la gama no ferrosa. Oro. Plata. Bronce. Metales buenos.

Siguió excavando y a medida que el agujero se fue haciendo más profundo tuvo que ampliarlo medio metro por cada costado para poder trabajar con comodidad. Cuanto más profundo era, más fuerte era la señal. Ahora era un tono medio, único y fuerte, con un 70 en la escala de discriminación. Ahí abajo había un objeto. De oro, plata o bronce. Empezó a excavar más rápido a pesar del dolor en las costillas. El amanecer no iba a esperar.

Cuando ya había excavado dos metros, la tierra era cada vez más húmeda y compacta; Arthur se arrepintió de no haber cavado una trinchera más larga y ancha. Las paredes parecían inestables y se producían pequeños desprendimientos. Sin embargo, no tenía tiempo para solucionar el problema. Cuando llegara el momento de abandonar, Claire tendría que echar tierra en el agujero para que él pudiera salir de allí.

Empezaba a despuntar el alba. Arthur cavaba cada vez más rápido, al diablo con el dolor. Claire usaba la otra pala para evitar que la tierra volviera a caer en el hoyo. Ambos estaban sucios de tierra y barro.

El tono que resonaba en sus oídos resultaba casi doloroso.

Arthur pidió la pala de jardinero y, cuando Claire se la dio, se arrodilló y siguió excavando con ahínco.

La pala chocó con algo y un objeto oscuro sobresalió del barro. Más tarde le diría a Claire que le recordó el brazo de un hombre saliendo del fango, como el brazo de la Dama del Lago, de la que se dice que cogió a *Excalibur* y la depositó en su última morada.

Al principio no distinguió lo que había encontrado. Era algo metálico, de unos treinta centímetros de largo.

—Dame la linterna —dijo intentando contener la emoción—. Creo que en la bolsa hay una botella de agua. Pásamela también.

Sujetó la linterna con la barbilla y limpió el objeto metálico con el agua y los dedos. Vio un destello de plata.

Era inconfundible. Se trataba de la empuñadura de una espada con un guardamano y un pomo. No había hoja, solo una mancha de corrosión en la base del

guardamano.

—¿Lo es? —preguntó Claire.

—Lo es —respondió Arthur—. Por Dios, lo es.

Claire empezó a echar tierra y Arthur se construyó una pequeña rampa para salir del hoyo. Cuando lo logró, envolvió la empuñadura en el chal de Claire y la ayudó a tapar el agujero tan rápido como pudo. El cielo empezaba a teñirse de rosa y temía que algún madrugador que hubiera salido a pasear con el perro los descubriera. Mientras él rellenaba el agujero, Claire lo metió todo en la bolsa, salvo la pala que estaba usando Arthur, y se dirigió al aparcamiento para esperarlo en el coche; no reparó en los dos hombres que había agachados en uno de los pocos vehículos que quedaban en el aparcamiento.

Al final, empapado en sudor, Arthur pisó la tierra y volvió a poner la capa de césped. Con los primeros rayos de sol inspeccionó su trabajo. No había quedado perfecto, pero tampoco llamaba demasiado la atención. A lo lejos vio a un hombre con dos perros que se dirigía hacia donde él se encontraba. Decidió no coger la pala y, para que aquel tipo no la viera, la tiró al río, satisfecho con la simetría del gesto.

Al llegar al hotel, se ducharon juntos pero no hicieron el amor, ambos estaban demasiado ansiosos por limpiar la espada. Envuelto en una toalla de baño, Arthur se lavó los dientes y luego utilizó el cepillo para limpiar la empuñadura bajo el grifo.

La plata brillaba con el mismo orgullo que el día en que fue forjada. El pesado guardamano medía veinticinco centímetros de largo y sobresalía diez centímetros a cada lado de la hoja. Si esta no hubiera desaparecido, la espada habría sido como una cruz. Mientras Arthur limpiaba el guardamano de plata, las letras aparecieron bajo las cerdas del cepillo.

Claire se inclinó hacia delante y se le cayó la toalla, pero no hizo el menor ademán de taparse. Ambos pronunciaron al unísono las siguientes palabras: «Eni tirro euric nemeto ouxselo brunka kanta cristus ke wereo gral».

—¿Qué idioma es? —preguntó ella.

—No tengo ni la menor idea. Pero esta es la palabra que quería ver. «Gral». ¡Es una inscripción sobre el Grial!

Se volvió hacia ella y sonrió al verla desnuda. Entonces se apoderó de él un impulso que no entendió. Agarró la empuñadura con la mano derecha y la levantó por encima de su cabeza con un gesto triunfal. Claire dio un paso adelante y le arrancó la toalla.

Arthwyr de Maleoré, rey de los britanos, señor de la isla de los Poderosos, probó el peso de su nueva espada y la blandió en el aire con su poderoso brazo derecho. La hoja era del mejor acero de Damasco forjado por Cedwyn de Camlan, el mejor fabricante de espadas del reino. La empuñadura fue realizada por Morien de Glastonbury, el orfebre más virtuoso de Britania. La espada era pesada y ligera al mismo tiempo, una paradoja que a Arthwyr le permitió deducir que estaba perfectamente equilibrada. Su última arma había quedado destrozada al impactar contra la cabeza de un hacha sajona, y aunque le habían prestado una espada de gran calidad, se sentía desnudo sin la suya.

En un arrebatado de júbilo, levantó la nueva por encima de la cabeza.

Era el vencedor de la batalla de Mynydd Baddon, donde miles de invasores anglos, sajones y jutos habían perdido la vida en una carnicería perpetrada por sus guerreros. Por primera vez desde que tenía uso de razón, apenas había violadores y saqueadores extranjeros en Britania. Su padre, Uther Pendragon, había sido un monarca que había gozado de la estima de sus súbditos, pero Arthwyr había alcanzado otro nivel: se había convertido en un semidiós.

Se encontraba en la sala del trono de su fortaleza, construida en lo alto de una colina desmochada en Gwynedd. Era verano y tan solo llevaba una túnica de tela fina sin mangas, mallas y botas. El ancho cinturón de cuero ceñido en torno a su pequeña cintura acentuaba su poderoso torso. Tenía el pelo largo y suelto, del color del oro fundido, y llevaba la barba bien recortada, como su padre, tarea de la que se encargaba un siervo diestro en el manejo de la hoja de sílex. Aún no había cumplido los cincuenta años y ya había hecho realidad todos sus sueños salvo uno.

—¿Le pondrás nombre? —le preguntó su reina, sentada en una postura lánguida en su trono acolchado, un poco más pequeño que el de Arthwyr.

Gwenhwyfar era una mujer con una cintura tan estrecha que sus damas de compañía consideraban un milagro que hubiera podido dar a luz. Su melena era tan oscura como rubia era la de Arthwyr, que siempre le decía que el color de su pelo era un reflejo de su carácter. Ella era sombría como la noche, mientras que él era el día, siempre rebotante de optimismo.

—La llamaré *Caledfwlch* —dijo Arthwyr—. La que hiende la piedra. Si puede partir una piedra, podrá hacer fácilmente eso mismo con un hombre.

—¿Nunca te cansas de matar? —preguntó la reina.

Su copera, una muchacha que no se apartaba de ella, llenó la copa que la monarca sostenía con su mano fina y estirada. La joven llevaba dos lazos blancos en el pelo

como señal de luto por el caballero Llych Llenlleawg.

—Mi dama, jamás me cansaré de matar a infieles, invasores y no creyentes. Es deber de un rey cristiano proteger a sus súbditos y defender a Cristo.

—Ya has expulsado a los invasores. ¿Acaso piensas seguirlos hasta su país? ¿No podemos vivir en paz durante un tiempo?

Arthwyr vio a su hijo pequeño, Cyngen Maleoré, jugando junto a la chimenea con uno de sus primos. El pequeño solo tenía tres años y su mera existencia era un verdadero milagro, ya que sus padres lo habían concebido siendo ya muy mayores. Su otro hijo, Gwydre, tenía dieciocho años más y habría de convertirse en rey algún día, aunque a Arthwyr le reconfortaba sumamente la idea de tener a Cyngen como posible sustituto. Un rey guerrero debía estar preparado para cualquier eventualidad. El rey llamó a Cyngen para mostrarle la espada y se rio cuando el pequeño no pudo ni levantar la punta del suelo. Arthwyr dio unas palmadas a su rubio hijo, le entregó la espada a su paje, regresó junto a la reina y le tendió la mano. Ella sabía acariciarlo.

—Me quedaré un tiempo aquí por ti —le dijo—, pero mis caballeros son jóvenes, tienen la sangre caliente y no es fácil mantenerlos encerrados. Sé que saldrán a buscar aventura, y no pienso interponerme en su camino. Pero recuerda esto: la paz es tan permanente como una huella en la arena. La guerra volverá. Siempre vuelve.

Gwenhwyfar lanzó un suspiro y bebió más vino.

Entre las sombras que arrojaban los tronos apareció un hombre moreno. Lucía un gesto adusto, una calva lisa como el huevo de una gallina y una pequeña barba rectangular de estilo faraónico como homenaje a su lugar de nacimiento, Egipto. Arrastraba su túnica negra por el suelo. Avanzó lo imprescindible para que el rey reparara en su presencia, se detuvo y dio una palmada con las manos.

—¿Qué deseas, Myrddin? —preguntó Arthwyr.

—El pasillo está lleno de súbditos, mi señor —respondió Myrddin con su acento exótico—. Ahora que habéis expulsado a vuestros enemigos del reino, el pueblo ha vuelto a discutir por cuestiones de dote y otras nimiedades, como quién es el legítimo dueño de este buey o aquel cerdo.

Arthwyr le hizo la misma pregunta que le hacía siempre en tono exasperado.

—¿Y por qué debe un rey decidir sobre esas cuestiones?

—Si no lo hacéis vos, ¿quién lo hará? —replicó Myrddin—. Pero antes de empezar la audiencia, uno de vuestros caballeros quiere veros y solicita que le concedáis un deseo.

—¿De quién se trata?

—De Gwalchavad.

Arthwyr sonrió de oreja a oreja. No era lo más correcto que un rey tuviera un favorito entre un grupo de caballeros cuya valentía y lealtad estaba fuera de toda duda, pero Gwalchavad era un joven especial, impaciente como un cachorro, pío

como un monje y el caballero más aguerrido del reino cuando tomaba parte en una justa. También era de sangre real. Su madre era la hermana de la reina, su padre, el gran caballero Llych Llenlleawg, que deseaba ardientemente a la esposa del rey pero que se había conformado con la hermana pequeña de esta. Arthwyr era del todo consciente del amor no correspondido de Llych y lo utilizó como acicate para espolear a su mejor caballero y que alcanzara nuevas cotas en su osadía en el campo de batalla. En Mynydd Baddon le había entregado a Llych Llenlleawg uno de los pañuelos de su mujer y le había dicho que ella quería que lo llevara consigo, un gesto que exacerbó al caballero. Arthwyr nunca supo si fue presa del ardor, la vergüenza o el orgullo, pero luchó como un poseso y tuvieron que alcanzarlo cuatro flechas para derribarlo del caballo ese día.

Hizo llamar a Gwalchavad, que apareció en la sala del trono con toda la energía y el fervor propios de la juventud. Se acercó al rey e hincó una rodilla. La vaina de la espada chocó contra el suelo.

—Levántate, Gwalchavad —le ordenó Arthwyr—, y habla.

El joven se levantó rebosante de seguridad en sí mismo, como un hombre en la cima de la vida. Las damas de la corte que pululaban por el otro extremo de la sala lo miraron con deseo, y los hombres, los nobles de Arthwyr, agacharon la cabeza, presas de la envidia. Uno de ellos era el hijo mayor de Arthwyr, Gwydre, quien, como era de esperar, palideció en presencia de Gwalchavad.

«Yo soy su hijo, no Gwalchavad —se había quejado no hacía mucho a su madre—. ¿Por qué lo trata como si fuera su heredero y a mí como a su perro?».

—Señor —dijo el joven caballero—, vengo del castillo de Caerlleon. Llegó a mis oídos que uno de los nobles sajones que capturé en Mynydd Baddon quería verme para hablar de una propuesta para su rescate.

—¿Qué prisionero? —preguntó Arthwyr.

—Sir Wallia, hijo de Ardo.

—Un caballero muy hábil. Le provocaste una buena herida. ¿Se ha recuperado?

—Sí, señor. Hasta que hablamos no sabía que era sobrino del rey Eurico.

Arthwyr frunció el ceño al oír ese nombre.

—Eurico fue un gran adversario. Lo odiaba y admiraba a partes iguales.

—Wallia parece un hombre decente —dijo Gwalchavad—. A pesar de que lo hemos tratado con el respeto que merece su noble linaje y le hemos concedido las comodidades más razonables, se muestra inquieto después de tantos meses en cautividad y desea regresar a sus tierras.

—Entonces ¡su gente debería pagar el rescate! —bramó Arthwyr.

Myrddin dio un pequeño paso al frente.

—Las negociaciones acaban de empezar, señor. Estos asuntos son delicados y requieren tiempo, aunque el rey Cissa ha prometido en numerosas ocasiones que

pagaría el rescate de sus nobles y aún no ha entregado el botín pactado.

—Entonces tampoco nosotros deberíamos tener ninguna prisa —repuso el rey.

—Con el debido respeto, señor —dijo Gwalchavad—, Wallia me ha dicho algo que me ha sumido en un estado de agitación. ¡Me ha jurado por el honor de sus antepasados que sabe dónde podríamos encontrar el Grial de Jesucristo, nuestro Señor!

La sala del trono estalló en murmullos que Arthwyr acalló con un gesto brusco de la mano. La búsqueda del cáliz de Cristo había enardecido su espíritu desde que Myrddin apareció en su castillo para ofrecer sus servicios como adivino al joven rey. Los consejeros de Arthwyr, los hombres de su padre, rechazaron al forastero e intentaron desacreditarlo a la menor oportunidad, pero los consejos de Myrddin habían sido sabios e infalibles. Siempre había previsto el mejor momento para atacar al enemigo, el mejor momento para la retirada, el mejor momento para atravesar el embravecido canal y alcanzar la Galia, el mejor momento para yacer con una mujer y concebir un varón. Con el paso del tiempo el rey ascendió a Myrddin a consejero principal del rey y la vieja guardia de Uther Pendragon quedó arrinconada. A partir de entonces, Myrddin, que había abandonado su antigua religión para abrazar las enseñanzas de Jesucristo, aprovechó cualquier oportunidad para espolear al rey y que este encomendara el prestigio de su trono y las vidas de sus caballeros a la búsqueda del Grial. Era una empresa, insistía el egipcio, que en caso de ser fructífera convertiría a Arthwyr en el monarca más importante de la cristiandad. Encontrar el Grial era el único objetivo que no había logrado cumplir Arthwyr.

—¿El Grial, dices? —exclamó el rey—. ¿Fueron las palabras de un prisionero desesperado por obtener la libertad o las de un hombre sincero?

—Creo que fue sincero, mi rey —dijo Gwalchavad—. Esto fue lo que me dijo: los bardos de su pueblo cuentan que José de Arimatea, el gran santo que cedió su tumba para que nuestro Cristo crucificado pudiera recibir sepultura, recibió el Grial cuando nuestro Señor resucitó. Perseguido por Poncio Pilato, José huyó de Jerusalén y viajó a la región que los romanos llamaban Tarraconensis. Allí se ordenó sacerdote y fundó un enclave para honrar a Cristo en lo alto de las montañas, donde sus seguidores y él estarían a salvo. Y fue en ese lugar donde escondió el Grial.

Arthwyr se revolvió en el trono, impaciente.

—Hemos oído historias como esa antes y nuestros caballeros se han enfrentado al peligro en tierras extranjeras y no han encontrado nada. ¿Por qué iba a ser distinto esta vez?

Gwalchavad no se arredró.

—¿Alguna vez un hombre de honor ha declarado haber tenido en sus manos el cáliz?

Arthwyr dirigió la mirada a Myrddin y luego volvió a posarla en su caballero.

—¿Es Wallia quien ha afirmado tal cosa?

—Así es, señor.

Arthwyr se inclinó hacia delante.

—¿Y te ha dicho lo que sintió?

—Que era cálido como el vientre de un bebé, como la sangre. Sintió su poder.

Arthwyr se recostó en el trono y asintió. Era lo que había predicho Myrddin. El Grial, le había explicado, tenía la temperatura de un corazón humano.

—¿Qué opinas, Myrddin? —preguntó Arthwyr.

—Cuando sir Gwalchavad me relató la historia que le había contado sir Wallia, me arrodillé y recé para dar gracias. En el pasado, unos hombres afirmaron que el Grial estaba oculto en el reino de Eurico, y otros que José de Arimatea había encontrado refugio en la provincia Tarraconensis con una valiosa reliquia. Creo que no podemos hacer caso omiso de las afirmaciones de sir Wallia.

—¿Qué nos propone? —preguntó Arthwyr a Gwalchavad.

—Estas son sus peticiones —respondió el caballero—: Me dirá dónde se encuentra el santuario y el lugar exacto donde está escondido el Grial. Si regreso de la búsqueda con el Grial, debemos prometer que lo liberaremos de inmediato, sin necesidad de pagar rescate, y que le concederemos derecho de tránsito hasta Germania.

—Una petición modesta para un tesoro tan grande —dijo Arthwyr.

—Sir Wallia teme pasar el resto de sus días en cautividad y tener una muerte espantosa —indicó Gwalchavad—. Desea ver de nuevo a su mujer y sus hijos. Conoce de sobra la reputación de su rey en lo que concierne al pago de rescates. Os pido, señor, que me concedáis el honor de encabezar el grupo de caballeros que parta a buscar el Grial para poder ponerlo a vuestros pies.

Arthwyr no se avergonzó de derramar lágrimas públicamente.

—Ve, mi valiente y noble Gwalchavad. Lleva a buen puerto mi sueño más ambicioso —dijo el rey mientras a Gwydre lo corroía la envidia entre las sombras.

Myrddin tenía su propia estancia en una torre del castillo de Arthwyr, con muebles tan suntuosos y elegantes como los del rey, además de bandejas y copas de plata y arcones de madera llenos de prendas forradas de piel. Mailoc, un galo de una corpulencia descomunal, y Kilian, un picto pequeño y fuerte de las tierras del norte, estaban sentados junto a la chimenea. Bebían vino y devoraban con los dedos grasientos un gallo de pelea asado. Myrddin no mostraba gran interés por la comida ni por la bebida. Parecía sentir una extraña atracción por las voraces llamas y el crepitar de los troncos partidos.

Al final rompió el silencio.

—Mailoc, quiero que acompañes a Gwalchavad en su viaje. Convenceré a

Arthwyr de que su caballero necesita a un adivino a su lado para que le aconseje en todo momento.

—¿De verdad crees esa historia sajona? —preguntó Kilian.

Myrddin se encogió de hombros.

—Tiene un halo de verdad, pero ¿quién sabe? Los Qem llevamos persiguiendo el Grial desde el día en que José de Arimatea nos lo robó. Hace veinte años vine a esta tierra dejada de la mano de Dios porque creía que Arthwyr se convertiría en un soberano poderoso, y así ha sido. También creía que podría influir en un joven rey para que dedicara los recursos de su corte y reino para ayudarnos a encontrar el Grial, y lo he conseguido. Tal vez ese prisionero, Wallia, posea algún conocimiento especial de la reliquia, o tal vez sea un bellaco. Solo existe una forma de comprobarlo.

—¿Y si encontramos el Grial? —preguntó Mailoc.

Myrddin sonrió.

—En tal caso confío en que tengas la decencia de limpiarte la grasa de los dedos antes de cogerlo. Luego róbaselo a Gwalchavad y a sus caballeros. Máталos si es necesario, no me importa. Cuando lo hayas hecho, infórmame mediante un mensajero y lleva el Grial a Jerusalén, donde deberás pasar desapercibido, vestido de humilde peregrino. Espérame allí. Si es el verdadero Grial, nuestro objetivo se hará realidad.

Gwalchavad y su pequeño grupo cruzaron las oscuras y traicioneras aguas que separaban Britania y la Galia e iniciaron su viaje atravesando la agreste campiña gala en dirección sur, hacia las tierras de Eurico y la provincia Tarraconensis. Un gran grupo de caballeros y soldados habría llamado la atención de los nobles más hostiles y sus ejércitos, por lo que la expedición estaba formada únicamente por doce hombres. Había dos caballeros más de la corte de Arthwyr: sir Jowan y sir Porthawyr; ambos eran jóvenes y no tenían reparos en aceptar el liderazgo de Gwalchavad. Myrddin había convencido al rey de que la presencia de Mailoc sería una ayuda inestimable. Oriundo de la Galia, conocía las costumbres de la gente del lugar y podía adivinar el futuro a partir de las entrañas de un conejo con la misma facilidad que mostraba para el manejo de la daga. Ocho escuderos y siervos formaban parte del séquito; montaban caballos de carga y se ocupaban de las vituallas del grupo. Los caballeros vestían una sencilla capa por encima de la cota de malla y la espada. Cuando se encontraban con algún lugareño, Mailoc les decía en su lengua que eran mercaderes y peregrinos que estaban buscando reliquias de la Virgen María y los santos para venderlas a sacerdotes y obispos.

Wallia le había dicho a Gwalchavad que debían dirigirse a Barcino, la gran ciudad portuaria situada en el corazón de la provincia Tarraconensis. Desde ahí, tan solo los separaría un día a caballo hasta el emplazamiento que la gente del lugar llamaba la Montaña de los Milagros, ya que se decía que los enfermos podían curarse si se

bañaban en los saltos de agua helada que caían por la ladera. El viaje hasta Barcino se alargó dos meses. El grupo tuvo que soportar tormentas y mala comida, insectos y serpientes, y una escaramuza con un señor de la guerra galo que intentó robarles. Los caballeros dieron muerte a los maleantes sin miramientos y atravesaron su carne cálida con el frío acero de sus espadas para que se reunieran con el Creador. En Barcino, una ciudad bulliciosa como no habían visto otra, llena de mercaderes y marineros de los más variados orígenes, encontraron buen alojamiento y los caballos pudieron descansar antes de abordar el tramo final.

Gwalchavad estaba ansioso por llegar a su destino. En lo más profundo de su ser percibía la presencia de algo grande y maravilloso. ¿Cómo era posible que esa presencia no fuera el Grial? Sin embargo, sus caballeros y los demás hombres querían permanecer unos días más en la ciudad, disfrutar de la comodidad que les ofrecía la posada del puerto y recuperar fuerzas. Gwalchavad estaba a punto de ceder cuando Mailoc lo convenció de lo contrario. El galo se lo llevó a un rincón de la sala de los barriles y, mientras los hombres daban buena cuenta de las jarras de cerveza, le dijo al caballero que presentía peligro si permanecían mucho más tiempo allí. Había visto un cuervo muerto cada uno de los tres días que llevaban en el lugar, el último casi en el umbral de la posada. En aquella ciudad reinaba el mal.

Cuando Gwalchavad anunció al grupo que partirían al día siguiente, los escuderos pidieron más cerveza para la mesa y luego más aún, hasta que acabaron todos borrachos. Si Gwalchavad o uno de los caballeros hubiera oído al escudero de sir Jowan orinando detrás de la posada y jactándose de la búsqueda del Grial ante un desconocido en su lengua britana, lo habrían degollado allí mismo.

Al día siguiente los peregrinos partieron al amanecer y enfilaron con sus caballos hacia la cumbre de las montañas. A medida que avanzaban, la montaña se iba alzando a lo lejos, y a media tarde ya tenían que levantar la cabeza para verla bien. Durante el viaje, Gwalchavad sintió la necesidad de mirar hacia atrás en varias ocasiones, pero no vio nada que le causara preocupación. Cuando alcanzaron la base de la montaña, tardaron un poco en encontrar el lugar exacto que había descrito Wallia, una enorme roca triangular del color del vino aguado. El primero que la vio fue Jowan, tras lo cual lanzó un grito de alegría. Junto a la roca había un camino trillado tan estrecho que solo permitía el paso de un hombre o un caballo a la vez. Lo tomaron.

El camino ascendía por la montaña siguiendo una ruta intrincada y sinuosa. La suave pendiente no exigió un esfuerzo desmesurado a los caballos ni a los jinetes, pero les llevó varias horas llegar al siguiente punto de referencia que les había indicado Wallia, un amplio claro. Gwalchavad sabía que estaban cerca de su destino y, tal y como había dicho Wallia, a partir de ahí el camino era muy empinado y estaba cubierto por un manto de piedras traicioneras, una advertencia de que el último tramo del viaje no iba a ser fácil. Los caballos empezaron a relinchar, cada vez les costaba

más mantener el equilibrio. Al final Gwalchavad decidió que los siervos y los caballos de carga regresaran al claro y esperasen su regreso.

Los hombres avanzaron cien metros más hasta que Gwalchavad concluyó que los corceles no podían seguir adelante. Todos desmontaron y los escuderos volvieron al claro para reunirse con los siervos. Gwalchavad ordenó a su escudero que esperaran un día antes de subir a buscarlos. Luego los tres caballeros, Gwalchavad, Jowan y Porthawyr, y su adivino, Mailoc, siguieron el camino a pie.

El sendero desembocaba en un claro situado más arriba al que llegaron con la suave luz del atardecer.

De repente Gwalchavad señaló un lugar y reprimió la imperiosa necesidad de arrodillarse para dar gracias a Dios.

—¡Ahí! —gritó—. Tal y como prometió sir Wallia. ¡Estamos cerca, amigos! Estamos muy cerca.

Venga, Arthur, déjame verla —dijo Tony Ferro—. Ya me contarás luego lo de tu noche en vela.

Arthur abrió la bolsa y le dio la espada, envuelta en una toalla de hotel. Tony la desenvolvió con lentitud, saboreando aquel momento tan largamente ansiado.

Arthur lo había llamado a primera hora de la mañana, y Claire y él habían ido directamente en coche de Stoneleigh a Londres para verlo en la universidad.

La luz del sol inundaba el escritorio de Tony, y cuando los rayos se reflejaron en la plata, Claire y Arthur vieron que el rostro de su corpulento amigo se demudaba en un gesto de fascinación como si fuera cera caliente.

—Vaya, vaya, vaya —murmuró examinando la empuñadura.

—¿Qué opinas? —preguntó Claire.

—Tengo ganas de llorar como un bebé. Ojalá pudiera enseñársela a Holmes.

—Yo siento lo mismo —dijo Arthur—. ¿Qué te parece?

Tony agarró la empuñadura.

—En primer lugar, tenían la mano más pequeña que nosotros. Me resulta difícil sujetarla con ambas manos, pero así es como las blandían entonces. Es una gran espada, lo que significa que tenían que empuñarla con ambas manos. Es una pena que no tenga la hoja, claro. Podría haber llegado a medir hasta un metro ochenta de largo. La empuñadura mide aproximadamente cuarenta centímetros, por lo que eran dos metros treinta centímetros de poder destructivo, el rifle de asalto de la época.

—¿Y qué época es esa? —preguntó Arthur—. ¿Te atreverías a dar una fecha?

—Bueno, no puedo ser muy preciso sin un análisis metalúrgico, pero a juzgar por el estilo es de la Alta Edad Media, del siglo V, VI o VII tal vez, lo cual concordaría con nuestros cálculos de que el rey Arturo vivió en el siglo V en Cornualles o Gales, y que fue un guerrero de renombre que desempeñó un papel importante en la expulsión de los anglos y los sajones para devolverlos al continente en la batalla del monte Badon, entre otros lugares. Fíjate en la guarnición. Mide casi treinta centímetros. Tiene un baño de plata, pero el alma debe de ser de acero para hacerla más resistente. Seguramente la capa de plata evitó que se corroyera. Imagínate una hoja larga con esta guarnición. ¿Qué ves?

—Una cruz —dijo Claire—. Una cruz preciosa.

—Efectivamente. El arma perfecta para un rey o un caballero en la batalla. El poder de Cristo, la gloria de Cristo, todo en uno.

—Entonces está claro, ¿no, Tony? —atajó Arthur—. Es *Excalibur*.

—¡Arthur! No sé si podemos alcanzar esa conclusión sobre su origen y, en especial, sobre su nombre. Tal vez el niño que hay en mí no dudaría en darte la razón, pero el profesor universitario y conservador en el que me he convertido es mucho

más precavido. Es decir, el nombre de *Excalibur* aparece por primera vez en el siglo XII, en el *Perceval* de Chrétien de Troyes, donde se refieren a la espada como *Escalibor* antes de mutar con el transcurso de los años y convertirse en *Excalibur* en la época de tu antepasado Thomas Malory. Sí, los grandes nobles y reyes de entonces tenían la tradición de poner nombre a sus armas, pero el de esta, si llegó a tenerlo alguna vez, se perdió en el tiempo. Sin embargo, sabemos una cosa: en su carta al obispo Waynflete, Thomas Malory afirma que encontró la espada del rey Arturo. Y en el otro pergamino importante del baúl de Warwickshire dejó un rompecabezas muy complejo. Pero vosotros dos sois tan inteligentes que lo habéis solucionado, y aquí está la espada. No cabe duda de que es una espada medieval. ¿Significa eso que es la del rey Arturo? No. ¿La convierte en un objeto muy importante? Sí. No hace falta someterla a muchos análisis para darse cuenta de que es digna merecedora de tener su propio pabellón en el Museo Británico.

—¿Y la inscripción? —dijo Claire—. ¿Puedes leerla?

—Sí, echémosle un vistazo —dijo Tony, que cogió su lupa. Entrecerró los ojos y los deslizó de izquierda a derecha sobre la guarnición. Entonces levantó la cabeza y dijo—: Uau.

—¿Uau? —preguntó Claire.

—Sí, querida, uau. —Escribió la inscripción con sumo cuidado en una libreta y la leyó en voz alta—: «Eni Tirro Euric Nemeto Ouxselo Brunka Kanta Cristus Ke Wereo Gral». No solo es un mensaje increíblemente provocador, sino que nos ayuda a datar la espada.

—Basta de intrigas —suplicó Arthur.

—Espera. Antes de nada, la lengua. Esto es protocelta, también conocido como celta común. Es el predecesor del celta moderno. Más concretamente es protocelta tardío, que empezó a desaparecer en los siglos V y VI en favor de las variantes célticas modernas. Si esto lo unimos a la morfología de la espada, diría que podemos determinar que el arma es de finales del siglo V o principios del VI.

—Pero el «uau» no era por eso —dijo Arthur.

—No. Era por la traducción. Es la siguiente: «En la tierra de Eurico en un lugar sagrado en lo alto póstrate ante Cristo y encuentra el Grial». ¿Sabéis qué significa?

Arthur y Claire se lanzaron una mirada de incompreensión.

—¡No! —dijo Arthur—. ¡No lo sé!

—La clave es Eurico. En la tierra de Eurico. Fue el rey de los visigodos, que en la Alta Edad Media gobernaron una gran parte de la Galia e Hispania, es decir, Francia y España, Claire, en caso de que solo estudiaras matemáticas y física en la escuela.

Claire forzó una sonrisa.

—Eurico murió en torno al año 480, tendría que consultar mis libros para ser más preciso, y volvemos a tener un triángulo de fechas. Lo que resulta más intrigante es

que Eurico y un enemigo similar a Arturo tuvieron varios enfrentamientos durante gran parte de su reinado. Se dice que en el año 470 abortó un intento de incursión en la Galia llevado a cabo por un rey britano, al que en ocasiones se denomina Riothamus y que algunos estudiosos, entre los que se encontraba Andrew Holmes, creían que podía ser Arturo. También se afirma que Eurico podría haber sido el invasor de Britania derrotado por un enemigo similar a Arturo en la batalla del monte Badon. Todas estas teorías son muy seductoras.

Arthur se puso en pie, metió las manos en los bolsillos e intentó caminar de un lado a otro del despacho, a pesar de su reducido espacio.

—Estoy seguro de que la fecha es importante, Tony, pero ¡lo es más el mensaje!

—Tienes razón. «En la tierra de Eurico en un lugar sagrado en lo alto». Hispania era la tierra de Eurico. Si a eso le añades la carta del siglo XII que Holmes encontró en cierta biblioteca de un monasterio situado en la cima de una montaña, ¿qué nos dice eso sobre la ubicación del Grial?

Arthur pensó de inmediato en la carta del siglo XII que Holmes había hallado.

—Montserrat —dijo.

Jeremy Harp acostumbraba a pujar por teléfono, pero como se encontraba en Londres por otros negocios, decidió acudir en persona a la subasta de Sotheby's de los maestros holandeses.

El acto fue muy animado y las horas pasaron volando con un torrente de pujas. Se pasó toda la sesión sentado en el borde de la silla, con las uñas clavadas en el asiento y los nudillos blancos a causa de la tensión desatada por objetos que, en realidad, no poseían ningún interés. La única pintura que codiciaba de tal manera que habría matado por ella («Sí, mataría literalmente por ella», pensó) era la estrella de la subasta, un gran retrato de un mercader alegre y achispado, obra de Hans Hals. Participó en los primeros compases de la subasta, pero se retiró hecho una furia cuando la puja llegó a los 45 millones de libras, y parecía a punto de echar sapos y culebras cuando la obra se adjudicó por 58 millones a un postor que participaba por teléfono. La quería, sí; podía permitírsela, sí; pero no era estúpido. Al final tuvo que consolarse con una adquisición modesta: 2,8 millones por un pequeño Bartholomeus van der Helst.

A media tarde llamó a su chófer, que lo recogió en la acera. Griggs se encontraba en el asiento trasero del Rolls, con las manos apoyadas en las rodillas.

Harp estaba de un humor de mil demonios y se saltó todas las formalidades.

—¿Y bien? —preguntó en cuanto el coche se puso en marcha.

Griggs recitó el informe en el mismo tono monocorde que habría utilizado un policía para dirigirse a su superior.

—Malory y la chica pasaron toda la noche en Stoneleigh. Hengst y yo lo vimos utilizar un detector de metales en una isla fluvial del río Avon. Alrededor de las tres de la madrugada pareció encontrar algo, empezó a cavar y siguió hasta las cinco y media, momento en que cubrió el agujero.

—Y luego ¿qué?

—Malory y la chica regresaron a su hotel. A las ocho y media cogieron el coche y se dirigieron a Londres. Aparcaron frente al edificio del University College donde el profesor Ferro tiene su despacho. Salieron al cabo de una hora y regresaron al hotel de Wokingham.

—¿Y?

—He venido directamente a verlo. Hengst los está siguiendo y tiene instrucciones de llamarme si se ponen de nuevo en marcha.

Harp lanzó un gruñido.

—¿Quiere que me encargue de la vigilancia en Wokingham? —preguntó Griggs.

—Cuando hayas acabado con el profesor Ferro.

—¿Y luego?

—Y luego... —Harp miró a través de los cristales tintados y vio a la gente que caminaba por New Bond Street. Ninguno de los transeúntes tenía que soportar la pesada carga del destino que Harp llevaba sobre los hombros—. Y luego seguirás a Malory y le sacaremos hasta la última gota de jugo. Por fin ha iniciado la búsqueda y ahora ya no parará. Cuando tengamos lo que queremos, te soltaré la correa. Sé que le tienes ganas.

—No veo la hora de ponerle la mano encima.

Harp se enfureció al oír ese comentario.

—Tú sigue mis órdenes al pie de la letra y todos conseguiremos lo que queremos.

Arthur y Claire se quedaron una noche más en el Cantley House. A Arthur no se le ocurría ningún otro lugar al que pudieran ir.

—No te sientas obligada a acompañarme —dijo Arthur.

—¿No quieres que vaya?

—Claro que sí. Pero podría ser peligroso. Y no quiero que pierdas el trabajo.

—Llamaré a mi jefe. Le diré que necesito más tiempo para solucionar unos asuntos personales. Tengo buena relación con él, así que no creo que me ponga ningún problema.

Arthur estaba consultando el portátil.

—Podríamos irnos esta noche, pero tendríamos que alojarnos en un hotel. Si cogemos el primer vuelo de la mañana llegaremos a la misma hora.

—¿Y la espada?

—No podemos llevarla con nosotros. Haremos lo que habría hecho Thomas

Malory. La enterraremos en el jardín y volveremos a buscarla más tarde. Creo que puede pasar unos cuantos días más en la naturaleza antes de que la entreguemos al Museo Británico.

—Ya tendremos tiempo para ir a verla. Tal vez juntos.

Arthur lanzó un suspiro.

—Mira, me preocupa lo que pueda pasarte.

—Y a mí lo que pueda pasarte a ti. Eras tú el objetivo del ataque.

—Estoy preparado para correr el riesgo, pero no para ponerte en peligro a ti — insistió Arthur.

Claire se sentó junto a él en la cama y le cogió la mano.

—Sé lo que se siente al emprender una búsqueda de este tipo, Arthur. Es lo que hago a diario como física. Es emocionante. Es maravilloso. Aún no he encontrado partículas subatómicas nuevas, así que podrás imaginar la impaciencia y frustración que me provoca mi búsqueda. La tuya, bueno, es tangible. En muy poco tiempo has realizado grandes avances.

—Hemos realizado.

—Sí, tú y yo. Es maravilloso. Nunca había vivido una aventura como esta. No quiero abandonarla ahora y pasarme el resto de la vida preguntándome qué habría sucedido si hubiera seguido adelante. Y hay algo más, claro.

—¿A qué te refieres?

Le puso los brazos alrededor del cuello y lo besó. Esa fue su respuesta.

Tony dedicó el resto del día a hacer malabares con sus obligaciones: un almuerzo en la facultad, una clase de dos horas, trabajos que corregir, una tutoría con uno de sus estudiantes de posgrado, y todo ello sin dejar de pensar en la espada de plata. No fue hasta las seis de la tarde cuando contó con la soledad necesaria para concentrarse en ese tema.

Había tomado algunas fotografías de la empuñadura con el teléfono móvil y empezó a examinarlas en el portátil mientras se ponía el sol. Eurico. Hizo zoom hasta que el nombre grabado ocupó casi toda la pantalla.

Se acercó a la estantería, cogió unos cuantos volúmenes y se refrescó la memoria. Eurico, de la dinastía Balti, rey de los visigodos, hijo del rey Teodorico, padre del rey Alarico. Enemigo acérrimo de los britanos. El rey Arturo se habría despertado a medianoche, maldiciendo a Eurico, condenándolo al infierno. Cuando le llegó la muerte, Eurico había consolidado su dominio sobre gran parte de España y una tercera parte de la Francia actual. Pero Britania no sería suya jamás gracias, tal vez, a Arturo.

«La tierra de Eurico».

Si era la espada del rey Arturo, qué mayor tributo podría haber para un adversario

que llamar a Hispania la tierra de Eurico.

Tony quería copias en papel de las fotografías, por lo que las envió a la impresora compartida del departamento y luego se levantó de la silla para recogerlas. El pasillo estaba desierto, los demás despachos estaban a oscuras. Se había desatado los zapatos para estar más cómodo, tal y como acostumbraba a hacer a última hora del día. En lugar de atárselos de nuevo, echó a andar arrastrando los pies y los cordones, y avanzó por el pasillo como un pingüino gigante.

Al llegar a la sala de impresión cogió las páginas de la impresora y, al oír ruido de pasos, se volvió.

Griggs ocupaba el umbral de la puerta y sujetaba la Bersa negra y plateada con una mano enguantada. El silenciador era más largo que la pistola.

La primera reacción de Tony fue de indignación.

—¿Qué significa esto?

—Regresemos a su despacho sin hacer ruido, profesor Ferro.

—¿Cómo sabe mi nombre? ¿Qué quiere?

—Solo deseo hablar.

—¿De qué?

Griggs miró las fotografías impresas que Tony llevaba en la mano.

—Déjeme verlas.

Tony parecía asombrado.

—¿Esto? ¿Quiere las fotografías?

Griggs asintió con la cabeza, dio un paso al frente y tendió la mano libre. Tony se las entregó.

—¿Queda alguna en la impresora?

—No.

Griggs se apartó para dejarlo pasar.

—De acuerdo, pues regresemos a su despacho. Usted primero.

—¿Puedo atarme los zapatos?

—No.

Una vez en el despacho, Griggs cerró la puerta, que tenía un gran panel de cristal esmerilado. Tony se sentó a su escritorio, y Griggs encendió la lámpara de mesa y apagó los fluorescentes del techo.

—Arthur Malory ha venido a verlo hoy. —Alzó las fotografías—. ¿Es esto lo que encontré anoche?

—¿Quién demonios es usted?

—Nadie. Pero trabajo para alguien interesado en el Grial.

Tony volvió a ser presa de la indignación.

—Entonces tal vez podría unirse a nuestro grupo de debate. Es poco probable que su misterioso amigo consiga lo que desea si usted se dedica a irrumpir en los

despachos de profesores universitarios con un arma, como un matón.

—¿Ha tomado alguna fotografía más? ¿Alguna nota durante la conversación con Malory?

Tony lanzó una mirada instintiva y fugaz a su escritorio, tan disimulada que cualquier otra persona no habría reparado en ella, pero Griggs era muy observador. Sin dejar de apuntarlo con la pistola, utilizó la mano libre para recoger todos los papeles que había en el escritorio de Tony.

—¿Hay algo más? —preguntó.

—No —respondió Tony con calma.

—¿Con qué ha hecho las fotografías?

—Con mi teléfono móvil.

—Démelo. —Griggs vio la fotografía de la empuñadura de la espada en el portátil—. El ordenador también.

—¿Por qué le interesa tanto el Grial a su amigo?

Griggs no hizo caso de la pregunta.

—¿Adónde dijo que se dirigía Malory?

—Creo que al pub. Lo habría acompañado si no hubiera tenido un día tan ocupado.

—De acuerdo, muy bien —dijo Griggs—. Da igual lo que le explicara o no. Lo averiguaremos.

Tony miró la pistola y lanzó un fuerte suspiro.

—Andrew Holmes —dijo.

—¿Qué pasa con él?

—Fue usted quien lo mató, ¿verdad?

Puf. Puf.

Griggs le disparó dos veces en el corazón, cogió una bolsa de plástico que llevaba en el bolsillo del abrigo y metió el ordenador, el teléfono y los papeles dentro. Luego apagó la lámpara del escritorio y se fue sin hacer ruido.

Un hombre de menor valía, menos resuelto, un hombre que no fuera un caballero de la corte de un rey amado como Arthwyr tal vez no habría llegado al destino de su largo viaje. Pero sir Jowan estaba cortado por un patrón distinto al de la mayoría de los hombres. Era capaz de soportar el aislamiento y la privación, el exceso de amabilidad por parte de desconocidos y la traición. Las estaciones fueron pasando y debió realizar el último tramo de su travesía en invierno. Tuvo que drenar sus heridas, luego se curaron, luego las drenó de nuevo y su musculoso cuerpo fue perdiendo vigor.

Cuando por fin regresó a la corte de Arthwyr en Gwynedd no lo reconocieron hasta que cayó en los brazos de su primo, un caballero llamado Morgant, que lo trasladó a una cama para que le limpiaran las heridas purulentas.

La noticia llegó hasta los aposentos de Arthwyr, donde el rey llevaba un mes postrado en la cama, aquejado de fiebre y con la mandíbula inflamada. El dolor lo había debilitado y apenas tenía más fuerza que una muchacha. Aunque pidió que lo llevaran a la cámara donde se encontraba Jowan, la reina y las personas encargadas de su cuidado lo convencieron de que no abandonara la cama.

—¿Estaba solo? —preguntó Arthwyr.

Sí, le dijeron.

—¿Lo tenía consigo? ¿Tenía el Grial?

No, respondieron. Lo único que había traído eran andrajos.

Al enterarse del regreso de Jowan, Myrddin acudió de inmediato a la habitación a la que lo habían llevado e irrumpió en el momento en que estaban lavándole las heridas. El hedor era insoportable —las mujeres se habían cubierto la cara con sus pañuelos—, pero Myrddin apenas se inmutó. Apartó a las doncellas y se arrodilló de manera que su oreja quedara cerca de la boca del caballero.

—¿Encontrasteis el Grial?

Jowan asintió.

Los ojos del egipcio refulgieron.

—Dime dónde está.

Jowan intentó hablar, pero tenía los labios demasiado agrietados. Myrddin le ordenó a la doncella que estaba más cerca que le diera un poco de agua.

Jowan pudo pronunciar unas palabras con voz áspera.

—Está donde sir Wallia dijo que estaría.

—Entonces ¿por qué no lo has traído? —preguntó Myrddin casi gritando.

Cuando sir Jowan empezó a relatar lo sucedido en aquella montaña lejana,

Myrddin ordenó a las mujeres que se fueran; no quería que ninguna pudiera oír lo que decía el caballero. A pesar de estar extenuado por el cansancio y consumido por la desnutrición y la gangrena, este reveló hasta el último detalle desde el momento en que iniciaron el ascenso de la montaña hasta que tuvo que huir para salvar la vida.

Los hombres de Alarico los estaban esperando. Jowan ignoraba cómo habían sabido de la llegada de los britanos. Unos momentos antes del ataque, ¡Gwalchavad había encontrado el Grial! De hecho, había llegado a tenerlo en sus manos antes de verse obligado a dejarlo, muy a su pesar, para desenvainar la espada.

Aunque sus oponentes los superaban en una proporción de cinco a uno, los britanos lucharon con valentía y dieron muerte a muchos enemigos. Porthawyr murió por un golpe en el cuello, y Mailoc corrió la misma suerte cuando le clavaron una espada en el vientre. A pesar de todo, Gwalchavad siguió luchando y él solo mató a siete hombres antes de que le atravesaran el pecho. Jowan sufrió un corte profundo en el antebrazo y otro menos grave en la frente y, cuando vio que era el último britano con vida, huyó para reunirse con los hombres que los esperaban en el claro, pero, para su horror, también los habían matado. Silbó para llamar a su caballo y logró montar con el brazo bueno e iniciar el largo y doloroso viaje de regreso a Britania.

—Habría vuelto a subir a la montaña para luchar y morir con mis hermanos —dijo Jowan entre lágrimas—, pero me pareció que era mi deber regresar a la corte de mi rey para poder decirle que el Grial existe. Espero que otros caballeros tengan éxito donde yo he fracasado.

—No le cuentes a nadie lo que acabas de relatarme. Yo mismo informaré al rey —indicó Myrddin.

El caballero asintió con un gesto débil.

—Hay que poner en libertad a sir Wallia —dijo—. Aunque fracasamos en nuestra búsqueda, todo lo que aseguró era cierto. No he dejado de pensar en él y en su difícil situación durante las solitarias noches que he pasado.

Myrddin respondió con una sonrisa forzada. Él mismo había matado a Wallia hacía tres estaciones. Una puerta de celda que quedó abierta a propósito y un caballero desesperado que ansiaba la libertad le sirvieron en bandeja la excusa perfecta: habían tenido que darle muerte cuando intentaba huir. Una de las lenguas que conocía la ubicación del Grial había sido silenciada para siempre. Ahora tenía que encargarse de la otra. Pero antes de que pudiera coger la almohada sobre la que reposaba la cabeza de Jowan para asfixiarlo, el cirujano real entró en la sala con su aprendiz.

Frustrado, Myrddin regresó a los aposentos del rey urdiendo un plan. El gran monarca gemía bajo las pieles que cubrían la cama. Al ver a su adivino, se apoyó en un hombro y, a pesar de que tenía la boca deformada en una mueca grotesca por culpa de la hinchazón de la mandíbula, preguntó:

—¿Has hablado con él?

—Sí, señor.

—Cuéntame todo lo que te ha dicho.

Myrddin obedeció. A fin de cuentas, no le quedaba otra opción. Arthwyr era capaz de levantarse de la cama e ir a visitar al caballero agonizante en cualquier momento y descubrir la verdad por sí mismo. No podía arriesgarse a que lo atraparan con mentiras o medias verdades. Pero antes de hablar pidió a los presentes que los dejaran solos. Cuanta menos gente supiera la verdad, mejor.

Arthwyr escuchó con atención; la euforia al saber que habían encontrado el Grial se tornó rápidamente en tristeza cuando supo que sus hombres habían tenido que abandonar el cáliz y que sus caballeros Gwalchavad y Porthawyr habían fallecido.

—Debemos organizar una nueva expedición —dijo Myrddin.

—Sí —convino Arthwyr—. Pero no un pequeño grupo de hombres como esta vez, sino un ejército. Debemos recuperar el Grial por la fuerza. Al diablo con el rey Alarico. Derroté al padre y derrotaré al hijo.

—Que así sea —convino Myrddin.

Arthwyr intentó levantarse de la cama.

—Yo mismo me pondré al mando del ejército.

—En eso no estoy de acuerdo —replicó Myrddin—. Estáis aquejado de una enfermedad y os encontráis débil. Ha llegado el invierno y la travesía marítima no estará exenta de peligros. Con todo el respeto, ralentizaríais el avance de vuestro ejército. Yo puedo ir en vuestro lugar y traer el Santo Grial.

Arthwyr se frotó la mandíbula dolorida.

—No, te necesito aquí para que me aconsejes. Será mi hijo quien se ponga al mando del ejército. Sir Morgant lo acompañará. Avisa a sir Gwydre para que pueda hablar con él.

Myrddin sabía que era imposible hacer cambiar de opinión al rey. Gwydre acudió a los aposentos de Arthwyr y el rey le pidió a Myrddin que repitiera el relato de sir Jowan sobre la noble y trágica búsqueda de Gwalchavad. A continuación Arthwyr tomó la palabra. Cuando expresó el deseo de que su hijo mayor comandara el ejército que había de recuperar el Grial, el joven caballero se arrodilló y su melena rubia le tapó la frente. Cogió la mano de su padre y la besó en un gesto de gratitud.

—Acelera todos los preparativos —le dijo Arthwyr—. Aunque caiga la nieve y arrecie el viento, no puedes esperar hasta la primavera. Sabemos dónde estaba el Grial el día en que falleció Gwalchavad. Tal vez ya lo hayan escondido en otro lugar. Tal vez lo hagan pronto. Pero no podemos perder más tiempo. Debes partir hacia la tierra de Eurico, derrotar a Alarico si es necesario, regresar a la montaña sagrada y encontrar el Grial. Eres mi hijo. Tráemelo antes de que me llegue la muerte.

Myrddin cogió al joven de la manga.

—Pero no le digas a nadie lo que sabes del Grial. Hay demasiado espacio para la traición. Incluso entre aquellos que son tan nobles como los caballeros de tu padre.

Arthwyr pidió que lo dejaran solo y mandó llamar a la reina.

—Has honrado a tu hijo, y al hacerlo me has honrado a mí —dijo Gwenhwyfar.

Con su ayuda, Arthwyr bebió un trago de aguamiel, pero no pudo evitar que le cayera un poco por la barbilla debido a la inflamación de la mandíbula.

—No es Gwalchavad, pero algún día será rey y ha llegado el momento de que demuestre su valía.

—Será peligroso.

—Lo sé. Cuida de Cyngen, mi reina. Asegúrate de que tus damas le den la comida más fresca. Que impidan que suba a los parapetos. Si Gwydre resultara herido, el joven Cyngen ocupará el trono.

La reina lo besó en la frente y le limpió la cara con un gesto tierno.

—Ahora déjame y dile a Myrddin que vuelva —le pidió Arthwyr—. Si Gwydre fracasa y yo muero, debo asegurarme de que Cyngen encuentre el Grial cuando sea mayor. Mi búsqueda será la suya.

La reina se fue y Myrddin regresó.

—Envía mi espada al herrero. Quiero que grave unas palabras en la guarnición.

Myrddin frunció el ceño.

—¿Qué palabras, mi señor?

—Estas: «En la tierra de Eurico, en un lugar sagrado en lo alto, póstrate ante Cristo y encuentra el Grial».

Myrddin asintió.

—Pero ¿con qué fin?

—Para que mi hijo Cyngen halle un día la espada y reemprenda la búsqueda si esta campaña fracasa. Solo Gwydre, tú y yo sabemos dónde se encuentra. Si alguno de nosotros muriera, los demás deberían decirle a Cyngen dónde debe ir a buscar el Grial cuando sea mayor. ¿Me prometes que lo harás?

—Sí, mi señor. ¿Dónde queréis esconderla?

—En un lugar que es sagrado para mí. Aunque nací en la Galia, el hogar de mi infancia fue el castillo de mi padre. Fue ahí, escuchando el mar, donde aprendí a reinar, y es ahí donde quiero esconder la espada.

Arthwyr se sentía débil y dolorido, pero estaba decidido a llevar a cabo su propia búsqueda a pesar de que no era tan peligrosa como la de Gwydre. Poco después de que sir Jowan hubiera perdido la batalla contra la gangrena y el ejército de sir Gwydre hubiera partido en su largo viaje hacia las tierras de Eurico, la guardia y el séquito personal de Arthwyr abandonaron el castillo de Gwynedd para dirigirse a Dumnonia. Fue un viaje de solo tres días, pero aunque Arthwyr iba envuelto en heno

y pieles en el interior de un carro cubierto, alcanzó su destino con una fiebre peligrosamente alta.

A pesar de todo, cuando llegó al castillo abandonado que había sido la corte de su padre, Uther Pendragon, insistió en caminar sin ayuda y se acercó al borde del acantilado, donde llenó los pulmones con la salada brisa marina y por unos instantes se sintió de nuevo como un niño a punto de emprender una aventura.

Entornó los ojos para que no lo deslumbrara el sol frío y refulgente. El castillo estaba en ruinas a pesar de que solo habían transcurrido unas cuantas décadas desde que lo habían abandonado. Tras la muerte de su padre, Arthwyr no encontró ningún motivo para seguir ocupándolo. Su reino había crecido y Tintagel estaba demasiado lejos al oeste, por lo que la situación no le resultaba práctica. El castillo de Gwynedd era un lugar más adecuado para gobernar a los britanos y contraatacar a los invasores que cruzaban el canal. Debían de haber desaparecido una cuarta parte de los bloques del castillo, robados, supuso, por los miembros de las tribus más cercanas. Albergaba la esperanza de que al menos algunos hubieran acabado en iglesias y capillas.

Acompañado de un grupo de hombres jóvenes y fuertes para cogerlo si caía, Arthwyr inició el lento descenso del acantilado. El tiempo era más templado en la costa y no había nieve. En su juventud, el sendero había sido un camino despejado, pero ahora estaba cubierto de maleza y en algunos lugares llegaba a desaparecer por completo. Un soldado se dedicó a abrir paso entre la vegetación con una espada corta hasta que llegaron a la playa.

La marea estaba bajando y la arena estaba mojada y oscura. Myrddin llevaba la gran espada del rey. Cogió la pala de un escudero y envió a los hombres de vuelta al acantilado hasta que él los llamara. Luego se acercó a Arthwyr, le ofreció un brazo y entraron en la más grande de las dos cuevas marinas.

—Siempre ha sido un lugar mágico —dijo el rey cuando llegaron a la gruta—. De pequeño oía voces, las de mis antepasados. A partir de ahora será mi voz la que llame a mis descendientes. Venga, hagamos lo que habíamos planeado.

La cueva atravesaba uno de los acantilados de lado a lado, por lo que estaba iluminada en la entrada y en la salida. Al llegar a la mitad, Arthwyr se detuvo e hizo un gesto.

—Cava aquí —le ordenó a su adivino—. Un agujero profundo.

Cuando el hoyo fue lo bastante hondo y la marea ya empezaba a subir, Arthwyr cogió su espada grabada, la besó y la envolvió con su capa. Hincó las rodillas en la arena, la depositó con cariño en el agujero y le ordenó a Myrddin que la cubriera. Cuando acabó, el adivino pisó la arena.

Arthwyr señaló un lugar en la pared de la cueva, encima de la espada enterrada.

—Ahí —dijo, y le dio un canto a Myrddin—. Coge la daga y graba una cruz en la roca. Será la señal para Cyngen, aunque espero que nunca la necesite ya que confío

en ver el Grial antes de morir.

Gwydre tomó la misma ruta que Gwalchavad para llegar a Barcino, pero lo hizo acompañado de trescientos hombres, de los cuales cien eran hombres de armas y caballeros, por lo que no tuvieron demasiados problemas con bandoleros y señores de la guerra. Sin embargo, su enemigo fue el invierno, que los asedió hasta el final del viaje, cuando la primavera trajo el clima más temperado del sur. Myrddin se había asegurado de que su hombre, Kilian, formara parte de la tropa, pero Gwydre no sentía ninguna afinidad con él ni sus consejos, por lo que lo marginó durante la marcha de día y cuando montaban el campamento para pasar la noche. Sir Morgant era su verdadero amigo y confidente, y los dos jóvenes caballeros encabezaban la columna, inseparables.

La única batalla de cierta importancia que libraron tuvo lugar cerca de Tolosa, capital del reino visigodo del rey Alarico. Gwydre dio un amplio rodeo alrededor de la ciudad para evitar un enfrentamiento con un ejército grande, pero cuando avanzaban por la vieja vía romana alrededor de un centenar de soldados de Alarico los atacaron y se desató una encarnizada batalla. Gwydre estaba deseando desenvainar la espada para aliviar los meses de tedio. Los britanos lucharon con furia y ni un triste visigodo sobrevivió al baño de sangre. Gwydre solo perdió treinta hombres y dio gracias a Dios por la gran victoria. Esa noche Kilian mostró su mejor cara y afirmó que había sido testigo de un signo celestial: en los charcos de la sangre enemiga había visto el reflejo del Grial.

Finalmente llegaron a su destino sin volver a enfrentarse a los hombres de Alarico. Para no correr más riesgos de los necesarios, evitaron las comodidades y los placeres de Barcino y se dirigieron directamente a la Montaña de los Milagros. El sendero que ascendía a la cima era tal y como lo habían descrito Jowan y Wallia. Gracias a la experiencia previa, Gwydre y Morgant decidieron que sería mejor que el ejército acampara al inicio del camino y así impedir un ataque sorpresa de Alarico por la retaguardia. Un pequeño grupo de los mejores caballeros acompañaría a Gwydre hasta la cumbre.

A primera hora de la mañana, veinte hombres iniciaron el ascenso, primero a caballo y luego a pie. No encontraron ni un alma, y cuando llegaron al claro que Jowan había descrito, una alegría incontenible se apoderó de Gwydre.

—Ten cuidado e intenta hacerte con el Grial mientras voy a buscar a los monjes
—le dijo Morgant.

La primavera dio paso al verano, y el verano, al otoño. Arthwyr se había recuperado después de que el cirujano le quitase la muela que le había provocado la inflamación

de la mandíbula. El rey interpretó su recuperación como una señal prometedora de que Gwydre había logrado su objetivo. Myrddin, por su parte, se dedicaba a examinar las entrañas de las cabras, aunque no necesitaba poderes adivinatorios para saber a ciencia cierta que Arthwyr nunca vería el Grial. Todos los días esperaba ansioso, no el regreso de Gwydre, sino la llegada de un mensajero que le dijera que el Grial estaba en Jerusalén y que los Qem lo esperaban a él.

Al final, un día radiante, los hombres de las murallas vieron una columna que se aproximaba y avisaron al rey y a Myrddin.

Ambos hombres acudieron de inmediato al patio de armas, adonde también se dirigieron la reina y los nobles para ver la entrada de la columna bajo la verja levadiza.

El primer caballero que apareció no fue Gwydre, sino Morgant, que entró lentamente a lomos de su caballo, con la cabeza agachada y abatido.

Arthwyr se acercó corriendo al caballo y tomó las riendas.

—¿Dónde está mi hijo? —preguntó.

—Ha muerto, señor. Fue una muerte digna, de una herida que recibió en la batalla. Luchó como un león y mató a muchos hombres antes de que lo atacaran a traición por la espalda.

Cuando la reina lo oyó rompió a llorar y a Arthwyr se le doblaron las rodillas.

—¿Y el Grial?

—Traición —dijo Morgant desmontando. Miró a Myrddin y prosiguió—: ¡Gwydre lo consiguió! ¡Lo tuvo en sus manos! Yo mismo lo vi. Entonces fuimos víctimas de un ataque cobarde y traicionero. Nos sorprendieron unos hombres que nos estaban esperando. Sabían que íbamos a llegar. Gwydre luchó ferozmente, como el hijo de un rey. A pesar de todo, logramos derrotarlos hasta que solo quedó un hombre de ellos, pero el Grial había desaparecido durante la batalla y, para mi gran consternación, no pude recuperarlo. Había monjes en la montaña. Tal vez ellos supieran dónde estaba, pero a pesar de mis amenazas y del duro trato que recibieron, se negaron a revelarnos su paradero.

—¿Fue Alarico? —preguntó el rey—. ¿Fue él quien os tendió la cobarde emboscada?

—No fue Alarico, señor.

—¿Quién, entonces?

—¡Myrddin! —dijo Morgant señalando al adivino, que estaba estupefacto—. Kilian lo nombró. Esto fue lo que dijo Kilian a los hombres que nos atacaron: «¡Por los Qem! ¡Por Myrddin! ¡Matadlos a todos!». No pudo decir nada más porque yo mismo le di muerte en cuanto pronunció estas cobardes palabras.

—¡Maldito bellaco! —gritó Myrddin—. ¿Cómo te atreves a difamarme?

El rostro del rey se demudó en un gesto de odio.

—¡Silencio! —bramó—. ¿Dónde está el cuerpo de mi hijo? ¿Qué ha sido de él? Morgant se acercó al rey para que solo este pudiera oír sus palabras.

—Hice todo lo que buenamente pude para devolvéroslo con vida, señor. Lo tendimos en una camilla y atravesamos tierras extranjeras durante dos meses hasta que nos resultó imposible seguir avanzando con él dado el grave estado en que se encontraba. Llegamos a un refugio situado al norte de la Galia, el castillo Maleoré, en el que os alumbró vuestra madre, la reina Igraine, mientras Uther Pendragon combatía en esas tierras y donde vuestro padre os dio el nombre de Arthwyr de Maleoré. El señor de la mansión nos recibió calurosamente y nos proporcionó comida y cobijo, y sus doncellas atendieron a Gwydre. Un cirujano normando nos dijo que su costilla de más le había salvado de una muerte instantánea y abrió la herida para permitir que expulsara los humores perniciosos más fácilmente. Esa decisión mejoró la salud de vuestro hijo de tal manera que pudo comer y beber y recuperó parte de las fuerzas. Fue entonces cuando pidió un tintero y pergamino. No sé qué escribió, aunque estaba sumamente consternado por la pérdida del Grial. Pidió que el pergamino se conservara en el castillo Maleoré en caso de que una nueva traición o desgracia nos impidiera regresar a vuestra corte. Quiso la desdicha que volviera a sucumbir a la fiebre, y en esta ocasión no pudimos salvarlo. Obedeciendo a su última voluntad, lo enterramos en el propio castillo. —Morgant levantó la voz para que los presentes pudieran oírlo—. Con gran pesar, reuní a los hombres para cruzar el canal y regresar a vuestra corte, espoleado por mi deseo de vengar la muerte de Gwydre y de que el traidor de Myrddin pagara por sus actos.

El adivino había observado a los dos hombres susurrar entre ellos, atemorizado. No podía huir, por lo que se mantuvo firme, temblando de rabia.

—Ven, Morgant —le ordenó Myrddin, furioso—, y llámame traidor a la cara.

Morgant se dirigió al adivino, con la mandíbula tensa por la ira, y se detuvo frente al egipcio.

Todo sucedió de un modo tan rápido que el caballero no pudo reaccionar.

Myrddin lo degolló con una daga que llevaba escondida y liberó un torrente de sangre.

Mientras el caballero se arrodillaba y se llevaba las manos a la garganta, Arthwyr estalló.

—¡Una espada! —pidió, sin dirigirse a nadie en concreto.

Un caballero que estaba cerca de él le dio la suya.

—¿Quieres decir algo antes de que te mate, Myrddin?

El egipcio parecía un animal atrapado. Mientras retrocedía, los hombres del rey le cortaron el paso y se vio obligado a amenazarlos con la daga para mantenerlos a raya.

—El Grial no es digno de un mero rey —dijo—. Debe quedar en manos de hombres como yo que saben qué hacer con él.

Arthwyr avanzó paso a paso.

—¿Y qué harías con él?

Myrddin escupió al suelo de tierra.

—No estáis preparado para saberlo. Quizá seáis rey, pero sois una criatura inferior. —Entonces tiró la daga al suelo y exclamó—: ¡Os jactáis de que esta es una tierra de caballeros! ¿Es que nadie va a darme una espada?

—¡Una espada para este cerdo! —gritó Arthwyr cuando ninguno de los presentes se ofreció a prestarle la suya.

Alguien tiró una, que cayó a los pies del egipcio. La cogió y adoptó una postura de combate.

Arthwyr profirió un grito estremecedor y cargó contra Myrddin, que hizo lo mismo. Fue como si dos ciervos se hubieran embestido con las astas.

Ambos sobrevivieron al duro impacto, y ambos retrocedieron para separarse a suficiente distancia del otro.

Luego arremetieron nuevamente y, tras este choque, el combate llegó a su fin.

Ambos hombres habían empalado a su adversario a la altura del pecho.

La espada de Arthwyr atravesó una arteria de Myrddin, que murió sin decir palabra, con los ojos desorbitados y mirando al sol.

Arthwyr logró aguantar el tiempo suficiente para oír los sollozos de Gwenhwyfar y sentir el roce de sus labios.

Intentó hablar, pero la sangre le inundó los pulmones y la escupió a borbotones por la boca.

Pero debía hablar.

De lo contrario, ¿cómo iba a decirle dónde había enterrado la espada?

De lo contrario, ¿cómo iba Cyngen a emprender la búsqueda cuando fuera un hombre?

Sin embargo, no pudo susurrar ni una palabra. Cuando exhaló el último suspiro, la marea en Tintagel estaba en lo más alto y las gélidas olas acariciaban la señal de la cruz que marcaba el lugar donde yacía enterrada la gran espada de plata de un rey.

Cuando llegaron a Barcelona, Arthur y Claire alquilaron un coche en el aeropuerto y se dirigieron a Montserrat. A diferencia del inestable tiempo de Inglaterra, la primavera había irrumpido en Cataluña con toda su exuberancia y parecía casi verano, de modo que ambos se quedaron en manga corta y bajaron las ventanillas.

No era un viaje muy largo. El monasterio se encontraba a unos sesenta kilómetros del aeropuerto, y a medida que iban dejando atrás los alrededores de la ciudad y diversas poblaciones del extrarradio, el paisaje cambió radicalmente. En cada tramo del viaje, desde el trayecto del hotel a Heathrow, hasta el viaje por la autovía española por la que circulaban entonces, Arthur se había mantenido alerta en todo momento, atento a cualquier posible indicio de que los estaban siguiendo. Sin embargo, por fin empezaba a relajarse.

Cuando vio la cordillera que se alzaba a lo lejos, Arthur apartó una mano del volante y acarició la de Claire.

Arthur había dedicado la tarde anterior a planear el viaje a España: los vuelos, el alquiler del coche y la búsqueda de información en la página web de Montserrat. Había decidido que un viaje de un día al monasterio sería insuficiente. La pista que poseían era algo vaga y supuso que necesitarían varios días para explorar el monasterio y los alrededores.

Descubrió que había tres posibilidades de alojamiento: un hotel de tres estrellas, el Abat Cisneros, situado junto a los edificios religiosos pero técnicamente fuera de sus terrenos; las celdas Abat Marçet, un edificio de apartamentos para estancias de corta duración, situado también fuera de los terrenos, y cuarenta y ocho habitaciones para peregrinos en el interior del monasterio.

La elección era clara.

Llamó al centro de reservas del monasterio y lo atendió una mujer que hablaba un inglés excelente y que lo informó de que solo disponían de una habitación para peregrinos.

—Mire, no sé cuál es el protocolo que acostumbran a seguir, pero tenía la esperanza de poder alojarme con mi prometida. ¿Estas habitaciones son solo para hombres?

—No, aceptamos parejas.

—¿Aunque no estemos casados?

—Sí, no hay ningún problema. Lo único que pedimos a nuestros huéspedes es que se comporten con recato.

—¿Crees que podríamos comportarnos con recato durante unos días? —le preguntó luego Arthur a Claire.

—No estoy muy segura —respondió ella, entre risas—, pero podemos intentarlo.

La montaña se alzaba 1200 metros en la plana de Bages, aunque parecía más alta e imponente porque era la única —no había ninguna otra montaña que le robara protagonismo— y se erguía casi en vertical a los pies del río Llobregat. Era un vasto laberinto de piedra caliza e hileras de picos de forma cónica, algunos con nombres tan curiosos como la Momia, el Gato, el Obispo, el Faraón o la Cabeza de Muerto.

Una carretera asfaltada y en buen estado subía a lo alto de la montaña, y cuando Arthur dobló la última curva, apareció el monasterio.

—¿Has visto eso? —preguntó en voz baja.

Era una reacción natural hablar sin alzar la voz, ya que el lugar parecía estar invadido por un aire etéreo, como si un ruido estridente o un movimiento brusco pudiera provocar la desaparición de todo lo que tenían ante sus ojos. La basílica y los edificios que la rodeaban parecían contruidos como por arte de magia, ya que se alzaban en una meseta de menos de ochocientos metros encajonada entre una caída a plomo en lo más profundo del valle por un lado y unos picos altos por el otro. Los edificios estaban contruidos con la misma piedra caliza de la montaña, y aunque su existencia era fruto del trabajo del hombre, parecían haber nacido de las mismas fuerzas naturales que habían dado forma a la montaña.

Arthur aparcó en una de las zonas destinadas a tal efecto y Claire y él se abrieron paso entre la multitud de turistas que habían llegado en autobús o en funicular. Era un día soleado y caluroso. Las nubes bajas se habían desvanecido y las vistas del frondoso valle eran infinitas. Se presentaron en el centro de atención al turista, se sentaron en un banco, dejaron sus pequeñas bolsas a los pies y se pusieron las chapas de huésped en el pecho mientras esperaban a un monje.

El hermano Oriol no tardó en llegar, pero aun así se disculpó en un inglés más que digno. Era alto y joven, no debía de tener más de treinta años y lucía una barba cerrada castaña y gafas. Llevaba el hábito negro y el escapulario con capucha también negro de los monjes benedictinos, y calzaba unos zapatos de suela de crepé que le permitían caminar sin hacer ruido.

Les preguntó de dónde eran e hizo algunos comentarios cordiales sobre Inglaterra y Francia mientras los acompañaba por el complejo. Cuando supo que era su primera visita, quiso saber qué impresión les había causado el monasterio, y los elogios que Claire dedicó a la belleza natural del lugar parecieron gustarle. Acto seguido les dio un pequeño sermón sobre la importancia de Montserrat para el pueblo catalán.

—Es una parte muy importante de nuestro patrimonio. Los catalanes veneran a la Virgen de Montserrat de un modo especial, como si fuera su madre y su patrona. Sí, recibimos a muchos turistas y peregrinos de todo el mundo, pero los catalanes, al menos gran parte de ellos, visitan una vez al año el santuario de la Virgen negra, la Moreneta; lo consideran una obligación que no deben pasar por alto y con la que

cumplen como si fuera un ritual.

—La estatua se encuentra en la basílica, ¿verdad? —preguntó Arthur.

—Sí, pero ahora mismo las colas deben de ser muy largas. Como van a quedarse varios días, más vale que la visiten en un momento más tranquilo, a última hora de la tarde o primera de la mañana, y así verán a la Moreneta con más calma.

Los condujo por un pasillo abovedado con vistas al jardín de un claustro y atravesaron la sala gótica, con el techo decorado con ménsulas y las paredes cubiertas de tapices medievales. Subieron por unas escaleras de piedra y entraron en un edificio más moderno que, según les explicó el monje, albergaba las habitaciones para los peregrinos, la residencia de los monjes, el comedor, la biblioteca y la sala capitular. El abad tenía su apartamento en el edificio adyacente. En el monasterio había sesenta y ocho monjes, la mayoría catalanes.

La planta donde se encontraban las habitaciones parecía un hotel modesto. El hermano Oriol abrió la puerta de la habitación número 13 y se hizo a un lado para dejarlos entrar. El cuarto era pequeño y sencillo. Había una mesa con tres libros en catalán: el Nuevo Testamento, la Biblia y la Regla de San Benito, una cama, una silla y un aseo con ducha.

—La cama es bastante pequeña —se disculpó el hermano Oriol.

La ventana podría haber estado más limpia, pero a pesar de todo les ofrecía una buena vista de la explanada abarrotada de turistas que había frente a la basílica.

—Si dejan las bolsas aquí, les mostraré dónde se encuentra el comedor.

Los acompañó hasta la gran sala, donde dos mujeres seglares preparaban el bufet. Luego les enseñó un pequeño salón con unos cuantos libros y sillones de lectura, y ahí acabó la visita guiada. Podían visitar todas las zonas públicas del monasterio, pero no podían entrar en las áreas privadas reservadas a los monjes. Si necesitaban más información, en la habitación tenían una hoja con las horas de las misas; en el salón había varios libros y algunos más en las tiendas de regalos.

Arthur le dio las gracias por el tiempo que les había dedicado.

—Deben de estar muy ocupados —comentó.

—Es cierto que no disponemos de mucho tiempo libre. Rezamos cinco veces al día, recibimos y aconsejamos a nuestros huéspedes y atendemos diversas vocaciones. La más famosa para el mundo exterior es nuestra escolanía, uno de los coros infantiles masculinos más antiguos del mundo.

Luego, con un educado gesto de la cabeza, el hermano Oriol les dijo que debía irse.

Arthur y Claire fueron a dar un paseo por fuera para disfrutar del sol, se mezclaron con la marea políglota de turistas y visitaron las tiendas de regalos para comprar algunos libros en inglés sobre el monasterio. Cuando llegó la hora de la comida regresaron al comedor para huéspedes, que se estaba llenando de personas

mayores y de mediana edad de aspecto serio, la mayoría hombres. Quizá porque eran los recién llegados, quizá porque eran los más jóvenes, llamaron la atención de los presentes y se convirtieron en tema de conversación. Los demás huéspedes procedían de todo el mundo, y muchos de ellos acostumbraban a visitar monasterios que les permitieran rezar y les ofrecieran alojamiento. Arthur y Claire dijeron que ellos también buscaban unos días de plegaria y contemplación en aquel bonito enclave.

A las doce y media los comensales empezaron a levantarse para asistir a la misa de mediodía de la basílica y animaron a Arthur y Claire a que los acompañaran para escuchar al famoso coro infantil, que iba a cantar himnos de gran solemnidad.

Mientras regresaban a su habitación, sonó el móvil de Arthur. Era un número del Reino Unido que no tenía grabado. Resultó ser Sandy Marina, que lo llamaba desde Oxford. Hablaba con voz rara, muy seria.

—¿Estás en el continente? —preguntó.

—Sí, en España.

—Me lo ha parecido por el tono de llamada. Eso explica por qué no has telefoneado. No lo sabes, ¿verdad?

—¿Qué ha pasado, Sandy?

Su amiga rompió a llorar.

—Ha vuelto a suceder. Es Tony. No puedo andarme con rodeos, Arthur: lo han matado.

Le contó que lo habían encontrado esa misma mañana en su despacho del University College. Lo habían matado a tiros. Su cartera y su reloj habían desaparecido. Parecía que había sido víctima de un robo. En los últimos tiempos se habían cometido varios crímenes relacionados con asuntos de drogas en la zona.

Claire vio que se ponía pálido y le preguntó con un susurro si había sucedido algo. Arthur asintió y Claire abrió la puerta de la habitación.

Arthur se sentó en la cama y siguió escuchando a Sandy.

—Primero Holmes, ahora Tony. Es demasiado. Es como si nuestro pequeño grupo hubiera sido maldecido.

—Ayer por la mañana vi a Tony. Fui al University College a enseñarle algo. He encontrado lo mismo que encontró Holmes.

—¿Qué?

—No puedo decírtelo. Es demasiado peligroso. Esa gente que quiere el Grial son unos asesinos. Mataron a Holmes y seguramente también han matado a Tony. Estoy convencido de que me buscan a mí.

—Ahora la policía tendrá que creerte.

—No creo que pueda confiar en la policía.

—¡Dios mío! ¿Lo estás buscando? ¿En España? Arthur, ¿estás en Montserrat?

—No me preguntes nada más, por favor. Te lo contaré todo cuando regrese. Hasta

entonces, di a los demás del grupo que estoy fuera y que no podré asistir al entierro. Ojalá pudiera darte un fuerte abrazo.

A Claire le bastó lo que había oído para entender lo sucedido. Parecía muy asustada.

Arthur colgó y abrazó a Claire.

—Todo va a salir bien. Nadie sabe que estamos aquí.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

—Porque no nos ha seguido nadie desde la zona de recogida de equipajes hasta que nos hemos subido en el coche. No nos ha seguido nadie desde Barcelona. No nos ha seguido nadie hasta la cima de la montaña.

—¿Has estado controlándolo?

—Claro que sí.

—¿Qué vamos a hacer ahora?

—Vayamos a la iglesia a rezar por Tony.

La basílica era un lugar oscuro y fresco, una joya del gótico salpicada con los destellos de la madera y los mosaicos dorados. Encima del altar, en una pequeña galería abierta, la Virgen de Montserrat, una talla de madera dorada de la Virgen con el niño Jesús en el regazo, ambos con la cara y las manos negras, refulgía bajo el haz de luz que entraba por un alto ventanal y atravesaba la iglesia.

Arthur y Claire se sentaron en un banco del medio, sumidos en un estado de triste contemplación, mientras uno de los sacerdotes decía misa en latín y catalán. Entonces apareció el coro, un grupo de chicos vestidos con escapularios blancos, y ocuparon su sitio a ambos lados del altar. El director del coro dirigió a los muchachos, que interpretaron tres himnos. Sus maravillosas voces de soprano cantaron como una sola, inundaron la basílica e hicieron que Claire derramara las lágrimas que había contenido hasta entonces.

Cuando finalizó la misa, una parte de la gente salió al soleado patio y los demás formaron una cola para subir las estrechas escaleras que permitían ver a la Virgen negra. Arthur y Claire salieron al sol.

Un hombre corpulento con barba y un sombrero tropical de ala ancha se quedó atrás, oculto entre las sombras de la entrada de la basílica. Cuando vio que Arthur y Claire cruzaban el patio y entraban en el edificio donde se encontraban las celdas, Griggs salió al aire libre, se puso las gafas de sol y se dirigió lentamente hacia el hotel Abat Cisneros.

En el interior del edificio, Arthur oyó unos pasos que se aproximaban por detrás. Presa de los nervios, giró la cabeza y vio a un monje que intentaba adelantarlos. Tenía el rostro lampiño y un gesto serio, y se disculpó porque el pasillo era demasiado estrecho y no podía pasar junto a ellos sin rozarlos. Arthur lo reconoció: era el director del coro.

—Ha sido una interpretación maravillosa —dijo Arthur.

El monje se detuvo para darles las gracias y se fijó en las chapas de huésped que lucían y en el rostro surcado de lágrimas de Claire.

Hablaba un inglés más correcto aún que el del hermano Oriol. Se presentó como el hermano Pau, el director de la escolanía.

—Está llorando —le dijo a Claire—. No creo que hoy los chicos hayan cantado tan bien.

Claire se limpió las lágrimas.

—Acabamos de saber que un amigo nuestro ha fallecido. Aún estamos conmocionados.

—Lo lamento mucho. Si tiene la bondad de decirme su nombre, rezaré por él.

—Tony —respondió Arthur.

—Muy bien, pues rezaré por el alma de Tony.

Arthur le estrechó la mano para darle las gracias.

—¿Iban a hacer algo? —les preguntó el hermano Pau—. Si no tienen planes, podría mostrarles alguno de los lugares más especiales. Dispongo de media hora antes de que empiecen las clases.

—Es usted muy amable —dijo Claire, y cuando sonrió el joven monje le devolvió el gesto.

Les hizo una visita rápida de la capilla abovedada, con asientos dispuestos en círculo, en la que los monjes rezaban, escuchaban las lecturas de la Regla de San Benito que hacía el abad y debatían sobre cuestiones de la comunidad. Por encima de ellos se alzaba un gran mural que mostraba a los monjes de Montserrat fallecidos como mártires durante la Guerra Civil.

La biblioteca se encontraba justo encima de los apartamentos para peregrinos. La sala central estaba formada por dos pisos de una belleza inconmensurable, con una galería abierta y claraboyas en la bóveda de cañón. La biblioteca, que albergaba unos trescientos mil libros y manuscritos, se construyó en el siglo XIX, aunque el hermano Pau les dijo que había pruebas de que ya existía una en el lugar en el siglo XI.

Arthur aprovechó la oportunidad para hacerle algunas preguntas. La búsqueda se había convertido en una cuestión de lo más apremiante. No pudo evitar pensar en la insistencia de Tony y de Holmes para que encontrara el Grial.

—A juzgar por lo que he podido leer sobre Montserrat, las primeras construcciones datan de principios del siglo x. ¿Es posible que existieran comunidades religiosas antes?

—Es difícil de saber —respondió el monje—. No existen documentos que arrojen luz en ese aspecto. Personalmente, creo que este debió de ser un lugar sagrado casi desde la época de Jesucristo. No me sorprendería que hubiera ermitas varios siglos antes de lo que indican las fechas oficiales.

—La basílica no es muy antigua, ¿verdad? —preguntó Arthur.

—No, de finales del siglo xix, principios del xx. La iglesia románica original fue destruida por un incendio durante las guerras napoleónicas.

—Entonces, las criptas que hay bajo la basílica no son antiguas...

—No, son bastante recientes, aunque no por ello menos interesantes. Pueden visitarlas cuando quieran.

—¿Cuáles son las partes más antiguas del monasterio? —preguntó Claire.

—Existe una pequeña cripta del siglo xii, llamada de los Clérigos, junto a la biblioteca musical que hay en la escolanía y, por supuesto, hay una pequeña capilla, la ermita de Sant Iscle, que se menciona en un texto del siglo ix.

Arthur estaba examinando los lomos de unos libros antiguos y de repente alzó la mirada.

—¿Podría ser más antigua?

—Es posible, al menos los cimientos, pero es algo que nunca se ha estudiado. Permítanme que les muestre unas fascinantes fotografías del siglo xix que están expuestas en la siguiente sala.

—Supongo que la biblioteca alberga manuscritos antiguos de gran importancia —apuntó Arthur mientras iban a ver las fotografías.

—Así es. Algunos de los textos catalanes más antiguos, aunque lamento decirles que gran parte de ese material se perdió cuando el monasterio fue quemado por las tropas de Napoleón.

—Lo lamento mucho —se disculpó Claire.

—No es una cruz con la que deba cargar usted, creo yo.

—Un amigo mío —terció Arthur—, un profesor de historia medieval, estuvo aquí hace poco realizando un trabajo de investigación.

—Ah, sí, recibimos a estudiosos de todo el mundo.

—Mi amigo encontró una interesante carta del siglo xii relacionada con el Santo Grial.

—Siempre es un tema interesante —dijo el monje mirando el reloj—. Me da tiempo de mostrarles una sala más, la sacristía. Acompañenme.

La sacristía se encontraba junto a la basílica: una sala abovedada con diversos frescos y armarios de caoba para guardar las vestiduras sacramentales. Mientras el

hermano Pau describía los detalles arquitectónicos, Arthur se fijó en un fresco que había al final de la larga sala: una representación de la Última Cena. En ella, un Jesús bastante joven y atractivo sostenía un pedazo de pan en la mano izquierda y tenía la derecha sobre un cáliz sencillo y de gran tamaño.

Arthur lo señaló.

—Es muy bonito.

—Sí. Es un mural de Josep Obiols.

—El Grial ocupa un lugar prominente. ¿Qué opina de las leyendas que dicen que el Grial se encuentra aquí, en Montserrat?

Al monje no pareció hacerle mucha gracia la pregunta.

—Mire, es un tema muy cansino para nosotros. No existen pruebas de ello. Es algo que carece de toda importancia. Espero que no sea uno de esos turistas obsesionados con el Grial.

—No sé a qué se refiere con «turistas obsesionados por el Grial», pero no creo que sea uno de ellos —dijo Arthur con gran desdén.

El monje debió de darse cuenta de lo brusca que había sido su respuesta y recuperó su tono amable.

—Ahora debo regresar a la escolanía. Pueden acompañarme si lo desean.

La escolanía se hallaba en un edificio largo y rectangular, de cuatro plantas, situado en el extremo más alejado del complejo. Mientras caminaban, el hermano Pau les habló de la escuela y de una reciente gira que habían hecho por Rusia, que había sido un gran éxito y en la que habían grabado su último CD. Su orgullo era más que palpable y, respondiendo a las preguntas de Claire, les dijo que de pequeño había formado parte del coro. Al llegar a la entrada de la escuela se despidió de ellos y señaló el jardín amurallado, bordeado con dos hileras de cipreses.

—La antigua ermita de Sant Iscle se encuentra en esa dirección.

—¿Podemos verla? —preguntó Arthur.

—Me temo que no. Es privada, solo para los monjes.

Por la tarde visitaron la cripta que había bajo la basílica y pudieron comprobar que era bastante moderna y que no tenía ningún vínculo con el período medieval. La basílica del siglo XIX ni tan siquiera se había construido en el lugar exacto en el que se había alzado la iglesia románica, de modo que aunque hubieran abierto un agujero en el suelo con un martillo neumático era muy poco probable que hubieran encontrado algo importante.

Aprovecharon que las colas habían disminuido para unirse a los fieles y subir a la galería a ver a la Moreneta. Aunque en todo el mundo había miles de tallas de madera de la Virgen que se habían ennegrecido con el paso de los años, o que el propio artista

había teñido de negro a propósito, todas adoradas por sus respectivas comunidades espirituales, tal vez ninguna era más venerada que la Virgen de Montserrat, que se había convertido en un símbolo cultural de Cataluña.

Contaba la leyenda que la estatua había sido encontrada no muy lejos del monasterio cuando unos pastores vieron unas luces y oyeron una música celestial que los condujo hasta una cueva de la montaña. El obispo de Manresa intentó trasladar a la Virgen y el niño Jesús a su iglesia en una plataforma, pero a medida que los hombres descendían por el sendero, la plataforma parecía aumentar de peso, y cuando llegaron a la antigua ermita no pudieron seguir avanzando. De ese modo la Virgen mostró su deseo de permanecer en Montserrat.

Después de subir lentamente los escalones, llegaron a donde se hallaba la Virgen negra. Claire se arrodilló y rezó en silencio hasta que reparó en la gente que esperaba haciendo cola y se levantó.

Esa noche cenaron con los demás huéspedes. Cuando acabaron, algunos se pusieron a leer sus guías para planificar las actividades del día siguiente; otros se quedaron charlando afablemente, haciendo rompecabezas o leyendo la Biblia: unas actividades agradables y contemplativas, perfectas para el momento y el lugar. Claire se excusó para llamar a sus padres y cuando volvió le dijo a Arthur que todo iba bien en casa.

Ambos estaban cansados. Solo habían pasado dos días desde la noche en vela en Stoneleigh y aún no se habían recuperado. Por si ello fuera poco, la muerte de Tony se había convertido en un pesado yugo. De modo que a las nueve decidieron retirarse.

La cama era muy estrecha. Se tumbaron de lado, uno de cara al otro, separados por escasos centímetros.

—Parecías fascinada con la Virgen —dijo Arthur.

—Es preciosa.

—¿Eres católica?

—Claro, soy francesa.

—Te vi rezar. Me ha dado la impresión de que lo hacías con mucho... fervor.

—Es una buena definición. Soy muy fervorosa. Creo en Dios sin reservas.

—Así que formas parte de la minoría de físicos que son creyentes.

—Estoy en buena compañía. Max Planck. Arthur Compton. George Lemaître, que era sacerdote, ya lo sabes. Werner Heisenberg. Freeman Dyson. Christopher Isham. Y muchos otros. Incluso Einstein, que tal vez no creía en un dios personal pero pensaba que era imposible que el universo no hubiera sido creado por un ser superior. Y tú, Arthur, ¿crees en Dios?

—Los anglicanos somos bastante sosos en cuestiones religiosas. No lo llevamos en la sangre. Pero estoy más cerca de los que creen que de los que no. Aunque no sé si tiene mucho sentido.

—Sí, lo tiene. ¿Y si encuentras el Grial? ¿Cambiará en algo tu opinión?

—Bueno, sería un vínculo tangible con Cristo, pero un vínculo con un hombre llamado Jesús, no necesariamente el hijo de Dios.

—¿No crees en la Resurrección?

—¿Tú sí?

—Sí, claro.

—¿Y cómo explica ese fenómeno la física que hay en ti?

—Hay muchas cosas que no entendemos. No creo que la física y la espiritualidad sean incompatibles.

—Espero que tu fe se asiente en unos cimientos firmes. Me gustaría creer que Tony Ferro y Andy Holmes están tomando juntos una pinta celestial en estos momentos. Mira, Claire, he estado pensando en esto todo el día. Creo que deberías volver a Francia mañana. Me preocupa tu seguridad. Yo tengo que seguir con la búsqueda, pero tú no tienes por qué pasar por todo esto.

Claire salvó la pequeña distancia que los separaba y lo besó.

—La respuesta es no. Me siento a salvo contigo. Ahora dime a qué hora vas a poner el despertador.

Arthur le devolvió el beso.

—A las dos de la madrugada.

Griggs llamó suavemente a la puerta de la habitación contigua del hotel Abat Cisneros. Hengst la abrió. Vestía de negro, como él.

Hengst vio que Griggs llevaba la bolsa táctica.

—¿Para qué la necesitas?

—No quiero dejarla en la habitación.

Hengst se encogió de hombros.

—¿Por qué estás tan seguro de que van a salir a curiosear esta noche?

—No lo estoy. Pero siempre es posible.

Cruzaron la plaza desierta iluminada por la luna y se apostaron a unos cien metros de las puertas de los dormitorios, detrás de una furgoneta. Griggs abrió su bolsa y sacó el rifle de francotirador.

—¿Qué haces? —susurró Hengst.

—Relájate, solo quiero usar el visor nocturno.

—Dime por qué debería creerte.

—Porque soy tu jefe.

—Harp nos ha dado órdenes muy concretas —dijo Hengst.

—Y he seguido esas órdenes al pie de la letra. Podría haberlo matado en Wokingham, pero no lo hice, ¿verdad?

—Quizá porque era demasiado rápido para ti.

Griggs empezaba a perder la paciencia.

—No son tus huevos los que están en el torno, sino los míos. Nunca dejo cabos sueltos. He llevado a cabo tres asesinatos para Harp. Y tú, ¿cuántos? Ninguno, ¿verdad? Pues cierra el pico. Estoy harto de que me cuestiones.

La alarma del móvil de Arthur sonó y ambos se vistieron medio dormidos, a la luz de la lámpara de la mesita de noche. Se pusieron la ropa más oscura que tenían y se guardaron en un bolsillo sus pequeñas linternas LED.

El aire de la montaña era dulce y frío. Los terrenos del monasterio y los edificios colindantes estaban a oscuras y vacíos. Los huéspedes de los hoteles, los monjes y los chicos del coro dormían. La luna estaba en cuarto creciente y pudieron encontrar el camino hasta el jardín amurallado fácilmente.

Las dos hileras de cipreses eran como las luces de la pista de aterrizaje para un piloto. Atravesaron el jardín del claustro hasta la puerta de madera de la pequeña capilla de piedra.

La capilla era sencilla y antigua, más pequeña que la galería acristalada de cualquier casa de una zona residencial. Estaba construida con bloques de piedra caliza tallados de forma algo tosca y que en algún momento a lo largo de su historia habían sido enlucidos, aunque gran parte del yeso había desaparecido. Tenía un tejado con una ligera inclinación y un campanario pequeño y abierto, rematado por una pequeña cruz. La puerta marrón tenía forma de arco y estaba decorada con volutas de hierro forjado. No se veía ninguna cerradura.

—Ya está —dijo Arthur empujándola.

No quería forzarla y, por suerte, no se vio obligado a hacerlo. La puerta se abrió y pudieron entrar sin más.

Ambos encendieron las linternas y examinaron el interior de la capilla: un único espacio rectangular con un ábside en el extremo más alejado de la puerta. Un altar de piedra caliza se alzaba sobre una plataforma también de piedra. El altar estaba flanqueado por un par de candeleros de pie que llegaban a la altura del pecho, y encima había una cruz de hierro negra muy sencilla y de aspecto muy antiguo. Las paredes estaban enlucidas de un verde pálido pero desnudas. En el ábside se abría la única ventana de la capilla, protegida con una reja. Junto a una de las paredes había una estufa moderna, innecesaria en un día como aquel pero muy útil en invierno. El suelo era de losas de piedra, pulidas por el paso del tiempo y cubiertas por una estera de esparto para que los monjes pudieran postrarse de manera algo más cómoda.

Era una capilla muy sencilla.

—Es nuestra única oportunidad —dijo Arthur—. Si no está aquí, no hay ningún otro lugar en el monasterio que date del siglo v.

—Entonces pongámonos manos a la obra —respondió Claire.

Empezaron por el altar: intentaron empujar y tirar de las losas de piedra caliza, pero estaban fijas y pesaban una tonelada o más. Luego probaron suerte con las paredes de la capilla. Dedicaron casi veinte minutos a golpear en la escayola con los nudillos para intentar detectar un hueco. Agotada esa posibilidad, centraron su atención en el suelo.

—Ayúdame a enrollar la estera —dijo Arthur.

Cuando se arrodillaron, de espaldas al altar, Griggs se levantó y los observó a través de la reja de la ventana del ábside, pero volvió a agacharse de inmediato.

Claire empezó a golpear con suavidad las baldosas de piedra con la base de la linterna. Arthur se situó detrás de ella, intentando tener una visión general del lugar, y barrió las baldosas con su linterna.

Entonces la de Claire se apagó y se maldijo a sí misma.

—La he roto.

Arthur se rio.

—¿Qué creías que iba a pasar?

Cuando se agachó para ayudar a Claire a levantarse, apartó bruscamente la mano e iluminó un lugar en concreto.

—¡Mira!

Claire lo vio, pero la linterna de Arthur iluminaba ya otro punto, y luego otro.

Cuatro muescas en dos baldosas contiguas.

—«Póstrate ante Cristo y encuentra el Grial» —susurró Claire.

—Puntos de agarre para manos y pies —dijo Arthur con la respiración agitada—. Sujeta mi linterna e ilumina ahí.

Cogió un bolígrafo que llevaba en el bolsillo y lo utilizó para comprobar el estado del mortero entre ambas baldosas. Luego hizo lo mismo con el mortero que separaba dos baldosas distintas.

—El primero se desmenuza más fácilmente —concluyó—. Déjame intentarlo.

Se tumbó boca abajo y el frío del suelo le traspasó la camisa.

El altar y la cruz se alzaban ante él.

Buscó los surcos con los pies e hizo fuerza con los dedos.

Entonces se agarró a los asideros con las manos.

—En esa época eran más bajos —se quejó.

—¿Quieres que lo intente yo?

—Creo que yo soy más fuerte.

Contuvo la respiración e hizo fuerza: tiró con los dedos y utilizó los pies como punto de apoyo.

No sucedió nada.

Lanzó un gruñido y volvió a intentarlo.

¿Había oído un leve crujido?

Redobló los esfuerzos y notó que se sonrojaba y que se le encendían las orejas.

Se produjo un movimiento. Un pequeño movimiento en las losas.

Una vez más.

Cuando jugaba al rugby levantaba pesas. Como hacía siempre que llegaba a la última repetición, casi imposible, apretó los dientes y emitió un pequeño gruñido desde lo más profundo de su ser.

De pronto la piedra que tenía bajo el pecho se movió, cedió y cayó.

Claire lanzó un grito de sorpresa.

—¿Estás bien?

Arthur había quedado inclinado hacia delante, con la cabeza por debajo de la superficie del suelo. Sobresaltado, se puso en pie.

—La linterna —dijo Arthur—. ¡Ilumina aquí!

Vio cómo se había construido la sencilla trampa. La piedra que se había movido descansaba en un borde de un centímetro de ancho y, cuando quitó el falso mortero, se desplazó lo suficiente hasta caer.

Le pidió a Claire que lo ayudara a recuperar la losa del agujero. La sacaron y la dejaron junto a la estera enrollada.

El agujero que había bajo la piedra era del tamaño de tres cajas de zapatos.

Cuando lo iluminó con la linterna, se apoderó de él un sentimiento de honda decepción. Estaba vacío.

Se maldijo a sí mismo.

—No, espera —dijo Claire señalando un lugar en concreto—. Mira.

Entonces Arthur vio un pequeño pedazo de papel cuadrado en un rincón.

Estiró el brazo, lo cogió y lo desdobló.

Había tres palabras, una firma ampulosa y una fecha.

L'he trobat!

A. GAUDÍ, 1883

—¿Qué significa? —preguntó Claire.

—No lo sé, pero tenemos que darnos prisa y dejarlo todo como estaba.

Pusieron la losa en su sitio, con cuidado, y apartaron los dedos rápidamente para que no se los aplastara.

Mientras devolvían todo a su estado original, Griggs los observaba a través de la ventana del ábside.

Arthur salió afuera con cautela para coger un puñado de tierra que reemplazara el falso mortero.

Oyó un leve crujido que lo sobresaltó, pero supuso que eran los árboles mecidos

por el viento.

Cuando por fin acabaron, pisó las juntas de las losas y dijo que ya no podían hacer nada más. Desenrollaron la estera, salieron de la capilla y se detuvieron bajo los cipreses, con la cúspide teñida de amarillo por la luz de la luna.

Arthur tenía una aplicación de traducción en el móvil e introdujo las tres palabras. Era catalán.

«¡Lo he encontrado!».

—¡Estaba aquí! —susurró Arthur.

Griggs se había desplazado unos metros, a una zona más alta. Se apoyó en un muro que le llegaba a la altura de la cintura, situado en el límite del monasterio.

Levantó el rifle y los observó a través de la mirilla telescópica. La cabeza de Arthur volvió a ocupar la óptica. Con unos movimientos expertos y apenas perceptibles, Griggs activó el láser y quitó el seguro del arma.

Hengst seguía a su lado.

—¿Qué demonios haces?

—Ha encontrado algo —dijo Griggs.

—¿El Grial?

—Me da igual. Ha llegado el momento de liquidarlo.

—No, a menos que estemos seguros de que es el Grial.

Griggs puso el dedo en torno al gatillo.

—Vete a la mierda —le espetó.

Arthur y Claire estaban hablando en susurros frente a la capilla.

De pronto, Claire contuvo un grito al ver el punto rojo que se deslizaba por la sien de Arthur.

Antes de que la chica pudiera reaccionar, Hengst agarró el rifle por la culata y lo apartó de la mejilla de Griggs. El sonido del disparo silenciado fue imperceptible, pero el casquillo hizo ruido al caer al suelo.

—¡Agáchate! —gritó Claire, que tiró de él.

—¿Qué ha sido eso? —dijo Arthur, que cayó en la hierba junto a ella.

—¡Estaban apuntándote con un láser!

Griggs no soltó el rifle. Cuando Hengst se abalanzó sobre él, Griggs dio un culatazo en la mandíbula y el guarda gruñó y cayó al suelo.

Griggs volvió a colocarse sobre el muro y buscó a su objetivo con la mirilla.

—¿Dónde demonios estás? —murmuró en voz baja.

Arthur y Claire se habían escondido cerca de la puerta de la capilla, a salvo de Griggs gracias al edificio.

—Si intentamos regresar a la celda, podría dispararnos fácilmente —dijo Arthur.

—¡No podemos quedarnos aquí!

—Solo podemos hacer una cosa —dijo Arthur, con la respiración entrecortada—.

Tengo que encargarme de él.

—¡No!

—Toma. Coge la nota y las llaves del coche. Si no vuelvo, vete de aquí esta misma noche. Regresa a Francia. Olvídate de lo que ha sucedido.

—Arthur...

Se agazapó, notó que Claire apartaba la mano de su hombro y se dirigió hacia la esquina de la capilla. Entonces, tras respirar hondo unas cuantas veces, echó a correr hacia el muro.

Griggs seguía escudriñando los senderos que unían la capilla con los edificios principales. Estaba a punto de cambiar de posición y acercarse un poco más a la capilla cuando Arthur lo vio desde unos veinticinco metros, su silueta recortada sobre el cielo iluminado por la luna. Arthur encontró una piedra del tamaño de un huevo y la lanzó a la oscuridad. Cayó con un golpe seco a la izquierda de Griggs, que miró en esa dirección.

Arthur echó a correr hacia él tan rápido como se lo permitieron las piernas, en un estado de máxima concentración, presa del instinto de supervivencia.

Griggs lo oyó justo antes de que Arthur se abalanzara sobre él, y aunque se volvió con el rifle, lo hizo una fracción de segundo demasiado tarde para poder utilizarlo. Arthur le clavó el hombro en el estómago y logró derribar a aquel hombre más grande que él gracias al impulso que había tomado.

Oyó un insulto. Adoptó una postura encorvada, con los puños cerrados para intentar darle una paliza, pero Griggs no iba a dar su brazo a torcer tan fácilmente. Aún tenía el rifle en las manos y con un rápido movimiento vertical asestó un culatazo en las doloridas costillas de Arthur.

Griggs aprovechó que lo había dejado descolocado para procurar ponerse en pie con la intención de dispararle a bocajarro en la cabeza. Arthur, doblado por la mitad, no paraba de jadear, pero sacó fuerzas de flaqueza, se irguió con energía y le dio un fuerte puñetazo en la cara.

Sintió que la mano le estallaba de dolor. Había sido como golpear una pared de ladrillo, pero ni tan siquiera evitó que Griggs se pusiera en pie. Arthur incluso esperaba que el tipo sacudiera la cabeza y se pusiera a reír, pero sucedió otra cosa muy distinta.

Griggs se quedó quieto. El rifle le cayó de las manos. Sin pronunciar ni un sonido, se tambaleó hacia atrás y cayó por encima del muro, precipitándose ciento cincuenta metros montaña abajo, hasta que su cuerpo sin vida fue engullido por unos matorrales.

Arthur oyó ruido de ramas. Miró por encima del muro, pero solo vio un abismo negro.

Regresó corriendo a la capilla, donde Claire lo recibió con unos sollozos

frenéticos.

—¡Gracias a Dios! Estaba asustadísima.

—Vamos. —Arthur la cogió de un brazo y echó a andar hacia las celdas—. Tenemos que irnos de aquí.

Hengst se frotó el pómulo hinchado y se acercó hasta el muro por el que había caído Griggs. Después se guardó la pistola en la funda, con el silenciador aún caliente tras haber disparado una bala de 9 milímetros.

El rifle de francotirador de Griggs estaba tirado en la hierba, cerca del muro. Hengst lo cogió y le puso el seguro.

—Genial —dijo.

Una llamada en el teléfono móvil despertó a Jeremy Harp a las tres de la madrugada. Encendió la lámpara de la mesita de noche. Su mujer y él dormían en habitaciones separadas.

—Harp —respondió con voz ronca, confundido por un sueño interrumpido.

—Doctor Harp, siento despertarle, pero ha habido novedades.

—¿Con quién hablo?

—Lo siento, soy Peter Hengst. Griggs ha intentado matar a Malory. He tenido que dispararle.

—¿Griggs ha muerto?

—Sí.

—¿Y Malory está bien?

—Sí. No sabe nada.

—Sabía que no podía confiar en Griggs. Menudo cabrón. ¿Dónde estás?

—Aún en Montserrat. Me parece que Malory ha encontrado algo en una pequeña capilla que se encuentra en los terrenos del monasterio.

Harp cerró los ojos con fuerza.

—¿El Grial? —preguntó.

—No lo creo. He oído que Malory decía algo así como «Estaba aquí».

Harp abrió los ojos, decepcionado.

—De acuerdo. Elimina cualquier rastro que haya dejado Griggs. Seguro que sabes qué debes hacer. Y no los pierdas de vista. Imagino que sabes lo que esto significa.

—No, señor, ¿qué?

—Significa que has conseguido un ascenso. Eres mi nuevo jefe de seguridad.

Realizaron gran parte del trayecto en silencio, mientras la oscura montaña se perdía de vista en el espejo retrovisor.

Al final Arthur no aguantó más.

—He matado a alguien.

—No tenías elección.

—No creo que el puñetazo que le propiné fuera violento.

Agarraba el volante con tanta fuerza que le dolía la mano con la que había pegado al hombre.

—¿Quieres que conduzca yo? —preguntó Claire.

—No, estoy bien. Tenemos que concentrarnos. Tengo que concentrarme.

—¿Era el mismo hombre que mató a Holmes y a su mujer?

—No puedo asegurarlo, estaba muy oscuro. Tenía barba. Pero tal vez era él.

—Entonces quizá también fue él quien mató a Tony.

—Quizá.

—Pues me alegro de que haya muerto. Esperemos que esto sea el final. Con suerte ya no te seguirán más.

—«Las partes interesadas» —dijo Arthur con voz monótona—. Es lo que dijo esa noche. Esto no ha acabado, Claire. Seguro que son más de uno. No acabará hasta que encontremos el Grial.

Mientras avanzaban por la autovía desierta, Arthur intentó quitarse de la cabeza la imagen del hombre precipitándose al vacío y concentrarse en lo que habían descubierto.

Antoni Gaudí.

Solo sabía lo básico de aquel hombre: era arquitecto, un genio que había diseñado algunos de los edificios más importantes de Barcelona.

«¡Lo he encontrado!».

Debían ir a Barcelona.

No había tráfico. No los seguía nadie, de eso estaba seguro. Pero también lo había estado en el camino a Montserrat.

Le dio su móvil a Claire. La pantalla brilló en la oscuridad mientras ella leía en voz alta las descripciones de los hoteles más céntricos de la ciudad. Arthur eligió uno y Claire se encargó de llamar. Un recepcionista del turno de noche les dijo que podrían entrar en la habitación antes del amanecer.

Llegaron al barrio del Raval, situado junto a las Ramblas. El hotel España le pareció una buena elección ya que, según su descripción, era obra de Lluís Domènech i Montaner, contemporáneo de Gaudí.

Arthur se acercó a la máquina de hielo que había al final del pasillo de su piso

para coger una bolsa y poner la mano en frío.

—¿Crees que te la has roto? —preguntó Claire.

—Lo dudo. Me rompí muchos huesos jugando al rugby. Por regla general, si el hueso no atraviesa la piel, no es muy grave.

Estaban demasiado cansados para desvestirse. Durmieron cinco horas de un tirón y, de no haber sido por la alarma del móvil de Arthur, habrían dormido hasta bien entrada la tarde.

Cuando se despertaron le preguntaron al conserje dónde había una buena librería en la zona. La Central del Raval, ubicada en una iglesia del siglo XVII, estaba a tiro de piedra del hotel. Era un local muy espacioso con un gran catálogo y un café bullicioso, pero después de dedicar varios minutos a buscar en vano se dieron cuenta de que necesitaban ayuda para orientarse entre tantos libros en catalán.

Los atendió el gerente de la librería, un hombre con una espesa mata de pelo y pinta de profesor universitario que se ofreció a mostrarles el material del que disponían sobre Gaudí.

—En cuanto a su obra y su arquitectura, todos estos libros están traducidos al inglés. El mejor, en mi opinión, es este de Esteve Vallespir, experto en Gaudí; tal vez no tenga las mejores fotografías, pero ofrece el análisis más profundo. Este, en cambio, tiene unas fotografías magníficas; es muy bonito, pero es un libro de gran formato, no para llevar por la calle.

Arthur cogió ambos volúmenes.

—Creo que necesitaríamos algún libro sobre su vida —dijo Claire—. No queremos limitarnos a sus edificios, nos gustaría entenderlo también a él.

El gerente asintió; estaba de acuerdo con Claire.

—Biografías, sí; ese es el enfoque más acertado para entender a Gaudí. Veo que no son unos turistas como los demás. Solo tenemos dos biografías en inglés. Esta, escrita por un autor holandés, es muy buena, y esta otra, traducida del catalán, aporta unos puntos de vista muy interesantes.

—Ha sido muy amable —dijo Arthur mientras el gerente pasaba los volúmenes por el lector de código de barras—. Aparte de los libros, ¿podría recomendarnos a algún especialista sobre Gaudí que viva en Barcelona, un conservador de museo, un profesor universitario o cualquier otro experto con el que pudiéramos hablar y hacerle algunas preguntas?

El joven se rascó la frente, pensativo.

—Bueno, la primera persona que me viene a la cabeza es la bibliotecaria de la biblioteca Enric Casanelles de la Casa Museu Gaudí. No está abierta al público, pero pueden llamar por teléfono.

—Por casualidad, no tendrá el número, ¿verdad? —apuntó Claire.

—Debo de tenerlo en algún sitio —dijo el hombre, que parecía un poco agobiado.

—¿Cree que hablan inglés? —preguntó Claire con la mejor de sus sonrisas.

El gerente de La Central lanzó un suspiro.

—¿Quieren que la llame yo? Es una clienta habitual de nuestra librería y la conozco.

—¡Es usted increíble! —exclamó Claire, y su comentario hizo que el librero se ruborizara.

Al cabo de unos minutos, el hombre regresó de su despacho sonriendo. La bibliotecaria, Isabel Bellver, los atendería esa misma tarde como un favor especial.

Cuando Arthur y Claire regresaron al hotel, se tumbaron en la cama, pidieron café al servicio de habitaciones, se repartieron los libros y dedicaron un par de horas a leerse fragmentos el uno al otro.

—Gaudí nació en 1852, por lo que en 1883 tenía treinta y un años.

—Después de obtener el título de arquitecto en la Escuela Provincial de Arquitectura de Barcelona, pasó a formar parte de los modernistas, un grupo que buscaba la identidad cultural del pueblo catalán a través de la arquitectura.

—Aquí dice que Gaudí rechazó las formas de la arquitectura más tradicional (cubos, esferas y prismas) y las sustituyó por las formas curvas de algunos elementos de la naturaleza, como flores, huesos y tallos de plantas.

—Escucha esto. En 1883 Gaudí fue recomendado para que se encargara del proyecto de construcción de una basílica en honor de la Sagrada Familia. Al principio no quiso aceptar el encargo, pero luego, por algún motivo, cambió de opinión y se dedicó a él hasta el día en que murió, cuarenta y tres años más tarde. Las obras no han parado desde entonces y aún están en marcha. De hecho, por increíble que parezca, se cree que no finalizarán hasta 2026.

—1883. ¿Crees que es una coincidencia?

—Quién sabe.

—Alrededor de la misma época también se convirtió en el arquitecto de Eusebi Güell, un rico industrial; a lo largo de su carrera diseñó varios edificios y jardines para la familia Güell. Esta tarde iremos al Park Güell. Durante un tiempo, Gaudí y Güell vivieron uno junto al otro. En la actualidad, la casa de Gaudí alberga su museo.

»Cuando Güell murió en 1918, Gaudí no aceptó más encargos y se dedicó en exclusiva a la Sagrada Familia. Con el tiempo acabó trasladando su estudio a la basílica, donde vivió hasta su muerte.

»Falleció en 1926. Un día, al salir de la Sagrada Familia para asistir a misa, fue arrollado por un tranvía. Al principio la policía lo confundió con un mendigo y lo trasladaron a un hospital de beneficencia, donde murió al cabo de unos días. Su entierro fue uno de los más multitudinarios que ha habido jamás en Barcelona. Su muerte dio pie a un debate sobre el lugar en el que debía ser enterrado, y al final recibió una dispensa oficial de la Iglesia para ser enterrado en la cripta de la Sagrada

Familia.

»En 1936, durante la Guerra Civil, su archivo y su taller de la Sagrada Familia fueron saqueados y gran parte de sus documentos personales, planes arquitectónicos y maquetas fueron destruidos.

Cuando acabaron, habían extraído la esencia de la vida del arquitecto cual el zumo de un limón. Pero, en el fondo, no era más que una recopilación de hechos que no les había permitido aproximarse al «¡Lo he encontrado!».

Después de comer pararon un taxi y se dirigieron hacia la colina del Carmel. Todavía faltaba una hora para su cita con la bibliotecaria, pero querían que les diera tiempo de visitar el Park Güell.

Sin embargo, de repente Claire agarró a Arthur del brazo y señaló algo.

Las agujas de la Sagrada Familia se divisaban entre los edificios.

—¿Podemos ir ahí primero? —preguntó.

—Tenemos tiempo para echar un vistazo rápido, pero poco más.

El taxista los dejó en la plaza que había frente a la fachada de la Natividad, y ambos alzaron la cabeza, maravillados.

Era casi imposible comprender cabalmente la magnitud, la complejidad y la audacia de aquel templo. Ocho de las dieciocho torres concebidas originalmente se elevaban a gran altura, en contraste con el pálido cielo azul, sobrepasadas tan solo por las grúas. La fachada de la Natividad y sus campanarios, la primera sección completada, eran tan conocidos como cualquiera de las catedrales góticas de Europa y a la vez tan extraños y ajenos como una obra de ciencia ficción. Las torres parecían tan duras como la piedra de la que estaban hechas, pero al mismo tiempo eran suaves como un caramelo fundido al sol.

Aunque el templo estaba tan arraigado a la tierra como cualquier construcción humana, transmitía la sensación de que crecía ante los ojos del que lo observaba. Cada columna, cada arco, cada aguja destilaban una compleja simbología inspirada en el mundo natural: tortugas, camaleones, bueyes, mulas, serpientes, pájaros, huevos. Los signos del zodiaco. También había plantas: hojas, frondas, ramas, tallos, y hasta cipreses. Y un grupo de estatuas que no parecía tener fin. Ángeles músicos. Pastores adoradores. Los tres reyes de Oriente. María, coronada por Jesús mientras eran observados por san José. Y a pesar de la gran densidad de detalles, ningún elemento parecía competir con los demás. Todos armonizaban como la miríada de instrumentos de una orquesta sinfónica.

Arthur y Claire rodearon el templo, abriéndose paso entre la multitud de turistas, y se deleitaron con la fachada de la Pasión y con la de la Gloria, aún por acabar. Claire no paró de tomar fotografías con el teléfono móvil. Ambos guardaron silencio, con el convencimiento tácito de que cualquier palabra o expresión de sorpresa y deleite podía trivializar la experiencia.

—Dios mío —dijo Claire cuando tomaron otro taxi—. ¿Esto es obra de un solo hombre? ¿Qué mente podía concebir algo así?

Con cierto porte imperial y treinta años recién cumplidos, era un hombre que intentaba hacerse sitio en el difícil y competitivo mundo de la arquitectura profesional en una ciudad que se definía a sí misma como la joya arquitectónica de Europa.

Ya se había granjeado una reputación como joven promesa y caminaba a grandes zancadas y con paso decidido, erguido, con la cabeza alta y los hombros rectos. Aunque no destacaba por su altura ni por su gran atractivo, no eran pocas las personas que volvían la cabeza a su paso, y eso se debía a esa seguridad en sí mismo, su pelo rojizo, su barba imponente y sus maravillosos ojos azules.

Salió del edificio donde vivía, se deleitó con la cálida brisa otoñal y con el aroma a pan recién hecho y a carne asada que impregnaban el aire, y echó a andar por la estrecha calle del Call. Disponía de una hora hasta la cita que había concertado en el barrio del Eixample y caminó a un ritmo moderado para llegar a la hora en punto.

—Buenos días, señor Gaudí —lo saludó un sastre que se encontraba frente al escaparate de su taller.

El joven arquitecto estaba ensimismado en sus pensamientos y respondió sobresaltado.

—Buenos días. Sí, tiene razón. Hace un buen día. No hay ni una nube en el cielo.

Tenía muchas cosas en la cabeza. Tan solo habían transcurrido cinco años desde que había obtenido su título universitario, pero no habían parado de lloverle los encargos: una cooperativa de trabajadores, la Obrera Mataronense; la Casa Vicens, una gran residencia privada situada en el barrio de Gràcia; un pabellón de caza para un influyente industrial, Eusebi Güell, que le había insinuado que cabía la posibilidad de que le encargara más proyectos familiares si todo salía bien. La reunión de hoy era un pequeño incordio. Un librero llamado Bocabella, al que no conocía en persona pero que tenía fama de excéntrico, había puesto en marcha un proyecto eclesiástico financiado por él mismo: una nueva catedral en una ciudad que ya tenía una, la venerable Catedral de la Santa Creu i Santa Eulàlia.

Al parecer, el librero había tenido problemas con el primer arquitecto al que había contratado. Francisco de Paula del Villar solo había aguantado un año, frustrado por sus relaciones con Bocabella. Joan Martorell, uno de los antiguos profesores de Gaudí y gran defensor del inmenso talento del joven, propuso a su ex alumno como sustituto, y Gaudí accedió a reunirse con el librero por respeto a su antiguo maestro.

Al acercarse a la obra, situada por encima de la avenida Diagonal, llena de carruajes y una de las calles más modernas de Barcelona, Gaudí vio alrededor de un

centenar de peones en un terreno cubierto de maleza. Habían puesto una parte de los cimientos, pero era imposible adivinar la filosofía del diseño que escondía la obra. Había oído que iba a ser un edificio neogótico, aunque no había prestado demasiada atención al asunto porque debía atender sus propios proyectos.

Bocabella lo vio antes que él y se apresuró a saludarlo.

—¡Usted debe de ser Gaudí! —le gritó desde lejos—. Me habían dicho que era pelirrojo y ¡es el único que veo por aquí!

Bocabella tenía una mata de pelo blanco y un tupido bigote también blanco. Doblaba en edad a Gaudí, pero se movía como un joven, con pasos pequeños y rápidos y con una energía en apariencia infinita. Cuando se encontraba muy cerca del arquitecto, se detuvo y lo miró fijamente.

—¡Esto es obra de la providencia! No existe otra explicación. Hace un par de noches soñé que el hombre que salvaría mi proyecto, el cual el sinvergüenza de Villar ha intentado destruir, ¡tenía los ojos azules! ¡Y usted tiene los ojos más azules que he visto jamás!

Gaudí no sabía cómo reaccionar.

—Bueno, me alegro de conocerlo —se limitó a decir—. Conozco bien sus obras filantrópicas en nombre de la Iglesia.

Bocabella era el fundador de la Asociación Espiritual de Devotos de San José, un grupo dedicado a honrar al santo porque consideraba que nunca había recibido el mismo respeto que la Virgen María. «¡Toda la familia es importante! —exclamaba Bocabella—. No pretendo restar importancia a la Santa Madre y al Santo Hijo. Pero José fue el marido de María, y para los cristianos no hay nada más importante que la familia, sobre todo para los pobres y desdichados. ¡Este será un templo para los pobres!».

Su iglesia se llamaría Templo Expiatorio de la Sagrada Familia, aunque todo el mundo lo llamaba ya por su nombre abreviado. Las obras habían empezado en 1882. Villar había concebido una iglesia que siguiera la tradición gótica, tomando como punto de partida la forma de una catedral tradicional.

El librero acompañó a Gaudí en la visita de rigor de la obra. El arquitecto vio la estructura excavada de una cripta, inspeccionó los cimientos y reparó en la desgana con la que trabajaban los picapedreros.

—Sí, señor —dijo Bocabella—. Los obreros son como un barco sin timón. Yo no puedo supervisarlos. Sé de libros, pero no sé nada de piedras.

Gaudí repasó los planes arquitectónicos de Villar y los desdeñó en silencio por considerarlos ordinarios y carentes de toda inspiración. Su propio estilo estético lo había llevado a abrazar las posibilidades del modernismo y a trascenderlo para incorporar más rasgos naturalistas. No podía atravesar un parque sin coger una flor para examinar su tallo, o ver un pájaro muerto y no detenerse para examinar sus alas.

Un amigo médico había llegado a dejarlo entrar en la sala de anatomía de la facultad de Medicina para que viese un esqueleto humano despojado de carne.

Al final de la visita, Bocabella cedió al impulso y le ofreció el encargo de la obra ahí mismo.

—Usted es la persona más adecuada para esto, señor Gaudí. No me cabe la menor duda. ¿Quiere encargarse de la construcción del templo? ¿Me ayudará a dar forma a mi visión?

Gaudí respondió educadamente que consideraría la oferta, pero advirtió a Bocabella que andaba ocupadísimo y que no estaba muy seguro de poder hacer justicia a un proyecto de ese tamaño y esa envergadura. Sin embargo, le dejó muy claro que, en el improbable caso de que aceptara, no se sometería al diseño de Villar, sino que asumiría el control arquitectónico absoluto de la obra.

Bocabella asintió con entusiasmo, aceptaba sus condiciones.

—¿Cuándo podrá darme una respuesta? —preguntó.

—Voy a tomarme unos días de descanso en Montserrat —contestó Gaudí—. Le responderé a la vuelta.

—¡Montserrat! —exclamó el librero—. ¡Sabía que era el hombre adecuado! Peregrino varias veces al año a Montserrat. En una de las últimas ocasiones vi la imagen de la Sagrada Familia en un cuadro y tuve una revelación: en ese momento supe que debía construir un templo en su honor. Vaya a Montserrat y rece. Estoy convencido de que regresará con buenas noticias para mí.

Gaudí preparó una pequeña mochila para su retiro espiritual. Después de medio día de viaje en carro y una larga caminata por el sendero de la montaña, llegó al monasterio, donde el abad, Miguel Muntadas, lo recibió con un caluroso saludo. Al clérigo le gustaba decir que era tan viejo como el santuario. Llevaba treinta años en el cargo. Era un visionario con una idea muy clara de cómo había que restaurar el monasterio tras la destrucción perpetrada por los franceses. En 1812 el ejército de Napoleón había quemado y hecho volar por los aires un grupo de edificios, lo que dejó el santuario en ruinas. Años antes Muntadas había descubierto que ese ferviente y joven peregrino era arquitecto y aprovechaba las visitas de Gaudí para darle la lata e intentar empaparse de sus conocimientos.

Antes de que Gaudí hubiese podido descargar la mochila y beber un poco de agua, el abad, un hombre lleno de brío para su edad, le tiró de la manga para mostrarle el lugar al que llegaría el ferrocarril de cremallera cargado de peregrinos y la nueva ubicación de la basílica.

—Me han dicho que el papa León está dispuesto a abrir el monedero por nosotros —dijo el abad, muy feliz—. Se ha formado un comité. Elegirán a Villar como arquitecto encargado de la construcción de la basílica. Propuse tu nombre, pero me

temo que querían a alguien más experimentado. ¿Qué te parece Villar?

—Hará un buen trabajo —gruñó Gaudí.

—¡Quizá cuando empiece la excavación para la cripta de la nueva iglesia encontremos el Santo Grial! —exclamó el abad repitiendo una broma habitual en la montaña.

Aunque la mayoría de los peregrinos tenían que montar su propia tienda de campaña y arreglárselas solos, Gaudí gozaba de un privilegio especial y tenía su propia celda en la residencia de los monjes. Tras vaciar la mochila, se tumbó en la cama para descansar.

No obstante, la tristeza pudo con él y rompió a llorar. Intentó contener el torrente de lágrimas y cerró los puños con fuerza, furioso consigo mismo por su propia debilidad.

¡Tenía que superarlo! ¡Tenía que quitársela de la cabeza!

Siempre había sido un hombre introvertido, sin el don de la palabra, alguien que se sentía más a gusto leyendo un libro o haciendo bocetos que hablando con otra persona. Desde luego no era un donjuán. De hecho, nunca había estado con una mujer. Sin embargo, su visión sobre la vida cambió al convertirse en el protector tío de su sobrina Rosita, y el concepto de compañía femenina y de formar una familia pasaron a ser una constante en su pensamiento.

Su amigo Salvador Pagés, de Mataró, le había presentado al señor Moreu, de esa misma población, y que resultó tener dos hijas solteras. Allí conoció a una de ellas, Josefa, una chica preciosa y delgada a la que llamaban Pepeta. Gaudí recibió el flechazo de Cupido. Pepeta tenía unos rasgos muy suaves y el pelo de un tono rubio rojizo, casi caoba. Cantaba, tocaba el piano, era aficionada al deporte y le gustaba bañarse en el mar. Algunos decían que era muy audaz para ser una chica. ¡Era una librepensadora que incluso leía periódicos republicanos!

Cuando el tímido Gaudí se armó por fin de valor y le pidió matrimonio, descubrió que Pepeta ya estaba comprometida con otro hombre, un próspero comerciante de lanas. Desconsolado, se encerró en su mundo interior para aplacar el dolor y a través de las plegarias se flageló, no con ortigas ni látigos, sino con una penitencia mental.

No era digno de ella. Si Pepeta lo había rechazado, él rechazaría a las demás mujeres. E iría más allá. Adoptaría la vida de los principales místicos españoles que se esposaban con la llama de amor viva, el camino espiritual que conducía a Dios a través de la negación de la carne. Rehuiría la compañía de mujeres para siempre. Ayunaría y se negaría la carne. Haría purgas con abundantes cantidades de agua. Y, por encima de todo, ¡trabajaría!

Y cuando estaba a punto de derramar las lágrimas por un amor perdido o un camino no tomado, simplemente continuaba su camino y se quitaba esos pensamientos de la cabeza.

Bajó de la cama, se arrodilló y rezó.

En el silencio del atardecer, después de asistir al oficio de vísperas con los monjes en la iglesia provisional, Gaudí fue a dar un paseo para airearse. Mientras caminaba entre la vegetación silvestre en los límites de los terrenos del monasterio, meditó sobre la frívola observación del abad con respecto al Grial.

No era ningún secreto que Montserrat siempre se había considerado uno de los escondites más probables del Grial. De hecho, los monjes e incluso el abad habían sacado partido astutamente de ese supuesto para aumentar el número de peregrinos y de donativos. Gaudí tomó nota mental de que regresaría a la montaña cuando hubieran empezado las excavaciones y así poder ver lo que había bajo tierra.

El paseo lo llevó hasta la ermita de Sant Iscle, uno de sus lugares favoritos de la montaña. Siempre había considerado que la pequeña estructura era perfecta en todos los sentidos, un ejemplo primitivo de arquitectura cuyo objetivo —crear un espacio sencillo para glorificar a Dios y ser uno en la oración— se había satisfecho de forma brillante. Sabía que tendría la capilla para él solo, ya que a esa hora los monjes no tardarían en retirarse para dormir. Antes de entrar en el pequeño edificio, apagó el cigarrillo y lo dejó en una roca plana.

Empezaba a oscurecer, de modo que hurgó en los bolsillos para coger unas cerillas y encendió una para prender una vela. Como siempre, no había ninguna silla o banco donde sentarse. Los monjes se arrodillaban y postraban frente al altar sobre una estera de esparto, y él tendría que hacer lo mismo. La estera en cuestión estaba enrollada y apoyada en una de las paredes, y enseguida entendió el motivo. Uno de los extremos estaba quemado en parte, víctima, supuso, de una vela que había caído. Uno de los beneficios de las construcciones de piedra, pensó, era que apenas había nada inflamable.

Gaudí encendió los cirios del altar y admiró la primitiva sencillez de la gran cruz de hierro. No había nada que pudiera distraerlo de sus oraciones, ni siquiera la imagen de Jesucristo sufriendo por los pecados de los demás. Decidió rezar una oración más personal. Tras permitir que Pepeta invadiera sus pensamientos, se sentía débil y necesitaba una nueva dosis de fortaleza espiritual.

Se arrodilló sobre las frías losas de piedra y agachó la cabeza; se disponía a rezar el avemaría cuando algo lo distrajo. Los dedos de la mano derecha habían encontrado una hendidura en una de las losas, y cuando se irguió para observarla vio que había una hendidura similar a la altura de la mano izquierda.

La curiosidad lo llevó a ponerse en pie, y su aguda vista le permitió ver dos hendiduras más, situadas a la distancia de un cuerpo del altar, en la losa contigua. Cogió uno de los cirios, lo acercó a cada uno de los surcos y los inspeccionó con el dedo. Saltaba a la vista que eran obra del hombre, precisos, cincelados y pulidos.

Entonces vio otro detalle que le llamó la atención. Gaudí era un maestro del color,

de las texturas, y poseía un dominio exquisito de las técnicas de construcción. Había algo raro en el mortero que había entre las losas. Era más basto que el de las otras losas y un poco más claro. Acercó el cirio a la base, cogió la navaja que llevaba en el bolsillo y escarbó con la pequeña hoja. El mortero se deshizo y saltó fácilmente. Sin embargo, el que había a la derecha era tan firme como la propia losa.

Se puso en pie y volvió a guardar la navaja.

Se quedó mirando los surcos, tuvo una revelación y se precipitó hacia la puerta de la capilla para comprobar que no se acercaba nadie.

Cuando se aseguró de que no iba a tener visitas, se acercó de nuevo a las losas y localizó las hendiduras con las manos y los pies. Entonces tiró con todas sus fuerzas con las manos, como si estuviera ascendiendo a la cima de una colina.

Sintió que el mortero empezaba a ceder y tiró con más fuerza. La losa que se encontraba más cerca del altar se movió y de repente uno de los extremos cayó con un ruido sordo en el hueco que tenía debajo, y el propio Gaudí se inclinó hacia delante.

Asustado, se puso en pie y cogió el cirio.

¡Había un agujero rectangular!

Apartó la losa con todas sus fuerzas y la puso de lado.

Introdujo la mano en el hueco y tocó algo suave, cálido, más cálido que las piedras bajo las que estaba enterrado, más cálido que su propia mano. Lo sacó, se lo puso en el regazo y acercó el cirio para observarlo.

Se dio cuenta al instante de lo que era.

De lo que tenía que ser por fuerza.

—Dios mío —murmuró entre sollozos—. Dios mío, Dios mío, Dios mío.

Se le había acelerado tanto la respiración que tenía miedo de perder el conocimiento.

Tuvo que hacer un gran esfuerzo para recuperar la compostura y decidir qué iba a hacer.

Reaccionó de forma casi instintiva: arrancó una hoja de la libreta que llevaba siempre encima, garabateó algunas palabras, dobló el papel y lo dejó en el hueco. Entonces lo cubrió de nuevo con la losa y, gracias a sus conocimientos, cogió el mortero que había quitado, le añadió arena del suelo que había frente a la capilla, y lo mezcló todo con saliva. Aplicó la masa con la punta de la navaja, escondió el hallazgo bajo la chaqueta y regresó casi corriendo a su celda.

Pasaría el resto de su vida haciendo penitencia por lo que había hecho esa noche. No tenía derecho a llevárselo, no le pertenecía. Solo, sentado en la cama en la sencilla celda de monje, se pasó la noche mirándolo y maravillándose por sus extraordinarias propiedades.

¿Era un accidente que lo hubiera encontrado?

¿O había sido obra de la divina providencia?

Justo cuando Bocabella le había propuesto lo que ningún hombre moderno había hecho, construir un nuevo templo, ¡lo había encontrado!

Se convenció de que debía perseguir un fin más elevado.

Situado en lo alto de una colina con vistas a la ciudad, en la época de Gaudí el Park Güell fue construido en una zona rural, pero con el paso del tiempo la ciudad había acabado engulléndolo. Arthur y Claire bajaron del taxi y echaron a caminar cuesta arriba en dirección al parque, que los recibió con una brisa más fuerte y un poco más fresca.

El museo se encontraba en la casa en la que Gaudí había vivido con su sobrina durante veinte años. Estaba pintada de un rosa tropical, con contraventanas verdes y rematada con una aguja adornada con una cruz, similar a las que podían verse en las iglesias. Era una casa pequeña en comparación con la residencia de Eusebi Güell, que se encontraba no muy lejos de allí, y tenía unas vistas de toda la ciudad que alcanzaban hasta el mar. El parque había sido uno de los pocos fracasos comerciales de Güell. Lo había concebido como una especie de urbanización para atraer a los ciudadanos más acaudalados a alguna de las sesenta lujosas casas que lo conformaban, pero no había encontrado compradores. Ni siquiera logró vender la casa rosa y convenció a Gaudí de que la comprara a precio de ganga.

Aún tenían un rato libre, por lo que aprovecharon para visitar las habitaciones de la planta baja, un espacio precioso decorado con un estilo austero y hasta cierto punto ascético, en cuyas paredes había varios crucifijos. A la hora acordada se presentaron ante la mujer de recepción, que les indicó que debían subir las escaleras y dirigirse al archivo.

Isabel Bellver estaba sola en la pequeña biblioteca. Hasta el último palmo de superficie vertical estaba cubierto de librerías con vitrinas. De no ser por el alto techo con vigas y de las fantásticas vistas de la ciudad, aquella sala habría resultado claustrofóbica.

La bibliotecaria rondaba los sesenta años, tenía el pelo blanco recogido en una coleta y llevaba un vestido moderno. No parecía disgustada con la visita, pero les dejó muy claro que no le hacían demasiada gracia las citas concertadas sin apenas aviso previo.

—Por lo general, recibimos peticiones formales por carta o a través de nuestra página web con mucha antelación, especificando el motivo concreto por el que el estudioso o el investigador necesita usar el archivo. Nos gusta aprobar todas las peticiones razonables, por supuesto, pero, como pueden ver, disponemos de un espacio limitado, por lo que nos vemos obligados a controlar el flujo de visitas.

—La entiendo perfectamente —dijo Arthur con la mejor de sus sonrisas.

La bibliotecaria se ablandó un poco.

—Álvar, de La Central, es un encanto, por eso he decidido tener este detalle con él. Por suerte esta tarde no hemos recibido la visita de más investigadores. En fin,

díganme en qué puedo ayudarlos.

Claire llevaba la nota doblada en el bolso.

—Tenemos un documento —dijo Arthur—. Creemos que está firmado por Gaudí. Teníamos la esperanza de que pudiera confirmárnoslo y de averiguar algo más sobre el tema.

Bellver enarcó las cejas. Cogió el papel que le tendía Arthur, lo desdobló y lo miró fijamente.

—¡Es extraordinario! —exclamó—. Es su firma, sin duda. ¿Son conscientes de que tienen en su poder un material excepcional? Solo existen unos pocos documentos escritos de su puño y letra, ya que la mayoría se perdieron durante la Guerra Civil. ¿Dónde lo han encontrado?

Habían pergeñado una historia que no guardaba el menor parecido con la verdad. Y la bibliotecaria se la creyó sin reservas.

—Bueno, 1883 fue un año importante para Gaudí, pero no entiendo a qué podría hacer referencia aquí. ¿Qué encontró?

—Eso es lo que estamos intentando averiguar —dijo Claire.

—Teníamos la esperanza de que nos permitiera examinar los documentos que poseen de Gaudí para ver si podemos encontrar alguna referencia a esta nota. Algo que tal vez aporte un poco de contexto.

—Aquí no tenemos ninguno de sus documentos manuscritos —dijo Bellver—. Puedo mostrarles algunas reproducciones, que son las mismas que aparecen en varios libros, pero les aseguro que ninguna arrojará algo de luz a su documento. Existen tan pocos que los conozco todos. Está su entrada firmada para la Exposición Universal de Barcelona de 1888, una colección limitada de sus trabajos de escuela y de boletines de notas cuando estudiaba arquitectura, un número muy reducido de cartas personales que tratan asuntos del todo intrascendentes, algunas cartas de negocios que hacen referencia a cambios de planes, pagos que le debían relacionados con diversos proyectos de construcción y, hacia el final de su vida, un legado en honor a su madre y un testamento y últimas voluntades en las que dejaba sus bienes al arzobispo de Tarragona y al rector de Riudoms. Me temo que eso es todo.

—¿Dónde se conservan esos documentos? —preguntó Claire.

—En varios archivos. Algunos se encuentran en la Biblioteca de Catalunya; otros están dispersos. —La mujer lanzó un suspiro—. Me temo que no les he sido de gran ayuda. Como les he dicho, tengo reproducciones de algunas de esas cartas y puedo ayudarles con la traducción si no entienden el catalán.

—Es usted muy amable —dijo Arthur—, pero no parece una opción muy productiva. ¿Se le ocurre alguien que pudiera echarnos una mano con la nota?

La mujer lanzó un nuevo suspiro, esta vez más fuerte.

—¿Saben qué? Les propongo un trato. Voy a pedirle un favor muy grande a un

buen amigo mío que seguramente no lo será tanto después de que lo llame. Me refiero a Esteve Vallespir, el mayor experto del mundo en Gaudí.

—Hoy mismo hemos comprado uno de sus libros —comentó Claire.

—Sí, ha escrito varios. Es un hombre mayor y no le gusta demasiado atender visitas, pero creo que su documento le interesará. Voy a intentar que los reciba.

—Antes ha dicho que nos ofrecía un trato —dijo Arthur.

—Me gustaría comprarles el documento. No sé cuánto cuesta ni cuánto puedo pagar, pero si está en venta quiero tener la oportunidad de comprarlo.

Arthur le tendió la mano.

—Le prometo que será la primera persona a la que vendremos a ver.

La Escola Tècnica Superior d'Arquitectura de Barcelona de la Universitat Politècnica de Catalunya era, según les había dicho la bibliotecaria, una de las mejores escuelas de arquitectura de España, y no era de extrañar que Gaudí todavía fuera objeto de estudio y veneración.

Se encontraba en la zona norte de Barcelona, en la transitada avenida Diagonal. El edificio de Vallespir era bajo y moderno, aunque bastante corriente para tratarse de una facultad de Arquitectura en una ciudad tan obsesionada con dicha disciplina como Barcelona. Un estudiante les indicó el camino y encontraron el despacho del profesor en el segundo piso.

El anciano se encontraba solo, sin secretaria ni ayudante, sentado a su escritorio, encorvado, en un despacho abarrotado de libros y papeles. En cierto modo se parecía a Gaudí tal y como aparecía en algunas fotografías hacia el final de su vida. Tenía una barba blanca y rebelde que pedía a gritos la intervención de un barbero y que monopolizaba la atención y la desviaba de la calva y de su dermatitis. Llevaba unos pantalones de sarga que le quedaban muy cortos, una camisa blanca con el cuello gastado y una pajarita torcida.

Habló con voz autoritaria y fuerte acento inglés.

—No quería verlos. Francamente, en la actualidad no me apetece ver a nadie, pero Isabel es muy persuasiva. Entren. Les doy cinco minutos. Me iré pronto a casa. No me encuentro muy bien.

—Lamentamos las molestias que le hayamos podido causar —dijo Arthur—. Intentaremos no robarle mucho tiempo. Estamos buscando respuestas a un documento de Gaudí que hemos encontrado recientemente.

—¿Dónde lo han encontrado? —preguntó el anciano.

Claire repitió la historia inventada.

—Estaba curioseando unos libros de mi abuela y encontré una carta en el interior de un volumen sobre arquitectura modernista.

—¿Qué libro era?

—No recuerdo el título —respondió, algo incómoda—. Era bastante viejo, francés.

—¿Su abuela era francesa?

—Sí, de Toulouse.

El profesor negó con la cabeza.

—Gaudí no tenía ningún vínculo con Toulouse. Déjeme ver el documento.

Mientras lo leía, Arthur examinó el rostro surcado de arrugas del anciano, atento a cualquier reacción, pero Vallespir se mostró impasible.

—«Lo he encontrado» —dijo el profesor—. No sé a qué se refiere, aunque doy fe de que es la firma auténtica de Gaudí. ¿Toulouse, dice?

Claire asintió.

Vallespir repitió que Gaudí no tenía ningún vínculo conocido con alguien de Toulouse o de esa región de Francia. Les devolvió el documento con un gesto brusco y les dijo que no podía ayudarlos.

Arthur reaccionó con rapidez. La mayor autoridad mundial en Gaudí les había concedido audiencia y estaban a punto de perder una oportunidad de oro. Si la reunión acababa en un callejón sin salida, no tendrían a quién acudir.

—Lo siento, profesor, pero no le hemos contado la verdad. La historia real es un poco más controvertida.

Vallespir enarcó las cejas.

—Prosiga.

—Encontramos el documento en Montserrat.

El hombre se puso tenso y les dirigió una mirada de indignación.

—¿Cómo es posible encontrar algo así en Montserrat?

—En estos momentos no se lo puedo decir.

—¿Quiénes son ustedes? ¿Han robado el documento? ¿Se encontraba en la biblioteca del monasterio?

—Necesitamos su ayuda para entenderlo —dijo Claire sin perder la compostura.

—Debería llamar a la policía. ¿Quieren que lo haga?

—Hemos leído que Gaudí era un hombre muy religioso —siguió Claire, en un claro intento de mitigar su ira—. ¿Sabe si peregrinaba a Montserrat?

La pregunta surtió el efecto deseado.

—Sí, Montserrat era un lugar especial para Gaudí. Cuando era joven fue muchas veces, y también de mayor.

—¿Qué cree que podría haber encontrado en el monasterio, profesor? —preguntó Arthur con cautela.

El anciano lanzó un suspiro.

—Lo siento, pero ignoro cuáles son sus intenciones y quiénes son ustedes. ¿Son estudiosos de Gaudí? ¿Trabajan para alguna universidad?

—Soy descendiente de Thomas Malory, el hombre que escribió *La muerte de Arturo*.

—¿Y usted? —le preguntó el profesor a Claire.

—Yo he venido para ofrecer mi apoyo moral. Soy física.

Vallespir abrió los brazos en un gesto de confusión.

—¿Qué relación tiene un descendiente de Thomas Malory con Antoni Gaudí?

—Le seré sincero, profesor: lo que a mí me interesa es el Santo Grial.

El anciano miró el reloj y se levantó de la silla.

—No es un tema que me incumba. Soy arquitecto e historiador. Deberían hablar con algún especialista de las facultades de Teología o de Historia. Y ahora, si me permiten, mi mujer me espera en casa.

—¿Puedo darle mi número de teléfono móvil por si se le ocurre algo que pueda sernos de utilidad? —preguntó Arthur, que anotó el número en una página de la libreta del hotel España.

Vallespir lo miró.

—Ah, este hotel fue diseñado por Domènech i Montaner. Este tema sí que lo conozco.

Arthur y Claire regresaron al hotel desanimados, y luego fueron andando al mercado de la Boqueria, a comer. Tomaron asiento en dos taburetes metálicos del bar Pinotxo y probaron varias tapas mientras hablaban de lo sucedido, ajenos al bullicio de la hora del almuerzo. Eran un hombre y una mujer que habían llegado al final de un agotador viaje.

—Ha sido toda una aventura —dijo Arthur.

—¿Estás seguro de que se ha acabado?

—Por ahora sí. Voy a volver a casa. Aunque, bueno, antes tendré que encontrar una. Intentaré seguir con la investigación sobre Gaudí, pero si la máxima autoridad mundial no ha podido aportar nada, tendré que aceptar el hecho de que esto es lo más cerca que vamos a estar del Grial.

—¿Crees que te dejarán en paz?

Arthur negó con la cabeza.

—No lo sé. Eso espero. Pero he matado a uno de los suyos.

—Supongo que yo también tendré que volver a casa.

Arthur le acarició la rodilla con la suya.

—Lo más importante es que estés a salvo.

Una vez en el hotel, reservaron los vuelos para regresar al Reino Unido y a Francia. Luego hicieron las maletas y pidieron su coche.

Arthur pagó la cuenta. Ya en la calle, mientras le daba una propina al botones, una mujer de recepción salió y los llamó con un gesto de la mano.

—Disculpe, señor Malory, pero acaba de llegar una persona que desea verlo.

Arthur la miró, alarmado.

—¿Quién?

—Es una mujer. Lo siento, no he entendido su nombre.

Ambos entraron de nuevo en el vestíbulo.

Frente al mostrador de recepción había una mujer elegante, de unos sesenta años. Arthur la había visto llegar cuando ellos salían, pero no le había prestado atención. La recepcionista señaló a Arthur y le dijo algo en catalán a la mujer, que se acercó a ellos.

—Me llamo Elisenda Vallespir —dijo—. Ustedes han ido a ver a mi marido esta mañana. ¿Podemos hablar en algún lugar?

Arthur intentó controlar la emoción que lo embargó. El bar del hotel estaba vacío.

—Tal vez podamos charlar aquí.

Se sentaron y pidieron café. Arthur presentó a Claire.

—Sí, Esteve me ha hablado de los dos. Estaba bastante alterado cuando ha llegado a casa.

—Lamento haberlo importunado —dijo Arthur.

—Me temo que no es muy difícil importunarlo. Nunca ha sido un hombre de trato fácil. Y ahora que está enfermo, aún tiene menos paciencia.

—Siento que lo hayamos disgustado —se disculpó Claire.

—El problema de mi marido es que para él es como si Gaudí aún estuviera vivo, y en esta ciudad es imposible olvidarse de él. Para ver un Picasso o un Miró hay que ir a un museo o una galería. Para ver un Gaudí basta con salir a pasear por la calle. Esteve adora la tierra que pisó Gaudí, y con los años ha desarrollado un instinto protector de su legado y su reputación muy intenso. No es que yo no comparta el respeto que siente mi marido. Fui su alumna antes de ser su esposa y su auxiliar de investigación. Mi vida siempre ha sido un *ménage à trois*, siempre hemos convivido con Gaudí. Pero mi marido tiene cáncer. No le queda mucho tiempo.

—Lo siento —dijo Arthur.

La mujer asintió.

—Sé por qué se negó a ayudarlos, pero no estoy de acuerdo con él. El único motivo que en realidad le impide echarles una mano es su tozudez. Yo misma me he preguntado de qué serviría permitir que se llevara este secreto a la tumba.

Arthur se cuidó mucho de interrumpirla. Era mejor dejarla hablar.

—Gaudí mantuvo una relación muy estrecha con un sacerdote, el *mossèn* Gil Parès. Fue el primer párroco de la Sagrada Familia y siempre estuvo al servicio de los trabajadores y de sus hijos. Gaudí construyó y financió personalmente las famosas escuelas para niños que aún hoy se pueden ver junto al templo. Ambos, Gaudí y Parès, construyeron una suerte de comunidad cristiana utópica. Cuando Gaudí murió

en 1926, Parès fue designado albacea de sus propiedades, pero, tras la dictadura de Primo de Rivera, el religioso perdió estos poderes debido a sus ideas catalanistas. Por desgracia, fue asesinado en 1936, durante la Guerra Civil, junto con doce mártires más de la Sagrada Familia. Su cuerpo ha sido enterrado hace poco en la cripta de la Sagrada Familia, cerca de su amigo Gaudí, y el Vaticano ha iniciado el proceso de beatificación.

La mujer hizo una pausa para aclararse la garganta cuando llegaron los cafés. Claire le sirvió un poco de agua.

—El motivo por el que les cuento todo esto —prosiguió— es porque poseemos una carta que Gaudí le escribió a Parès en 1911. Gaudí había contraído la brucelosis y estaba gravemente enfermo. Se creía que no sobreviviría. Su médico y amigo, el doctor Santaló, lo envió a los Pirineos para que se repusiera y allí permaneció varios meses. Fue un milagro que sobreviviera y recuperara la salud. La carta en cuestión está escrita en el papel del hotel en el que se alojó Gaudí.

La cogió del bolso y la sacó del sobre.

—Prefiero no andarme con rodeos —dijo la mujer, que lanzó una mirada elocuente a Arthur y Claire—. Esteve no ha publicado la carta. El hermano de Gil Parès se la dejó en herencia hace muchos años. Estaba escrita en forma de confesión. Creo que Parès confesaba a Gaudí a menudo y, postrado en el que creía que iba a ser su lecho de muerte en los Pirineos, quiso desahogarse por última vez. Nunca entendimos el tema del que trataba la carta. Y esa es la cuestión. La veneración que siente mi marido por Gaudí ha sido tal que estaba convencido de que sería una profanación traicionar su confesión escrita, a pesar de que habían transcurrido muchos años de la muerte de ambas partes. Para mí, este sentimiento viola las normas más elementales de la investigación académica, pero, bueno, Esteve siempre ha sido el jefe. Sin embargo, el documento que ustedes han descubierto en Montserrat es como encontrar la pieza que faltaba de un rompecabezas, y con ella tal vez podamos obtener una imagen completa. Por eso he decidido venir a verlos.

Buscó sus gafas para leer dentro del bolso. Lo único que podía hacer Arthur era intercambiar miradas con Claire, controlar la respiración e intentar mantener la calma.

—Hay algunas secciones irrelevantes, solo traduciré el fragmento más importante. Está aquí, en la segunda página: «Ya sabes, estimado amigo, de lo que hablo, ya que te lo he revelado todo en la confesión, y si pudiéramos vernos ahora te pediría que me confesaras una última vez. Pero voy a tener que conformarme con esta carta. Sabes que lo encontré. Y sabes que lo robé, lo cual es un gran pecado que se ha convertido en un lastre con el que he tenido que cargar durante toda mi vida, aunque en los días más aciagos me ha proporcionado un consuelo infinito. Le he consagrado mi vida, he rezado por él y lo he honrado. He hablado contigo en infinidad de

ocasiones de lo que deseo cuando me llegue la muerte. Solo tú puedes hacer mi deseo realidad. Tu eterno amigo en Cristo, A. Gaudí».

—Dios mío —susurró Claire.

Arthur había cogido un bolígrafo y no había parado de tomar notas en la factura del hotel.

—¿Podríamos hacer una copia de la carta? —se apresuró a preguntar.

—Les he hecho una —dijo introduciendo la mano en el bolso—. Les ruego que no lo publiquen sin mi permiso.

—Claro que no —aseguró Arthur—. No sé cómo darle las gracias. Ojalá pudiera agradecerse también a su marido.

—Es mejor que no piensen más en él. Dedicquen todos sus esfuerzos a la búsqueda que han emprendido. Pero me gustaría saber algo sobre el objeto que encontró Gaudí, señor Malory. Ahora parece que no hay duda de que lo halló en Montserrat. ¿Cree que podría tratarse del Santo Grial?

Barcelona, 1926

El último de los amigos íntimos de Gaudí había fallecido seis meses atrás. El escultor Llorenç Matamala murió en la Navidad de 1925, pero cuando su estado de salud empezaba a ser frágil, visitó la Sagrada Familia por última vez para pedirle al párroco que tomara cartas en el asunto.

—Gaudí apenas duerme, cuando no trabaja se dedica a dar su paseo diario hasta Sant Felip Neri, ¡y solo come almendras y pasas! ¿No puede hacer algo para que afloje un poco, para que se comporte como un hombre de su edad, se alimente bien y se tome unas pequeñas vacaciones?

El sacerdote Gil Parès se encogió de hombros.

—Es un hombre de costumbres muy arraigadas y más inamovibles que cualquiera de tus estatuas. Además, teniendo en cuenta que has estado a punto de morir trabajando, no me parece que seas el más indicado para hablar.

Matamala había sido el principal colaborador de Gaudí, el escultor que había convertido las invenciones del arquitecto en maquetas de arcilla y yeso durante cuarenta y tres años. La colaboración había empezado en 1882, cuando Gaudí le dijo: «Venga a trabajar conmigo al templo, señor Matamala, y tendrá trabajo toda la vida».

Su colaboración había finalizado hacía menos de un año, cuando el cáncer facial de Matamala le había impedido seguir trabajando.

—Aun así intente hacerle entrar en razón —pidió al sacerdote; arrastraba las palabras al hablar por culpa de su lengua deformada, que le obligaba a secarse las babas con los diversos pañuelos que llevaba encima—. Alguien tiene que cuidar de él, padre. Utilice su influencia. Voy a esperarlo al taller —dijo el escultor tocándose la barbilla—. Tal vez sea impresión mía y se deba al modo en que observo las cosas ahora que mi vida está a punto de llegar a su fin, pero me parece que las obras avanzan lentamente.

—Ya sabes lo que dice siempre Gaudí —repuso Gil Parès—: Mi cliente no tiene una fecha de entrega.

Gaudí lloró en el entierro de Matamala, y ahora, en el verano de 1926, era un anciano de setenta y tres años que estaba solo y únicamente hallaba consuelo en una rutina tan estricta como el funcionamiento de un reloj.

Un año antes, Gaudí se había trasladado de su casa del Park Güell a una habitación improvisada cerca de su estudio de la Sagrada Familia. Desde la muerte de su mecenas, Eusebi Güell, en 1918, se había dedicado en exclusiva al templo. Se levantaba todos los días al alba y se entregaba en cuerpo y alma al trabajo; solo descansaba para comer frutos secos y bayas y para tomar leche con unas hojas de

lechuga que utilizaba porque le parecía una cuchara natural excelente. Todos los días, al atardecer, daba un paseo de cuarenta y cinco minutos hasta la iglesia de Sant Felip Neri para asistir a misa, y luego regresaba a su estudio. El mero hecho de caminar le producía un gran dolor debido a la artritis que sufría en las piernas, pero era demasiado testarudo y menesteroso para coger el tranvía. Y todas las noches, antes de irse a dormir, acudía a ver al padre Parès, que vivía en una casa muy cercana, para que lo confesara, aunque para un asceta como Gaudí los pecados de obra eran casi inexistentes y los de pensamiento, muy leves. Sin embargo, el genial arquitecto, como un abuelo responsable, se confesaba a diario por un pecado que había cometido hacía más de cuarenta años: el robo de un objeto sagrado de su amado santuario de Montserrat.

—Si tanto te preocupa, Antoni —le dijo el padre Parès a Gaudí cuando este le confesó su pecado por primera vez—, ¿por qué no lo devuelves al monasterio? Lejos de enfadarse contigo, creo que el abad estará encantado de saber que posee la más importante reliquia de la cristiandad.

—No lo entiendes —dijo Gaudí—. ¡Fue la divina providencia! Me ofrecieron el proyecto de la Sagrada Familia. Al principio no quería aceptarlo. Entonces, al cabo de unos días, lo encontré. Estaba escrito que debía ser así. Dios me estaba diciendo que construyera el templo. Me estaba diciendo que lo construyera para honrar a Cristo y a la Sagrada Familia. Me estaba diciendo que honrara el Santo Grial. Soy el guardián del Grial. Dios me otorgó esta responsabilidad y no pienso dar la espalda a mis obligaciones divinas. Tú hiciste tus votos, yo tengo los míos.

—Te conozco demasiado bien para tomarme la molestia de discutir contigo.

—No se lo contarás a nadie, ¿verdad? —preguntó Gaudí, nervioso.

—Soy un sacerdote —replicó Parès—. La confesión es sagrada. No me queda más remedio que asumir tu carga como si fuera mía.

Ahora, cuando Gaudí se confesaba, Parès le decía siempre lo mismo.

—Reza diez avemarías —le ordenaba con voz cansina—, aunque Dios ya te ha perdonado, Antoni, y aunque ya te lo he dicho mil veces, te lo repetiré una más: has sabido honrar al Señor con tu vida y tu obra como muy pocos hombres sabrían hacer.

—Recuerda lo que te pedí —contestaba Gaudí.

—Sí, por supuesto que lo recuerdo. Pero aún no estás listo. Aún te queda trabajo que hacer en la tierra.

Las obras del templo avanzaban y, día tras día, semana tras semana y año tras año, la visión de Gaudí iba cobrando forma en piedra y cristal. La cripta se había finalizado, la fachada de la Natividad estaba casi acabada, cuatro campanarios circulares se alzaban lentamente sobre ella, el espacio interior estaba bastante definido, aunque existía principalmente en papel y en maquetas, y la escuela para los hijos de los trabajadores estaba ya construida. Debían de haber completado alrededor

de un veinte por ciento del proyecto. Otros culminarían la obra cuando él se hubiera ido.

El trabajo avanzaba con el telón de fondo de las tensiones sociales y políticas. Los sentimientos anticlericales que alimentaron la muerte y la destrucción durante la Semana Trágica de 1909 no se habían desvanecido, cosa que había afectado negativamente a la colecta de fondos para el templo. Sin embargo, Gaudí debía estar agradecido de que la Sagrada Familia hubiera quedado al margen de los disturbios. Un movimiento cada vez mayor a favor de la independencia catalana alimentó las huelgas generales. La agitación social estuvo a punto de estallar, pero el golpe de Estado de Primo de Rivera le puso fin en 1923. Desde Madrid, el dictador promulgó decretos y envió a las tropas para que atajaran el movimiento independentista catalán y para prohibir su lengua.

Gaudí se mantuvo al margen, aferrado a su rutina mientras los problemas del mundo giraban a su alrededor. Cuando los ciudadanos de Barcelona lo reconocían en la calle, a menudo cambiaban de acera por temor a que les pidiera unas cuantas pesetas para pagar el sueldo de sus canteros.

Enrique Sánchez Molina nunca se sintió cómodo en Barcelona. Nacido y criado en Madrid, le molestaba sentirse como un forastero. Menospreciaba las opiniones separatistas catalanas a pesar de que no era político y prefería dejar esas complicadas cuestiones en manos de otros. Él tenía sus propias preocupaciones.

Era físico, y su disciplina había conocido una época de cambios vertiginosos. Como profesor de la Universidad Central de Madrid, era uno de los investigadores españoles más importantes en física experimental y había sido el anfitrión honorífico del gran Albert Einstein en su visita a España en 1923. Tras siglos de oscuridad, la teoría de la relatividad general de Einstein por fin arrojaba un poco de luz en el universo.

Era una buena época para ser un Khem.

Sánchez Molina se encontraba en el espacioso interior de la Estación de Francia esperando el tren de París. Cuando este llegó, examinó a los pasajeros que bajaron en busca de una cara familiar. Al cabo de poco apareció el gran físico estonio Gustav Ergma, un hombre con aspecto de hurón que iba demasiado abrigado para un día de verano, no paraba de sudar y tenía el ceño fruncido.

—Molina, llévame a algún lugar fresco, por el amor de Dios —le dijo en inglés, el único idioma en el que podían entenderse—. En ese tren hacía un calor de mil demonios.

—Tal vez podrías empezar quitándote el abrigo —sugirió Sánchez Molina—. Ven, vamos a tomar una cerveza.

Un elegante Hispano-Suiza de color blanco los esperaba en la acera; los dos

físicos subieron y se sentaron en el espacioso asiento trasero mientras el chófer se encargaba del equipaje.

—He reservado habitaciones en el Majestic —dijo Molina—. Enseguida llegaremos.

Ergma señaló la espalda del chófer.

—¿Podemos hablar delante de él? —preguntó.

—Carlos es todo músculo. Además, no sabe inglés, así que puedes explayarte sin miedo.

—Soy un hombre muy ocupado, Molina, pero al recibir tu telegrama me he sentido obligado a reaccionar, por eso he hecho este largo viaje. Hemos atravesado una época de muy malos resultados. Desde que asumí el liderazgo de los Khem, no hemos obtenido ninguna información nueva sobre el Grial que nos haya permitido actuar de ningún modo. Espero que los nuevos datos sean buenos.

—No quiero exagerar, Gustav, pero son cuando menos intrigantes, y habría sido una negligencia por mi parte no transmitírtelos para tu consideración. Parece que durante la pasada Navidad falleció un hombre enfermo de cáncer en uno de los hospitales de la ciudad. Se llamaba Matamala y era un escultor arquitectónico de renombre. Antes de morir, le administraron una terapia de radiación para mitigar los efectos de un cáncer facial. El encargado del tratamiento fue un tal doctor Simó, uno de los pocos expertos que dominan esta técnica en Barcelona. La semana pasada, Simó fue a Madrid para participar en una conferencia sobre el uso del radio en el tratamiento clínico y yo di una conferencia sobre la física de la radiación. Después de mi intervención vino a buscarme al bar y estuvimos bebiendo. Era un tipo jovial. Resulta que su paciente, el tal Matamala, bajo la influencia de unas fuertes dosis de morfina para aliviar el dolor, balbuceó algo sobre una reliquia que poseía el arquitecto Gaudí. Dijo que un día había encontrado una caja de madera en el taller de Gaudí en cuya tapa había una talla de la montaña de Montserrat, y que la abrió sin permiso.

Ergma se puso tenso al oír la palabra «Montserrat».

—¿Qué había en la caja?

—Al parecer, como se encontraba bajo los efectos de los fármacos, lo único que dijo fue que era un objeto cálido como la carne humana.

Ergma arqueó las cejas.

—¿Dijo eso?

—Así es.

—¿Has hablado con el tal Gaudí?

—No, estaba esperando tu llegada. He oído que es un tipo muy excéntrico, un misántropo, un hombre de trato difícil. Creía que solo tendríamos una oportunidad de hablar con él y he pensado que querrías participar personalmente en la entrevista, por

llamarla así.

—Bien. Has tomado la decisión correcta, Molina. ¿Qué plan tenemos?

—Mañana lo abordaremos en la calle. Siempre sigue una rutina fija. Lo llevaremos al garaje de Carlos, que tiene baterías de coches. Me han dicho que las descargas eléctricas aplicadas en las partes nobles de un hombre pueden soltarle mucho la lengua a uno.

La tarde del 7 de junio de 1926 Gaudí dejó los lápices. Eran las cinco y media, había llegado el momento de su paseo diario de tres kilómetros para asistir a misa en Sant Felip Neri. Aunque hacía una tarde espléndida, el anciano temblaba, como siempre que salía a la calle, debido a su extrema delgadez. Arrastrando los pies enfundados en las pantuflas, atadas con una cinta elástica para evitar que se le despegaran las suelas, echó a andar por la calle Bailèn hasta llegar a la amplia Gran Via.

En el cruce de ambas calles había un coche aparcado, un Hispano-Suiza blanco.

—Es él —dijo Molina desde el asiento trasero.

—¿De verdad? —preguntó Ergma, extrañado—. ¿Ese hombre? Es un anciano y parece muy débil. No creo que necesitemos la ayuda de Carlos para hacer el trabajo.

Cuando Gaudí empezó a cruzar la Gran Via, el corpulento chófer bajó del vehículo, examinó el tráfico y se acercó a Gaudí cuando este llegaba a la sección central.

—Disculpe, señor, ¿podría hablar un momento con usted?

Gaudí no hizo caso al rufián, ni siquiera volvió la cabeza.

—Eh, venga aquí.

Carlos lo agarró de la manga del abrigo y tiró con fuerza, pero se sorprendió al comprobar la resistencia del anciano.

Aunque Gaudí no pronunció palabra, sus pensamientos estallaron con virulencia en el interior de su cabeza ante semejante afrenta. «¡Déjeme! ¡Suélteme! ¡Voy a misa!».

Carlos había agarrado al hombre con fuerza y no pensaba soltarlo. Sabía que le bastaría con un tirón más, pero la tela de su ropa era tan vieja y estaba tan raída que casi se desgarró en su mano, lo que provocó que el matón trastabillara y retrocediera y que Gaudí saliera disparado hacia delante.

En ese preciso instante apareció el tranvía de la línea 30. El conductor no pudo frenar a tiempo para no atropellar al anciano que había aparecido de repente en las vías. Gaudí fue embestido y quedó inmóvil en el suelo, sangrando por un oído.

Algunos peatones se acercaron corriendo para socorrerlo y Carlos lanzó una mirada de impotencia a Molina, que le indicó con un gesto que regresara al coche.

—Vámonos —le ordenó Molina.

—Tenía mal aspecto —dijo el chófer, que puso primera.

El rostro de Ergma se agrió como un plato de leche cortada.

—¿A qué hora sale el siguiente tren a París, Molina?

Tomaron a Gaudí por un vagabundo sin hogar. No llevaba documentación encima. En sus bolsillos había restos de frutos secos. Iba vestido con una ropa mugrienta y remendada y con unos zapatos inmundos. Tenía las piernas cubiertas con unos vendajes muy viejos para aliviar la hinchazón de la artritis. Nadie sabía que era uno de los hombres más admirados de Barcelona.

La ambulancia lo llevó al hospital de los pobres, el hospital de la Santa Creu, construido en la época medieval, donde le diagnosticaron fractura de costillas y conmoción cerebral. Lo pusieron en la cama número 19 del pabellón público y a lo largo de la noche perdió y recuperó el conocimiento en diversas ocasiones, sin apenas compañía.

El padre Parès dio con él esa misma madrugada y se quedó a hacerle compañía.

Gaudí fue trasladado a una habitación privada y al día siguiente los pasillos del hospital se llenaron de obispos, políticos, poetas y arquitectos.

Cuando murió, al cabo de dos días, su cuerpo fue trasladado en una carroza en un cortejo fúnebre hasta la Sagrada Familia y los habitantes de Barcelona abarrotaron las calles para manifestar su dolor y su respeto.

Mientras agonizaba, con el cerebro inflamado debido al fuerte golpe sufrido, empezó a desvariar, pero en momentos de relativa lucidez le pareció ver el Grial, negro como la noche, cálido y refulgente, flotando sobre su cama, y no sintió miedo alguno ante la inminente muerte.

Jeremy Harp estaba paseando por su finca con el encargado de la gestión de sus tierras, cuando le sonó el teléfono móvil. Era la época de la siembra e iban a probar una nueva variedad de cebada. Harp había acribillado al hombre con un sinfín de preguntas sobre la resistencia de las nuevas semillas a las enfermedades.

Se disculpó y se alejó unos cuantos metros para atender la llamada en privado. Era Andris Somogyi.

—Jeremy, soy Andris. ¿Puedes hablar?

—Sí, por supuesto.

—Lamento no haber podido atender la última llamada en grupo. Hace poco he hablado con Stanley Engel de unas cuestiones académicas y me ha puesto al día, pero me ha parecido que debía hablar directamente contigo. Creo que se han producido algunos avances interesantes.

—Así es. Malory ha mostrado una actividad febril, me atrevería a decir que ha sido muy productivo. Casi, y pongo especial énfasis en el «casi», es una pena que tengamos que matarlo.

—Stanley tenía sus dudas al respecto.

—Stanley tiene dudas sobre muchas cosas. ¿Tú qué opinas, Andris?

—Estoy contigo, Jeremy. ¿Ha habido novedades desde la llamada?

—Malory y Pontier están en Barcelona y espero que hayan logrado importantes avances. Se han reunido con expertos en Antoni Gaudí.

—¿Había aparecido alguna vez en el radar de los Khem?

—Esa es una pregunta interesante. Le he estado dando vueltas a la cuestión a lo largo del último día. Este es uno de los problemas de los Khem. Siempre nos hemos basado de manera exclusiva en la historia oral. Ninguno de nosotros puede acercarse a las estanterías para consultar un libro. ¿Recuerdas al viejo profesor Hoyt, de Oxford?

—Por supuesto.

—Fue el mentor de mi mentor.

—Roy Higgins.

—Sí. Hoyt nominó a Roy para que fuera admitido como Khem y Roy me trajo a mí. Recuerdo que hace mucho tiempo fui a tomar un trago con Roy en su club. Ya se había jubilado y su estado de salud era muy débil. Fue algo conmovedor. Sabía que no viviría para ver el Grial, pero me dijo que no le importaba porque al menos había sido un eslabón de la cadena de dos mil años que acabaría encontrándolo. ¿Y a qué viene todo esto? Pues a que, si no me falla la memoria, Roy me contó que un antiguo Khem le dijo que entre 1910 y 1920 surgieron sospechas de que un arquitecto español podía saber algo sobre el Grial.

—¿Y?

—Al final todo quedó en nada. De hecho, me sorprende que yo recuerde la charla. Fue una conversación sin importancia.

—Una mente portentosa, Jeremy.

—Me gusta creer que es así.

—¿A qué conclusión habéis llegado con el resto del grupo?

—Creo que nos encontramos en una encrucijada. Me parece que solo hay dos opciones: o se enfría todo de golpe, o se precipitan los acontecimientos. Si sucede esto último, tenemos que estar preparados para viajar a Jerusalén de inmediato para asistir al hecho más importante de la historia desde la resurrección de Jesucristo.

Arthur y Claire reservaron de nuevo la misma habitación y se tumbaron en la cama, cara a cara.

Elisenda Vallespir no les había proporcionado ninguna respuesta, pero al menos tenían esperanzas.

—Parece que nuestra aventura va a durar un poco más —dijo Arthur, que cogió sus notas—. Este es el fragmento clave de la carta. Gaudí escribió: «He hablado contigo en infinidad de ocasiones de lo que deseo cuando me llegue la muerte. Solo tú puedes hacer mi deseo realidad». ¿Qué desea alguien al morir?

Claire frunció el ceño.

—Bueno, recibir todos los honores, que lo recuerden, que escriban sobre él. Un legado favorable.

—Gaudí parecía un hombre muy modesto para algo así. Veamos, el padre Parès era su amigo, pero también su confesor. A tu confesor le cuentas secretos. ¿Cuál crees que era el mayor secreto de Gaudí?

—El Grial, claro. ¿Crees que le habló de él?

—Estoy convencido de que lo hizo.

—Si tienes razón, tal vez lo que deseaba cuando le llegara la muerte era que el Grial se guardara en algún lugar seguro, un sitio apropiado. Quizá le pidió que lo devolviera a Montserrat.

Arthur negó con la cabeza.

—En tal caso, Parès lo habría devuelto a la capilla en la que lo encontró Gaudí. O el monasterio habría construido una capilla especial para albergarlo. Y sabemos que eso no sucedió.

—Bueno, pues quizá quería que estuviera en posesión del Vaticano.

—¿No crees que lo habríamos sabido? El Vaticano lo habría anunciado a bombo y platillo. Estaría expuesto en la basílica de San Pedro. Sería la reliquia más sagrada.

Arthur se levantó de la cama y cogió la copia de la carta de Vallespir. Ocupaba dos páginas del papel del hotel Europa. El fragmento que les había leído la esposa de

Vallespir estaba en la segunda. Lamentó no tener una traducción de la primera. Quizá había algún dato de importancia que la mujer había pasado por alto. Al pasar a la página de la firma, vio algo y en su cara se reflejó la curiosidad.

—¿Qué pasa? —preguntó Claire.

—Mira esto, el membrete del hotel Europa. Creía que era un garabato, pero no lo es. Son letras.

ΑΩ JHS

—Déjame ver. —Claire le reclamó el documento con un gesto de la mano y Arthur volvió a tumbarse en la cama con ella—. Sí, está claro —dijo examinando el membrete—. Son letras. Las dos primeras son alfa y omega, la primera y la última letra del alfabeto griego. Las otras tres son J-H-S.

—¿Las iniciales de alguien?

—Quizá. ¿Y si no son unas notas hechas al azar? ¿Y si formaban parte de un mensaje destinado al padre Parès? Para hacer hincapié en los deseos de Gaudí en el momento de su muerte.

Arthur asintió.

—Podría ser. J-H-S. Tenemos que averiguar qué significa.

El rostro de Claire volvió a surcarse de arrugas, y Arthur no le quitó el ojo de encima cuando se levantó de la cama de un salto para coger su bolsa. Regresó con el teléfono móvil y empezó a buscar algo en él.

Arthur le preguntó qué estaba haciendo y Claire le mandó callar.

De pronto Claire exclamó un «*Oui!*» triunfal y le plantó el teléfono delante de la cara con gesto brusco.

—Me daba la sensación de que ya lo había visto. ¡Mira! Es una de las fotografías que tomé ayer en la Sagrada Familia.

Arthur lanzó un grito de júbilo.

En lo alto de una de las fachadas de la basílica, flanqueada por dos ángeles y bajo un pelícano blanco que alimentaba a su cría, había una gran cruz griega con la inscripción J-H-S.

Se levantó, cogió el montón de libros sobre Gaudí que habían comprado y los lanzó a la cama. Ambos empezaron a pasar páginas con frenesí.

—¡Aquí está! —exclamó Claire; señalaba una página de un capítulo sobre el uso de los símbolos y Gaudí—. Aquí dice que J-H-S significa *Jesus Hominum Salvator*. Jesús Salvador de la Humanidad. La cruz es griega porque, al tener los cuatro brazos iguales, es la mejor para simbolizar las conjunciones de los opuestos en el mundo terrenal. Y fíjate en estas fotografías... Esto no se veía en las mías. En los dos extremos de la cruz, las letras griegas: alfa y omega.

Arthur se levantó y se puso a andar de un lado a otro de la habitación con paso acelerado.

—Todo tiene sentido, Claire. En un primer momento Gaudí rechazó el encargo de la Sagrada Familia, en 1883. También sabemos que encontró el Grial ese mismo año y que entonces cambió de opinión. Decidió aceptar el proyecto. Aquí, en su carta, dice: «Le he consagrado mi vida, he rezado por él y lo he honrado». Quizá este fuera el modo en que decidió honrarlo, concibiendo el homenaje más espléndido a Jesucristo desde la época de las grandes catedrales medievales.

Claire asintió con la cabeza.

—Pasó los últimos años de su vida viviendo en la basílica. ¿Y dónde está enterrado?

—En la misma basílica —dijo Arthur, que miró fijamente a los ojos a Claire—. Le estaba recordando al padre Parès, le estaba suplicando que quería que lo enterraran ahí. No fue algo que estuviera planificado de antemano. Cuando murió, el único que yacía en la cripta era Bocabella. Tuvieron que convencer al obispo para que permitiera que Gaudí fuera enterrado también allí. ¿Quién le hizo cambiar de opinión? Estoy seguro de que fue Gil Parès.

—Gaudí quería que lo enterraran junto al Grial —dijo Claire casi en un susurro.

Arthur empezó a ponerse los zapatos.

—Tenemos que ir a la cripta.

Hicieron cola durante media hora, bajo un cielo amenazador, para comprar las entradas para acceder a la Sagrada Familia. Tal vez fue la lluvia inminente la que hizo que acudieran tantos turistas al templo a última hora de la tarde. Al final atravesaron los tornos a las seis y media. El recinto cerraba a las ocho. Arthur llevaba una pequeña mochila. Aunque hubiera habido más medidas de seguridad (detectores de metales, registros de bolsas), los objetos que llevaba no habrían llamado la atención de nadie. Dos pequeñas linternas, una navaja multiusos, un par de botellas de agua y unas cuantas chokolatinas.

Al entrar en el templo, ambos quedaron fascinados por la inmensidad del lugar y por su complejidad casi demencial. Era tal la densidad de detalles que resultaba imposible que el ojo humano se centrara en una pieza concreta sin que le llamara la atención otra. Al igual que la mayoría de las catedrales cristianas, tenía una disposición en forma de cruz latina que representaba una figura humana con las piernas juntas y los brazos estirados, en crucifixión. Gaudí había dicho que quería que el interior del templo fuera como un bosque, y había logrado su objetivo. Alzar la mirada en la nave central era como mirar el cielo a través de una cúpula formada por las copas de los árboles. Las columnas de la nave parecían unas palmeras gigantes que se alzaban cuarenta y cinco metros, pero en lugar de dar forma al techo, como

cabría esperar, se ramificaban en un despliegue caleidoscópico de formas geométricas entrelazadas. Nada era liso. No había ángulos rectos, ni siquiera ángulos convencionales. Todo era un despliegue mareante de formas suaves y duras y de ángulos no menos complicados que los tallos de una planta o la sección longitudinal de una concha de mar.

Era casi imposible pasar por alto el hecho de que la iglesia era también una obra en proceso. A pesar de lo mucho que habían avanzado en los últimos años con las estructuras interiores, aún quedaba mucho por hacer y abundaban los andamios y los montacargas acordonados con cinta amarilla.

Su primer destino fue el ábside. Avanzaron con el cuello erguido y los ojos abiertos como platos, sobrecogidos. Para llegar hasta allí pasaron bajo la bóveda del crucero, que era más alta que la nave y se alzaba hasta los sesenta metros. La bóveda del ábside era la más alta, llegaba hasta los setenta y cinco metros. Lo que pretendía Gaudí era que cuando un visitante llegara a la entrada principal viera las bóvedas de la nave, el crucero y el ábside alzándose de manera grandiosa y gradual.

A pesar de lo deslumbrante que era la bóveda del ábside, Arthur y Claire bajaron la mirada: la zona central incorporaba el techo de la cripta; y aquí el genio de Gaudí refulgía con más intensidad que en cualquier otro lugar de la basílica. La bóveda de la cripta estaba rodeada de ventanas acristaladas de arco de medio punto que penetraban en el suelo del ábside y se alzaban hacia el presbiterio hasta la altura de un hombre. El diseño permitía que los fieles pudieran mirar hacia el cielo, hacia la bóveda bañada de luz, el lugar en el que residía Dios, pero que también miraran hacia la cúpula, el lugar de muerte y de reposo humano.

—Ahí está —dijo Arthur; era la primera vez que hablaba desde que habían entrado—. Tenemos que bajar por ahí.

Mientras buscaban el acceso a la cripta, pasaron junto a una visita guiada en inglés y aminoraron el ritmo para ver si pescaban algo interesante.

—Aunque está diseñada como una catedral y la mayoría de la gente la llama así, por lo que respecta a la Iglesia no es una catedral ya que no es la sede de un obispo. Ese honor pertenece a la Catedral de la Santa Creu de Barcelona.

»La basílica fue consagrada en 2010 por el papa Benedicto XVI ante una congregación de seis mil quinientas personas, incluidos los reyes de España. La ceremonia permitió que el templo pudiera utilizarse para llevar a cabo oficios religiosos, que a día de hoy se celebran principalmente en la capilla de la Asunción de la Virgen, en el interior de la cripta.

»Sígueme a la zona del taller, donde veremos cómo Gaudí usó un entramado de cuerdas y cables colgantes para concebir sus formas geométricas y cómo los artesanos de hoy en día usan el diseño y la fabricación asistida por ordenador para hacer realidad su legado en el siglo XXI.

Se apartaron de la visita. Una ancha escalera de piedra en espiral conducía a la cripta, donde había muchos menos turistas que en el templo, y ningún vigilante.

Arthur casi se mareó de la emoción. La tumba de Gaudí estaba en un rincón, pero resistieron a la tentación de ir directamente allí. En lugar de eso, recorrieron el perímetro de la cripta en la dirección opuesta y dejaron el sepulcro para el final.

El espacio central de la cripta estaba dominado por la iglesia de la Asunción, con un bonito retablo esculpido por Josep Llimona. A ambos lados del altar había cuatro capillas dedicadas a Nuestra Señora del Carmen, que albergaba la tumba de Gaudí, a Jesucristo, a Nuestra Señora de Montserrat y al Santo Cristo, capilla que acogía la tumba de Josep Maria Bocabella. Tres capillas más rodeaban el perímetro, con lo que el total ascendía a siete.

En un rincón vieron una placa que señalaba el lugar de descanso del sacerdote mártir Gil Parès, y entonces, tras haber completado el círculo, llegaron a la capilla donde se encontraba la tumba de Gaudí.

Era tal vez el espacio más sencillo y menos ornamentado de la cripta, o incluso de toda la iglesia. Sobre una plataforma de mármol blanco que llegaba a la altura del tobillo reposaba una losa de granito gris con un faldón de mármol rosado. En el granito estaba grabado el epitafio de Gaudí. La losa estaba dispuesta de forma perpendicular a una pared de grandes bloques de piedra caliza. A cada lado de la pared había dos paredes similares unidas en ángulos oblicuos, lo que centraba toda la atención en la tumba. Más abajo había unos soportes formados por barras de hierro forjado entrelazadas, diseñadas para sostener las velas votivas, aunque en ese momento no había ninguna. Sin embargo, una hilera de cirios rojos ardían a los pies de la tumba. Sobre esta, en un pequeño pedestal, reposaba una estatua de la Virgen María sosteniendo en brazos a su hijo. De la pared salían cuatro columnas con pedestal que se alzaban hacia lo alto de la cripta y enmarcaban tres arcos altos que asomaban en el ábside superior.

La tumba de granito estaba engalanada con ramos de flores naturales dispuestos con cuidado para no tapar la inscripción, que decía: «*Hinc cineres tanti hominis resurrectionem mortuorum expectant. RIP.*».

Arthur oyó que Claire leía la inscripción en voz alta.

—«De las cenizas de un gran hombre, busca la resurrección de los muertos. Que en paz descanse».

Una lágrima se deslizó por su mejilla.

Arthur le apretó la mano y luego empezó a examinar hasta el último centímetro de la sencilla tumba. Su cabeza era un hervidero de pensamientos, pero se distrajo con un grupo de turistas japoneses que los rodearon, hablando en voz alta y tomando fotografías con flash. Arthur le dio un suave golpe con el codo a Claire y ambos se apartaron un poco.

Eran las siete de la tarde, faltaba una hora para que cerraran.

Necesitaban un lugar para esconderse, a ser posible en la cripta, puesto que no sabían si cerraban las puertas de acceso por la noche.

La cripta era un espacio muy abierto que no ofrecía demasiados escondites. Solo había una puerta, un gran portal dorado que conducía a la sacristía. Mientras Claire vigilaba que no los observaran ojos indiscretos, Arthur intentó abrirla, pero estaba cerrada.

Recorrieron el perímetro de nuevo. Aunque en un principio había descartado la idea, solo había un lugar en el que pudieran esconderse.

Una de las siete capillas, la de San José.

El diseño de la capilla era idéntico al de la tumba de Gaudí, un espacio de tres paredes con una plataforma de mármol, pero esta capilla tenía un gran altar de mármol decorado con una magnífica imagen de san José. Podían acceder sin problemas al altar, y mientras Claire vigilaba, Arthur eligió un momento en el que no había nadie para subir a la plataforma y echar un vistazo detrás del altar. Entre el altar y la pared había espacio suficiente para que se agacharan y escondieran dos personas. Ya tenían un plan.

Como aún disponían de una hora, regresaron al templo y se mezclaron con los turistas, visitaron el taller, las exposiciones del museo y fueron al baño, quizá por última vez hasta el día siguiente. Entonces, a las 19.45, regresaron a la cripta, dieron una vuelta hasta que se quedaron solos y luego se escondieron tras el altar de san José, la inspiración de Bocabella para el magnífico templo que se alzaba sobre ellos.

Hengst sintió que el corazón le latía desbocado.
Sus objetivos habían desaparecido.

Los había seguido desde una distancia perfecta, ni demasiado cerca, ni demasiado lejos, vestido con ropa de turista para pasar desapercibido: vaqueros azules, polo, gafas de sol y gorra de béisbol. Estaba seguro de que no lo habían visto.

Cuando Malory y Pontier regresaron a la cripta, había esperado un par de minutos antes de seguirlos por temor a que la escasez de turistas pudiera suponer un problema. Pero cuando bajó a la cripta, la halló vacía, por lo que supuso que habían subido por las otras escaleras.

Sin embargo, en el templo no vio ni rastro de ellos y tuvo que volver sobre sus pasos una y otra vez. A pesar de sus esfuerzos, no los localizó. Al final, regresó a la cripta justo antes de la hora de cierre e intentó abrir la puerta de la sacristía, no fuera caso que hubieran entrado allí, pero estaba cerrada. Un guarda que estaba haciendo la última ronda le mostró el reloj. Tenía que irse.

Una vez fuera, Hengst observó cómo salían los últimos turistas; luego las puertas de entrada al templo se cerraron. Dio una vuelta a la manzana y no le quedó más remedio que, presa de los nervios, hacer una difícil llamada de teléfono.

—Siento molestarlo, señor Harp.

Harp reconoció el deje de su voz.

—¿Qué ha sucedido?

—Los he perdido. La Sagrada Familia ya está cerrada. Han bajado a la cripta, los he seguido al cabo de un minuto o dos y ya no estaban.

Harp notó que se encendía.

—¿Los has perdido?

—Sí, señor.

Harp adoptó un tono de desdén que no se molestó en disimular.

—¿Crees que aún están en la cripta?

—Es posible, pero no sé dónde han podido ocultarse. No vi ningún lugar para esconderse.

—¿Podrían haber regresado al hotel?

—Es posible.

—Posible, posible, ya veo. ¿Cree que sería posible que los encontrara, señor Hengst? Y cuando lo logre, ¿sería posible que me llamara para comunicármelo?

Primero se apagaron las luces de la cripta, luego las de la basílica. Claire y Arthur no se quedaron a oscuras por completo porque las luces de salida de emergencia emitían

un resplandor rojizo. Llevaban tanto rato agachados en el reducido espacio que había tras el altar de san José que tenían calambres en las piernas, pero no pensaban moverse hasta que tuvieran la completa seguridad de que estaban a solas. Claire empezó a temblar de frío, y Arthur la abrazó hasta que se le pasó.

Al cabo de un rato Arthur se levantó y miró por encima del altar. Entonces le dio una palmadita en la cabeza a Claire para que supiera que no había peligro.

—¿Crees que habrá un guarda nocturno? —susurró Claire.

—Ni idea. Espero que no, pero no podemos dar nada por sentado.

Entre su escondite y la tumba de Gaudí había una escalera. Pasaron frente a ella agachados, aguzando el oído para comprobar que no se acercaba nadie. En la cripta había un silencio total, como correspondía a la noche.

Arthur le dio a Claire una de las linternas y empezaron la disección visual de la tumba, sin levantar los haces de luz. Si se despistaran y la luz de las linternas atravesara las ventanas de medio punto, el rayo podría llegar al ábside y sería visible para cualquiera que se encontrara en el interior del templo.

—Si está aquí —dijo Arthur sin levantar la voz—, tiene que estar bajo el suelo o en las paredes.

Claire iluminó fugazmente a la Virgen María.

—¿Y detrás de la estatua?

—Está pegada a la pared.

Claire enfocó la tumba.

—La cripta se acabó de construir en 1891. Gaudí murió en 1926. Habría tenido que esconder el Grial mucho antes de que lo enterraran aquí, de modo que no puede estar sobre el ataúd. Además, sabemos que la tumba fue profanada en 1936, durante la Guerra Civil, y que tal vez los responsables se llevaron hasta sus huesos. Está claro que no encontraron el Grial.

—Si está enterrado bajo la estructura sobre la que reposa el ataúd —dijo Arthur—, se nos ha acabado la suerte. Necesitaríamos maquinaria pesada para encontrarlo.

A pesar de todo, Arthur intentó mover la lápida de granito y la estructura de mármol, pero no fue más que un ridículo esfuerzo infructuoso.

Claire ni tan siquiera se molestó en echarle una mano.

—Si tienes razón, el único lugar al que podríamos acceder con relativa facilidad serían las paredes.

Arthur se irguió y se masajeó las doloridas yemas de los dedos.

—Estoy de acuerdo.

—Piensa en ello —dijo Claire—. Lo esconde, tal vez en la década de 1890, cuando está construyendo la cripta, pero ¿cómo sabe que no tendrá que cambiarlo de lugar? El proyecto podía fracasar por falta de financiación. O podía producirse un incendio. Estoy segura de que buscó una manera de ponerlo a salvo.

Los bloques de piedra caliza que formaban las paredes de la capilla eran rectangulares pero no uniformes. Los más grandes eran del tamaño de un horno microondas, mientras que los más pequeños se reducían a la mitad. Todos estaban perfectamente alineados, y las juntas, selladas con una fina capa de mortero.

Arthur utilizó el extremo de la navaja multiusos para dar unos golpecitos en cada bloque. Empezó por el suelo y fue subiendo hasta donde alcanzaba. A juzgar por lo que pudo oír, todos los golpes sonaron exactamente igual, aunque al golpear los bloques que sostenían los candelabros de hierro se oían unas leves vibraciones metálicas.

Retrocedió un paso y examinó de nuevo las paredes con la linterna. Cada una de las tres paredes convergentes que definían el espacio de la capilla medía alrededor de un metro y medio de ancho, y cada hilera estaba compuesta de dos, tres o cuatro bloques de piedra caliza.

—Estoy intentando averiguar si existe algún patrón —dijo Arthur.

—¿Te refieres a los bloques?

—Sí. Cuando te apartas un poco, ¿ves algún patrón?

Claire negó con la cabeza.

—Parecen dispuestos aleatoriamente.

—Sí, estoy de acuerdo. ¿Y los candelabros de hierro? Son excepcionales.

—Bueno, estoy de acuerdo en que son muy bonitos, sobre todo por esa forma que tienen, que parecen lazos. Nunca había visto algo así, pero es que en la Sagrada Familia hay un millón de cosas que tampoco había visto antes. Sin embargo, la tumba de Gaudí no es la única en la que hay candelabros. En la que nos hemos escondido también había.

Arthur hizo una mueca.

—Qué pena. No me había fijado. Entonces seguramente no son la respuesta que buscamos. —Iluminó las piezas de hierro que fijaban los candelabros a la pared—. A no ser que...

El soporte para las velas que había en las paredes oblicuas a ambos lados de la lápida de granito estaba formado por una hilera doble de lazos, con los mecheros dispuestos a intervalos regulares. El candelabro de la pared central perpendicular a la lápida estaba formado por un único lazo sujeto a la pared con una barra gruesa en cada extremo.

—Fíjate en esta hilera de bloques que hay detrás del candelabro —dijo Arthur al final—. Hay tres en lugar de dos o cuatro. El más grande es el del centro, y fíjate en esto. Está sujeto a los bloques de piedra de los extremos, no al central.

—¿Estás pensando lo mismo que yo?

—¿Puedes apartar las flores?

Con las flores a un lado, Arthur pudo situarse entre la lápida de granito y la pared y apoyar los pies con fuerza. Agarró el extremo derecho del candelabro por el lugar más próximo al punto de anclaje y tiró con fuerza.

No se movió ni un milímetro.

—Vas a tener que esforzarte más —dijo Claire, lo que provocó que Arthur frunciera el ceño.

Gruñó y tiró de nuevo, pero fue en vano.

—Creía que habías jugado al rugby.

—Vale, ahora sí que me has hecho enfadar.

Apoyó los pies en la pared y, agarrando de nuevo el candelabro, se impulsó con las caderas. Fue un esfuerzo tan grande que sintió el palpar de la sangre en los oídos.

Lo único que sucedió fue que notó un pequeño espasmo en sus manos enrojecidas. Se quitó la chaqueta y la utilizó para envolver la barra de hierro. Volvió a intentarlo y emitió un leve gruñido por el esfuerzo.

Entonces algo cedió, acompañado por el sonido apenas perceptible pero satisfactorio del roce de la piedra contra la piedra.

Soltó el candelabro y retrocedió.

—¡Mira! —dijo Claire, con un grito susurrado—. ¡El bloque se ha movido un poco!

Arthur se inclinó hacia delante para observarlo. Tenía razón. Un centímetro.

—No hay mortero —dijo—. Es piedra sobre piedra. Voy a intentar por el otro lado.

El extremo izquierdo del candelabro estaba sujeto a un bloque más pequeño, y cuando lo agarró con ambas manos y tiró haciendo fuerza con la espalda y las caderas, se movió más que el otro.

Presa de una gran expectación, concentró todas sus energías en el anclaje

derecho, y cuando logró moverlo un poco más, Claire lo ayudó y tiró del izquierdo utilizando la chaqueta. Arthur abrió y cerró las manos varias veces para evitar calambres y agarró de nuevo el extremo derecho.

Después de contar hasta tres, ambos tiraron con todas sus fuerzas.

El candelabro se movió unos diez centímetros y arrastró los bloques de la izquierda y la derecha consigo.

—Caray —murmuró Arthur cuando se detuvieron para examinar lo que habían logrado.

—Esto tiene que ser intencionado —comentó Claire—. Es imposible que sea fortuito.

—Bien —dijo Arthur con la respiración entrecortada—, si logramos sacarlo del todo pesará mucho. Si no conseguimos controlar los bloques, caerán y podrían desportillarse o hacerse pedazos. De modo que ahora tenemos que tirar hacia nosotros y, en cuanto los hayamos liberado, hacia arriba. ¿Lista?

—Lista.

Tiraron ambos a la vez, de forma coordinada, y los bloques se desprendieron de la pared, sujetos al candelabro. Sin embargo, pesaban increíblemente poco. Pudieron levantarlos fácilmente y dejarlos con cuidado sobre la plataforma de mármol.

—¡Son medios bloques! —exclamó Arthur—. Solo miden doce centímetros de profundidad. Esto fue diseñado para que pudiera extraerse con relativa facilidad.

—A mí no me ha parecido tan fácil.

Arthur señaló hacia la nave y los chapiteles.

—Hay un gran peso sobre nosotros. Mucho más del que debía soportar la cripta cuando se construyó.

Ahora había dos huecos en la pared, a ambos lados del tercer bloque, el mayor de la fila. Claire introdujo la mano en el de la izquierda en el momento en que Arthur hacía lo mismo en el de la derecha.

Ambos palparon una barra de hierro sujeta a la parte posterior de un gran bloque, y se dieron cuenta de que no era otro bloque de piedra, sino una losa de cinco centímetros de grosor.

Los huecos eran demasiado pequeños para introducir la cabeza o iluminarlos con la linterna en el ángulo adecuado, por lo que siguieron palpando con las manos.

—Es un falso frontal, Claire. Creo que estas barras están sujetas con bisagras. Aquí hay algo que parece una bisagra.

—Yo también lo noto.

—En la parte de arriba no hay nada.

—De modo que si empujamos por arriba, debería bajar.

—Exacto. ¿Lista?

Empujaron con fuerza y la losa cedió, lo que les permitió acceder a la parte

superior. Lo habían diseñado con gran ingenio, ya que al estar construido en ángulo dejaba un espacio con respecto al bloque de encima, pero cuando estaba en su sitio parecía que estaba pegado. En realidad disponía de unas bisagras y bajaba como una mesa de alas abatibles, dejando un largo y negro vacío rectangular en la pared.

—¿Crees que está aquí? —preguntó Claire en voz baja.

—Solo hay una forma de averiguarlo.

Arthur iluminó el interior con la luz y la vio.

Una caja. Una caja de madera.

Le sorprendió la calma que lo invadió cuando introdujo la mano y la cogió.

Era del tamaño de un humidificador de puros, hecha de madera de palisandro pulida, de un marrón chocolate de diversos tonos y vetada. En la tapa había un bonito relieve de la montaña de Montserrat y una inscripción debajo: «*Gràcies a Déu*».

—Gracias a Dios —musitó Claire.

Arthur dejó la caja sobre la lápida de granito, encima de los huesos de Gaudí, y abrió la tapa sin dudar.

Ahí estaba.

El Grial.

El cuenco descansaba sobre un cojín de satén adaptado a su forma.

Era de un negro azabache, pulido y brillante, con los bordes gruesos, un cuenco de una forma sencilla, concebido para acercarlo a los labios sujetándolo con ambas manos.

Sin embargo, Arthur y Claire se quedaron embelesados por sus otras cualidades.

El Grial estaba rodeado por un halo de invisibilidad del ancho de un dedo.

—Dios mío, míralo, Arthur. ¡Míralo! —susurró Claire.

Arthur se sintió paralizado por la grandeza de su logro.

La búsqueda de dos mil años había terminado.

Una búsqueda que había acabado con reyes como Arturo y sus caballeros, Thomas Malory, escritores y bardos. «Andy Holmes y Tony Ferro deberían estar aquí —pensó—. Y un poeta, para inmortalizar el momento».

«Yo solo soy un mero hombre».

«¿Por qué yo?».

Claire rompió el hechizo y respondió a su pregunta como si le hubiera leído el pensamiento.

—Lo has encontrado. Eres tú quien lo ha encontrado.

—Lo siento —dijo de repente Arthur.

—¿Por qué lo sientes?

Tenía los ojos anegados en lágrimas.

—Lo siento, señor Gaudí —se disculpó dirigiéndose a los restos mortales del

genio—. Esto es una profanación. Lo siento de verdad.

—Cógelo —lo instó Claire—. ¿No quieres ser el primero?

—No. Hazlo tú.

Claire lo levantó con sumo cuidado y sus dedos quedaron difuminados por el extraño halo.

—Está caliente —dijo—. Tiene un aspecto frío, pero es cálido, como si acariciaras a una persona.

Lo alzó a la altura de los ojos. Arthur vio que Claire estaba a punto de romper a llorar. Empezó de manera silenciosa, pero al cabo de poco se le entrecortó la respiración.

—Esto no está hecho de ningún material que yo conozca —dijo Claire.

Arthur tragó saliva.

—No procede de la Tierra.

Pasaron la noche sentados, apoyados en la pared de la capilla de San José, listos para esconderse tras el altar en caso de que algún guarda bajase a la cripta.

No les costó trabajo volver a poner los bloques de piedra y el candelabro en su sitio. Cuando acabaron, la tumba de Gaudí había recuperado el aspecto de siempre.

Permanecieron en silencio durante gran parte de la noche, ensimismados en sus pensamientos. Esperarían hasta que la Sagrada Familia abriera de nuevo las puertas por la mañana, hasta que los turistas bajaran a la cripta. Entonces elegirían el momento adecuado para mezclarse con ellos y marcharse.

A lo largo de la lenta y oscura noche se fueron pasando el Grial el uno al otro, aferrándolo a su pecho para sentir su calor.

La caja de palisandro dio una forma cuadrada a la mochila de Arthur. Como no pudo cerrar la cremallera, tapó el hueco con un plano de Barcelona desplegado. Con los nervios propios de una pareja que huye de la escena del crimen, tomaron un taxi en la avenida Gaudí y regresaron al hotel.

Hengst los esperaba cerca de la entrada, oculto en el zaguán de un estudio de piercings de la calle de Sant Pau. Se tapaba con un periódico para ocultar sus ojos cansados y la cara de pocos amigos. Había llamado a su habitación varias veces, y se había alegrado de que no hubieran vuelto en toda la noche. De modo que lo único que pudo hacer fue recorrer una y otra vez la calle estrecha y desierta, en una furibunda vigilia nocturna.

Cuando Arthur y Claire bajaron del taxi y entraron en el vestíbulo del hotel, Hengst lanzó un suspiro de alivio e hizo una llamada de teléfono.

En su habitación, Arthur dejó la mochila en el sillón y ambos se la quedaron mirando, sentados en la cama.

—¿Y ahora qué? —preguntó Arthur tras un largo silencio.

Claire no respondió.

Él estaba aturdido. La euforia había durado poco. La búsqueda había llegado a su fin.

«¿Ahora qué?».

Al final Arthur respondió con voz monocorde, cansado, aprovechando un destello de lucidez, sin apartar los ojos del premio.

—Quiero contárselo a Andy y a Tony. Pero están muertos, ¿no? Murieron por culpa del Grial. Ahora también querrán matarnos a nosotros. Claire, deberías volver a casa, alejarte del Grial y alejarte de mí. Deberías irte ahora. ¿Lo harás?

Ella también estaba exhausta.

—No lo sé.

—No creo que nos hayan seguido, pero tal vez lo han hecho. ¿Por qué lo desean con tanto afán? Tiene que haber algún motivo más allá de su valor monetario.

—No lo sé. La piedra con la que está hecho tiene unas propiedades únicas.

—¿De qué tipo?

—Estoy muy cansada. Tengo que pensar, ¿de acuerdo?

Arthur asintió con expresión fatigada.

—No sé qué hacer. Cuanto antes lo anunciemos públicamente, antes estaremos a salvo. ¿Deberíamos devolverlo a la Sagrada Familia? ¿A Montserrat? ¿A España? ¿Al Vaticano? Es ridículo, ¿verdad? Ni siquiera sé cómo convocar una rueda de prensa. He soñado con este momento durante toda mi vida. Con encontrar el Grial. —Su voz se fue apagando—. ¿Qué haces cuando has llegado a lo más alto? ¿Qué haces el resto

de tu vida?

Arthur notó que Claire le estrechaba la mano.

—En estos momentos —prosiguió él— lo único que quiero hacer es llevarlo al Bear, pedir una ronda de cervezas y enseñárselo a Sandy Marina, a Aaron Cosgrove y al resto del grupo. Quiero dejarlo en la mesa junto al bastón de Andy. Luego ya decidiré qué hacer, supongo.

—¿Por qué no duermes un poco? —preguntó Claire con ternura, y apartó las sábanas de la cama—. Voy a darme un baño y luego me acuesto contigo. Seguro que después lo veremos todo más claro.

Arthur aceptó la propuesta, se desnudó y se metió bajo las sábanas.

En el baño, Claire se desvistió y, mientras esperaba que se llenara la bañera, encendió el teléfono móvil, que había estado apagado durante toda la noche. Tenía varias llamadas perdidas, todas del número de sus padres.

Alarmada, los llamó.

Salió al cabo de quince minutos con el pelo envuelto en una toalla.

Arthur aún estaba despierto.

—¿Va todo bien? Te he oído hablar con alguien.

Claire parecía preocupada.

—Era mi madre. Mi padre ha tenido una especie de mareo. Lo llevaron al hospital e intentaron llamarme. Pero ahora ya está bien, ya ha vuelto a casa.

—¿Qué le ha pasado?

—Tal vez haya sido un pequeño derrame. Tienen que hacerle más pruebas.

—Lo siento. ¿Quieres volver a casa?

—Mis padres no quieren que vaya.

Se metió en la cama con él y lo abrazó por la cintura.

—En la bañera he estado pensando. Creo que deberíamos intentar comprender el Grial, sus propiedades. El efecto en contacto con la luz, el calor que desprende. Como física, quiero saber más, examinarlo. ¿No crees que, antes de hacer la rueda de prensa, deberíamos estudiarlo para así poder describirlo como es debido?

—¿Qué pruebas quieres hacer?

—Puedo someterlo a análisis en el laboratorio. En Modane. Hoy es viernes. Podríamos salir en coche esta misma tarde, dormir en mi piso e ir al laboratorio mañana. No habrá nadie.

—¿De qué material crees que está compuesto?

—No lo sé. Es extraño.

—Es mejor que durmamos primero —dijo Arthur, que apoyó la cabeza en la almohada—. Luego ya hablaremos.

Poco más de una hora después de salir del hotel, cruzaron la frontera con Francia.

Arthur había accedido a pasar el fin de semana en Modane para intentar averiguar algo sobre las propiedades del cuenco antes de mostrarlo al mundo. Además, no quería despedirse de Claire. Aún no.

Claire estaba sentada a su lado, con la caja de palisandro en el interior de una bolsa de lona sobre su regazo. No le pareció buena idea relegarlo al maletero o al asiento trasero del coche. Además, el leve calor que desprendía el Grial le proporcionaba una sensación reconfortante.

Llegaron a Modane al atardecer, poco antes de que la galería de montañas alpinas cubiertas de nieve desapareciera en la noche. El piso de Claire estaba en un bloque de apartamentos cerca del centro de la ciudad. Las habitaciones eran pequeñas, decoradas con muebles baratos pero con buen gusto. Parecía el típico piso temporal de estudiantes más que el de un adulto.

Estaban cansados. Decidieron no salir, cenaron comida precocinada calentada en el microondas y bebieron una botella de vino. Cuando acabaron, Claire fue a llamar a sus padres desde la cocina. Las paredes eran finas y Arthur oyó la conversación. No las palabras exactas, sino el tono. Claire parecía disgustada, y cuando volvió estaba preocupada.

—¿Cómo se encuentra? —preguntó.

—Está bien. Es mi madre. No lleva muy bien estas cosas.

—Quizá deberías ir a Toulouse.

—No serviría de nada. No le harán las pruebas hasta la semana que viene. Y sé que mi madre no se preocupará menos por el hecho de que vaya a hacerle compañía. La conozco.

Se fueron al dormitorio.

—Quiero verlo antes de irnos a dormir —dijo Claire.

La caja de madera estaba en el tocador. Claire abrió la tapa, miró el Grial, lo tocó y vio cómo desaparecían las yemas de sus dedos en el halo.

El sábado por la mañana se despertaron temprano pero se tomaron su tiempo antes de ponerse en marcha. Los fines de semana el laboratorio no abría hasta las nueve.

En la entrada del túnel de Fréjus, la principal vía que unía Francia e Italia, se detuvieron frente al edificio administrativo del Laboratoire Souterrain de Modane.

Claire dejó a Arthur en el coche y regresó al cabo de unos minutos.

—No se ha registrado la entrada de nadie más. Estaremos solos, al menos durante un rato. Los sábados no acostumbra a haber gente.

—¿Yo también tengo que firmar para entrar?

—La seguridad no es tan alta. Yo tengo mi tarjeta de acceso, claro, pero si traigo una visita no pasa nada. Me alegro de que Simone no esté aquí.

Claire iba al volante. El túnel atravesaba el Col du Fréjus hasta los Alpes Cocios entre Modane y Bardonecchia, en Italia. Entraron en el túnel y recorrieron seis kilómetros y medio, hasta llegar a la mitad, a mil setecientos metros bajo tierra. Claire puso el intermitente y tomó la salida del laboratorio, que estaba muy bien señalizada. Descendió y cogió un par de chalecos rojos de malla de nailon de la bolsa

y le dijo a Arthur que se pusiera uno. Eran normas del protocolo, ya que tenían que cruzar dos carriles con tráfico de alta velocidad para llegar a la entrada del laboratorio.

Arthur no daba crédito. Era extraño ver una entrada construida en el interior de una montaña, junto a una autopista. Un camión pasó rugiendo junto a ellos y la carretera se vació durante unos segundos. Había una puerta de color verde pálido junto a un acceso para vehículos mucho más grande. Claire la abrió con la tarjeta de seguridad y entraron en el edificio.

No era un laboratorio bonito. No se habían molestado en hacerlo acogedor. El suelo y las paredes eran de hormigón de color beis. Después de ponerse el reglamentario casco protector, atravesaron una sala de ingeniería para la fabricación y reparación de instrumentos y entraron en la sala principal, donde había tanques, grandes y pequeños, rodeados de tuberías y equipos electrónicos. Los tanques más grandes disponían de unas pasarelas de acceso. A Arthur todo aquello le recordó el plató de una película de James Bond, la guarida subterránea de un archienemigo loco.

Claire se movía por el complejo con agilidad, cogiendo instrumentos mientras avanzaba. Arthur estaba a su merced, en su mundo, solo podía admirar su eficiencia. Su única tarea allí era cargar con el Grial, así que sujetaba la bolsa con fuerza.

Llegaron hasta lo que parecía el final del edificio y entraron en una sala tan abarrotada de equipos científicos que apenas había espacio para un ordenador. Un gran recipiente cilíndrico de cobre dominaba la estancia.

—¿Aquí es donde fermentáis la cerveza? —preguntó Arthur.

—Qué va. Te presento a EDELWEISS-II. *Expérience pour Détecter Les Wimps En Site Souterrain*. Esta ha sido mi casa durante los últimos años. Y esta ha sido mi niña.

—¿«Niña»?

—Bueno, quizá sea masculino. Da igual, la cuestión es que ya está jubilada, pero aún funciona. En la otra ala del laboratorio, su sucesora está conectada en línea. Es mucho más grande y tiene un poder de detección mayor. Se llama URECA. Simone ahora trabaja en ese proyecto. Yo también, pero no de manera exclusiva. Vamos a utilizar EDELWEISS. Tardaremos una hora en encenderla y hacer las calibraciones necesarias. Ahí tienes una silla. Me temo que no hay café. Debería haber traído un termo. El baño está ahí. Eso es todo.

—Me dedicaré a observarte. Dime qué vamos a buscar.

Claire le respondió mientras trabajaba.

—Los astrónomos saben con una certeza casi absoluta, mediante la observación de galaxias y la deducción del impacto de la gravedad en ellas, que la materia visible ordinaria, aquello de lo que están hechas las estrellas, los planetas, los árboles, los elefantes, tú y yo, solo representa el cuatro por ciento de la masa y energía del universo. Lo que significa que aún no hemos hallado una explicación para el noventa

y seis por ciento restante.

—¿Crees que el Grial no es materia ordinaria?

—No lo sé. Por eso estamos aquí. Una fuerza llamada energía oscura representa el setenta y tres por ciento del resto del universo. Es la propiedad del espacio vacío, la constante cosmológica de Einstein, la energía que provoca la expansión continua del universo. Eso nos deja un veintitrés por ciento. Y la materia oscura es eso. Es casi una posibilidad demasiado emocionante para contemplarla seriamente, pero no he podido evitar preguntarme si el Grial podría tener algo que ver con esa sustancia. La materia oscura tal y como la entendemos no irradia unas cantidades detectables de luz visible ni de ningún tipo de radiación. Es completamente invisible.

—Pero podemos ver el Grial.

—Sí, pero tengo una teoría. ¿Y si el Grial estuviera hecho de un material que fuera una especie de amalgama de materia oscura y materia ordinaria, formado tal vez poco después del Big Bang, cuando las temperaturas eran altísimas y varias formas de materia podrían haber interactuado de una forma distinta que si se hubieran encontrado en un universo más frío? ¿Y si llegó a la Tierra hace miles de millones de años, como un meteorito de origen extraño? La cuestión es que quizá estamos viendo la materia ordinaria de la piedra, pero no la materia oscura.

—¿Cómo explicas el halo que tiene a su alrededor?

—Tal vez sea una curvatura gravitacional de la luz en su superficie, similar a la curvatura gravitacional en torno a las galaxias que provoca la materia oscura y que los astrónomos pueden detectar con radiotelescopios. Es una locura, lo sé, pero hasta ahora nunca habíamos podido estudiar la materia oscura de este modo.

—¿Por qué no? Si es tan común, ¿por qué no se encuentra alrededor de todos nosotros?

—¡Ah, es que sí está a nuestro alrededor! Estamos sometidos a una lluvia diaria de estas partículas de materia oscura, de miles de millones o billones de estas partículas. Pero resulta muy difícil encontrarlas. Intentaré explicártelo. Alguien muy inteligente dijo una vez que la materia luminosa ordinaria no es más que la fina capa de glaseado que cubre un pastel cósmico oscuro e inmenso. Probablemente la materia oscura esté distribuida por todo el universo, tal vez de manera uniforme en algunas regiones, tal vez en otras forme concentraciones. Poco después del Big Bang las regiones que eran un poco más densas que las demás podrían haber atraído la materia oscura, que se fue acumulando y al final se desmoronó y formó algo parecido a unas tortitas planas. En los puntos en los que se cruzan estas tortitas se forman una especie de hebras largas de filamentos de materia oscura. Luego se configuraron grupos de galaxias en los nódulos de la red cósmica en los que se cruzaron estos filamentos. Pero, bueno, la cuestión es que, como he dicho, la materia oscura está a nuestro alrededor. El problema es que se rige por unas leyes físicas distintas a las de la

materia ordinaria. Todas las partículas elementales subatómicas que conforman la materia ordinaria (ya sabes, los leptones, los quarks, etcétera) están unidas por la fuerza nuclear fuerte. Las partículas candidatas a ser materia oscura se llaman WIMP.

—¿Wimp? ¿Blandengue? A los físicos siempre se os ocurren los mejores nombres.

Claire sonrió.

—Bueno, es un campo dominado por hombres. Significa Weakly-Interacting Massive Particles, es decir, Partículas Masivas de Interacción Débil. Al igual que la materia ordinaria, las WIMP tienen masa, y la fuerza cada vez más débil de la gravedad actúa sobre ellas, pero como no se rigen por las fuerzas nucleares fuertes casi nunca interactúan o colisionan con la materia ordinaria.

—¿Nos atraviesan?

—Atraviesan todo lo que conocemos y vemos. Sus colisiones con las partículas ordinarias son tan infinitesimalmente raras que resulta casi imposible detectarlas. De modo que en los últimos veinte años, laboratorios de todo el mundo se han dedicado a buscar pruebas experimentales directas de las WIMP y han intentado definir las. Este laboratorio es uno de ellos. Todos los detectores de materia tienen que estar enterrados a gran profundidad, bajo montañas, como Modane y Gran Sasso en Italia, o en minas, como Boulby, en Inglaterra. La probabilidad de que una partícula WIMP interactúe con el protón o el neutrón en un núcleo atómico es tan pequeña y el producto de esa reacción es tan minúsculo que para medirlo hay que minimizar toda la radiación de fondo que podría imitar una colisión de WIMP e interferir con los cálculos. Bajo tierra podemos reducir enormemente los rayos cósmicos procedentes del espacio que nos bombardean continuamente. Además, los instrumentos deben estar protegidos de la radiactividad natural que desprenden las rocas. Estos instrumentos son increíblemente sensibles. Buscan las WIMP mediante centelleo, la luz ultradébil que se produce, y la cantidad microscópica de calor que se crea en una colisión con partículas ordinarias.

—Y estas partículas WIMP —dijo Arthur— ¿hay una única candidata para ser materia oscura o hay varias?

—La partícula por la que yo apuesto, y no soy la única física de partículas que lo hace, es el neutralino. Nunca se ha demostrado. Su existencia se ha predicho a partir de modelos matemáticos que nacen de la teoría de supersimetría. Creemos que sus interacciones serían muy débiles, como cabría esperar de una WIMP, y su masa sería muy sustancial, entre cincuenta y mil veces la masa de un protón. Si me gustara jugar, apostaría a que el Grial contiene neutralinos.

—¿Y el calor? ¿Por qué desprende calor?

—He estado reflexionando sobre eso, y, si quieres que sea sincera, no lo sé. Pero los neutralinos podrían explicarlo todo. Según la teoría de la supersimetría, los

neutralinos son su propia antipartícula. Cuando las partículas y las antipartículas colisionan, producen energía. Los modelos dicen que cuando los neutralinos colisionan deberían aniquilarse mutuamente y producir otro tipo de partícula, el neutrino. De modo que también voy a buscar neutrinos.

Empezó a trabajar con los instrumentos, pero no dejó de explicarle a Arthur qué hacía y por qué. El mayor problema era engañar al detector, dijo, para lograr que hiciera lo contrario de aquello para lo que lo habían concebido, que era detectar colisiones muy raras. Claire iba a tener que comprobar si era posible ajustar la calibración a un nivel lo bastante bajo para que no fuera engullida por lo que esperaba que fueran colisiones frecuentes.

El EDELWEISS-II, le dijo a Arthur, había logrado algunos éxitos durante sus años de servicio. Había detectado posibles colisiones de neutralinos que se podían contar literalmente con los dedos de una mano. Se habían observado cinco colisiones candidatas con una determinación de masa de unos 20 GeV, el tamaño de las partículas masivas, que multiplicaba por veinticinco la masa de un protón. Por desgracia, era una cifra algo más elevada que la que habían predicho los modelos matemáticos, lo que sugería una posible contaminación de radiación de fondo. EURECA había sido diseñado para superar los defectos del EDELWEISS. Según Claire, la verdadera masa de un neutralino debía estar entre los siete y los once GeV.

La calibración llevó el doble de tiempo de lo esperado y ambos miraron varias veces hacia atrás por temor a que entrara alguien. Claire había inventado una historia que resultaría convincente para cualquier compañero de Modane que estuviera trabajando en otros proyectos, pero sabía que a alguien que se dedicara a la investigación de WIMP le parecería poco verosímil.

—¿Y Simone?

—Él no picaría el anzuelo —dijo Claire sin apartar los ojos de la pantalla del ordenador.

—Me resulta difícil no ver un vínculo. Supongo que Simone también está trabajando en esta investigación.

—Así es.

—Y se ha comunicado con un grupo de gente que se dedica a buscar el Grial y que está dispuesta a matar por él.

Claire lanzó un largo y doloroso suspiro.

—Sí.

—Entonces esa gente podría tener algún motivo para creer que el Grial tiene algo que ver con la materia oscura —dijo Arthur.

—Ignoro la respuesta. Admito que es difícil creer que se trate de una simple coincidencia.

Por fin estaba lista.

Necesitaba el Grial.

Arthur lo sacó de la caja y lo dejó en la mesa del laboratorio. Lo primero que hizo Claire le sorprendió. Cogió un imán de herradura.

—Alrededor de un seis por ciento de los meteoritos contienen hierro y aleaciones de hierro y níquel. No sé qué porcentaje de este cuenco es materia ordinaria y qué porcentaje es materia oscura, pero si hay hierro esto creará problemas con los detectores. Sin embargo, espero poder corregirlo.

Claire acercó el imán al cuenco y confirmó que no tenía hierro.

—Ahora viene lo más duro.

Arthur se dio cuenta de lo que iba a hacer y le pidió que fuera muy cuidadosa.

—Solo necesito una muestra diminuta. Será mejor que la tome de la base, ¿verdad?

Arthur le dio el visto bueno y se sentó junto a ella a la mesa. Claire se puso guantes quirúrgicos, sacó una placa de Petri de la funda de plástico y le pidió que sujetara el cuenco. Entonces encendió una herramienta Dremel con un disco de corte diminuto y lo deslizó por la superficie lisa del cuenco, una tarea que el halo complicaba. Tuvo que fiarse de sus sentidos táctil y auditivo y, cuando le pareció que había tocado el Grial, apartó la herramienta.

Puso una libreta negra bajo el disco de Petri y ambos lo inspeccionaron. Había unas motas minúsculas de opacidad, minihalos, que contrastaban con el fondo negro.

—Bueno, ya tenemos la muestra —dijo Claire—. Ahora estamos listos.

Cogió un módulo electrónico de un instrumento fijado al gran tanque criogénico de cobre. Era un bolómetro, le explicó, cristales de germanio combinados con un termómetro ultrasensible, conectados a un microprocesador. Dejó el disco de Petri sobre la bandeja de germanio, introdujo de nuevo el módulo y se sentó ante el ordenador.

La pantalla se encendió con unas densas gráficas de puntos rojos y verdes.

—¿Qué ves? —preguntó Arthur.

Claire no levantó la mirada.

—¡Aún nada! Tengo que hacer más calibraciones.

—Lo siento, ya me callo.

Claire deslizaba los dedos sobre el teclado con rapidez. Fueron pasando varias pantallas repletas de datos hasta que de pronto pulsó un botón del ratón y se inclinó hacia delante en la silla.

Había congelado la imagen en una gráfica. A Arthur no le pareció muy distinta de las demás, pero Claire parecía hipnotizada.

—¿Qué pasa?

Claire acercó el dedo a la pantalla, a un conjunto de puntos rojos.

—Dios, Arthur. ¡Lo tenemos! Una punta enorme de actividad térmica y de

centelleo. Aun en el punto más bajo posible de calibración, casi se sale de las gráficas. Da 9,4 GeV. Es el neutralino, Arthur. Es materia oscura.

Arthur le puso la mano en el hombro.

—Y estos puntos verdes en la esquina del gráfico —continuó ella— son neutrinos a 2,2 eV. Hay muchos. Todo encaja.

Se volvió y apoyó la cabeza en el pecho de Arthur.

Luego él se limitó a observarla mientras se apresuraba a imprimir las capturas de pantalla más importantes, limpiaba los detectores, restauraba la configuración por defecto y apagaba los instrumentos antes de que llegara alguien.

Le llevó media hora, pero por fin acabó.

Fueron apagando todas las luces a medida que se dirigían hacia la salida, hasta que solo quedó una sala de ingeniería iluminada. Cuando entró en ella, se volvió para decirle a Arthur que tenía que ir al edificio de administración para registrar su salida.

Entonces alguien la agarró del cuello.

Arthur jamás olvidaría la mirada de pánico que se reflejó en su rostro.

Hengst tiró con fuerza de ella y la luz amarilla del fluorescente lo iluminó. En la otra mano tenía una pistola con la que apuntaba a Arthur.

—Dámelo —le ordenó.

Arthur tragó saliva y notó un sabor amargo. Sintió un hormigueo. Esa cara le sonaba de algo.

Hengst acercó la pistola a la cabeza de Claire.

—Cinco segundos. No le doy más tiempo.

—Arthur —suplicó Claire, a pesar de que la estaba estrangulando.

—De acuerdo, te lo daré.

—Deslízalo.

Arthur dejó la bolsa en el suelo y se agachó para empujarla.

Cuando sus dedos dejaron de tocarla, Claire hizo un movimiento brusco: se llevó la mano derecha a la espalda y agarró con fuerza la entrepierna de Hengst.

El hombre lanzó un gruñido estremecedor, le soltó el cuello y le propinó un puñetazo en la mandíbula.

Cuando Claire cayó al suelo, Arthur se abalanzó contra Hengst y, a pesar de que era más grande que él, lo placó a la altura de los muslos. Lo agarró con fuerza, lo levantó y lo lanzó contra el suelo. La pistola negra impactó contra el hormigón y salió despedida.

Hengst, en el intento de quitarse de encima a Arthur, le asestó varios puñetazos. Arthur notó el sabor de la sangre en la boca, pero no se rindió: sin soltarlo, intentó subir centímetro a centímetro para inmovilizarle los brazos.

Hengst respondió con un fuerte puñetazo en la sien que le hizo mucho daño y un rodillazo en la entrepierna. Arthur profirió un gruñido, se quedó sin fuerzas y Hengst

logró zafarse de su abrazo.

A pesar de la fuerte punzada de dolor, oyó su nombre y vio que Claire le lanzaba una gran llave inglesa deslizándola por el suelo. La herramienta se detuvo junto a su pierna. La cogió y, mientras Hengst se dirigía hacia la izquierda para recuperar la pistola, Arthur se puso de rodillas y blandió la llave.

La pesada herramienta impactó contra la nuca de Hengst y provocó una fina lluvia de sangre. El tipo cayó de cara, su cuerpo se había quedado inerte.

—¡Tenemos que irnos! —gritó Claire—. ¡Ahora!

Arthur cogió la pistola y se la guardó en el bolsillo; reprimió el impulso de comprobar el estado del hombre. Intentó recordar dónde lo había visto antes, y mientras Claire y él salían renqueando al túnel lleno de humo, le vino a la cabeza.

Era el guarda de seguridad de la finca de Suffolk.

Era el hombre de Jeremy Harp.

Arthur cogió las llaves del coche porque Claire estaba demasiado alterada para ponerse al volante. Esperó a encontrar un hueco y salió disparado para incorporarse al tráfico del túnel.

—¿Estás bien? —le preguntó.

—Sí, ¿y tú?

Arthur no respondió. Le dolía todo el cuerpo y sospechaba que a ella le pasaba lo mismo.

—No podemos volver a tu piso.

—¿Crees que ha muerto?

Claire no paraba de temblar.

—No lo sé. Quizá. Debería haberlo ayudado.

—Iba a matarnos.

Arthur miró por los retrovisores. No los seguía nadie.

—¿Cómo ha logrado entrar en el laboratorio, Claire?

—Debía de tener una llave de acceso. Si no, es imposible.

—¿Y de dónde la puede haber sacado?

—Tal vez la haya robado. Tal vez...

—¿Simone?

Claire rompió a llorar.

—Tal vez.

—Nos han seguido —dijo Arthur—. Han seguido todos nuestros pasos. Stoneleigh. Montserrat. Barcelona. Aquí.

—¿Qué vamos a hacer? ¿Adónde vamos?

Arthur intentó poner en orden sus pensamientos, pero estaba demasiado alterado.

—Tu nombre aparece en el registro de entrada del laboratorio. Cuando encuentren el cuerpo, las autoridades sabrán que has estado ahí y empezarán a buscarte. ¿También apuntaste en el registro el número de matrícula del coche de alquiler?

—No.

—Bien, un punto a nuestro favor. Claire, tengo que decirte algo. He reconocido a ese hombre.

Claire parecía horrorizada.

—¿Quién era?

—No recuerdo su nombre, pero trabajaba como guarda de seguridad para Jeremy Harp, de quien ya te he hablado.

—Es el hombre que te despidió por dejarlo en ridículo, ¿verdad?

—Sí. La noche antes de encontrar el tesoro cené con Harp, que quería hablar del Grial. Me dijo que había leído en la revista de la empresa que estaba interesado en el

tema. Era un gran entendido en la materia, lo que me sorprendió bastante. Hablamos de Andrew Holmes y de Montserrat. Resultó que también era físico, como Simone. Dios, Jeremy Harp quiere el Grial.

Entonces vieron una señal en el túnel. Bardonecchia, 3 km.

—Supongo que nos vamos a Italia —dijo Arthur con un hilo de voz.

Arthur y Claire apenas abrieron la boca durante la siguiente hora de trayecto. Conducían sin rumbo por Turín cuando Arthur decidió detenerse en el aparcamiento de un hotel situado en la ladera de una colina. Le dijo a Claire que tenían que descansar, pensar y trazar un plan, y ella se mostró de acuerdo. Al registrarse en el hotel Parco Europa, les pidieron sus pasaportes, por lo que tuvieron que dar sus verdaderos nombres.

La habitación tenía vistas a un jardín. Mientras Claire se daba un baño, Arthur se tumbó para sopesar las opciones que tenían. El Grial descansaba bajo la cama.

Oyó la voz de Claire responder una llamada de teléfono en el baño. Alarmado, abrió la puerta. Estaba en la bañera, con el móvil pegado a la oreja, medio sumergida en el agua, con la piel sonrosada por el calor. Le pareció pequeña y preciosa, como una ninfa acuática.

Claire pulsó el botón de silencio.

—No pasa nada, es mi madre —le dijo.

Arthur la dejó a solas y encendió el televisor para ver si daban alguna noticia sobre lo sucedido en Modane, pero no encontró nada. Recordó que llevaba encima la pistola de Hengst y la cogió. Había estado en un campo de tiro en alguna ocasión, por lo que sabía cómo usarla. El padre de un amigo de la escuela era socio de un club de tiro. La Sig Sauer tenía quince balas de 9 milímetros en el cargador y una en la recámara, un cañón de rosca y silenciador. Extrajo el cargador y la bala de la recámara y examinó la pistola. Tenía un seguro para el pulgar. Lo desactivó y apretó el gatillo. Luego la cargó, activó el seguro y la metió bajo el colchón.

Claire salió del baño con un albornoz del hotel y secándose el pelo.

—¿Te duele el cuello o la cabeza? —le preguntó Arthur.

—No, estoy bien. ¿Y tu cabeza? Déjame ver el chichón.

—Solo es un moretón.

—Voy a buscar hielo a la máquina.

—No te preocupes, ven aquí.

Se tumbó junto a él y ambos se quedaron mirando el techo. Claire empezó a temblar y Arthur la abrazó.

—¿Algún cambio? Me refiero a tu padre.

—No, pero mi madre va a volverme loca. Con todo lo que estoy pasando y encima eso. Es demasiado.

—Ojalá no te hubiera involucrado en todo esto —dijo Arthur con un deje de tristeza.

—No digas eso. Te quiero.

Durmieron una hora y cuando se despertaron Arthur llamó al servicio de habitaciones para pedir café. Se sentaron en el pequeño balcón con vistas al jardín.

—Ya sé qué quiero hacer —dijo Arthur.

—Cuéntame.

—Quiero volver a España. Llamaré a un periódico y les pediré que organicen una rueda de prensa. Lo contaré todo. Hablaré de los papeles de Thomas Malory, de la espada, de Montserrat, de Gaudí, de la Sagrada Familia. Quiero confesarlo todo, devolver el Grial. Me entregaré a la policía por todos los crímenes que haya podido cometer en España. Y que sean los españoles quienes decidan qué hacer con el Grial. Es suyo, no mío. Yo lo he encontrado, pero hasta aquí he llegado. Cuando se sepa todo, no tendrán ningún motivo para matarme. Tengo que decidir cómo desentrañar el papel que ha desempeñado Harp en todo este asunto, pero prefiero dejarlo para más adelante.

—Pero ¡esta historia no puede acabar después de haber encontrado el Grial! —exclamó Claire, emocionada—. El Grial es algo más que una reliquia sagrada. ¡Está hecho de materia oscura! Su valor científico podría ser más importante que su valor religioso o cultural. No podemos entregarlo a alguien que no sea consciente de sus propiedades. Yo también tengo que explicar todo lo que sé sobre él.

—Es demasiado peligroso. No quiero que te quedes conmigo. Tenemos que separarnos. Deberías volver a Toulouse y quedarte con tu familia. Busca un abogado, ve a la policía y denuncia que un desconocido te atacó en el laboratorio. No digas nada del Grial. Es la única opción que tienes.

Claire recuperó la compostura, su antiguo yo.

—No, lo siento, pero hay otras opciones, y alguna tiene que ser mejor para los dos. No deberíamos separarnos. Debería estar a tu lado en la rueda de prensa. Debería explicar todo lo que sé, como física. Quizá me despidan por uso no autorizado del equipo del laboratorio, pero me da igual, esto es demasiado importante. Y me sentiré más segura si doy la cara contigo. Devolveremos el Grial, explicaremos el papel que hemos desempeñado. ¿Por qué habría de intentar alguien matarme?

Arthur tomó un sorbo de café y observó las hileras de arbustos geométricos del jardín.

—De acuerdo, lo haremos juntos.

—Pero aún no —repuso ella.

Arthur dejó la taza y miró fijamente a Claire, que tenía los labios cerrados en un gesto de firmeza y determinación.

—¿Por qué no?

—Hay algo que no has tenido en cuenta. Tú crees que este es el verdadero Grial. Yo creo que lo es. Pero ¿por qué iban a creerlo también los demás? Las pruebas que tenemos son circunstanciales. Quizá el rey Arturo creyó que había encontrado el Grial, pero ¿cómo podía estar seguro? Quizá Gaudí creyó que había encontrado el Grial, pero ¿cómo podía saberlo a ciencia cierta? Ambos querían creerlo. Nosotros también queremos creerlo. Pero no existe nada, absolutamente nada, que vincule este cuenco con Jesucristo. Sencillamente no sabemos si es el verdadero cáliz que Jesús utilizó en la Última Cena, ¿verdad?

—Claro que no. Es una conjetura. Nosotros nos limitaremos a exponer lo que sabemos y los expertos se encargarán de lo demás.

—Sí, es una conjetura. Pero podemos afirmar con cierto grado de certeza respaldada por la ciencia que está compuesto de materia oscura y que emite neutrinos. ¿Y si pudiéramos combinar las pruebas científicas con las bíblicas?

—¿Cómo?

—Cuando estaba en el CERN, en Ginebra, haciendo el posdoctorado, mi profesora y mentora era una física de partículas israelí, Neti Pick. Es una científica brillante y carismática y, como mujer, fue un modelo de inspiración para mí. La menciono por sus intereses al margen de la física. También era aficionada a la arqueología; estaba muy interesada en los estudios bíblicos y en aunar ciencia con datos arqueológicos y bíblicos. Una de sus verdaderas pasiones era el sudario de Turín, que podríamos ver hoy mismo si pudiéramos permitirnos el lujo de comportarnos como turistas. Es una de esas personas que cree que el sudario es auténtico.

—¿De verdad?

—Formó parte de la comisión científica organizada por el Vaticano y no desistió de sus ideas cuando las pruebas de datación por radiocarbono señalaron que era de origen medieval. No recuerdo los detalles de su argumentación, pero creía que la imagen del sudario podría haber sido el producto de un estallido de neutrinos en el momento de la resurrección. Todo era muy hipotético y nadie le hizo demasiado caso porque la consideraron una física loca, pero, Arthur, con este objeto que creemos que es el Grial, tenemos un motor de neutrinos.

Arthur se recostó en la silla.

—¿Qué propones?

—Déjame llamarla y vayamos a verla. Ahora trabaja en la Universidad Hebrea de Jerusalén. Quiero mostrarle el Grial, hablar con ella de los datos que hemos obtenido, comprobar si puede ayudarnos a cerrar el círculo. Podríamos llevar algunos instrumentos a las posibles tumbas de Jesús. Recoger muestras de aire, quizá también de piedra caliza para comprobar la presencia residual de neutrinos y neutrinos. Si

tenemos éxito, hallaríamos un vínculo definitivo entre el cuenco y Jesús. Demostraríamos que es el verdadero Grial. Nadie podría cuestionarlo. ¿Qué opinas?

—¿Confías en ella lo suficiente para estar segura de que guardará el secreto?

—Por supuesto. Es como mi segunda madre.

Jeremy Harp se encontraba en la zona de llegadas de la Terminal 5 de Heathrow; esperaba a unos pasajeros del vuelo de British Airways procedente de Los Ángeles que estaban pasando el control de aduanas.

Al cabo de un rato apareció Stanley Engel con cara de hartazgo y empujando un carrito.

—Bienvenido, Stanley —dijo Harp—. ¿Qué tal el vuelo?

—Largo. No es la mejor época para ausentarme de la universidad.

Harp le hizo un gesto a su chófer, que se encargó del equipaje. Ambos físicos lo siguieron por el aparcamiento.

—Ya están casi todos aquí, y los que no han llegado están en camino. Tampoco tenías elección, ¿no? —preguntó Harp.

—¿Es el verdadero? ¿Lo han encontrado?

—Me parece que sí. Necesitamos la confirmación definitiva, pero creo sinceramente que el gran momento ha llegado.

—¿Cuál es la situación actual?

—Ha surgido una complicación. Hengst los siguió hasta Modane. Simone le dio una tarjeta de acceso y esperó a que Pontier acabara con el análisis, pero cuando intentó arrebatárselo el Grial se produjo una pelea. Hengst resultó herido de bastante gravedad. Está claro que no podemos menospreciar a Malory. Simone encontró a Hengst y lo llevó al hospital, donde fue sometido a una operación de neurocirugía de urgencia. Seguramente no sobrevivirá, lo cual es una suerte, ya que nos ahorrará ciertas complicaciones.

—Vale, vale, me da igual lo que le pase a tu guarda de seguridad. ¿Qué ha sucedido con Malory y la chica? ¿Y con el Grial?

—Se largaron con él.

—¿Ambos?

—Ambos.

—¿Y?

—Simone regresó al laboratorio y accedió a la copia de seguridad de EDELWEISS. Está compuesto de neutralinos, Stanley. ¡Neutralinos!

—Dios mío, eso confirma nuestra hipótesis. ¿También había neutrinos?

—Sí. En abundancia.

Engel alzó el puño.

—Bingo.

—Sí, bingo.

—¿Y ahora qué? ¿Sabemos dónde están?

—No te preocupes por eso. Conseguiremos el Grial, nos libraremos de Malory y de su amiga y luego daremos el siguiente paso. Venga, he alquilado una casa no muy lejos de aquí. Ya han llegado casi todos. Mi avión está listo para despegar. Cuando llegue el momento viajaremos juntos y aceptaremos nuestro destino con toda la pompa que exija la situación.

Arthur dejó el coche de alquiler en un aparcamiento de larga estancia del aeropuerto de Milán-Malpensa. Había tomado la decisión mientras paseaba solo por el jardín, mirando el perfil irregular de las montañas en contraste con un espléndido cielo azul.

Había dedicado la tarde a planear el viaje. Tras una búsqueda en línea encontró a una importante periodista de *La Vanguardia* que estaba especializada en temática religiosa. Ella sería la persona con la que se pondría en contacto desde Jerusalén. Invitaría a todos los lunáticos del Grial al acontecimiento, que estaría dedicado a la memoria de Andrew y Tony.

Claire le había asegurado que como el Grial no contenía hierro podría pasar desapercibido por los magnetómetros del aeropuerto. Pidió al personal del hotel que enviaran la caja de palisandro a Sandy Marina, envolvió el Grial con su ropa y lo guardó en la mochila. Pensó en la posibilidad de tirar la pistola al Po, pero no quería desprenderse de ella. La única forma de poder llevarla consigo sería en el equipaje facturado, por lo que fueron a comprar ropa para ambos y una maleta rígida. Por lo que sabía de las medidas de seguridad de El Al Airlines, sospechaba que detectarían incluso una pistola descargada en una maleta facturada. Pensó que tendría más posibilidades con Alitalia, así que, en lugar del vuelo directo con El Al, reservó dos billetes del vuelo a Tel Aviv con escala en Roma operado por Alitalia y que salía de Milán esa misma noche.

A pesar de la planificación y de todas las previsiones, ambos eran un manojo de nervios cuando pasaron los controles de seguridad de Milán. ¿Habían encontrado a Hengst? ¿Había emitido una orden de búsqueda de Claire la policía francesa?

Cuando despegaron y subió el tren de aterrizaje, Arthur por fin se relajó un poco. Entonces pidió un trago y cogió la mano húmeda de Claire.

Llegaron a Tel Aviv a las tres de la madrugada, pero entre que atravesaron el control de aduanas, salieron a la terminal empapados en sudor, alquilaron un coche y pusieron rumbo a Jerusalén, ya empezaba a despuntar el alba. En una decisión fruto de su elaborada planificación del viaje, Arthur, que albergaba la esperanza de que el hecho de tener reserva en un establecimiento de gran categoría despejase cualquier sospecha de las autoridades israelíes hacia su equipaje, reservó una habitación en el hotel King David, donde ya se había alojado en otras ocasiones cuando había viajado a Israel por negocios para Harp Industries.

Llegaron al hotel con el Grial y con la pistola de Hengst.

—Bienvenido de nuevo al King David, señor Malory —le dijo el recepcionista cuando se registraron.

—Es un placer regresar a Jerusalén.

Neti Pick llegó esa misma mañana y enseguida le demostró que era una fuerza de la naturaleza. Era bajita y corpulenta, rondaba los sesenta años y tenía el pelo azabache con un peinado juvenil. Su vestido negro dejaba al descubierto diez centímetros de muslo por encima de las rodillas desnudas. Lucía unas joyas de oro muy ostentosas en las orejas, el cuello y las muñecas. Cuando vio a Claire en el otro extremo del vestíbulo, la saludó agitando los brazos y le plantó dos besos.

—Y tú debes de ser Arthur —dijo con fuerte acento israelí. Le cogió la mano y se la estrechó entre las suyas. Luego le susurró—: ¿Dónde está?

Arthur señaló la mochila.

—Bien. No lo pierdas de vista, por favor. Deberíamos ir a algún lugar donde pueda examinarlo. Luego hablaremos un poco.

La llevaron a su habitación. A través de las ventanas vieron que el sol bañaba la Ciudad Vieja y el monte de los Olivos con una paleta de tonos marrones y amarillos. Claire estiró la colcha sobre la cama para que Neti pudiera sentarse.

A la antigua profesora de Claire se le iluminó el rostro de sorpresa y alegría cuando Arthur depositó el cuenco negro en sus manos.

—Cariño —le dijo a Claire—, coge un pañuelo y sécame los ojos. No pienso apartar las manos de esta preciosidad.

—¿Qué le parece? —preguntó Arthur.

—¿Que qué me parece? Me parece que he muerto y he ido al cielo. Es cálido como el culito de un bebé, y fíjate: mis dedos desaparecen al entrar en contacto con él. Habéis encontrado un tesoro, el tesoro más importante. Y además es muy simple. Un cuenco negro pulido hecho del material más valioso de la Tierra. Toma, sujétalo y cuida bien de él.

Arthur lo cogió.

—Bueno, muéstrame los datos, Claire.

Arthur guardó el Grial en su mochila y las dos mujeres se sentaron una al lado de la otra en la cama y examinaron las hojas que Claire había imprimido en Modane. Arthur no entendía casi nada de lo que decían, pero estaba claro que la profesora estaba de acuerdo con la interpretación de Claire. El cuenco contenía cierta cantidad de materia oscura. La conversación empezó a girar en torno a los experimentos adicionales que había que hacer, y Arthur salió al balcón para consultar el móvil y comprobar si había noticias sobre Hengst y Modane. ¿Por qué no se había publicado nada? ¿Se había recuperado del golpe en la cabeza? ¿Era posible que aún les estuviera siguiendo la pista? No dejaba de ser una posibilidad inquietante, pero al menos Claire y él no parecían haberse convertido en unos prófugos internacionales.

Claire lo llamó para que volviera a entrar.

—Neti tiene algunas ideas.

Arthur acercó la silla del escritorio.

—Claire ya te ha contado que tengo dos pasiones —dijo la profesora—: La física y la arqueología. La primera la heredé de mi padre, que fue un gran físico; la otra se la debo a mi marido, que en paz descansa, pero no hace falta que sea una paz absoluta, pues, a decir verdad, no fue siempre un hombre amable. Era arqueólogo en la Universidad Hebrea y su especialidad era el estudio de Jerusalén en la época de los romanos. De modo que no es de extrañar que aprendiera algo de la materia y que empezara a mostrar interés en aplicar la física a lo que él hacía. Para ser judío la búsqueda de la tumba de Jesús llegó a convertirse en una auténtica obsesión, y a través de él pude formar parte del comité de análisis del sudario de Turín.

—Claire me lo ha contado. Creía que la datación del sudario planteaba grandes interrogantes sobre su autenticidad.

—No hay duda de que, según la datación por radiocarbono realizada en 1988 bajo la supervisión del Vaticano, el sudario era del siglo XIII o XIV, pero han surgido muchas críticas sobre errores en la toma de muestras, problemas de contaminación e incluso la posibilidad de que hubieran datado una muestra perteneciente a un remiendo de la época medieval. Sin embargo, hay otras características, como la técnica de cosido del lino y las partículas de piedra caliza que se encontraron en el tejido, que son las mismas que otras halladas en tumbas romanas y que nos inducen a pensar que su origen es el siglo I. Desde mi punto de vista no existe una técnica artística convincente que pudiera haber simulado la imagen de un hombre crucificado en una sábana de lino. En el siglo I no se conocían esas técnicas, ni en el XIV, y tampoco creo que hoy en día pudiera reproducirse. Por eso creo que es real.

—¿Y cree que los neutrinos tienen algo que ver con la formación de la imagen?
—preguntó Arthur.

—Siempre ha sido mi principal hipótesis. De hecho, no sé qué otra cosa podría

haber formado esa imagen. Si envuelves el cadáver ensangrentado de un hombre con una sábana de lino, lo unges con aceites, lo dejas en un lugar cálido, en un lugar frío, en cualquier sitio, es imposible que obtengas ese negativo perfecto, casi fotográfico, de un cuerpo humano junto con los estigmas de los clavos de la crucifixión, las marcas de las flagelaciones en forma de mancuernas, el látigo romano y las manchas de sangre y suero en los lugares en los que le perforaron los pulmones con lanzas.

—¿Los neutrinos podrían grabar una imagen en la tela?

—Sin duda. Un estallido de neutrinos desprendidos de un cuerpo oxidarían la capa de celulosa del lino y formarían la imagen negativa exacta del cuerpo sobre la tela. Pero los neutrinos son unas partículas de interacción débil, por lo que no se habría visto afectado nada más. Y esto es lo que relaciona tu Grial con una posible explicación, ¿no crees?

Claire asintió.

—La masa de materia oscura con su colisión neutralino/antineutralino es una fuente continua de producción de neutrinos —dijo—. Si Jesús bebió del cuenco y asimiló una cantidad suficiente de estas partículas fundamentales en sus propios tejidos corporales, la liberación de neutrinos tras su muerte podría explicar las imágenes del sudario.

—Esto elimina la necesidad de la desmaterialización para explicar el sudario —añadió Neti, que también asintió con un gesto de la cabeza.

—Pero su tumba estaba vacía —replicó Arthur—. ¿Qué sucede con la resurrección?

—No eres judío, ¿verdad?

—Iglesia de Inglaterra.

Neti se encogió de hombros.

—No quiero inmiscuirme en tus creencias religiosas. Tal vez lo que explican los evangelios fue una invención para promover una nueva religión. Tal vez alguien robó el cuerpo. Tal vez la resurrección fue real. Lo único que digo es que mi teoría de los neutrinos y el sudario encaja a la perfección con tu Grial. De modo que estoy de acuerdo con Claire. Existe la posibilidad de lograr la cuadratura del círculo.

—Por eso estamos aquí —dijo Arthur.

—Me encargaré de todos los preparativos. Utilizaremos mis instrumentos en las ubicaciones más probables de la tumba en la Ciudad Vieja. Si detectamos neutralinos y neutrinos iré a Barcelona con vosotros y los tres podremos dar la rueda de prensa más increíble que haya visto nadie jamás. ¿De acuerdo?

—Le estoy muy agradecido por su ayuda, de verdad, pero durante la última semana no han dejado de seguirnos. Han muerto tres personas. Esto podría ser peligroso.

Neti se puso en pie y tiró hacia abajo el dobladillo del vestido.

—Claire me lo ha contado todo. Sí, es preocupante, pero soy demasiado mayor y testaruda para asustarme. No me sorprende que haya gente que quiera el Grial. Es un objeto muy valioso que la gente ansía encontrar, quizá desde el mismo día en que Jesús se convirtió en algo más que un alborotador ejecutado. Pensad en lo que os ofrezco. Ahora tengo que ir a dar clase. ¿Me llamarás dentro de unas horas, Claire?

—Por supuesto.

Arthur estaba a punto de abrirle la puerta cuando de repente Neti se detuvo.

—Dime, Arthur, ¿alguna vez has oído hablar de un grupo llamado los Khem? — preguntó la profesora.

La pregunta sorprendió a Arthur.

—Sí, he oído hablar de los Khem —respondió.

—¿Qué sabes de ellos? —insistió Neti.

—Solo que un pariente lejano mío, Thomas Malory, el autor de *La muerte de Arturo*, dejó escrito que había sufrido la persecución de unos hombres que se hacían llamar los Qem en torno al año 1400. Estaba buscando el Grial y creía que lo seguían.

Neti lanzó un fuerte suspiro y se sentó de nuevo en la cama.

—Cuando era joven y presenté a mi futuro marido a mi padre, recuerdo que escuché con atención la charla que mantuvieron para conocerse un poco. A mi padre no le interesaba demasiado la arqueología, la consideraba una ciencia muy menor, pero cuando descubrió que Ari estaba estudiando cuestiones relacionadas con Jesús de Nazaret y la ocupación romana de Judea, la charla giró en torno al Santo Grial. Al parecer, cuando mi padre era estudiante conoció a un físico en la Unión Soviética. Dijo que este físico, cuyo nombre no recuerdo, tenía gran interés en el Grial. También nos explicó que había oído que ese hombre era miembro de un grupo secreto que se hacía llamar los Khem. Eran todos físicos y buscaban el Grial. Y, a juzgar por la descripción de mi padre, aquel tipo era un mal hombre y los Khem eran una asociación maligna.

Arthur se puso nervioso. Jeremy Harp era físico. Y el ex de Claire, Simone, también.

—¿Llegó a explicaros por qué querían el Grial? —preguntó.

—Se referían a él como la Piedra de la Resurrección. Es todo lo que sé, pero ese nombre sugiere todo tipo de posibilidades en cuanto a su motivación.

—Dios, resurrección... —musitó Arthur, aturdido, y se sorprendió de lo irónico de la yuxtaposición de ambas palabras.

—Bueno, mira, Arthur —añadió Neti—, si estos Khem ya existían en 1400, como has dicho, y también en 1950, como dijo mi padre, es probable que hayan sobrevivido hasta hoy. Debéis tener mucho cuidado. Claire es mi princesita. Quiero que la protejas.

—Lo haré.

—Cuando acabe la clase haré algunas llamadas. Conozco bien a todos los grupos que controlan las supuestas tumbas de Jesús y moveré todos los hilos para que nos permitan visitarlas después de la hora del cierre, a ser posible esta misma noche.

—¿Cuántos lugares hay?

—Serios, solo dos, los únicos en los que tienen algún tipo de confianza los académicos de verdad, incluido mi marido: la tumba del jardín y la iglesia del Santo Sepulcro. Existen otros yacimientos en Jerusalén o cerca de la ciudad que algunas

personas consideran auténticos; incluso hay quien defiende ciertos yacimientos de India e incluso de Japón, por mucho que cueste creerlo. Pero, como te he dicho, solo existen dos candidatos serios. De modo que voy a ponerme manos a la obra para obtener los permisos y empezaré a preparar los instrumentos portátiles. ¿De acuerdo?

Arthur y Claire asintieron.

—Hasta entonces, creo que deberíais quedaros en el hotel para no correr riesgos.

—Es un buen consejo —admitió Arthur.

—Y si esta noche vamos a examinar alguna tumba, llevad el Grial con vosotros. No lo dejéis en la habitación. Ni siquiera en la caja fuerte, si es que cabe. No es tan difícil forzar la puerta de una habitación de hotel. No le confiaría algo tan valioso a nadie.

—¿No podría interferir con las mediciones? —preguntó Arthur.

—Me encanta que sea tan listo —dijo Neti cogiendo a Claire del brazo—. Llevaré una caja especial recubierta de plomo para proteger mi instrumental.

La tumba del jardín se encontraba en la parte este de Jerusalén, frente a los muros de la Ciudad Vieja y de la puerta de Damasco. Neti fue a recogerlos al hotel con su coche y, fiel a su palabra, llevaba una caja de plomo para el Grial en el asiento trasero. Arthur dejó que Claire se sentara delante, metió la mochila con el Grial en el interior de la caja y la cerró. Eran las diez de la noche, hacía tanto calor que iban en manga corta y las calles estaban desiertas. Llegaron a su destino al cabo de unos minutos y Neti aparcó el coche en un lugar reservado para los propietarios de la tumba, una organización benéfica protestante con sede en el Reino Unido. Arthur descargó el pesado instrumental de Neti del maletero y lo transportó casi todo él solo. Claire cogió la caja del Grial y la profesora les indicó el camino con una linterna y un juego de llaves para abrir la puerta de hierro que daba acceso al complejo amurallado.

Una vez dentro, Arthur descubrió que el jardín era un oasis de tranquilidad en aquella bulliciosa ciudad. El aroma de los lirios y el agradable susurro de los árboles lo invadían todo. En la oscuridad no pudo distinguir el afloramiento de roca que sobresalía por encima del jardín, que destacaba por una formación que se parecía mucho a una calavera humana. Fue esta escultura natural medio sepultada en la tierra la que llevó a Charles Gordon, un general británico que estaba de visita en Jerusalén en 1883, a explorar el lugar, porque en los evangelios (Juan 19, 17) se decía de Jesús y la crucifixión: «Y llevando su cruz, salió al lugar que se llama de la Calavera, y en hebreo, Gólgota».

A los pies del muro, Gordon encontró una antigua tumba rupestre con una pequeña entrada y un canal en la base, que dedujo que debía de haber sido para la muela que cubrió la tumba de Jesús. En lo que respectaba a Gordon, todo encajaba con la imagen bíblica y esta era la verdadera tumba de Jesús, ya que Juan 19, 41-42

decía: «Y en aquel lugar donde había sido crucificado, había un huerto; y en el huerto, un sepulcro nuevo, en el cual aún no había sido puesto ninguno. Allí, pues, pusieron a Jesús».

Gordon creó la sociedad que a día de hoy seguía siendo la propietaria de la tumba, y desde entonces los arqueólogos e historiadores bíblicos habían estudiado con avidez el lugar y debatido acerca de su autenticidad.

Se encontraban ante la pared de piedra labrada de la tumba que Neti iluminaba con la linterna. Había una puerta alta que conducía a la llamada sala de los llantos que, según les dijo Neti, se había ampliado en épocas recientes; la puerta original era tan solo un tercio de la actual, más acorde con las descripciones bíblicas que decían que Juan y María Magdalena tuvieron que agacharse para mirar en el interior. A la derecha de la puerta había una *nephesh*, o ventana del alma, a través de la cual, según la tradición judía, abandonaba la tumba el espíritu del fallecido a partir del tercer día.

Neti entró en primer lugar y encendió una lámpara de batería que iluminó la sala de los llantos con su luz deslumbrante. Era pequeña, pero lo bastante grande para que las mujeres descritas en la Biblia hubieran rezado y llorado junto al cuerpo de Jesús. Al otro lado de un portal bajo y de un único peldaño de piedra había cuatro cámaras funerarias diminutas, incluida la más larga, situada en el extremo nordeste, donde se dice que yació Jesús.

Arthur se agachó para entrar y admiró la descarnada sencillez de la cámara funeraria: un banco labrado a mano en una cámara labrada a mano, un lugar para honrar a los muertos, un lugar que podría haber satisfecho las necesidades del alma más venerada de toda la historia. Neti puso fin a su estado de ensoñación.

—Bueno —dijo la profesora—, no sé si este es el lugar, pero eso es lo que hemos venido a averiguar. Quiero poner un detector aquí, en el posible nicho de Jesús, y otro en la sala de los llantos. Ayudadme a desempaquetarlo todo y a conectar el equipo al portátil.

—¿Dónde dejó el Grial? —preguntó Arthur.

—Donde quieras. La caja de plomo lo mantiene aislado. Puedes dejarlo en la cámara funeraria.

Los instrumentos eran una serie de cajas electrónicas equipadas con detectores que Neti dispuso sobre unos pequeños trípodes. Mientras instalaban el equipo, Arthur preguntó cómo funcionaba y la profesora le soltó un largo y denso discurso sobre láminas de germanio, electrodos de paladio, campos de iones y elementos similares. Al final Arthur puso los ojos en blanco en un momento en que Neti estaba de espaldas y Claire le lanzó una sonrisa y siguió tecleando en el ordenador. Al cabo de poco la profesora anunció que ya estaban listos y asumió el control del ordenador portátil, instalado en la sala de los llantos sobre una pequeña mesa plegable con una silla, también plegable, delante.

—¿Cuánto tardaremos en saber algo? —preguntó Arthur.

—¿Por qué? ¿Tienes que ir a algún lado? —replicó Neti.

—En principio depende de la cantidad de neutralinos y neutrinos —dijo Claire—. Quizá obtengamos resultados inmediatos o quizá pasen varias horas; eso suponiendo que encontremos algo, claro.

Arthur estaba preocupado por Claire, que parecía apática y desganada. Sin embargo, no le faltaban motivos: el estrés, la falta de sueño, el puñetazo que había recibido, su padre. En el hotel le había preguntado si estaba preocupada por su padre y ella le había respondido que sí. En cuanto dieran la rueda de prensa en Barcelona, le prometió que la llevaría a Toulouse para que pudiera estar con su familia.

Habían llevado unas cuantas botellas de agua. Arthur tomó un sorbo y le ofreció la botella a Claire, que bebió con avidez y se secó los labios con la mano.

Pasó media hora, una hora. Arthur sabía que estaban esperando a que aparecieran puntos rojos o verdes en el gráfico del ordenador, pero no sucedió nada. Se situó detrás de Neti mientras Claire permanecía en cuclillas en la cámara funeraria.

—¿Son fiables las pruebas de que esta es la tumba auténtica? —le preguntó a Neti tras guardar silencio durante un buen rato.

—Bueno, en primer lugar el yacimiento se encuentra fuera de los muros de la Ciudad Vieja, que es donde se celebraban las ejecuciones y los entierros en esa época. La forma de calavera de la colina convierte este lugar en un buen candidato para ser el Gólgota de la Biblia, y hay muchas pruebas de que esta cantera fue un campo de ejecución romano, cerca de la puerta de la ciudad y cerca de la carretera principal del norte. Se considera que habría sido un buen lugar para que la gente que lo transitaba viera las crucifixiones y aprendiera la lección de los amos romanos. En cuanto a la tumba en sí, reúne las características de un sepulcro construido para un judío rico como José de Arimatea porque tiene una sala de los llantos aparte y está decorado con la misma piedra cincelada que lucían muchas de las tumbas de los miembros del sanedrín del siglo I de los valles de Cedrón e Hinón. Por otra parte, algunos estudiosos creen que ciertos elementos, como la existencia de diversos nichos, la convierten en un yacimiento muy anterior al siglo I, lo que contradice la idea de que era una tumba nueva, tal y como afirman los evangelios. Pero observa el nicho de Jesús. Está mejor acabado que los otros, lo que podría significar que era una tumba nueva cuando enterraron a Jesús aquí. Y fíjate en cómo lo cincelaron y ampliaron en la zona en la que reposaba la cabeza. Es una señal de que la persona que yació aquí era demasiado alta para el banco original. ¿Y sabes qué? La altura de la cabeza a los pies es la misma que la de la imagen del sudario de Turín. ¿Qué te parece?

—¿Su marido creía que este era el lugar? —quiso saber Arthur.

—Cuando le preguntaba sobre cosas así, siempre respondía: «No soy más que un arqueólogo. Dame una máquina del tiempo y te lo diré».

La noche siguió avanzando y la pantalla del ordenador permaneció estática. Arthur se sentó en el frío suelo de la sala de los llantos, con la espalda apoyada en la tosca pared. Claire no se movió de la cámara funeraria, sentada junto al nicho de Jesús, y ambos mantuvieron contacto visual a través del portal, intercambiando pequeños gestos.

—¿Así que el Grial no ha interferido con los instrumentos? —preguntó Arthur de pronto.

—Como puedes ver, no —respondió la profesora señalando la gráfica vacía—. No detecto ninguna de esas partículas esquivas.

—Hoy por la mañana ha dicho algo a lo que he estado dando vueltas —dijo Arthur.

—¿Ah, sí? ¿De qué se trata?

—Ha dicho que la composición del Grial implicaba que no era necesario recurrir a la desmaterialización para explicar la existencia del sudario.

—Sí, es cierto. Los neutrinos...

—No es eso en lo que he estado pensando —la interrumpió de repente Arthur—, sino en el concepto de desmaterialización. Supongamos que el cuerpo de Jesús no fue robado por sus discípulos ni por nadie. Supongamos que realmente desapareció de la tumba. ¿Existe alguna base científica racional que nos permita afirmar que eso podía sucederle a un cuerpo, incluido el suyo?

—¿Dejando de lado *Star Trek*? —bromeó Neti.

—Me refiero al mundo real, a la física real.

—Mira, los últimos trabajos de física teórica nos ofrecen muchas posibilidades interesantes. Las ecuaciones de los modelos de supersimetría y de la teoría de cuerdas también abren nuevas posibilidades. Yo me dedico a la física de partículas, soy una experimentalista, y hay algunos conceptos matemáticos que escapan a mi comprensión, pero puedo ver las sombras de lo que es posible.

—¿Y cuáles son?

—Multidimensionalidad —respondió Claire desde la cámara funeraria.

Arthur se rio.

—Venga ya, ¿de verdad?

Neti dirigió una mirada por encima de las gafas de leer hacia la sala funeraria.

—Creo que Claire podría explicártelo mejor que yo. Es una teoría muy moderna, y como mi ex alumna es joven, se siente más identificada con ella.

—Tampoco soy una experta —dijo Claire—, pero los conceptos derivan de la teoría de supercuerdas de la que hablamos en Modane, el intento matemático de unificar la mecánica cuántica con las peculiaridades de la gravedad en la teoría esquivas de todo. Es algo que ya intentó hacer Einstein, pero que no logró. Creemos que podemos explicar las propiedades de las partículas subatómicas si las concebimos

como vibraciones distintas en una cuerda como si fueran pequeñas cintas de goma. Si la cuerda vibra de un modo, es una partícula. Si vibra de otro, es una partícula distinta.

Arthur asintió.

—Lo vi en un programa de televisión, pero tu voz es más agradable que la de Stephen Hawking.

—Sí, bueno, él es más inteligente —prosiguió Claire—. Una de las características de la teoría es que las cuerdas solo pueden vibrar en unas dimensiones concretas del espacio-tiempo. De hecho, solo en once dimensiones. Una dimensión más o una dimensión menos y la teoría se viene abajo desde el punto de vista matemático. En nuestro universo, por supuesto, solo podemos percibir cuatro dimensiones, por lo que las otras siete tienen que estar, bueno, imagínate que están enroscadas y son inaccesibles desde nuestra realidad, que resultan muy difíciles de describir con palabras, que es más fácil conceptualizarlas en las fórmulas.

—¿De modo que hay siete dimensiones más? —preguntó Arthur.

—Bueno, la historia no acaba ahí —dijo Claire—. Las ecuaciones que surgen de una teoría de supercuerdas de once dimensiones sugieren algo más increíble. Al parecer el universo podría ser una membrana tridimensional que flota en un espacio-tiempo endecadimensional, y antes de que te vuelvas loco con este concepto imposible, ten en cuenta esta importante consecuencia: aumenta la posibilidad real de que nuestro universo exista en un multiverso de otros universos. Intenta imaginar un inmenso grupo de burbujas o membranas, cada una un universo separado, que flota en un gigantesco e inimaginable mar de un hiperespacio endecadimensional.

—¿De cuántos universos estamos hablando?

—De un gran número —indicó Neti.

—Según nuestros cálculos —dijo Claire—, la cifra podría ascender a un gúgol. Eso es un uno seguido de cien ceros. Billones y billones y billones de ellos. Según otros modelos, podría ser más grande, incluso infinito.

—De acuerdo, entiendo el concepto —contestó Arthur—, pero yo solo os he preguntado por la desmaterialización y la resurrección.

—¿Quieres añadir algo más, Neti? —preguntó Claire.

—No, sigue tú —respondió la profesora—. Me gusta que tu novio vea lo inteligente que eres.

Claire meneó la cabeza al oír el comentario y prosiguió:

—Por lo general, la comunicación entre cada universo es imposible porque estamos pegados a nuestra propia membrana tridimensional por las fuerzas físicas de la mecánica cuántica del mismo modo en que una mosca se queda pegada a una tira matamoscas. Solo la gravedad, que es responsable de la deformación del espacio-tiempo, puede saltar a otros universos.

—¿Están muy alejados entre sí?

—Tal vez más cerca de lo que crees. Mucho más de lo que crees. Según una serie de cálculos relacionados con la gravedad, los otros universos pueden estar a un milímetro de nosotros.

—¡Venga ya, no me tomes el pelo!

—Hablo muy en serio. Aunque la idea resulte chocante, los cálculos matemáticos son muy rigurosos. Tal vez estemos separados de universos paralelos por una fina cortina. Pero nosotros no podemos atravesarla, solo puede hacerlo la gravedad. A menos que...

—¿A menos que qué?

—A menos que la materia oscura sea un puente.

—Hasta ahora Claire caminaba en suelo firme —dijo Neti.

—Sigue, por favor —le pidió Arthur.

—Existe una teoría algo controvertida —dijo Claire— que propone que la materia oscura, que sabemos que es invisible en nuestro universo, es materia ordinaria de otro universo. También existe otra teoría que afirma que nuestro Big Bang fue el resultado de una colisión entre dos universos paralelos y que tal vez fue solo uno de un número infinito de Big Bangs que tuvieron lugar en el multiverso. De modo que quizá ambas teorías sean compatibles. Tal vez la materia oscura, al igual que la materia oscura del Grial, llegó a nosotros procedente de otra burbuja.

—Has dicho que era un puente —le recordó Arthur.

Claire se encogió de hombros.

—Bueno, no lo sé, pero quizá atravesó la cortina y quizá también puede hacerte cruzar la cortina y llevarte a su lugar de origen.

Arthur asintió con un leve gesto de la cabeza, como si no acabara de comprenderlo del todo.

—La Piedra de la Resurrección.

—Bueno, no es más que una teoría descabellada —dijo Claire.

Neti sonrió.

—¡Con eso sí que estoy de acuerdo!

Arthur sintió la necesidad de ponerse en pie.

—Bueno, digamos que Jesús bebe del Grial; se imbuje de las extrañas partículas de la piedra. ¿Muere, es envuelto en un sudario que recibe el impacto de los neutrinos, que a su vez dejan la impronta en la sábana, y la materia oscura desmaterializa de algún modo su cuerpo y lo traslada a un universo paralelo? ¿Me estás diciendo que esta es una explicación de la física de la resurrección?

—No estoy diciendo nada —replicó Claire—. Es tarde. Y estoy cansada.

Neti miró su reloj.

—Sí, es muy tarde y aquí no hemos encontrado nada. Creo que podemos

descartar la tumba del jardín. Recojámoslo todo y larguémonos de aquí. Mañana, aunque en realidad ahora ya es mañana, nos darán un permiso para pasar la noche en la iglesia del Santo Sepulcro. Espero que cuando lleguéis al hotel se os ocurra algo más interesante que hacer que hablar de la teoría de cuerdas y del multiverso.

Jesús tenía un gesto sombrío. Sabía con toda certeza lo que iba a suceder. Se había granjeado varios enemigos poderosos entre los miembros del sanedrín incluso antes de hacer estragos en el templo al desafiar a los prestamistas. Ahora sus adversarios estaban frenéticos, y los romanos tendrían que tomar cartas en el asunto. Y cuando los romanos intervenían en algo, siempre moría alguien.

En cierto modo, la inevitabilidad de lo que iba a suceder tenía un efecto tranquilizador en él. Sabía que no huiría, sabía que no se arredraría. Ambas opciones le repugnaban. De modo que estaba convencido de que iba a morir. Y no iba a ser una muerte rápida y fácil. Sería una muerte dura. Iba a sufrir. Pero le pidió a Dios que tuviera sentido. Su vida tenía un sentido, su mensaje de amar a Dios y al prójimo tenía un sentido. ¿Acaso iba a convertirse en un mártir más, derrotado por los poderosos y los corruptos y olvidado cuando aquellos que lo conocían murieran? ¿O su esfuerzo serviría para alcanzar un fin más elevado y perdurable? Si no podía hacer nada para modificar su destino, la única tarea que tenía pendiente era mostrarles a sus devotos que estaba en paz y enseñarles cómo debía morir un hombre bueno y recto.

De modo que se sentó entre sus doce discípulos más próximos, los hombres que habían arriesgado la vida para seguirlo a él y sus enseñanzas, y les dirigió una sonrisa, decidido a disfrutar del cálido ambiente de camaradería de un fantástico banquete de Pascua entre amigos.

Se encontraban en la sala superior de una magnífica casa del monte Sión que les había cedido para la velada un hombre adinerado que, tal y como les había dicho Tomás, era amigo de su amigo, José de Arimatea. José, que no era un discípulo acérrimo de las prédicas de Jesús, había mostrado ciertas simpatías por él y había realizado algunos donativos para mantener la causa a flote. La cena, dispuesta ante ellos en una mesa baja, era sencilla pero sana: carne, pescado, pan, aceitunas y un poco de vino.

Comieron en silencio durante casi todo el ágape ya que sus discípulos también conocían el peligro inminente que lo acechaba, pero cualquier atisbo de desesperación que pudiera haberse apoderado del banquete fue relegado al olvido por el afable semblante de Jesús, que parecía estar disfrutando de los pequeños placeres de la amistad y de una buena cena.

Sin embargo, la sala quedó sumida en un silencio sobrecogedor cuando Jesús se puso en pie y les dirigió la palabra.

—Uno de vosotros me ha de traicionar.

Los doce hombres se miraron entre sí y, primero Pedro y luego los demás, lo

negaron y proclamaron su devoción con apasionadas expresiones de fervor.

Jesús asintió y sonrió, y zanjó la cuestión cogiendo una hogaza de pan, bendiciéndola y partiéndola en pedazos.

—Tomad y comed este pan pues es mi cuerpo.

Asombrados, los hombres obedecieron y comieron el pedazo de pan.

Entonces Jesús cogió un vaso de vino.

—Tomad esto y divididlo entre vosotros. Esta es mi sangre, la cual es derramada por muchos. Desde esta noche no beberé más de este fruto de la vid hasta aquel día en que lo beba nuevo en el reino de Dios.

Los hombres se pasaron el vaso de uno a otro, y cuando llegó de nuevo a Jesús, Judas se levantó y se acercó a su maestro con un cuenco negro y suave.

—Te pido que tomes el vino de este cáliz —le dijo a Jesús—. Es una vasija sagrada que procede de la tierra antigua de Moisés.

Jesús lo tomó, sintió su calidez y quedó maravillado por el halo que lo rodeaba.

—¿Cómo has encontrado este tesoro? —preguntó.

—Me lo dio un hombre que te amaba.

Jesús sirvió vino en la vasija y le hizo un gesto con el dedo a Judas para que se acercara.

—Sé que eres tú quien me ha de traicionar.

Entonces tomó el cuenco entre las manos y apuró el vino hasta la última gota.

Judas no podía hacer nada para dejar de temblar. Había ido corriendo desde Getsemaní hasta la casa de huéspedes en la que se alojaba Nehor, cerca del templo. El egipcio lo estaba esperando con un compatriota, un joven arrogante llamado Sacmis, que, tal y como le gustaba recordar a la gente, significaba «el poderoso». Mientras Jesús había logrado congregarse a un grupo de hombres altruistas y sinceros, Nehor había atraído a una serie de hombres muy distintos, guiados por unos objetivos más abyectos. Sacmis compartía con su maestro un interés por la alquimia y, aunque era un neófito en la materia, se consideraba, junto con Nehor, un Qem, una antigua sociedad que tenía sus orígenes en la época de los faraones.

Nehor ofreció vino a Judas para que se calmara, pero este lo rechazó. Ni siquiera pudo sentarse para contarle el relato del horrible momento en que encabezó el grupo de ancianos, sacerdotes y pretorianos hasta el tranquilo monte de los Olivos, donde dormía Jesús. Los discípulos huyeron y ellos aprehendieron a Jesús bruscamente.

—¿Sabes qué hizo antes de que se lo llevaran? —preguntó Judas—. Me besó. ¿Qué he hecho?

—¿Bebió del cuenco? —preguntó Nehor.

—Sí.

—¿Dónde lo tienes? —preguntó Sacmis. Era un joven musculoso y corpulento; a

su lado, Judas parecía un niño.

El discípulo de Jesús lo llevaba en un zurrón colgado del hombro.

—Toma.

Sacmis cogió el zurrón, le echó un vistazo y se lo dio a Nehor.

—Has obrado bien —dijo Nehor.

—No, soy un traidor. Sabe que soy un traidor —objetó Judas, apesadumbrado—. Estoy maldito para siempre.

—Jesús es muy inteligente —replicó Nehor—. Muchísimo. Estoy convencido de que sospecha que su martirio beneficiará a su causa. Es un hombre de principios, y yo también.

—¿Y cuáles son tus principios, Nehor? —le espetó Judas—. Intentaste estrangular a Ana, la ramera. Si no hubieran aparecido Pedro y Mateo, le habrías arrebatado la vida. Por eso te expulsó Jesús de su círculo, y con toda la razón. Ahora te pregunto, Nehor, ¿por qué intentaste cometer asesinato?

—Porque quería eliminar cualquier atisbo de duda. Porque quería poner a prueba los poderes de mi piedra de fuego. Cuando la encontré en el desierto supe que era un objeto extraño y poderoso. Tenía un halo. ¿Qué otra piedra lo tiene? Desprendía calor incluso cuando la noche era fría. ¿Qué piedra se comporta de esa manera? Soy alquimista. Poseo grandes conocimientos que me permiten manipular el mundo natural. De modo que sabía que era especial y la traje conmigo desde Egipto hasta Judea, donde vine a hacer fortuna. Y fue aquí donde oí hablar de Jesús de Nazaret, el mayor predicador que ha conocido esta tierra, un hombre tan santo que se dice que es capaz de obrar milagros. Y yo tenía que conocerlo. Era un hombre de grandes posibilidades.

—¿Así que te uniste a nosotros para aprovecharte de él?

—Así es, aunque en ocasiones estuve a punto de dejarme arrastrar por el poder de sus palabras. ¿Ha existido alguna vez un hombre capaz de lanzar tan magnífico hechizo simplemente hablando?

—Pero en realidad no creías en él.

—Creo en mí mismo, Judas. No sirvo para ser discípulo de nadie. Tengo madera de líder. Y una noche, no hace mucho, tras una velada en la que me entregué a los placeres del vino, desarrollé la piedra de fuego, le quité la tela que la cubría y le pregunté: «¿Qué secretos albergas? ¿Qué puedes hacer para convertirme en un hombre rico? ¿Qué puedes hacer para convertirme en un hombre poderoso?». Tenía una forma parecida a la de un cuenco, y como conozco la habilidad de trabajar el metal y la piedra, la convertí en una vasija alquímica en la que poder combinar diversas sustancias y ver si sus propiedades proporcionaban un resultado prometedor. Tal vez, pensé, podría convertir los metales de baja ley en oro. Dar forma al cuenco fue algo maravilloso, ya que cada esquirla que se desprendía, cada mota de polvo

irradiaba su propio halo. Trabajé toda la noche, y cuando se acercaba el alba me quedé dormido en el suelo, detrás de esta misma casa. Me desperté empapado cuando empezó a llover a cántaros, y al ponerme en pie vi que un perro bebía del agua de la lluvia que se había acumulado en el cuenco. ¡Un perro estaba mancillando mi preciado cuenco! Así que le di un puntapié y luego otro, y el segundo le partió el cuello y murió ahí mismo. Tiré su cuerpo detrás de la tinaja para recolectar el agua de la lluvia, me retiré a mi lecho para dormir y descansar y no volví a pensar en el chucho hasta que me desperté y decidí trasladar el cuerpo del animal al otro extremo del callejón para que no me molestara el hedor de su descomposición. Pero había desaparecido.

—¿Y? —preguntó Judas—. Debió de llevárselo otro animal.

—Eso fue lo que pensé. Hasta que al día siguiente me puse a trabajar de nuevo en el cuenco para acabar de darle forma y pulirlo. Al cabo de un rato me levanté para aliviarme junto a la pared, y cuando regresé para seguir trabajando, ¡el perro estaba ahí! ¡Junto a la tinaja!

—¿Cómo sabes que era el mismo perro?

—Tenía la misma mancha blanca en el hocico. Era el mismo can, te lo aseguro, resucitado. Y al parecer me recordaba, porque me miró y huyó corriendo tan rápido como se lo permitieron sus patas. No volví a verlo.

—No puedo creer lo que estás diciendo —dijo Judas—. Solo un loco lo creería.

El comentario enfureció a Sacmis, que maldijo su insolencia, pero Nehor le impidió que golpeara a Judas.

—No he perdido el juicio, Judas. Sé lo que vi. Ese perro bebió de mi cuenco y regresó del reino de los muertos. Y yo sabía lo que tenía que hacer. Tenía que poner a prueba sus poderes con un hombre o una mujer. Cuando Pedro y Mateo frustraron mis planes con Ana la ramera, pensé de inmediato en Jesús. Era demasiado fácil. No tendría que matarlo, y eso era algo bueno porque realmente lo admiro. Los romanos harán el trabajo en mi lugar mañana. Solo tenía que ofrecerle vino de Pascua.

—Dios mío, ¿qué he hecho? —se lamentó Judas.

—¿Hecho? Si estoy en lo cierto, le has otorgado el don de la resurrección. Y a mí el de la inmortalidad.

Jesús fue crucificado en una cruz de madera un viernes, en el campo de ejecución romano situado frente a la muralla de la ciudad, en un lugar conocido como Gólgota. Se aproximaba el sabbat, así que tenían que encontrar una tumba para su cuerpo maltrecho y ensangrentado, pero ninguno de sus discípulos tenía los medios para proporcionarle un lugar de descanso con tan poca antelación. Sin embargo, encontraron la solución cuando el acaudalado sacerdote del sanedrín, José de Arimatea, convenció al gobernador de Judea, Poncio Pilato, para que le permitiera

hacerse cargo del cadáver. Jesús fue trasladado a una de las tumbas vacías de José situadas cerca del campo de ejecución y que había mandado construir para los miembros de su amplia familia, que vivían en Jerusalén. Después de que las mujeres más próximas a Jesús, con los ojos anegados en lágrimas, limpiaran el cuerpo apresuradamente, lo ungieran y lo envolvieran en un sudario de lino, sellaron la tumba labrada en la roca viva con una gran muela y luego partieron para el sabbat.

El domingo por la mañana Nehor estaba leyendo uno de sus textos alquímicos egipcios, hecho un manojo de nervios, cuando Sacmis irrumpió en su estancia, empapado en sudor y con la respiración entrecortada.

—¡Ha sucedido! —gritó.

—Cuéntame.

—Las mujeres, María Magdalena y las demás, han acudido a la tumba hoy por la mañana para finalizar los ritos funerarios. ¡Y la tumba estaba vacía! ¡Ha sucedido!

Nehor dejó el texto sin perder la calma, se levantó y se puso las sandalias. Su rostro era la viva imagen del control.

—¿Qué dicen por ahí?

—Algunos, que los romanos han robado el cuerpo. Otros, que se lo han llevado sus discípulos. Pero otros afirman que ha resucitado.

Nehor se echó el zurrón al hombro y sintió el peso del cuenco en el costado. Dio una palmada a Sacmis con la mano derecha.

—Ven —le dijo—. Vamos a probar su verdadero poder.

Una multitud de hombres y mujeres caminaban de un lado a otro frente a la tumba vacía de Jesús, enfrascados en una animada conversación y levantando una fina nube de polvo blanco. Desde la distancia Nehor reconoció a la mayoría de los discípulos, y cuando se acercó al lugar, Mateo, un joven con el pelo largo y una barba de un rubio rojizo, lo reconoció y lo señaló con un dedo, dirigiéndole la misma mirada furibunda que el día en que apartó las manos del egipcio de la garganta de la ramera.

—¿Cómo te atreves, Nehor? No eres bienvenido aquí. Jesús te expulsó.

Nehor agachó la cabeza en señal de respeto.

—Nunca he dejado de amarlo —dijo—. A pesar de expulsarme del grupo de sus discípulos más próximos, perdonó mis pecados. Perdonó a todos los hombres por sus pecados y nos enseñó que debíamos perdonar al prójimo. ¿Acaso no estáis de acuerdo con sus prédicas?

Mateo rompió a llorar.

—Te perdono, Nehor —dijo—. ¿Has oído lo que ha sucedido?

—Lo he oído.

Nehor miró alrededor, vio a todos los discípulos excepto a Judas y preguntó con gran cautela si también se encontraba presente.

—Ha muerto. Se colgó anoche. No ha podido soportar el dolor de sus actos. Alguien le dio plata para que traicionara a Jesús.

—¿Se sabe quién fue?

—Los ancianos del templo, los sacerdotes, no lo sé.

—Hay gente que afirma que el cuerpo de Jesús ha sido robado —dijo Nehor.

—¡No hemos sido nosotros! —exclamó Mateo.

—¿Y los romanos?

—¿Por qué iban a hacer algo así? No tendría sentido que quisieran ensalzar su muerte fingiendo un milagro. Solo existe una explicación. Dios lo ha llamado a su lado. Ha resucitado.

Pedro echó a andar hacia las puertas de la ciudad estrechando el sudario de Jesús contra el pecho. Luego lo siguieron Santiago, Andrés, Juan y los demás.

—Debo irme —dijo Mateo—. Vamos a reunirnos en una casa del monte Sión para debatir lo sucedido, rezar y dar las gracias. Son días de gran emoción. ¡Jesús ha resucitado!

—¿Qué lleva Pedro consigo? —preguntó Nehor.

—El sudario. La imagen de su cuerpo aparece en la sábana como si la hubiera dibujado Dios.

Nehor y Sacmis permanecieron en el lugar y esperaron a que la muchedumbre se dispersara. Unos cuantos rezagados entraron y salieron de la tumba, y al final se quedaron a solas.

Entraron en la tumba. Nehor atravesó la sala de los llantos y se agachó para acceder a la cámara funeraria. El sol brillaba en lo alto del cielo y hacía calor, pero la tumba de piedra caliza se mantenía fría y oscura. Gracias a un rayo de luz que entraba por la puerta de la tumba, Nehor pudo ver que el banco de piedra tenía una mancha de color óxido debido a la sangre seca.

—Vigila la puerta —le ordenó a Sacmis—. No quiero que entre nadie.

Cuando Sacmis se situó junto a la entrada, sacó el cuenco del zurrón y lo dejó con cuidado en el banco.

Se puso en pie y lo miró.

De pronto oyó una discusión entre Sacmis y otro hombre que afirmaba ser José, el dueño de la tumba, que venía a tomar posesión de ella.

Sacmis no le permitía entrar, pero el hombre insistió e intentó apartarlo.

Nehor miró por encima del hombro y vio un rostro orondo, con barba negra, que asomó la cabeza y lo vio a él y al cuenco.

—¿Qué está sucediendo aquí? —gritó José—. ¡Esta es mi tumba! ¿Qué haces con ese cuenco? ¿Es magia? ¿Brujería? Sé quién eres. ¡Jesús te expulsó!

Pero la cabeza desapareció cuando Sacmis lo alejó de la puerta. Nehor oyó una ristra de amenazas y réplicas, y el sonido de unas sandalias que se alejaban a toda prisa. Imaginó que Sacmis había desenfundado el puñal.

Cuando Nehor entró en la sala de los llantos para hablar con Sacmis, algo sucedió detrás de él.

La cámara funeraria refulgió, inundada por una luz como si la tumba se hubiera abierto para recibir los rayos del sol de mediodía.

Le gritó a Sacmis que no se moviera de la puerta y entreabrió los ojos para observar la luz.

La intensidad fue menguando, y entonces oyó algo.

¿Era una voz?

Aguzó el oído y oyó las palabras «Dios mío». Era el sonido de una plegaria.

Con el corazón desbocado, Nehor atravesó la puerta de la cámara funeraria y lo vio, bañado con un suave resplandor, cada vez más tenue.

Estaba desnudo. En las manos y los tobillos se veían los agujeros negros e inflamados que habían dejado los clavos; en el pecho, las marcas de los azotes. Pero tenía una sonrisa cálida y abrió los brazos en un gesto de bienvenida.

—Jesús —murmuró Nehor, aturdido.

—He vuelto —respondió Jesús con sencillez.

A Nehor le daba vueltas la cabeza. Había tantas cosas que quería saber... Sin embargo, solo pudo preguntar una.

—¿Dónde has estado?

—En el reino de nuestro Señor, nuestro Dios.

—¿Cómo era? —balbuceó Nehor.

Jesús le dirigió una sonrisa más amplia.

—Eso es algo que averiguarán los hombres buenos y rectos cuando les llegue el momento, no debo revelarlo yo. ¿Dónde están mis discípulos?

—En el monte Sión.

—Debo reunirme con ellos. ¿Puedes darme ropa?

Nehor se quitó la túnica y se quedó solo con un pedazo de tela que le cubría la entrepierna.

Jesús se puso la túnica y vio el cuenco en el banco. Ya no era negro; refulgía con un blanco muy intenso.

—Este cuenco, el Grial, es sagrado —dijo—. Debes protegerlo y mantenerlo a salvo.

Y Jesús vivió entre sus sorprendidos y sobrecogidos discípulos durante cuarenta días, e impartió sus enseñanzas y rezó con ellos. Temerosos de los romanos, intentaron esconderlo en diversas casas, pero Jesús no mostraba miedo alguno, salía y aparecía

en Jerusalén, y se reunía con partidarios que lo adoraban y que habían oído hablar del milagro de su resurrección.

Aunque no le contó a nadie lo que había experimentado durante su desaparición, hablaba con un tono reverencial de muchas cosas que pertenecían al reino de Dios. Hablaba del camino que uno debía seguir en la vida para conseguir la gracia de Dios y ordenó a sus discípulos que se dispersaran desde Jerusalén para predicar su evangelio de salvación entre todas las personas del mundo.

Al cuadragésimo día, Nehor decidió actuar. Hasta entonces había adoptado una actitud discreta; observaba a Jesús desde la distancia, seguía de cerca sus apariciones públicas para acumular pruebas con sus propios ojos de que el milagro de la resurrección había transformado a Jesús, que había dejado de ser un profeta para convertirse en algo mucho más parecido a una deidad.

Esa mañana entregó un pergamino de papiro a Sacmis.

—Lleva esto a Pedro y a los demás apóstoles —le ordenó—. Hoy es el día en que voy a enviarlo al lugar del que vino.

—Dime cómo, maestro —preguntó Sacmis.

—El Grial está aquí, y sin embargo Jesús todavía camina entre nosotros. Como bien sabes, he pasado desapercibido y lo he seguido con el Grial mientras predicaba en las plazas públicas. Sin embargo, no ha sucedido nada. He llegado a la conclusión de que la Piedra de la Resurrección solo ejerce su poder en el lugar en el que sucede la muerte.

—Pero Jesús murió en la cruz.

—¿Ah, sí? Quizá estaba agonizando y todavía conservaba un aliento de vida cuando lo bajaron. El sabbat se aproximaba. Amortajaron el cuerpo de manera precipitada. Tal vez nadie reparó en los últimos latidos de un corazón moribundo. Tal vez el espíritu lo abandonó cuando ya se encontraba en el interior de la tumba.

—¿Es eso lo que crees?

—Así es. Y por eso debo conseguir que Jesús regrese a la tumba. Cuando lo logre, si estoy en lo cierto, convenceré a la gente de que soy el elegido para llevar adelante su ministerio en la tierra. Fundaremos una nueva iglesia, Sacmis, una que beba del pozo de Jesús, pero que también muestre lealtad a los grandes Qem que vivieron antes que nosotros. Seremos ricos, seremos poderosos y, por encima de todo, seremos inmortales.

—¿Cómo convencerás a la gente de que eres el elegido?

—Moriré y, como Jesús, resucitaré.

—¿Cómo morirás?

Nehor sonrió.

—Tú me matarás.

Al atardecer, cuando el sol se ponía y el cielo se teñía de colores más oscuros, Nehor esperó con Sacmis frente a la tumba vacía de Jesús. Vieron a lo lejos una pequeña procesión y poco después, tras atravesar la cantera del Gólgota y pasar junto al lugar de la crucifixión, Jesús llegó con sus once discípulos, José de Arimatea y las mujeres, María Magdalena, Salomé, Juana y Susana.

Jesús tenía el pergamino de Nehor en la mano y se acercó hasta él.

—He venido. ¿Por qué me has llamado?

Nehor sacó el Grial del zurrón y se lo mostró. Tras la resurrección, había recuperado su color negro natural.

—¿Es este el cuenco del que bebiste vino en Pascua?

—Sí.

—¿Estarías dispuesto a entrar en la tumba sagrada conmigo para que pudiera mostrarte otro milagro?

Jesús sonrió.

—Entraré contigo.

Los discípulos de Jesús le gritaron que no entrara. Algunos dijeron que Nehor era malvado; otros, que se trataba de una trampa.

—He estado cuarenta días con vosotros —dijo Jesús—. Os he transmitido mis últimas enseñanzas terrenales, pero ahora ha llegado el momento de que vuelva a sentarme al lado de Dios. —Entonces levantó las manos para bendecirlos y añadió—: Que la paz eterna esté con vosotros. —Y siguió a Nehor al interior de la tumba.

Una luz deslumbrante atravesó la puerta de la tumba.

Los discípulos y las mujeres se taparon los ojos y se arrodillaron para rezar. Apenas podían ver algo.

Al cabo de un rato un hombre salió de la tumba.

Era Nehor, y sostenía el Grial, blanco y luminoso de nuevo.

—Se ha ido —le dijo a la gente—. Ha ascendido a los cielos.

Los discípulos se precipitaron hacia la tumba, entraron en grupos de dos o tres personas y pudieron comprobar por sí mismos que estaba vacía, solo quedaba la túnica arrugada que Jesús había llevado.

Pedro dio un paso al frente.

—¿Qué te ha dicho Jesús ahí dentro? —le preguntó a Nehor.

El egipcio sonrió y respondió con la mentira que tenía preparada.

—Me ha dicho que yo debía ocupar su lugar como Hijo del Hombre. Pero también ha dicho que debía demostraros a vosotros, sus apóstoles, que soy digno de ello.

—¿Y cómo vas a hacerlo? —preguntó Mateo con escepticismo.

—Me ha dicho que debía beber el vino sacramental, sufrir y que luego resucitaré. Así sabréis que soy el elegido para transmitir su mensaje en la tierra.

Mientras los discípulos de Jesús hablaban y discutían, Sacmis llenó el Grial con vino de un odre y Nehor se lo tomó de un trago.

Los discípulos observaron al egipcio fascinados y le oyeron dar la orden a Sacmis.

—Hazlo ahora. Que sea lento y doloroso.

Y antes de que alguien pudiera hacer o decir algo, el corpulento Sacmis desenvainó una espada corta romana y le hizo un corte en el vientre, con cuidado de evitar todos los órganos vitales.

Nehor cayó de rodillas y profirió un grito atroz de dolor. Se llevó las manos a la herida y estas se tiñeron de rojo.

—¿Lo veis? —preguntó con la respiración entrecortada—. Me muero.

El círculo de hombres y mujeres se cerró lentamente en torno a Nehor mientras se desangraba. El egipcio no apartó la mirada en ningún momento del Grial, que se encontraba a su lado.

Entonces José de Arimatea levantó la voz.

—Solo existe un verdadero Hijo del Hombre —gritó— y un verdadero Hijo de Dios, y ese es Jesús, ¡nuestro Cristo y nuestro Señor! No permitiré que este hombre, Nehor, use el sagrado cáliz de la última cena de Jesús para llevar a cabo sus malignos planes. Nunca ha sido y nunca será el mensajero de Jesús. ¡Ese cometido os corresponde a vosotros, sus verdaderos apóstoles!

Entonces se abalanzó sobre el Grial, lo cogió del suelo polvoriento y echó a correr por la ladera de la cantera.

Nehor abrió los ojos aterrorizado y, tras caer de costado, le lanzó un gruñido a Sacmis con su último aliento.

—Recupéralo.

Sacmis empezó a perseguir a José, blandiendo la espada y maldiciéndolo, pero cuando llegó a la ladera, a pocos pasos del fugitivo, solo vio una colina cubierta de grava, nada más.

José había desaparecido.

Sacmis lo buscó toda la tarde y toda la noche, y siguió buscándolo el resto de su larga vida, reclutando a otras personas para su causa, otros Qem a los que transmitió la historia del Grial y el inmenso poder que ostentaría aquel que lo encontrara.

Esa noche José se escondió, como un conejo en una madriguera, en una de las muchas tumbas labradas en la roca que había en la cantera, y cuando se sintió a salvo huyó de Judea y dedicó su vida a guardar el Grial y a difundir el evangelio de Jesús.

Antes de morir, José entregó el Grial a un grupo de cristianos de la provincia

romana Tarraconensis, que guardaron y veneraron la reliquia. Sin embargo, gracias a las enseñanzas de José se dieron cuenta de que lo mejor era esconderlo para evitar que cayera en manos de hombres malvados.

Y varias generaciones más tarde el Grial ascendió, algunos dirían que a un lugar más cerca de Dios, transportado por un grupo de monjes, hasta un monte de Hispania, una montaña que con el tiempo sería conocida como Montserrat.

—¿Qué hora es? —preguntó Arthur parpadeando en la oscuridad.

—Las cuatro.

—¿De la madrugada o de la tarde?

—De la tarde.

Claire ya estaba despierta y miraba fijamente el techo. Se levantó y corrió las cortinas; la luz del sol iluminó la habitación.

Arthur se tapó la cara con las sábanas y pidió un café con un gruñido.

Había una cafetera en la habitación. Claire le preparó una taza y se metió en la cama con él.

—Menuda noche —dijo Arthur.

—Sí, menuda noche —convino ella.

—Cuando nos hayamos duchado y hayamos comido un poco ya casi será la hora de ponernos manos a la obra otra vez.

Claire tomó un trago de zumo de naranja de la botella y no respondió.

—Pareces cansada —comentó Arthur—. ¿Has dormido?

—No mucho.

—¿Tienes noticias de tu familia? ¿Va todo bien?

—No sé nada.

—Entonces ¿qué te pasa? Parece que desde hace unos días te ha entrado una gran desazón.

—No conozco esa palabra.

—Estás inquieta. No eres la de siempre.

Claire recuperó su ánimo habitual con un arrebato de ira.

—¿Cómo quieres que sea yo misma? Cada día que pasamos aquí aumenta el riesgo de que nos encuentren. ¡Estuvimos a punto de morir en Modane!

Arthur dejó el café.

—Claire, fuiste tú quien propuso que viniéramos a Israel, ¿recuerdas? —replicó—. Teníamos que venir aquí para lograr la cuadratura del círculo.

—Lo sé, lo sé —admitió Claire a la vez que negaba con la cabeza—. Me parecía que era buena idea, pero me he pasado toda la noche dudando de mi decisión. Creo que me equivoqué. ¿Por qué no nos vamos ahora a Barcelona? Y luego nos largamos juntos a algún lugar bonito, una isla con playa, para conocernos mejor y con calma, sin aventuras de por medio. Solos tú y yo.

Arthur la abrazó y deslizó una mano por su muslo, hasta la espalda.

—Estás sufriendo una reacción retardada por lo que sucedió en Modane. Es normal. Ahora estamos aquí. Y vamos a acabar con esto. Una noche más. Una tumba más. Mañana nos iremos a Barcelona. Celebraremos la rueda de prensa con toda la

información que tengamos. Hablaremos con las autoridades de Barcelona y Modane cuando podamos. Luego iremos a Toulouse. Y después buscaremos una isla tropical con playas de arena blanca donde podamos hacer el amor de día y bailar toda la noche. ¿Qué te parece?

—Sería maravilloso.

Arthur la besó.

—Mañana.

La iglesia del Santo Sepulcro se encontraba en el barrio cristiano de la Ciudad Vieja, junto al laberinto de calles del antiguo barrio de Muristán. Erigida en el lugar que muchos consideraban el verdadero Gólgota bíblico, en la época moderna la iglesia era administrada conjuntamente por las iglesias ortodoxa, católica romana y apostólica armenia. Neti había obtenido un permiso de visita nocturna para realizar un estudio científico del triunvirato.

Llegaron a las once de la noche y la profesora aparcó en un callejón cerca del patio de la iglesia. Cogieron el mismo instrumental que la noche anterior y entraron en la iglesia abovedada, pero no por las grandes puertas de madera de la entrada principal, sino por una puerta lateral menos conocida, utilizada por los trabajadores de mantenimiento. Neti los condujo a través de unos trasteros hasta que llegaron a la iglesia propiamente dicha, a la capilla de María Magdalena, y se detuvieron en la rotonda.

Les habían dejado unas cuantas luces incandescentes y, aunque la iluminación era tenue, Arthur quedó embelesado observando las características que convertían la iglesia del Santo Sepulcro en un templo muy distinto de todos los que había visitado hasta entonces. Bajo la ornamentada bóveda de la rotonda, rodeado por unas enormes columnas de mármol, había un edificio independiente rectangular, de proporciones modestas, con una elegante cúpula de bulbo.

—El edículo —dijo Neti—. Ahí es donde se encuentra la tumba. Y ese es nuestro destino.

Dejaron el equipo y la caja del Grial en el suelo de mármol.

Neti señaló hacia el otro extremo de la galería central, el catolicón.

—Si bajamos por ahí y subimos las escaleras, llegaremos a la capilla del Calvario, donde hay una roca con un agujero, que a su vez es el lugar en el que se cree que se puso la cruz. No tiene mucho que ver con la tumba del jardín, ¿verdad?

Arthur asintió.

—Son la noche y el día.

—Bueno, debes recordar que esto se construyó en una zona que en el año 33 d. C. debía de tener un aspecto muy parecido al del lugar donde estuvimos anoche. Este lugar ha sufrido tantos cambios en dos mil años, con la construcción de varias

capillas e iglesias, que ni tan siquiera merece la pena que te molestes en usar la imaginación. Creo que por eso la gente normal siente un vínculo más estrecho con la tumba del jardín, mientras que la mayoría de los estudiosos tienden a considerar que este lugar es el auténtico.

El interior del edículo estaba a oscuras. Neti entró primero con una de las lámparas de batería, seguida de Arthur y Claire para que se orientaran un poco antes de transportar el equipo de análisis. La primera sala, la capilla del Ángel, no era mucho mayor que una cabaña de jardín de proporciones generosas. El suelo estaba formado por losas de mármol naranja, blanco y negro. En el centro había un altar de mármol cuadrado, un pedestal con un tablero de cristal que cubría una losa de piedra del tamaño de un tablero de ajedrez.

—Se cree que es una parte de la muela que empujó el ángel para sellar la tumba —dijo Neti.

Arthur miró hacia un portal que conducía a otra cámara. El pasillo abovedado, cuya entrada era de mármol color crema y estaba adornada con unos elaborados motivos que imitaban un cortinaje, era bajo, lo que obligaba a todos los visitantes a agacharse.

Neti dejó una segunda lámpara en el interior del pasillo y Arthur la siguió con la cabeza agachada hasta que pudo erguirse de nuevo al llegar a la cámara de la tumba. Esta sala era la mitad de pequeña que la anterior, y la mitad de la superficie estaba ocupada por el lecho funerario de piedra. Enfrente de este, en parte tapado por Neti, vio un icono pintado de la Virgen María que cubría un armario. Neti le contó que se podía abrir para ver una parte antigua del edículo. A la derecha, a la altura de las rodillas, había un banco de mármol sobre el que descansaba la supuesta lápida de Jesucristo. Encima del banco había un estante de mármol rojo con la colorida iconografía que representaba a las tres iglesias que administraban el templo.

—Entra, Claire —le dijo Neti—. No hay mucho espacio, pero cabemos tres personas. Les dije que no pondría ningún instrumento en la lápida, pero podemos situarlos en el suelo.

—¿Cree que este lugar es un buen candidato para ser la verdadera tumba? —preguntó Arthur.

—Bueno, creo que tiene más posibilidades que la tumba del jardín —respondió Neti—, y los católicos y los cristianos ortodoxos están convencidos de su autenticidad. La historia de este lugar se remonta al siglo IV, cuando Elena, la madre de Constantino, el primer emperador romano que aceptó el cristianismo, vino a Jerusalén a buscar la tumba. Lo que demuestra que era una mujer inteligente; quizá podríamos describirla como la primera antropóloga de la historia. Porque ¿sabes qué hizo? Le preguntó a la gente de la zona dónde creía que estaba enterrado Jesús. Eso sucedió menos de trescientos años después de la crucifixión, por lo que no es

descabellado pensar que los habitantes de la zona tuvieran una idea bastante aproximada. Y le dijeron «Ahí», entre las ruinas de uno de los antiguos templos de Adriano que se habían erigido en el Gólgota, pero que no hacía mucho se había derruido para construir una nueva iglesia en honor a Constantino. Y es donde se dice que encontró restos de la verdadera cruz, la piedra del Calvario y esta tumba.

—Pero esto se encuentra en el interior de las murallas de la ciudad —dijo Claire.

—Ahora sí. En el 33 d. C. esta zona se hallaba fuera de las murallas de la Ciudad Vieja.

Arthur miró a su alrededor.

—Lo siento, pero esto solo parece una tumba rupestre.

—No lo es —dijo Neti—. Ten en cuenta que el edículo se ha construido y reformado cuatro veces a lo largo de los siglos, y que la iglesia también ha sufrido una serie de cambios drásticos. El lugar en el que nos encontramos es del siglo XIX. El edículo es como una matrioska, un edificio en el interior de otro. La verdadera tumba debe de estar bajo nosotros, pero tendría que producirse literalmente un terremoto para que las autoridades eclesiásticas permitieran que se llevara a cabo algún tipo de exploración arqueológica moderna. Bueno, pongámonos manos a la obra, ¿de acuerdo?

Arthur y Claire hicieron varios viajes hasta la rotonda para trasladar el equipo y lo dispusieron en la sala de la tumba y la anterior. Claire se mostraba muy taciturna. Seguía sin ser la de siempre.

—¿Estás bien? —le preguntó Arthur.

—Solo un poco cansada.

—Recuerda, mañana.

—Lo recuerdo.

Neti estaba sentada en la capilla del Ángel, frente a un portátil, comprobando las conexiones. Miró a su alrededor.

—¿Dónde está el Grial? —preguntó.

—En la rotonda —respondió Arthur—. ¿Lo dejo allí?

—Puedes traerlo, no pasa nada.

Se fue y regresó con la caja de plomo.

—¿Dónde lo pongo?

—En el altar de la muela. No me dijeron que no pudiera poner nada ahí. Además, está cubierto con el tablero de cristal, que tampoco debe de estar muy limpio porque los turistas lo besan a diario.

Arthur dejó la caja con cuidado en el altar y se sentó en el suelo de mármol, junto a Claire. Levantó la mirada hacia el conducto de ventilación y los quince quinqués colgantes. Se preguntó qué aspecto debería de tener el lugar si estuvieran todos encendidos y las lámparas de batería apagadas.

Le habría gustado ver lo guapa que estaría Claire bajo aquel bello resplandor.

De repente la iluminación de la capilla aumentó ligeramente de intensidad. Al principio creyó que era fruto de su imaginación, pero vio que Claire y Neti también se habían dado cuenta.

Los tres se pusieron de pie cuando descubrieron el origen de esa fuente de luz.

Era el Grial.

Una luz brillante se filtraba a través del sellado de la tapa de plomo.

A Neti le cambió la cara. Parecía más joven, más agresiva.

—¡Ábrela! —gritó—. Ve y abre la caja.

Arthur se dirigió al altar con paso vacilante y descorrió los dos cierres. La tapa se abrió un poco y la luz se volvió aún más intensa.

—¡Del todo! Levanta la tapa —dijo Neti.

Arthur tragó saliva y alzó la tapa hasta abrir la caja por completo. Una luz resplandeciente iluminó la sala, como si brillara un sol radiante.

El Grial refulgía como un faro. Había cambiado de color: en lugar de negro azabache era blanco como la nieve.

Claire se acercó.

—Dios mío —murmuró.

Arthur estaba demasiado asustado para tocarlo, tenía miedo de que quemara, pero cuando comprobó que no desprendía un calor intenso, acercó la mano hasta acariciarlo con la yema de los dedos. Tenía la misma temperatura que antes.

—Está sucediendo —dijo Neti a su espalda.

Arthur supuso que hablaba con ellos, pero se equivocaba. Estaba hablando al micrófono del ordenador portátil.

—¿Qué está sucediendo? —preguntó Arthur.

—Ya lo verás.

La expresión de pánico de Claire era tal que se la contagió a Arthur.

—¿Sabes qué está pasando, Claire?

—Arthur, yo...

No pudo acabar la frase.

Un hombre joven de pelo negro irrumpió en la capilla con una pistola.

Entonces entró otro hombre, caminando más despacio, más seguro de sí mismo, también armado con una pistola.

Arthur lo conocía.

Era Jeremy Harp.

No tuvo tiempo de pensar, y menos aún de actuar. Se quedó paralizado y notó que Claire se ponía muy tensa.

Harp se regaló la vista con el Grial.

—Dámelo, Malory —ordenó.

Arthur lo fulminó con la mirada.

Neti repitió la orden.

—Te ha dicho que se lo des.

Arthur miró a Neti con desdén.

«Es uno de ellos», pensó.

—Pues dámelo tú, Claire, vamos —dijo Harp, que apuntó con la pistola a la cabeza de Arthur—. ¿Quieres que lo mate aquí y ahora?

Arthur estaba aturdido, desorientado.

—¿Cómo sabe tu nombre?

—Hablo en serio, Claire —insistió Harp.

Claire introdujo las manos en la caja y cogió el cuenco. Se lo entregó a Harp, que se guardó la pistola en el bolsillo para poder sujetar el Grial con sus pequeñas y suaves manos.

Claire retrocedió y regresó junto a Arthur. Ambos se encontraban a un lado del altar de la muela. Neti y los dos hombres estaban al otro lado.

—Después de tantos años... —dijo Harp.

—Después de tantos siglos —le corrigió Neti.

—¿Sabes, Malory? —prosiguió Harp—. Uno de los motivos por los que he tenido éxito en los negocios ha sido porque he sabido elegir y apoyar a la gente adecuada para el trabajo adecuado. Yo te he apoyado sin reservas y tú me has ofrecido los resultados que quería.

Simone apuntaba con la pistola a Arthur.

—Claire también ha hecho un buen trabajo —dijo, y le dirigió una sonrisa a Claire—. Te he echado de menos.

Ella hizo una mueca y se negó a responder.

—Tienes razón, Simone —convino Harp—. Claire lo ha hecho muy bien, aunque nos costó un poco convencerla.

Arthur ignoró a los demás y centró toda su atención en Claire. Se volvió hacia ella y la obligó a mirarlo.

—Eres una de ellos.

A Claire le temblaban los labios y se le pusieron los ojos rojos.

—Sentía curiosidad, por supuesto, y fue un honor que me invitaran a formar parte del grupo. Neti era mi mentora; Simone, mi amigo; bueno, mi amante. Los demás miembros son algunos de los físicos más importantes de la actualidad. Me proporcionaron información sobre el Grial que se remontaba más de dos mil años atrás, que había pasado de alquimistas a químicos y luego a físicos. Todos somos racionales. No creemos en la magia, no creemos en cuestiones místicas. Creemos en la ciencia y sabíamos que el Grial debía tener por fuerza unas propiedades que no eran de la Tierra, sino del cosmos. Desde que se descubrió la materia oscura,

creíamos que el Grial podía estar hecho de ella.

—Y ahora sabemos que es así —dijo Harp.

—Es mi especialidad, mi pasión —explicó Claire—. Quería formar parte del grupo de gente que buscaba el Grial. Pero yo...

—¿Tú qué? —preguntó Arthur con un deje de tristeza.

—Empezó a tener dudas —aclaró Harp—. A mostrarse reticente. Por eso tuvimos que meterla en vereda.

—Decidí parar cuando mataron a Tony. Era una locura. Y me enamoré...

Simone se puso rojo.

—Basta, Claire, no sigas —la interrumpió Arthur.

—De acuerdo, pero es cierto. Y luego amenazaron a mi familia. Alguien los vigila desde fuera de su casa. Me dijeron que los matarían. No sabía qué hacer.

—Tu padre no está enfermo.

—No.

—Otra mentira —dijo Arthur—. Como cuando me dijiste que pusiera el Grial en esta caja. El plomo no aísla estas partículas, ¿verdad?

—No.

—No tenía sentido, pero como lo decías tú, ¿por qué iba a dudar? ¿Y estos instrumentos? No sirven de nada, ¿verdad?

Neti lanzó una risa burlona.

—Son detectores de rayos gamma. No tienen nada que ver con este ejercicio.

—¿De qué ejercicio hablas? —preguntó Arthur, hecho una furia.

Harp respondió sin dejar de mirar el cuenco blanco que refulgía entre sus manos.

—Nuestra historia oral se remonta a la época de Cristo. Un gran alquimista llamado Nehor encontró la piedra del Grial. Seguramente se trataba de un meteorito único, y le dio esta forma de cuenco. Descubrió que funcionaba como portal. Hoy en día hablamos del multiverso, pero eso es algo que ya comprobaremos. Jesús bebió del cuenco, la materia oscura se introdujo en su cuerpo, y lo demás es historia. ¿Fue al cielo? ¿A un universo paralelo? ¿Son lo mismo? ¿Ves esta fusión de ciencia y teología? Se dice que Nehor hizo lo mismo que Jesús, beber del Grial, en el interior de la tumba de Jesús o muy cerca de ella. También se dice que ordenó a uno de sus discípulos que lo matara, pero que alguien robó el Grial antes de que pudiera ser resucitado. Durante dos mil años los Khem hemos buscado el Grial. Nuestro objetivo era devolverlo al lugar exacto donde murió Nehor.

—No sabemos cómo funciona la extradimensionalidad —dijo Neti—, pero, según cuenta la tradición oral, Nehor debía regresar al mismo lugar en el que murió.

Harp asintió con su rostro de mejillas flácidas.

—De modo que el primer objetivo consistía en encontrar el Grial, y el segundo, en encontrar la tumba correcta. Fíjate en la reacción de la piedra. Hemos dado con el

lugar adecuado. No creo que tengamos que esperar demasiado para presenciar la resurrección de Nehor, la segunda gran resurrección de la historia.

—¿Y qué sucederá si ese tal Nehor se materializa? —preguntó Arthur con desdén.

—¡Será el albor de una nueva era, eso es lo que sucederá! —dijo Harp—. Se acabaron las tonterías y las supersticiones, y comenzará una cultura racional basada en la ciencia. Los Khem serán aprendices y maestros al mismo tiempo. Presentaremos a Nehor al mundo y dejaremos que sea él quien cuente su increíble historia. Confiamos en que será un hombre sabio, elocuente y motivo de inspiración para los demás. Seremos los guardianes del Grial, los líderes de una nueva cienciocracia, los que beberán del Grial y, sí, lograremos la inmortalidad. Tengo muchas ganas de ver lo que hay más allá de este mundo.

Arthur negó con la cabeza.

—¿Y si es Jesucristo el que regresa?

—Ya hemos hablado de ello. —Harp sonreía—. No tenemos una opinión unánime, pero sí un plan de trabajo. Los demás miembros de los Khem se encuentran en un lugar cercano, listos para reaccionar ante cualquier eventualidad.

—¿Tienes idea de lo ridículo que suena todo lo que has dicho? —preguntó Arthur—. ¿Un plan de trabajo? Esto no es una reunión del equipo de un proyecto de un laboratorio o una empresa. ¡Estamos hablando del cristianismo! Eres realmente un hombre patético. Y un asesino vulgar y repugnante.

Harp apretó los labios y, haciendo un mohín, le tendió el cuenco a Neti.

—¿Puedes sostenerlo, por favor?

La profesora lo cogió.

Harp sacó la pistola del bolsillo y apuntó a Arthur.

—Nunca he matado a un hombre con mis propias manos, Malory, pero este es un buen sitio para empezar.

Mientras el dedo seboso de Harp se enroscaba en torno al gatillo, Claire se interpuso entre Arthur y el altar.

La bala le dio en el pecho.

Arthur la agarró y ambos cayeron al suelo.

Preso de la desesperación, se metió la mano en el bolsillo delantero para coger la pistola de Hengst. Sintió la empuñadura áspera y tiró con tanta fuerza que desgarró el bolsillo. La base del altar debió de hacer de escudo, porque aunque oyó otro disparo, esta vez de Simone, las únicas consecuencias fueron un tremendo estruendo y una lluvia de esquirlas de mármol.

Arthur se agachó y solo vio piernas. Disparó a bocajarro hasta que Harp y Simone cayeron junto al altar, gritando de dolor, convertidos en un objetivo más grande y fácil para el resto de sus balas.

Neti profirió un grito de pánico. No la había tocado ninguna bala, ni siquiera el mármol, pero dejó caer el Grial sobre el cuerpo de Harp y huyó del edículo, aterrorizada.

A Arthur le zumbaban los oídos y no sabía si se había quedado sordo o si todos guardaban silencio.

Se arrastró por el suelo hasta Harp y Simone. Las heridas eran horribles; ya no eran ninguna amenaza.

Claire estaba viva.

Se acercó hasta ella y le acunó la cabeza. Tenía la camisa empapada de sangre.

—Tengo que ir a buscar ayuda —dijo con desesperación.

—No, no me dejes.

—Tengo que llamar a una ambulancia.

—Es demasiado tarde, Arthur. Voy a morir. Lo sé.

Le tapó la mano con la herida y presionó con fuerza, en un intento vano de hacer algo.

—Lo siento, Arthur. Te quería.

—¡No puedo perderte!

Miró a su alrededor y vio el Grial.

—Aguanta, por favor —dijo, y apoyó su cabeza con suavidad en el suelo.

Tenía una botella de agua en la mochila. Echó un poco en el Grial y se lo acercó.

—Tienes que beber esto. ¿Puedes?

Le levantó la cabeza con una mano y le acercó el Grial con la otra.

Claire tomó un trago, tosió y paró.

—Más, por favor.

Se la acabó, miró a Arthur por última vez y murió.

Arthur dejó el Grial en el suelo, la abrazó y la sentó en su regazo. No iba a dejarla marchar. Aún estaba caliente, su piel aún conservaba el tono rosado, aún era hermosa.

Cerró los ojos y sintió que las lágrimas lograban abrirse paso entre sus párpados cerrados con fuerza.

Rezó y la acunó.

Sentía un dolor abrumador, como si le hubiera estallado una bomba en el pecho.

De pronto un fogonazo de luz lo cegó a pesar de tener los ojos cerrados.

Claire se había vuelto ingrávida.

Arthur solo sentía el tacto de la tela, nada más.

Abrió los ojos y se puso en pie lentamente, sujetando tan solo su ropa ensangrentada.

Se había ido.

Había sangre en el suelo, un reguero que discurría entre las juntas de las piedras. En la capilla del Ángel flotaba una nube azul grisácea de pólvora.

Claire se había ido.

Arthur se arrodilló en el lugar donde había muerto y no pudo resistir la imperiosa necesidad de sumergir las manos en el charco de sangre que había formado su herida, como haría alguien que buscara un anillo perdido en un charco enlodado.

Así era como iba a acabar.

Lo había buscado.

Había logrado el éxito donde sus antepasados habían fracasado.

Había encontrado el Grial.

¿Era más noble que el rey Arturo? ¿Que Thomas Malory? ¿Tenía un corazón más puro?

Nada de todo ello importaba.

Había encontrado algo que amaba más que el Grial. Había encontrado el amor y lo había perdido. Claire había pasado por su vida como un cometa, brillante, refulgente, y luego había desaparecido.

Había ascendido a los cielos.

Arthur iba a tener toda la vida para meditar sobre lo sucedido, para intentar encontrarle sentido. Se levantó, furioso y aturdido. Ahora solo podía pensar en que tenía que vaciar la tumba. Los cuerpos de Jeremy Harp y de Simone eran una abominación.

Se llevó el cadáver de Simone arrastrándolo por los tobillos e hizo lo mismo con el de Harp. Los dejó a ambos tumbados boca arriba, en la rotonda. Hizo dos viajes más para recoger el instrumental de Neti y la ridícula caja de plomo, en la que metió las pistolas de Simone y de Harp.

Con la respiración entrecortada y la mente algo más lúcida, recordó que aún llevaba encima la Sig.

Había disparado a dos personas.

No sabía qué le depararía la vida, pero no quería acabar como Thomas Malory, pudriéndose en una celda.

Con los faldones de su camisa limpió la pistola y luego se la puso en la mano a Simone. A continuación limpió las huellas dactilares de las otras dos armas.

Solo le quedaba por hacer una cosa más.

El ambiente cargado del edículo empezaba a despejarse. El Grial estaba donde lo había dejado, sobre el pedestal, blanco como una paloma. La tumba había recuperado la paz, volvía a ser un lugar sagrado. Pero no podía quedarse allí más tiempo. Tenía que salir de la iglesia y ocultar su rostro de las omnipresentes cámaras de vigilancia

de la zona. Pensó en Barcelona, en la rueda de prensa. Tendría que esperar. No quería volver de inmediato, no sin Claire. Regresaría a Inglaterra, llevaría el Grial al Bear, lo depositaría junto al bastón de Holmes, contaría la historia al grupo y se emborracharía.

Echó un último vistazo al lugar y alargó el brazo para coger el Grial, pero tuvo que apartar la mano bruscamente para taparse los ojos.

La entrada de la cámara funeraria refulgió con un estallido de luz blanca.

Se acercó lentamente y se agachó para intentar ver el interior, incapaz de resistirse, como una polilla atraída por la luz. Con un brazo extendido delante de él, pasó bajo la cortina de mármol y avanzó hasta llegar al interior de la cámara funeraria.

Un haz de luz intensa había salido del suelo, junto al estante labrado en la roca, oscureciendo el icono de la Virgen. El resplandor era tan fuerte que le pareció que le clavaban un punzón en los ojos.

Los cerró con fuerza. Esperó un segundo para mirar de nuevo y repitió el ciclo: entreabrió los ojos y los cerró enseguida hasta que el haz de luz perdió un poco de intensidad y le permitió ver sin dolor.

Y en el haz de luz empezó a emerger una figura humana.

Arthur se dejó caer de rodillas.

La figura era borrosa y opalescente.

Poco a poco acabó materializándose y adoptó una forma más definida. Pensó en la vieja Polaroid de su padre, el lento proceso mediante el que se formaban las imágenes en el papel fotográfico.

De pronto se dio cuenta de que las palmas de sus manos se habían acercado la una a la otra, como el imán se aferra al hierro, unidas en plegaria de forma instintiva.

¿Quién era?

¿Era Cristo?

¿Nehor?

¿Claire?

No apartó los ojos del cuerpo que se estaba materializando.

En el fondo de su corazón sabía perfectamente quién quería que fuera y gritó varias veces:

—¡Por favor, Dios, por favor! ¡Por favor, Dios, por favor! —Hasta que la resurrección culminó.



GLENN COOPER, (Nueva York, 1953). Estudió Arqueología con mención honorífica por la Universidad de Harvard y en medicina por la Escuela de Medicina de la Tufts University. Actualmente es el presidente de una compañía de biotecnología de Massachusetts, además de guionista y productor.

Su exitosa carrera se inició con *La biblioteca de los muertos* (2010), a la que siguieron *El libro de las almas* (2011). y *El fin de los escribas* (2013). Fuera de esta exitosa trilogía que le ha merecido millones de seguidores en todo el mundo, ha publicado también *La llave del destino* (2012), otro thriller histórico con gran acogida por parte de los lectores; *La hora de la verdad* (2013), un relato perteneciente a la trilogía de *La biblioteca de los muertos* y el thriller *El último día* (2014).